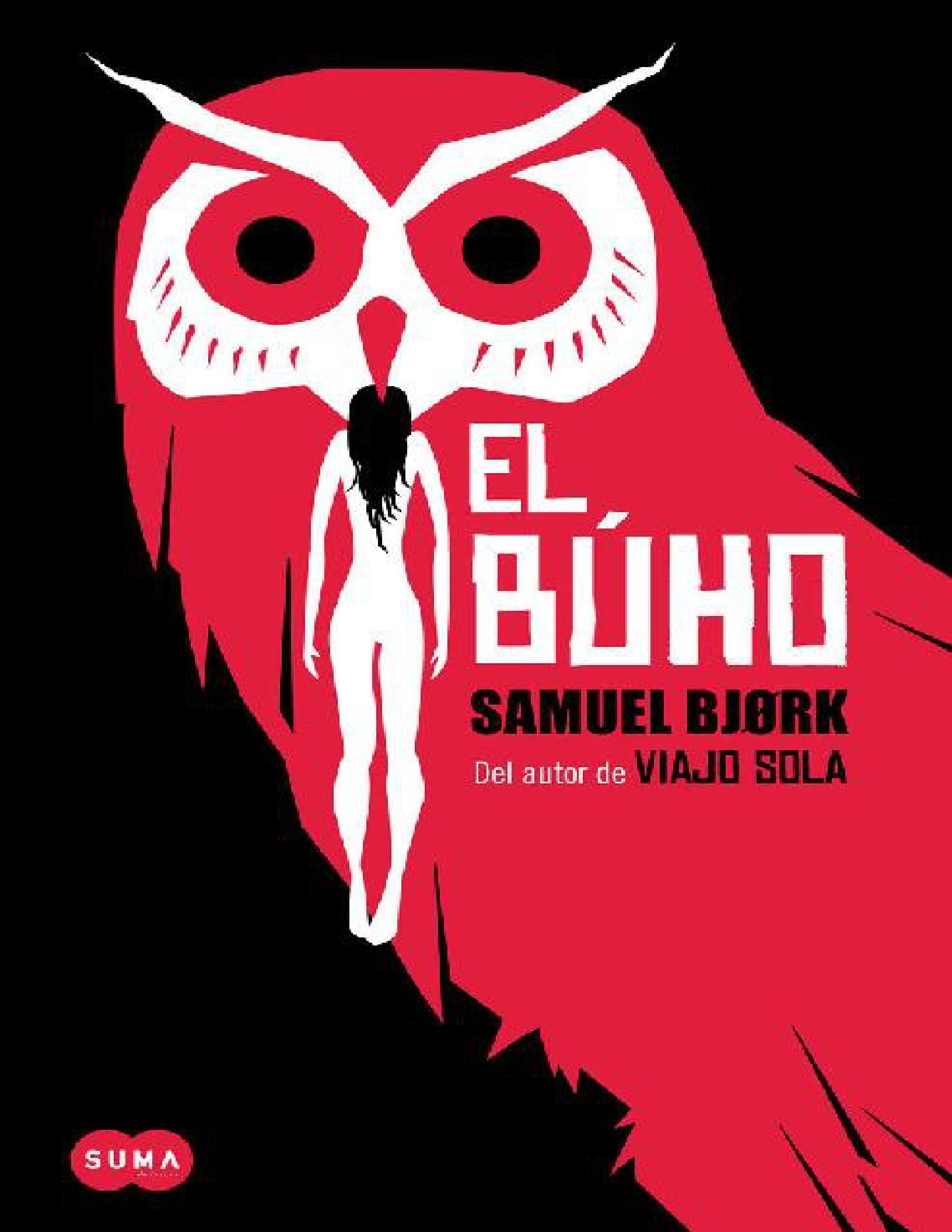

EL
BÚHO
SAMUEL BJØRK
Del autor de VIAJO SOLA
SUMA

EL BÚHO

SAMUEL BJØRK

SUMA

SÍGUENOS EN

megustaleer

 **@Ebooks**

 **@megustaleer**

 **@megustaleer**

Penguin Random House Grupo Editorial

Un viernes durante la primavera de 1972, justo cuando el pastor de la iglesia de Sandefjord iba a cerrar las puertas para irse a casa, recibió una visita muy especial que le hizo tomar la decisión de mantener el despacho abierto un rato más.

Nunca antes había visto a la mujer joven, pero conocía muy bien al hombre que la acompañaba. Se trataba del hijo mayor de la persona más querida de la ciudad, un naviero que no solo era una de los empresarios más ricos del país, sino también uno de los pilares de la iglesia, y cuya donación había hecho posible, entre otras cosas, la rehabilitación del gran retablo de caoba, tallado diez años antes. El retablo, obra del escultor Dagfin Werenskiold, mostraba diecisiete escenas de la vida de Jesucristo y el pastor estaba extremadamente orgulloso de él.

La joven pareja tenía una petición muy especial. Querían casarse, pero necesitaban que el pastor llevase a cabo la ceremonia en la intimidad. La petición en sí no era muy extraña, pero las circunstancias resultaban lo suficientemente llamativas como para que al principio el pastor pensara que debía de tratarse de una broma. Sin embargo, conocía bien al naviero y sabía que el viejo era muy religioso y conservador, y después de un rato comprendió que la pareja hablaba en serio. En los últimos tiempos, el naviero había estado muy enfermo y los rumores decían que no le quedaba mucho. El joven que ahora estaba delante de él iba a recibir una importante herencia en breve, pero su padre había impuesto una condición. No debían entrar personas ajenas a la familia en la ecuación. Bajo ningún concepto la mujer con la que su heredero se casara podía tener hijos de matrimonios anteriores. Y ahí residía el problema. Lamentablemente, la mujer de la que el hijo del naviero estaba perdidamente enamorado sí tenía hijos de una relación anterior: una niña de dos años y un niño de cuatro. Los niños tenían que desaparecer y el pastor debía casar a la pareja, para que la mujer cumpliera con las condiciones exigidas por el conservador naviero. ¿Era posible?

El plan que la pareja había ideado era el siguiente: el joven tenía un pariente lejano en Australia, que había accedido a hacerse cargo de los niños hasta que se formalizaran todos los documentos. Los niños estarían fuera un año o dos, y después volverían a casa. Posiblemente, el naviero incluso podía ir al cielo antes. ¿Qué opinaba el pastor? ¿Podía encontrar un hueco en su alma para ayudarles a superar esta crisis?

El pastor fingió reflexionar un rato, pero en realidad la decisión ya estaba tomada. El sobre que el joven había puesto discretamente encima de la mesa era grueso, y ¿por qué no iba a ayudar a una joven pareja en apuros? Además, las exigencias del viejo naviero no le parecían nada razonables. El pastor accedió y casó a la pareja menos de una semana más tarde, en una ceremonia sencilla, delante del colorido retablo en una iglesia cerrada con llave.

Un poco menos de un año más tarde, en enero de 1973, el pastor recibió una nueva visita en su despacho. Esta vez la mujer joven venía sola. Estaba visiblemente preocupada y le dijo al pastor que él era el único con quien podía hablar. Algo iba mal. No había tenido ninguna noticia de los niños. Le habían prometido fotos y cartas, pero no había llegado nada, ni una palabra. De hecho, empezaban a entrarle dudas de si de verdad existía ese pariente en Australia. Además, la mujer dijo que su marido ya no era la persona que ella había conocido. No hablaban, ni siquiera

compartían dormitorio, y además tenía secretos, oscuros secretos, que ni siquiera podía mencionar en alto, casi ni se atrevía a pensar en ellos. ¿Había algo que el pastor pudiera hacer? Este la tranquilizó y dijo que quería ayudarla, naturalmente. Ya pensaría en un modo de hacerlo y le pidió que volviera unos días más tarde.

A la mañana del día siguiente encontraron a la mujer muerta, doblada sobre el volante de su coche, en una profunda zanja cerca de la lujosa propiedad de la familia naviera en Vesterøya, no muy lejos del centro de Sandefjord. En el periódico se dejaba intuir que la mujer había conducido ebria y que la policía consideraba que se trataba de un trágico accidente.

Después de haber atendido a la familia en el entierro, el pastor decidió hacer una visita al joven naviero. Le dijo la verdad, explicando que la mujer había ido a verle el día antes del accidente y que había expresado su preocupación por los niños. ¿Había algo que no iba bien? El joven naviero escuchó y asintió. Explicó que su mujer había estado muy enferma últimamente. Había tomado pastillas y había bebido demasiado. El propio pastor ya había visto cómo había terminado la tragedia. A continuación, el joven apuntó una cifra en una hoja de papel y la dejó sobre la mesa. ¿Esta ciudad no era demasiado pequeña para el pastor? ¿No sería mejor servir al Señor en otro lugar, tal vez más cerca de la capital? Unos minutos más tarde ya habían cerrado los detalles. El pastor se levantó de la silla y esa fue la última vez que vio al joven y poderoso naviero.

Unas semanas más tarde hizo las maletas.

Nunca más volvió a pisar Sandefjord.

La niña trataba de mantenerse totalmente quieta, tumbada bajo una manta en el sofá, mientras esperaba que los otros niños se quedasen dormidos. Ya había tomado la decisión. Esa noche lo haría. Ya no iba a tener más miedo. No esperaría más. Tenía siete años y ya era casi mayor. Lo haría cuando estuviera un poco más oscuro. No se había tomado la pastilla para dormir. La había colocado bajo la lengua y allí se había quedado todo el tiempo, incluso cuando había enseñado a la señora Juliane lo bien que se había portado.

—Déjame ver.

Lengua fuera.

—Buena chica. Siguiente.

Su hermano llevaba mucho tiempo haciéndolo. Desde aquella vez en que lo habían encerrado en la bodega. Lo hacía todas las noches, dejaba la pastilla bajo la lengua sin tragar.

—Déjame ver.

Lengua fuera.

—Buen chico. Siguiente.

Había pasado tres semanas ahí abajo, en la oscuridad, porque no quería pedir perdón. Todos los niños sabían que no había cometido ningún error, pero aun así los mayores lo habían encerrado. Y desde aquella vez ya no era el mismo. Todas las noches dejaba la pastilla bajo la lengua sin tragar y, en medio del letargo producido por los primeros efectos de su propia pastilla, ella veía cómo la sombra de su hermano se deslizaba por la habitación y desaparecía.

Algunas veces soñaba con el lugar al que iba. En una ocasión él era un príncipe que tenía que viajar a un país extranjero para besar a una princesa que llevaba mucho tiempo dormida. En otra, era un caballero que mataba a un dragón con una espada mágica que estaba clavada tan fuerte en una piedra que solo un chico muy especial podía sacarla. Eso pasaba en los sueños. No en la vida real. Ella no sabía lo que pasaba en la vida real.

La niña esperó hasta que oyó que los otros niños dormían, y luego salió sigilosamente de la casa. Era invierno, pero todavía hacía calor aunque la tenue luz del atardecer ya envolvía los árboles. La niña caminó descalza sobre el patio, manteniéndose entre las sombras hasta que alcanzó la arboleda. Tras comprobar que nadie la había visto, echó a correr a lo largo del sendero que bajaba entre los grandes árboles hacia la verja, la que tenía un cartel con un texto en inglés: «Los intrusos serán denunciados». Este era el lugar donde ella había decidido comenzar la búsqueda.

Había oído que su hermano y los otros chicos hablaban en voz baja sobre ello. Decían que había un lugar donde podías estar solo. Un viejo cobertizo en ruinas, una pequeña cabaña que estaba escondida en el extremo del terreno, pero ella nunca la había visto con sus propios ojos. Se levantaban a las seis de la mañana todos los días y se acostaban a las nueve. Siempre en punto, el horario nunca cambiaba, con tan solo dos descansos entre las clases, los deberes, el yoga, la colada y todas las demás tareas que tenían. La niña sonreía ante el sonido de los grillos y sintió cómo la suave hierba le cosquilleaba bajo los pies cuando salió del sendero y continuó sigilosamente a lo largo de la valla hacia el lugar en donde se imaginaba que debía de estar la

pequeña cabaña. Por la razón que fuera, no tenía miedo. Se sentía casi ligera. El terrible miedo llegaría más tarde, pero de momento se sentía feliz, como una mariposa libre, totalmente sola con sus pensamientos en medio del bonito bosque, que olía tan bien. Su sonrisa se volvió más amplia y deslizó los dedos sobre una planta que se parecía a una estrella, era casi como estar dentro de uno de los sueños que solía tener cuando no le daban las pastillas más fuertes. Se agachó para pasar por debajo de una rama y ni siquiera se sobresaltó cuando oyó un ruido entre los arbustos a pocos metros de distancia. ¿Podía ser un koala que se había aventurado a bajar de los árboles, o un canguro que había saltado la valla? Sonrió para sí y pensó en lo bonito que sería acariciar un koala. Sabía que tenían zarpas afiladas y que en realidad no había que achucharles, pero aun así trató de imaginarse cómo sería, con el pelo suave y caliente entre sus dedos, el morro húmedo haciéndole cosquillas en el cuello. Casi había olvidado por qué había venido, cuando de repente se despertó y se quedó completamente inmóvil. La fachada de la cabaña estaba a tan solo unos metros de distancia. La niña ladeó la cabeza y contempló con curiosidad las grises tablas de madera que de repente se habían materializado delante de ella. Así que era verdad, después de todo, lo que habían comentado entre susurros. Había un lugar en el bosque. Un lugar donde era posible esconderse y estar totalmente a solas. Se movió sigilosamente hacia la fachada gris y sintió un escalofrío agradable bajo la piel mientras se acercaba a la puerta.

La niña todavía no sabía que lo que estaba a punto de ver la iba a cambiar para siempre, que la iba a perseguir todas las noches en los años venideros, bajo la manta en el duro sofá, en el vuelo al otro extremo del planeta después de que la policía fuera a buscarles en medio del llanto de todos los niños, bajo el edredón en la cama blanda del nuevo país donde todos los sonidos eran diferentes. No sabía nada de esto cuando levantó la mano hacia la manija de madera y abrió la puerta lentamente, con un chirrido.

Dentro estaba oscuro. Sus ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse, pero no había dudas. Al principio solo se veía el contorno, pero luego cada vez más. Él estaba sentado ahí dentro.

Su hermano.

No llevaba ropa. Se encontraba completamente desnudo, pero su cuerpo se hallaba cubierto de… ¿plumas? Permanecía agazapado en un rincón, un ser torcido, parecido a un pájaro, una cosa de otro mundo que tenía algo en la boca. Un pequeño animal. ¿Un ratón? Su hermano estaba cubierto de plumas y tenía un ratón muerto entre los dientes.

Esa fue la imagen que le cambió la vida. Su hermano, girándose lentamente hacia ella, con una expresión ligeramente sorprendida en los ojos. Parecía que no la reconocía. La luz que entraba por la sucia ventana, por encima de la mano cubierta de plumas que se movía despacio en el aire. La boca que se convirtió en una sonrisa con unos dientes blancos y brillantes cuando sacó el ratón y clavó sus ojos muertos en los de ella. Después agitó las plumas y dijo:

—Yo soy el búho.

1

1

El botánico Tom Petterson sacó la bolsa con la cámara del coche y se quedó un rato admirando las vistas de las aguas del fiordo, tranquilas como un espejo. Después echó a andar por el bosque. Era un sábado de principios de octubre y el fresco sol bañaba el paisaje a su alrededor con una luz maravillosa; los rayos incidían suaves sobre las hojas rojas y amarillas del otoño que no tardarían mucho en caer y dar paso al invierno.

Tom Petterson amaba su trabajo. Sobre todo cuando podía llevarlo a cabo en el campo. Las diputaciones de Oslo y Akershus le habían encargado la tarea de registrar ejemplares de *Dracocephalum ruyschiana,* una flor en peligro de extinción que crecía en la zona alrededor del Fiordo de Oslo. Tom había recibido un aviso a través de su blog y hoy iba a comprobarlo. Iba a registrar el número y la localización exacta de los ejemplares recién descubiertos.

La *Dracocephalum ruyschiana* era una planta extremadamente rara que alcanzaba una altura de entre diez y quince centímetros, y tenía flores pequeñas de color azul oscuro que en otoño se secaban y se convertían en frutos marrones que recordaban a aristas de cebada. No solo la especie estaba en peligro de extinción, también era el hogar del escarabajo de *Dracocephalum ruyschiana,* muy difícil de ver, un pequeño insecto de color azul brillante que se alimentaba exclusivamente de estas flores. Las maravillas de la naturaleza, pensó Tom Petterson, y sonrió para sí, mientras salía del sendero y continuaba siguiendo la descripción de la ruta que el perspicaz biólogo aficionado le había enviado. Nunca lo diría en alto, porque le habían educado en la creencia de que no había nada parecido a un dios, sus padres habían insistido especialmente en ello, pero algunas veces no podía evitar pensarlo. La Creación. Todas estas cosas pequeñas y grandes que estaban tan maravillosamente interrelacionadas. Las aves que volaban muy lejos rumbo al sur cada otoño para anidar, cubriendo unas distancias enormes y terminando siempre en el mismo lugar. Las hojas que cambiaban de color en las mismas fechas cada otoño, convirtiendo los árboles y el suelo en obras de arte vivas. No, nunca lo diría en alto, pero a menudo lo pensaba.

Tom Petterson trabajaba en el Instituto de Ciencias Biológicas de la Universidad de Oslo. Eso era lo que había estudiado y después de graduarse le habían ofrecido un puesto de trabajo. El año anterior se había hablado en los pasillos de la posibilidad de que se convirtiera en director del instituto, pero Tom Petterson no había dado ningún paso para obtener el puesto. ¿Director del instituto? No, eso suponía llevar a cabo demasiadas tareas administrativas. Le gustaba su propio puesto, las expediciones en la naturaleza, por eso había estudiado botánica. No para perder el tiempo en reuniones.

Cuando lo llamaron de la diputación aceptó el encargo con orgullo. Ansiaba ser el protector de la *Dracocephalum ruyschiana.* El botánico sonrió para sí al pensar en el descubrimiento que

había hecho en la isla de Snarøya unos años antes. Un gran conjunto de flores en la guardería de los millonarios. No todo el mundo se había alegrado, claro está; los que habían comprado terrenos en el lugar donde él encontró las plantas habrían preferido construir sus chalés y piscinas en paz, pero la *Dracocephalum ruyschiana* estaba protegida por la convención de Berna y no podía ser molestada bajo ningún concepto.

Dobló a la derecha entre dos grandes abetos y siguió el curso de un arroyo cuesta arriba hacia el lugar en donde se suponía que estaban las plantas. Sonrió para sí otra vez. Tom Petterson era un férreo defensor del medio ambiente y le había encantado ver cómo, por una vez, una pequeña especie ganaba la lucha contra las palas mecánicas.

Saltó el arroyo y, de repente, se quedó quieto al oír algo que se movía entre la maleza delante de él. Petterson levantó la cámara, listo para disparar. ¿Un tejón? ¿Era eso lo que había visto? ¿Ese animal nocturno no tan común como la gente creía? Siguió los ruidos y poco después llegó a un pequeño claro, decepcionado por no haber visto nada. Le faltaba una buena foto de un tejón para su blog, y además habría sido una bonita historia, tres *Dracocephalum ruyschiana* y un tejón, una perfecta excursión de sábado.

Había algo tendido en el suelo en medio del claro.

«Un cuerpo desnudo de color blanco azulado».

«Una chica».

«¿Una adolescente?».

Tom Petterson se llevó un susto tan grande que no se dio cuenta de que la cámara se le caía de las manos y aterrizaba entre el brezo del suelo.

«Había una chica muerta en el claro».

«¿Plumas?».

Por Dios.

«Había una adolescente desnuda en el bosque».

«Rodeada de plumas».

«Con un lirio blanco en la boca».

Tom Petterson se dio media vuelta y, abriéndose paso por la espesura con la respiración entrecortada, encontró el sendero, bajó corriendo como pudo hasta el coche y llamó al 112.

2

El investigador de homicidios Holger Munch estaba sentado en el coche delante de su antiguo hogar en Røa, arrepentido de haber aceptado la invitación. Había vivido en la casa unifamiliar junto con su exmujer Marianne hasta hacía unos diez años, y no la había pisado desde entonces. El corpulento investigador encendió un cigarrillo y bajó la ventanilla. Unos días antes había ido a hacerse los análisis anuales y el médico le había vuelto a decir que debía reducir el consumo de grasa y dejar de fumar, pero eso no entraba en los planes del policía de cincuenta y cuatro años. Por lo menos lo último. Holger Munch necesitaba los cigarrillos para pensar, y si había algo que le gustaba era justo eso, usar la cabeza.

Holger Munch amaba el ajedrez, los crucigramas, las matemáticas, cualquier cosa que obligase al cerebro a trabajar. Pasaba mucho tiempo delante del ordenador, chateando con sus amigos sobre las partidas de ajedrez de Magnus Carlsen, o sobre la solución de problemas matemáticos grandes o pequeños, por ejemplo uno que le acababa de mandar por e-mail su amigo Yuri, un profesor de Minsk que había conocido en la red quince años antes.

> Una vara de metal está clavada en el fondo de un lago. La mitad de la vara se encuentra bajo tierra. Una tercera parte de la vara está bajo el agua. Ocho metros de la vara sobresalen del agua. ¿Qué longitud tiene la vara? Saludos, Y.

Munch reflexionó un poco antes de dar con la respuesta, y estaba a punto de enviar el e-mail cuando sonó el teléfono. Miró la pantalla. Era Mikkelson, su jefe de Grønland. Munch dejó que el teléfono sonara unos segundos, sopesando la posibilidad de contestar, pero al final decidió cortar la llamada. Pulsó el botón rojo y volvió a meterse el teléfono en el bolsillo. Ahora tocaba estar con la familia. En eso se había equivocado, aquella vez hacía poco más de diez años. No había dedicado el tiempo suficiente a la familia. Había trabajado día y noche y, cuando llegaba a casa, tenía la cabeza en otro sitio. Y ahora estaba otra vez delante de esa casa, en la que ella ya vivía con otro.

Holger Munch se rascó la barba y miró, a través del espejo, la gran caja envuelta en papel rosa con lazos dorados que descansaba en el asiento trasero. Era el cumpleaños de Marion, su nieta. Su ojito derecho cumplía seis. Por eso había aceptado subir hasta aquí, hasta Røa, aunque en realidad había decidido no volver a pisar esta casa. Munch dio una calada profunda al cigarrillo y pasó la mano por el dedo donde hasta hacía un momento había estado la alianza. Seguía llevándola, diez años después de la ruptura. No había podido quitársela. Marianne. Había sido su gran amor. Se había imaginado que siempre estarían juntos y él no había salido con nadie, ni una sola vez, tras el divorcio. No es que le hubieran faltado ocasiones. Varias mujeres habían mostrado interés, pero no le apetecía. No le había parecido correcto. Sin embargo, ahora lo había

hecho, se había quitado la alianza. Estaba en el armario de las medicinas en el cuarto de baño de su casa. No había podido tirarla. Y eso que habían pasado diez años. ¿Tenía sentido mantener la esperanza? ¿O estaba equivocado? ¿Debía hacer lo que varios de sus amigos le habían aconsejado? ¿Seguir con su vida? ¿Buscar a otra?

Holger Munch suspiró hondo, dio otra calada al cigarrillo y volvió a mirar el gran regalo rosa. Posiblemente se había pasado esta vez también. Su hija, Miriam, le había echado la bronca muchas veces a lo largo de los años porque pensaba que le consentía demasiados caprichos. Le daba todo lo que ella quería. Esta vez había comprado algo que no era políticamente correcto, pero era algo que él sabía que su nieta quería más que cualquier otra cosa. Una muñeca Barbie, con una gran casa Barbie y un coche Barbie. Ya podía imaginarse el sermón que le soltaría su hija Miriam. Sobre niños consentidos. Sobre el cuerpo de la mujer y modelos e ideales, pero, por Dios, a fin de cuentas no era más que una muñeca, ¿no? ¿Qué podía tener de malo, si era lo que la niña quería?

El teléfono sonó de nuevo. Era Mikkelson otra vez, y una vez más Munch pulsó el botón rojo. Cuando el teléfono sonó por tercera vez, estuvo a punto de cogerlo. «Mia Krüger». Pensó con cariño en su joven colega, pero aun así no contestó. Había que estar con la familia. La llamaría más tarde. Tal vez podría quedar con ella después para tomar una taza de té en el Justisen. Le vendría bien, después de esta sesión. Hablar con Mia. Hacía tiempo que no quedaban y la echaba de menos.

Hacía tan solo unos meses que la había ido a buscar a una isla de la costa de Trøndelag.

Ella se había aislado del mundo, sin teléfono, y él había tenido que tomar un avión hasta Værnes, alquilar un coche y convencer a la policía local para que le llevaran en una lancha hasta donde se encontraba. Se había llevado una carpeta de un caso. Eso fue lo que la había convencido para volver a la capital.

Holger Munch respetaba a toda la gente de la unidad, pero Mia Krüger era muy especial. La había sacado de la academia antes siquiera de que hubiera terminado sus estudios, cuando todavía no tenía más que veintipocos años, por recomendación del director de la academia, un antiguo colega. Holger Munch había quedado con ella en una cafetería, una reunión informal fuera de la academia. Mia Krüger. Una chica joven que llevaba un jersey blanco y pantalones negros ajustados, con un pelo largo y negro, casi parecía una india, y unos ojos de color azul, el azul más claro que había visto en su vida. Lo había desarmado desde el primer momento. Era inteligente y tranquila, con mucha confianza en sí misma. Parecía que se daba cuenta de que él había venido a probarla, pero aun así contestó con educación y con un peculiar brillo en los ojos, como diciendo: «¿Crees que soy boba o qué?».

Muchos años antes, Mia Krüger había perdido a Sigrid, su hermana gemela. La habían encontrado muerta por una sobredosis de heroína en un sótano de Tøyen. Mia había echado la culpa al novio de Sigrid y muchos años después, durante un registro rutinario de una caravana junto a Tryvann, lo habían encontrado por casualidad, esta vez con una nueva víctima a su lado. En un arrebato de ira, Mia Krüger lo había matado de dos disparos en el pecho. El propio Holger Munch estaba presente y sabía que el acto podía clasificarse como defensa propia, pero después de haber testificado a su favor lo habían trasladado, mientras que habían obligado a Mia a someterse a un tratamiento. Tras casi dos años en la comisaría de Hønefoss, a Munch, por fin, lo habían llamado para dirigir la unidad de investigación de la calle Mariboesgate. Él, a su vez, había reincorporado a Mia, pero, después de haber resuelto el caso de la carpeta, el jefe de Grønland había considerado que ella seguía mostrando señales de inestabilidad. Mikkelson la

había suspendido otra vez, diciendo que no podía volver a la oficina hasta que un psicólogo no le diera el alta.

Munch cortó una llamada más de su jefe de Grønland y se quedó mirándose en el espejo. ¿Qué creía que estaba haciendo? Habían pasado diez años y aquí estaba, delante de la misma casa donde ella ahora vivía con otro, ¿y todavía pensaba que las cosas se arreglarían?

«Eres bobo, Holger Munch. No era solo Mia la que tenía que haber ido al psicólogo».

Munch suspiró y salió del coche. Ya empezaba a hacer más frío. El verano había terminado definitivamente, y también el otoño, según parecía, y eso que el mes de octubre acababa de empezar. Se ajustó la trenca alrededor de la barriga, sacó el teléfono y mandó la respuesta a Yuri.

48 metros ;) HM

Dio una última calada al cigarrillo, sacó el enorme regalo del asiento trasero, inspiró hondo dos veces y comenzó a subir lentamente por el camino de grava hacia el chalé blanco.

3

Mia Krüger vio que el hombre del bigote fino movía la boca al otro lado del gran escritorio, pero no tenía fuerzas para escucharle. Las palabras no llegaban hasta sus oídos. Echaba en falta las gaviotas. El olor de las olas que rompían contra las rocas. La tranquilidad. Y se preguntó una vez más por qué había accedido a hacer esto. Ir al psicólogo. Hablar sobre sí misma. Como si eso fuera a ayudar. Sacó una pastilla del bolsillo y se arrepintió una vez más de haberlo aceptado. Debería haber dimitido, sin más.

«Inestable y no apta para trabajar».

Puñetero Mikkelson, que no tenía ni idea de nada, que nunca había tenido que enfrentarse a un caso y que solo estaba donde estaba porque sabía cómo lamer la parte más baja de la espalda de los políticos.

Mia suspiró y trató una vez más de entender qué era lo que había dicho el hombre tras el escritorio. Ahora parecía que le tocaba contestar, pero no había oído la pregunta.

—¿Qué quieres decir? —dijo, pensando en la chiquilla delgada con la nuca rapada y el flequillo rubio que había visto salir por la gran puerta que daba a la sala de espera, llena de revistas con portadas que a ella no le decían nada. «Recupérate con entrenamiento mental. Ponte en forma con el método 1-2-3».

—¿Las pastillas? —dijo el psicólogo, seguramente por tercera vez, echándose hacia atrás en la butaca y quitándose las gafas.

Una señal de cercanía, de que ahí podía estar segura. Mia suspiró y se puso la pastilla sobre la lengua. Según parecía, él no sabía con quién estaba hablando. Ella podía ver el interior de las personas desde que era pequeña. Por eso echaba en falta las gaviotas. Allí no había maldad. Solo naturaleza. Las olas que rompían contra las rocas. Los ruidos de la calma y de la nada por todas partes.

—Bien —contestó Mia, esperando que fuera lo correcto.

—¿Así que has dejado de tomarlas? —insistió el psicólogo, poniéndose las gafas otra vez.

—No me costó más que un par de semanas.

—¿Y el alcohol?

—Hace mucho que no tomo ni una gota —respondió Mia, de nuevo sin decir la verdad.

Miró el reloj que estaba encima de la cabeza del psicólogo, las agujas que se movían con demasiada lentitud y le decían que todavía le quedaba un rato. Pensó con odio en Mikkelson otra vez e incluyó a este psicólogo, con oficinas en el mejor barrio del oeste de Oslo, en el pensamiento, pero luego se dio cuenta de que el último no tenía la culpa. Solo quería ayudar. Y se suponía que era de los buenos. El psicólogo Mattias Wang. Ella en realidad había tenido suerte, solo había escogido un nombre de la lista en la red después de haber tomado la decisión

de darle una oportunidad. No quería ir a uno del Estado. ¿Existía el secreto profesional en Grønland? No parecía muy probable, sobre todo en su caso, el caso de Mia Krüger.

—¿Por qué no hablamos un poco de Sigrid?

Mia había bajado la guardia un poco, pero ahora volvió a ponerse la armadura. Él podría ser el mejor y más amable psicólogo del mundo, pero Mia no había venido para hablar de su interior. Quería volver al trabajo. Echar unas horas donde el psicólogo. Conseguir el certificado que necesitaba. «Parece totalmente recuperada, no le cuesta hablar de ello, entiende sus problemas. Recomiendo la reincorporación inmediata a jornada completa».

Sonrió un poco para sí y le hizo una peineta imaginaria a Mikkelson.

«No apta para trabajar».

Que te jodan, eso fue lo primero que pensó, naturalmente, pero se había rendido después de cinco semanas de soledad en el nuevo piso que había comprado en Bislett, rodeada de cajas de cartón que no tenía fuerzas para abrir, atrapada en un cuerpo que pedía pastillas a gritos, porque ella se las había dado durante tanto tiempo. Había perdido a toda la gente que había querido. Sigrid. Mamá. Papá. La abuela. En el cementerio en las afueras de Åsgårdstrand solo faltaba ella. Lo único que quería era dejar este mundo. Escaparse de toda esta miseria. Sin embargo, después de un tiempo, Mia se había dado cuenta de que sus colegas le caían bien. Durante el periodo en que había trabajado tras el intervalo solitario en la isla, había tenido la sensación de que era posible, de que vivir podría tener una especie de sentido, después de todo. En todo caso, le daría una oportunidad. Por un tiempo. Eran buenas personas. Buena gente; gente que, de hecho, le importaba.

Munch. Curry. Kim. Anette. Ludvig Grønlie. Gabriel Mørk.

—¿Sigrid? —repitió el hombre desde el otro lado del escritorio.

—¿Sí? —dijo Mia, y perdió el hilo de nuevo, pensando en la chica que había visto salir del despacho, la que tenía una cita antes de ella. Habría quince años de diferencia entre las dos pero ambas tenían la misma expresión de vergüenza. «Sí, yo también vengo aquí, yo tampoco soy normal».

—Deberíamos hablar de ello, ¿no?

El psicólogo otra vez, ahora parecía que no iba a poder escabullirse.

«Sigrid Krüger,

hermana, amiga e hija.

Nacida el 11 de noviembre de 1979. Fallecida el 18 de abril de 2002.

Muy querida. No te olvidaremos nunca».

El psicólogo se quitó las gafas otra vez y volvió a echarse hacia atrás en la butaca.

—Deberíamos hablar de ella en breve, ¿no te parece?

Mia se subió la cremallera de la cazadora de cuero y señaló el reloj de la pared.

—Claro —dijo, con una leve sonrisa—. Pero tendrá que ser la próxima vez.

Mattias Wang parecía casi decepcionado al descubrir que las agujas del reloj indicaban que la hora había terminado.

—Bueno, de acuerdo —dijo, dejando el bolígrafo sobre el cuaderno delante de él—. ¿A la misma hora la próxima semana?

—Vale.

—Es importante que… —añadió el hombre del bigote, pero Mia ya estaba saliendo por la puerta.

4

Holger Munch sintió cierta irritación, pero también una especie de alivio, cuando entró en su antigua casa por primera vez en diez años. Irritación porque había aceptado acudir a celebrar ahí el cumpleaños de Marion. Alivio porque le había preocupado un poco la idea de andar rodeado de viejos recuerdos, no sabía muy bien cómo iba a sentirse, pero la casa en la que ahora se encontraba ya no se parecía a la antigua. La habían reformado. Habían tirado algunos tabiques. Las paredes estaban pintadas de otros colores. Munch se sorprendió pensando en que su antiguo hogar se había vuelto bastante bonito, y, cuanto más veía de él, más se tranquilizaba. Y no había ni rastro de Rolf, el profesor de Hurum. Al final la tarde quizá no iba a ser tan horrible, después de todo.

Marianne lo había recibido en la puerta, con la misma expresión en la cara que en las ocasiones anteriores en las que se habían visto obligados a pasar tiempo juntos, ya fueran confirmaciones, cumpleaños o funerales, y con un saludo educado y amable. No había abrazos ni muestras de afecto, pero tampoco amargura, decepción u odio en sus ojos, como las primeras veces en que se habían visto tras el divorcio. Solo una sonrisa reservada, pero amable: «Bienvenido, Holger, siéntate en el salón, estoy preparando la tarta para Marion, seis velitas. No me puedo creer que ya sea tan mayor».

Munch colgó la trenca en el pasillo y, estaba a punto de llevar el regalo al salón, cuando oyó un pequeño aullido, seguido del ruido de alguien que bajaba por las escaleras con pequeños pasitos expectantes.

—¡Abuelo!

Marion se acercó corriendo y le dio un largo abrazo.

—¿Es para mí? —preguntó la niña, mirando el regalo rosa con grandes ojos.

—Felicidades —dijo Munch con una sonrisa, acariciando el pelo de su nieta—. ¿Cómo te sientes ya con seis años?

—No muy diferente, la verdad, casi igual que ayer, cuando tenía cinco —contestó sonriendo la precoz Marion, sin apartar los ojos del regalo—. ¿Puedo abrirlo ya, abuelo, ahora mismo? Por favor, ¿puedo?

—Habrá que esperar hasta después de cantar —dijo Miriam, que también había bajado del primer piso.

La hija de Munch se acercó a él y le dio un abrazo.

—Qué alegría que hayas podido venir, papá. ¿Qué tal estás?

—Todo bien —dijo Munch, y la ayudó a llevar el gran paquete hasta el salón, hasta una mesa donde había más regalos.

—Oh, todo esto para mí, por favor, ¿puedo abrirlos ya…? —suplicó la niña. Era evidente que

llevaba demasiado tiempo esperando.

Munch miró a su hija, quien le devolvió una sonrisa. Le gustó ver la expresión de su cara. La relación entre ellos tras el divorcio había sido todo menos cordial, por decirlo de una manera suave, pero durante los últimos meses parecía que el odio que la hija había sentido hacia él durante todos esos años estaba pasando poco a poco.

Diez años. Una relación fría entre padre e hija. Por el divorcio. Porque había trabajado demasiado. Y, luego, por extraño que pudiera parecer, fue el mismo trabajo lo que les había vuelto a unir, como si, después de todo, hubiera algún tipo de justicia en el mundo. Menos de seis meses antes, Miriam y Marion se habían visto directamente involucradas en un caso importante, tal vez el más difícil de los que la unidad se había ocupado. La niña de cinco años secuestrada por una persona enferma. Se podría haber pensado que aquello crearía una distancia aún mayor entre ellos, que la hija le hubiese considerado responsable de la desgracia también en esa ocasión, pero había ocurrido lo contrario. Miriam no se lo había tenido en cuenta, solo se había mostrado feliz de que la unidad resolviera el caso. Un nuevo tipo de respeto. A Munch le parecía que se le notaba en los ojos, ahora lo miraba de otra manera, comprendía lo importante que era su trabajo. Ambas, tanto Miriam como Marion, habían ido a terapia con un buen psicólogo de la policía para superar todas las cosas horribles que habían pasado. Afortunadamente, daba la impresión de que no le había afectado mucho a la niña. Demasiado pequeña para comprender lo mal que podría haber salido, tal vez. Era cierto que algunas noches habían sido más difíciles, cuando Marion se despertaba tras unas pesadillas extrañas, pero se le había pasado enseguida. A la madre le había costado más, claro está. Miriam había seguido con el psicólogo por un tiempo sin Marion. Quizá todavía iba, Munch no estaba seguro del todo, todavía no tenían una relación tan cercana como para contárselo, pero por lo menos iban bien encaminados. Paso a paso.

—¿Dónde está Johannes? —preguntó Munch cuando se sentaron en el sofá.

—Bueno, ya sabes, está de guardia. Llamaron de Ullevål. Ha tenido que marcharse. Vendrá si ve que puede. Ya sabes, el trabajo, no es tan fácil cuando eres una persona importante —dijo la hija, guiñándole un ojo.

Munch le devolvió una sonrisa amable, agradeciendo las palabras.

—Ya está hecha la tarta —anunció Marianne, y entró sonriente en el salón.

Holger Munch la miró de reojo. No quería hacerlo fijamente, pero no fue del todo capaz de quitarle los ojos de encima. Por un momento se cruzaron las miradas y, de repente, a Munch le entraron ganas de llevársela de vuelta a la cocina y rodearla con sus brazos, igual que en otro tiempos. Afortunadamente consiguió reprimirse con la ayuda de Marion, que ya no era capaz de aguantar más.

—¿Puedo abrirlos ya? Los regalos son mucho más importantes que esa estúpida canción.

—Primero tenemos que cantar y soplar las velas —dijo Marianne, pasando la mano por el pelo de su nieta—. Y hay que esperar a que venga todo el mundo, para que vean cuántas cosas bonitas te han traído.

Marianne, Miriam, Marion y él. Holger Munch no podía haber pedido mejor compañía para pasar una buena tarde. Sin embargo, fue como si las palabras de su exmujer sobre la necesidad de esperar a todos estuvieran sacadas de una obra de teatro, una réplica que señalaba que algo iba a pasar, porque en aquel momento se abrió la puerta de la calle y allí estaba Rolf, el profesor de Hurum, con una sonrisa en la cara y un enorme ramo de flores en las manos.

—Hola, Rolf —le recibió Marion, corriendo con una sonrisa en la cara hacia la puerta para

darle un abrazo.

Munch sintió una punzada al ver cómo los pequeños brazos se cerraban alrededor del hombre, que a él le caía muy mal, pero se le pasó rápidamente. Amaba a la niña por encima de cualquier otra cosa en el mundo, y para ella la vida siempre había sido así. El abuelo, solo. La abuela y Rolf, juntos.

—¡Mira cuántos regalos me han hecho!

Arrastró al profesor de Hurum hasta el salón para que pudiera ver la mesa de los regalos.

—Qué bonito —dijo el profesor, pasándole la mano por el pelo.

—¿También son para mí? —preguntó Marion, sonriendo, mientras señalaba el gran ramo de flores que sujetaba en la mano.

—No, son para tu abuela —dijo el profesor, echando una mirada a Marianne, que los estaba contemplando desde la puerta.

Munch vio la mirada que le devolvió su exmujer. Y por fin terminó la buena sensación. El idilio. El falso idilio. Se levantó para saludar, estrechó la mano del profesor y se quedó mirando mientras el hombre al que en realidad odiaba entregaba el ostentoso ramo de flores a su exmujer y le daba un beso en la mejilla.

Por fortuna, volvió a salvarle Marion, cuya cara se había puesto totalmente roja de la tensión y ya no podía esperar más.

—Ahora sí que hay que cantar la canción —dijo la niña en voz alta, recordando cariñosamente a Munch la razón por la que había venido.

Cantaron rápidamente, sabiendo que Marion no escuchaba. Sopló las velas de la tarta y se abalanzó sobre los regalos.

Menos de media hora más tarde, la niña ya había terminado. Estaba casi agotada, sentada delante de sus regalos. Le habían gustado las cosas de Barbie, la niña se había colgado alrededor de su cuello, y, si Munch había esperado una mirada de reprobación por parte de Miriam por haberse pasado y elegido mal de nuevo, esta vez no llegó. La hija solo había sonreído, casi parecía una sonrisa de agradecimiento, y le había transmitido la sensación de que todo estaba en orden.

Después de que la niña abriese los regalos, hubo un momento incómodo. Marianne y el profesor estaban en un sofá al otro lado de la mesa, parecía que se esperaba una conversación que ninguno de ellos en realidad quería tener, pero Munch fue salvado de nuevo, esta vez por el teléfono. Era Mikkelson otra vez, y ahora le vino muy bien contestar. Munch se disculpó y salió a las escaleras, donde encendió un cigarrillo, largamente deseado, y contestó la llamada.

—¿Sí?

—¿Qué, ya no coges el teléfono? —gruñó una voz irritada en el otro lado.

—Asuntos familiares —contestó Munch.

—Qué bonito —dijo Mikkelson con sarcasmo—. Siento de verdad interrumpir el idilio, pero te necesito.

—¿Qué ocurre? —preguntó Munch con curiosidad.

—Una adolescente —continuó Mikkelson, ya un poco más tranquilo.

—¿Dónde? —dijo Munch.

—En las afueras de Hurum. Un excursionista la ha encontrado hace unas horas.

—¿Y estamos seguros?

—¿De qué?

—De que se trata de un 233.

Munch dio una larga calada al cigarrillo. Pudo oír cómo se reía la pequeña Marion al otro lado de la puerta. Alguien la estaba persiguiendo por la casa, seguramente el idiota que le había quitado el sitio. Munch negó con la cabeza con irritación. La celebración de un cumpleaños en su antigua casa. ¿Qué se había pensado?

—Me temo que sí —confirmó Mikkelson—. Te necesito allí inmediatamente.

—Vale, ya estoy en camino —dijo Munch, y colgó.

Tiró el cigarrillo y ya estaba bajando por las escaleras cuando se abrió la puerta y Miriam salió.

—¿Todo en orden, papá? —preguntó la hija, mirándole con una expresión preocupada.

—¿Qué? Sí, claro… Solo son… cosas del trabajo.

—De acuerdo —dijo Miriam—. He pensado que debería…

—¿Qué, Miriam? —la apremió Munch con impaciencia, pero se relajó, acariciándole el hombro con suavidad.

—Prepararte para la gran noticia —dijo la hija sin mirarle a los ojos.

—¿Qué clase de noticia?

—Van a casarse —contestó Miriam rápidamente, todavía sin mirarle.

—¿Quiénes?

—Mamá y Rolf. He intentado decirles que hoy quizá no fuera el mejor día para anunciarlo, pero…

Miriam ya lo estaba mirando, visiblemente preocupada.

—¿Entras o qué?

—Ha surgido un caso —dijo Munch lacónicamente, y luego no supo qué más podía decir.

¿Casarse? La tarde había empezado tan bien, había pensado que… Bueno, ¿qué era lo que había pensado? Se enfadó consigo mismo. ¿Qué se había esperado? Idioteces. Pero ahora tenía otra cosa en que pensar. Algo mucho más importante.

—¿Así que te marchas? —preguntó Miriam.

—Sí —respondió Munch.

—Espera un poco, te traigo el abrigo —le indicó Miriam, y volvió con su trenca.

—Les felicitas de mi parte —dijo Munch secamente y comenzó a bajar hacia el coche.

—Llámame, ¿vale? Quiero hablar contigo de una cosa, es bastante importante para mí. Cuando te venga bien, ¿OK? —dijo Miriam tras él.

—Claro, Miriam. Te llamaré —contestó Munch, y echó a andar más rápido por el camino de grava. Entró apresuradamente en el Audi negro y arrancó el coche.

5

No eran ni las cinco de la tarde cuando Holger Munch llegó a la zona acordonada por la policía en las afueras de Hurum, pero aun así estaba casi totalmente oscuro. Enseñó su tarjeta a través de la ventanilla y un joven aspirante a policía que parecía un poco avergonzado por haberle parado le indicó rápidamente que pasara.

Munch aparcó el coche en el arcén a un centenar de metros más allá del cordón y salió a la fresca tarde de otoño. Encendió un cigarrillo y se ajustó la trenca.

—¿Munch?

—¿Sí?

—Soy Olsen, el coordinador de la operación.

Munch apretó la mano enguantada que pertenecía a un policía alto de mediana edad al que no reconocía.

—¿Cuál es la situación?

—La víctima fue encontrada alrededor de seiscientos metros más arriba de esta carretera en sentido noroeste —dijo el hombre fornido, señalando el oscuro bosque.

—¿Quién está ahí ahora?

—Los técnicos. El médico forense. Uno de los tuyos… ¿Kolstad?

—Kolsø.

Munch abrió el maletero del Audi, sacó sus botas y estaba a punto de ponérselas cuando sonó su teléfono.

—Munch.

—Soy Kim. ¿Ya has llegado?

—Sí, estoy abajo, en la carretera. ¿Y tú?

—En la carpa aquí arriba. Vik ya ha terminado y empieza a perder la paciencia, pero les he dicho que no la muevan hasta que no vengas. Bajo a buscarte.

—De acuerdo, muy bien. ¿Qué tal pinta tiene?

—Tenemos una larga noche por delante. Un hijo de puta muy enfermo.

—¿Qué quieres decir? —dijo Munch, y de repente sintió cómo una sensación de malestar iba apoderándose de él.

«¿Un hijo de puta muy enfermo?».

Holger Munch tenía casi treinta años de experiencia como investigador de homicidios y había visto casi de todo, cosas que harían que las personas normales no pudieran dormir por las noches, pero raras veces perdía la compostura, normalmente era capaz de mantener una distancia profesional con respecto a lo que veía. Si la afirmación hubiera venido de uno de los otros, no le habría preocupado. Si hubiera sido Mia, que no tenía armazón y dejaba que todo le afectara

profundamente, o Curry, con sus constantes altibajos, ¿pero Kim Kolsø? A Munch le daba mala espina.

—¿Quieres que te lo cuente o prefieres verlo? —continuó Kolsø.

—Resúmemelo —dijo Munch, y se metió un dedo en el oído cuando un coche patrulla encendió de repente las sirenas y le pasó rozando.

—¿Me oyes? —dijo Kolsø a través del móvil.

—Sí, sí, repíteme lo último otra vez.

—Una adolescente, probablemente dieciséis o diecisiete años —continuó Kolsø—. Desnuda. Parece una especie de…, no sé cómo decirlo…, ¿ritual? Hay un montón de plumas alrededor de ella. Y velas…

Munch se metió de nuevo el dedo en el oído cuando otro coche patrulla siguió al primero con las sirenas activadas.

—… colocadas como formando una especie de símbolo…

Kolsø volvió a desaparecer. Munch miró con irritación a Olsen, que hablaba por teléfono, señalando con la mano hacia algo que estaba sucediendo junto a los cordones.

—No te oigo —dijo Munch.

—Una especie de estrella —continuó Kolsø.

—¿Qué?

—Una adolescente desnuda. El cuerpo está colocado en una posición extraña. Los ojos están abiertos de par en par. Hay un montón de plumas por aquí…

Kolsø desapareció de nuevo.

—No te entiendo —gritó Munch, y se metió el dedo en el oído otra vez.

—… Una flor.

—¿Qué?

—Alguien le ha metido una flor en la boca.

—¿Una qué?

—No te oigo bien —se escuchó la voz entrecortada de Kim—. Ahora bajo.

—Vale, estoy junto a… —dijo Munch al móvil, pero Kolsø ya había colgado. Munch negó con la cabeza y dio otra calada profunda al cigarrillo mientras Olsen, el coordinador de la operación, caminaba hacia él otra vez.

—Unos periodistas curiosos se han acercado demasiado, pero parece que por fin hemos conseguido acordonar toda la zona.

—Bien —dijo Munch—. ¿Habéis empezado a hacer las rondas por las casas de ahí arriba?

—Sí —contestó Olsen.

—¿Alguien ha visto algo?

—Todavía no me han comunicado nada.

—De acuerdo, procura que den una vuelta por el camping que hay más arriba, supongo que está cerrado a estas alturas del año, pero hay caravanas. Quién sabe, puede que tengamos suerte.

El coordinador asintió y desapareció.

Munch se calzó las botas altas y encontró un gorro en el bolsillo de la trenca. Tiró el pitillo y prendió otro con los dedos rojos y fríos; apenas fue capaz de encender el mechero. Joder, si hacía nada todavía era verano. No eran ni las cinco de la tarde y la oscuridad ya era impenetrable.

Kim apareció por la linde del bosque y se acercó a él con una expresión contrariada, detrás de una potente linterna.

—¿Ya estás preparado?

«¿Preparado?».

Kolsø estaba francamente irreconocible. Lo que había visto en el bosque le había afectado de una manera que preocupaba aún más a Munch.

—Sígueme de cerca. El terreno está quebrado de cojones, ¿vale?

Munch asintió con la cabeza y siguió a su colega, que normalmente era un hombre muy tranquilo, hacia el sendero que subía por el bosque.

6

Miriam Munch estaba delante de la puerta de un piso de la calle Møllergata, pensando en si debía pulsar el timbre o no.

El piso de Julie. Una de sus viejas amigas. Le había enviado varios SMS en los que le decía que tenía que ir a toda costa. Habían sido amigas íntimas unos años antes, en la época en la que solían frecuentar el Blitz y trabajaban de voluntarias en Amnistía Internacional, dos chicas jóvenes y rebeldes con toda la vida por delante y una fe firme en que merecía la pena protestar contra los más poderosos. Ahora todo aquello parecía pertenecer a un pasado lejano. A otra época. Una vida completamente diferente. Miriam suspiró y acercó el dedo lentamente al timbre, pero luego lo retiró. Se quedó reflexionando un poco más. Marion estaba en casa de la abuela y Rolf. Iba a pasar allí la noche. De hecho, iba a pasar allí todo el fin de semana después de su cumpleaños, había insistido en ello. Johannes estaba trabajando, como siempre, y no le apetecía mucho ir a casa, donde no había nadie, pero aun así le costaba llamar al timbre. No es que no estuviera acostumbrada a salir por ahí desde que había tenido a Marion, por Dios, tenía una vida social. Era otra cosa. Se miró los zapatos y le pareció que tenía una pinta cursi. Con esa falda y los zapatos de vestir. Ni se acordaba de la última vez en que se había puesto esa ropa. Había estado una hora delante del espejo en casa, probándose diferentes prendas, maquillándose, cambiando de idea, quitándose la ropa y el maquillaje. Acabó sentada en el sofá viendo la televisión y tratando de encontrar algo que la calmase de alguna manera, pero no había sido posible. Así que había vuelto a apagar la tele, se había maquillado de nuevo, había pasado un rato más delante del espejo con diferentes prendas, y ahora estaba aquí. Nerviosa como una adolescente, con un nudo en el estómago por primera vez en tanto tiempo que ni recordaba la última vez que le había sucedido.

«¿Qué andas haciendo?».

No podía comprenderlo. «Ella era feliz». Había repetido esta frase en su cabeza muchas veces a lo largo de las últimas semanas. «Eres feliz, Miriam». Tienes a Johannes. Tienes a Marion. Tienes la vida que quieres. Aun así no podía dejar de pensar en ello. Pensar en cosas que no debería. Lo había intentado, pero los pensamientos no querían desaparecer. Por las noches, con la cabeza descansando sobre la almohada antes de dormir. Por la mañana, en el momento en que se despertaba. Delante del espejo mientras se lavaba los dientes. Cuando acompañaba a Marion a la escuela y se despedía de ella junto a la gran puerta de hierro forjado. Los mismos pensamientos, una y otra vez, y esa imagen en la cabeza. Una cara. La cara. Siempre la misma cara.

«No, esto no es posible».

Ya se había decidido.

«Hasta aquí hemos llegado».

Inspiró y empezó a bajar las escaleras, cuando de repente se abrió la puerta detrás de ella y Julie salió.

—¿Miriam? ¿Adónde vas?

Parecía que su amiga ya había bebido bastante, agitaba una copa de vino en una mano y se reía en alto.

—Te he visto desde la ventana y he pensado que igual no encontrabas la puerta. Venga, entra, hay un montón de gente ya.

Julie levantó la copa de vino en un brindis e hizo un gesto a Miriam para que subiera.

—Me he equivocado de piso —mintió Miriam. Volvió a subir las escaleras lentamente y dio un abrazo a su amiga.

—Cariño —resopló Julie, y le plantó un beso en la mejilla—. Vamos, entra.

Su amiga de pelo corto, con la que había compartido todo hacía unos años, arrastró a Miriam al interior del piso y cerró la puerta de una patada.

—No hace falta que te quites los zapatos, vamos ya, quiero presentarte a todo el mundo.

Miriam, reticente, se dejó llevar hasta el salón, que se encontraba lleno. Había gente sentada en las ventanas, en los sofás, en las butacas y en el suelo, el pequeño piso estaba totalmente abarrotado. El espeso humo de tabaco y de otras sustancias menos legales llenaba la habitación, envolviendo las botellas y los vasos de todos los tipos y colores. Un chico joven con una cresta verde en la cabeza había secuestrado el equipo de música y acababa de poner un disco de los Ramones con el volumen tan alto que parecía que las paredes temblaban, y Julie tuvo que gritar para que la gente le prestara atención. Miriam habría preferido prescindir de esa atención, pero al final Julie lo consiguió.

—Vamos, Kyrre, tío. —Julie silbó—. Quita ese punk de aficionados.

Miriam, que estaba de pie en la puerta y cogida de la mano de su amiga, no dijo nada y, de repente, tuvo la sensación de estar demasiado arreglada y demasiado expuesta.

—Vamos, todo el mundo, escuchaaad —gritó Julie otra vez, cuando el chico de la cresta verde bajó el volumen a regañadientes—. Esta es mi vieja y querida amiga, Miriam. Se ha pasado al bando de los pijos, así que tratad de comportaros como seres humanos en lugar de monos esta noche, ¿vale?

Se rio en alto ante sus propias palabras y levantó la copa en un brindis.

—Bien, oíd, que no he terminado. Miriam es hija de un policía. Sí, habéis oído bien, su padre es el mismísimo superdetective Holger Munch, así que esconded la hierba, porque si no el escuadrón antinarco derribará la puerta en cualquier momento. Sí, Geir, estaba hablando contigo.

Levantó la copa hacia un chico con rastas y un jersey de punto que estaba sonriendo, echado sobre el alféizar con un enorme porro entre los labios.

—Ya está, puedes volver a subir el volumen —dijo Julie, con una sonrisa, al chico de la cresta —. Pero, por favor, si vas a poner punk, pon algo decente, como Black Flag o Dead Kennedys o algo así, ¿verdad, Miriam?

Miriam se encogió de hombros, deseando estar en otro sitio. Afortunadamente, parecía que a nadie le importaba mucho lo que Julie había dicho y dos segundos después volvió a sonar la música. La gente se fijó otra vez en sus vasos como si no hubiera ocurrido nada, mientras Julie llevaba a Miriam a través de la habitación hasta la cocina. Le dio una copa que llenó de un bidón de vino tinto que estaba sobre la encimera.

—Me alegro de que hayas venido —dijo Julie con una sonrisa, dándole otro abrazo largo—. Estoy un poco borracha, lo siento.

—No pasa nada —contestó Miriam sonriendo, y dejó la mirada vagar cautelosamente por la cocina.

No había visto la cara en el salón, ni tampoco estaba aquí. Tal vez se preocupaba sin necesidad. Una fiesta. Una fiesta normal y corriente. De eso se trataba, nada más. Iba demasiado arreglada, vale. No pasaba nada. Era una fiesta con gente de su edad que aullaba a la luna. Todo normal. Genial. Había estado ya en demasiadas cenas de médicos. Conversaciones sobre coches, casas de campo, marcas de cuberterías de plata y vajillas de porcelana. Su ropa desentonaba, pero por lo demás esto era como en los viejos tiempos. Solo una fiesta. Nada más. No pasaba nada.

—¿Es verdad?

Miriam se giró hacia donde acababa de estar Julie, pero su amiga ya se había ido al salón, con el chico de la cresta que estaba delante del equipo de música.

—¿Es verdad? —preguntó el joven otra vez con una sonrisa vacilante.

—¿El qué? —replicó Miriam, y una vez más repasó la cocina con la mirada.

—Que Holger Munch es tu padre. El policía. Es investigador de homicidios, ¿no?

Miriam sintió cierta irritación ante la pregunta. Se la habían hecho ya tantas veces, había tenido que vivir con ello desde que era pequeña: su padre es policía, no podemos decir nada a Miriam. Pero, cuando miró al chico que había preguntado, se dio cuenta de que la pregunta no iba con segundas. Ella ya no tenía ocho años, ni estaba sola en el patio de la escuela. El chico que le había hablado llevaba una camisa blanca y gafas redondas y solo sentía curiosidad, no tenía malas intenciones.

—Sí, es mi padre —respondió Miriam, y sintió por primera vez en mucho tiempo que no le costaba decirlo.

—Qué divertido —dijo el chico de las gafas redondas, tomando un pequeño sorbo de la copa mientras trataba de encontrar otra cosa que decir, pero sin éxito.

—Sí, muy divertido —replicó Miriam, mirando una vez más por encima del borde de la copa de vino.

—¿Y qué haces? —continuó el chico.

—¿A qué te refieres? —dijo Miriam con un tono cortante que le salió espontáneamente, pero del que se arrepintió enseguida.

El chico solo era tímido y un poco torpe. Solo intentaba dar un poco de conversación, tal vez incluso trataba de ligar, pero evidentemente no estaba acostumbrado a hacerlo, o simplemente se le daba fatal. Miriam casi sintió compasión por él, viendo cómo se aferraba a la copa con la esperanza de que esta noche pudiera ser la suya. Encajaba tan mal como ella en la fiesta, con su camisa blanca, sus pantalones de rayas y algo que tal vez pretendían ser unos lustrosos y exclusivos zapatos italianos, pero no eran más que una copia barata. Se contuvo, avergonzada de su último pensamiento. Hacía unos años, ella podría haber estado sentada en el alféizar de la ventana con un porro en la boca, o desmelenada, de pie, con el culo de la botella apuntando al techo, pero ahora sabía lo que eran unos zapatos de Scarosso.

—Soy madre —dijo con amabilidad—. He estudiado un poco de periodismo y estoy pensando en retomarlo, pero de momento soy madre a jornada completa.

—Ah, sí —dijo el chico de las gafas redondas, con la misma expresión decepcionada que ella había visto tantas veces en los bares y las cafeterías.

Miriam Munch era una chica guapa y nunca le habían faltado pretendientes y propuestas. «Tengo una hija de casi seis años» solía ser suficiente para que se retirasen con el rabo entre las

piernas.

—Y tú, ¿a qué te dedicas? —preguntó con tono amable, pero parecía que las ganas de ligar se habían desinflado y el chico de las gafas redondas ya tenía la mirada puesta en otra cosa.

—Jacob es un genio del diseño de rótulos, ¿no es así?

Y de repente estaba allí, después de todo.

«La cara».

—Jacob, te presento a Miriam; Miriam, este es mi amigo Jacob. Veo que ya os conocéis, qué bien.

La cara sonriente le guiñó un ojo.

—Ah, así que es ella la que… —empezó el chico de las gafas redondas, quien estaba visiblemente incómodo y parecía tener muchas ganas de irse—. Creo que necesito un…, bueno, otra cosa —murmuró, señalando su copa, y se marchó.

—¿Es ella? ¿Y eso a qué venía? ¿Ella la que…? —inquirió Miriam sonriendo.

—Ya sabes —contestó la cara, y se rio un poco—. Bonita falda, por cierto, por fin alguien con un poco de gusto en este lugar.

—Gracias —dijo Miriam, con una pequeña reverencia.

—¿Y bien? —añadió la cara.

—Y bien, ¿qué? —replicó Miriam.

—¿No te parece que hay mucha gente por aquí?

—Sí, demasiada —contestó Miriam riéndose.

—He oído que ponen unos margaritas cojonudos en el Internasjonalen —dijo la cara con otra sonrisa.

—Creía que no iba a decir esto nunca —comentó Miriam riendo—, pero me vendría bien un poco de tequila ahora mismo.

—Entonces, no se hable más —dijo la cara, dejó la copa sobre la encimera y echó a caminar tranquilamente por la ruidosa multitud.

7

El policía Jon Larsen, más conocido como Curry entre los amigos, trató de cerrar con llave la puerta de su piso, pero le costaba encontrar la cerradura.

Había prometido muchas veces a su novia que lo dejaría. Llevaban tiempo ahorrando. Habían metido dos mil coronas cada mes durante más de un año. Fiyi, allí era donde ella quería ir. Tres semanas en el paraíso. Tomar cócteles exóticos con sombrillitas. Bañarse con peces de colores vivos en aguas azul claro. Ella necesitaba tomarse un respiro de su trabajo, que no le gustaba, y ahora él la había vuelto a fastidiar.

Curry juró en voz baja y al final consiguió introducir la pequeña llave en la cerradura, casi invisible, y le dio la vuelta tan silenciosamente como pudo. Trató de colgar la cazadora, pero no acertó en el perchero y se quedó en el pasillo, tambaleándose, mientras intentaba decidir si debía entrar en la habitación o retirarse directamente al sofá. Ese era el sitio donde debía dormir cuando volvía en semejante estado, borracho como una cuba, incapaz de controlarse, tras haber derrochado los ahorros. Una noche más de póquer y esta vez también sin beneficios. De hecho, había tenido pérdidas, otra vez, bastantes pérdidas. Lo había llevado muy bien toda la noche, pero al final lo había apostado todo a una escalera, solo para encontrarse con una escalera de color y una sonrisa llena de dientes en el otro lado de la mesa. Y todas las fichas de repente habían cambiado de dueño. En esas condiciones tenía que emborracharse, ella tenía que entenderlo. Después de ocho horas en la mesa. Después de haber jugado muy bien, casi como un dios, toda la noche. Se había replegado cuando debía hacerlo. Había subido cuando tocaba. Había faroleado cuando hacía falta. Había jugado bien, realmente bien. Los otros jugadores lo habían reconocido, esta noche Curry juega como un hombre, pero al final todo se había ido a la mierda. Un momento de exceso de confianza, de *hibris*, con casi cuarenta mil en el bote, era imposible que pudiera perder, esta era su noche por fin, pero aun así todo había terminado como siempre.

«Mierda».

Apoyó la espalda en la pared y al final consiguió quitarse los zapatos. Navegó hasta el salón, donde puso rumbo al sofá.

Ella tenía que darse cuenta de que no lo había tenido fácil últimamente. No, no había sido fácil, y entonces necesitaba estas cosas, escaparse un poco de todo. Fiyi, esa era idea de ella. Lo de los cócteles sonaba bien, ¿pero acaso hacía falta volar hasta el otro extremo del planeta para beber? ¿No lo podían hacer en casa? A Curry no le iba mucho el tema de la playa, siempre se quemaba el primer día y luego tenía que ponerse en la sombra. Curry consiguió enfadarse un poco mientras avanzaba a trompicones sobre el suelo del salón y tumbaba su macizo cuerpo en el sofá blanco de Ikea. Puso la cabeza sobre uno de los cojines del sofá y trató de taparse con una

manta sin conseguir subirla más allá de las rodillas. Le despertó el teléfono antes de que se diera cuenta de que se había dormido.

—¿Hola?

Fuera ya era de día. El sol débil de octubre le iluminaba la cara, haciendo que fuera imposible eludir la realidad.

Otra vez se había emborrachado como un tonto, perdiendo todo el dinero que habían ahorrado con una escalera contra una puñetera escalera de color.

—¿Ya estás despierto? —dijo Munch.

—¿Despierto? —murmuró Curry, sin poder levantar la cabeza del cojín.

Munch parecía estresado y de muy mal humor.

—Estamos convocando a todo el mundo. ¿Puedes venir a una reunión en una hora?

—¿Un domingo? —dijo Curry bostezando.

—¿Estás disponible? —continuó Munch.

—Estoy… —intentó contestar Curry.

Se le había salido la baba mientras dormía. Notaba que tenía la mejilla mojada. Le estaba costando bajar las palabras del cerebro y sacarlas por la boca.

—¿Te veo en la oficina dentro de una hora?

—Por supuesto —murmuró Curry, y consiguió incorporarse a medias en el sofá antes de que el cuerpo le enviase un brutal recordatorio de lo que había hecho la noche anterior, y se viera obligado a tumbarse inmediatamente.

—Solo tengo que… hablar con Sunniva…, cancelar la excursión del domingo…, queríamos ir al campo, a tomar un poco de aire fresco, pero…

Curry deslizó una precavida mirada por el salón a través de unos ojos que no se dejaban abrir del todo. Estaba buscando a su novia, pero ella no parecía estar en casa.

—Siento mucho estropear la fiesta con la familia, pero debes venir —dijo Munch con tono seco.

—¿Qué… ha pasado?

—No quiero hablar de ello por teléfono. Una hora, ¿vale?

—Sí, sí, claro, iré, solo voy a… —contestó el corpulento y extremadamente resacoso policía, pero Munch ya había colgado.

Curry se encaminó, medio doblado, hacia la cocina, encontró tres pastillas contra el dolor de cabeza y se las tomó con casi un litro de agua. Continuó con pasos inestables hasta la ducha y se quedó allí hasta casi agotar el agua caliente.

Una vez en el número 13 de la calle Mariboesgate, introdujo el código del portal y vio que Anette Goli venía caminando. Anette le caía bien a Curry. Era bastante tranquila, no hacía mucho ruido, pero era una abogada de la policía muy competente y siempre se la veía venir, no se andaba con tonterías. Algunos decían que le hacía demasiado la pelota a Mikkelson y que estaba dispuesta a cualquier cosa por ascender, pero él nunca había tenido esa sensación.

—Hola —dijo Anette, y entró en el ascensor por delante de él.

—Qué hay —murmuró Curry.

Tenía la voz ronca por el alcohol y el tabaco. Se dio cuenta de ello y se aclaró la garganta.

—¿Qué tal anoche? —preguntó Anette con una sonrisa torcida debajo del flequillo rubio.

—Bueno… ¿Por qué lo dices?

—Hueles —dijo Anette.

—Un par de copas, nada más —murmuró Curry, y sintió cómo la noche volvía a hacerse notar

mientras el ascensor comenzaba a dirigirse al tercer piso, lenta y trabajosamente.

—¿Qué es lo que pasa? —dijo, tratando de sonreír.

—Una adolescente ha sido encontrada en Hurum —contestó Anette lacónicamente.

—Entiendo, ¿y hay alguna… pista? —preguntó Curry, mientras el ascensor alcanzaba la tercera planta.

Anette le dirigió una mirada extraña, negando ligeramente con la cabeza, y entró en la oficina por delante de él.

Curry se lo tomó como una señal de que hoy podría ser mejor mantener la boca cerrada. Pasó por el comedor y se sirvió una gran taza de café, que se llevó como buenamente pudo hasta la sala de reuniones.

Saludó brevemente a la gente del equipo. Kim Kolsø, Ludvig Grønlie, Gabriel Mørk, la chica nueva que Munch había contratado hacía algún tiempo, ¿cómo se llamaba? ¿Alguna cosa con Y? Pelo rubio corto, bastante guapa a su manera, pero con una forma de vestir que le hacía parecer demasiado chicazo para el gusto de Curry. Ylva, eso era. Curry encontró una silla vacía al fondo de la habitación y puso la taza de café sobre la mesa con mucho cuidado para no salpicar. Munch ya estaba en su sitio en el podio con el mando del proyector en la mano. Tenía unas profundas arrugas en la frente y no sonreía como solía hacer durante las sesiones informativas.

—¿Te haces cargo de la luz, Ludvig? —dijo lacónicamente, y pulsó el botón del mando que sujetaba en la mano.

Una foto apareció en la pared detrás de él. La imagen mostraba a una chica desnuda echada en el suelo con los ojos abiertos de par en par. Curry se sobresaltó al verla. Temblor de borracho. Ahora lo sentía plenamente y se arrepintió de haber venido. Debería haber mentido. Podría haber dicho que estaba enfermo. Tenía que haberse quedado en el sofá. Sintió cómo brotaba el sudor bajo la camisa. Las manos le temblaban y no era capaz de controlar los dedos. Curry se agarró con fuerza a la taza de café, esperando que nadie se diera cuenta.

—Ayer a las 12:40 fue encontrado el cadáver de una chica joven en el extremo de la región de Hurum —dijo Munch—. Estaba a un trecho del sendero que sube al monte Haraldsfjellet. El cuerpo fue descubierto por Tom Petterson, un botánico de cuarenta y seis años que trabaja en la Universidad de Oslo. Petterson había salido para fotografiar alguna planta y encontró a la chica por casualidad.

Curry había visto muchas cosas en su vida y pensaba que de alguna manera era inmune, pero esto se presentaba como algo diferente y los temblores de borracho no le estaban ayudando, precisamente. La chica estaba desnuda. Parecía aterrada. Los ojos, abiertos de par en par. El cuerpo, torcido en una postura extraña, con un brazo apuntando hacia arriba y el otro colocado junto al costado.

Munch volvió a pulsar el botón. Una nueva fotografía en la pantalla.

—Según el forense la chica fue estrangulada, posiblemente en este lugar, y después colocada tal y como fue encontrada. Dentro de un rato os daré todos los detalles, pero ya podemos ir tomando nota de estas cosas…

Munch pulsó con más rapidez y una serie de fotografías apareció en la pantalla detrás de él.

—Plumas.

Nueva fotografía.

—Velas.

Nueva fotografía.

—Peluca.

Nueva fotografía.

—Estas figuras en el suelo.

Nueva fotografía.

—La posición de los brazos.

Nueva fotografía.

—Este tatuaje. Una cabeza de caballo, con las letras A y F debajo.

Curry intentó tomar un sorbo del café, pero no consiguió tragar y tuvo que volver a escupirlo a la taza con cuidado. Ya no registraba lo que estaba pasando a su alrededor. Se encontraba mareado y sintió un repentino deseo de tomar un poco de aire fresco. Estaba borracho todavía cuando Munch lo llamó. Por eso había conseguido arrastrarse hasta el trabajo sin caer redondo, pero ahora ya no podía más, era como una avalancha que acababa de desprenderse y tuvo que realizar un esfuerzo supremo para no derrumbarse sobre la mesa. ¿Aguardiente casero? ¿Era eso lo que había tomado? Una imagen borrosa le vino a la mente, un ascensor en un bloque de pisos en … ¿Østerås? Un tipo con un bigote y algunas mujeres con zapatos de tacón alto que se habían echado demasiado perfume, y una gran jarra de aguardiente encima de la mesa. Era normal que estuviera jodido. ¿Y dónde estaría Sunniva? ¿Ya se habría enterado de lo que había pasado? ¿Se habría ido a casa de su madre de nuevo, esta vez para siempre?

—Y, sobre todo, esto.

Oyó la voz de Munch a lo lejos.

Nueva fotografía.

—La flor en la boca.

—Puto psicópata —siseó Kim Kolsø a su lado.

Curry era incapaz de aguantar más. Todo el día anterior quería abandonar su cuerpo. Miró desesperadamente a la puerta, quería salir corriendo, pero las piernas no le obedecieron. Se quedó sentado, respirando pesadamente, agarrándose de nuevo con fuerza a la taza de café.

—El informe preliminar del forense —continuó Munch, sin fijarse en las reacciones de la gente de la habitación— muestra una serie de cosas llamativas que también estudiaremos con más detalle después, pero lo que merece la pena señalar es sobre todo lo siguiente.

Nuevas fotografías. Curry no fue capaz de mirar todas.

—Moratones en las rodillas y los codos. Las palmas de las manos están llenas de ampollas. Aparte de eso, la chica está muy delgada. Extremadamente delgada, como podéis ver, casi anoréxica, y la razón podría ser esta.

Munch dejó la última imagen en la pantalla mientras hojeaba los papeles que tenía delante.

—Según el forense, lo único que tenía en la tripa eran pellets.

—¿Cómo?

Ya comenzaban a llegar las reacciones de la gente.

—¿Pienso de animales? —dijo Ludvig Grønlie.

—Eso es —asintió Munch.

—¿Qué cojones…?

—¿Pellets?

—¿Cómo es posible?

—No entiendo —dijo la chica nueva, Ylva. Parecía que estaba en estado de shock, como si no terminase de comprender lo que estaba presenciando.

—No hay nada en sus tripas que se parezca a comida normal —dijo Munch.

—Sí, pero no lo entiendo…

—Pienso de animales —dijo Ludvig Grønlie otra vez.

—Sí, pero ¿cómo ha podido…?

—Como ya os he comentado, esto no es más que el informe preliminar —continuó Munch—. Vik me ha dicho que me dará más detalles mañana, así que habrá que esperar. Mientras tanto…

—¿Cómo es posible que solo tenga pienso en la tripa? —continuó Ylva, mirando a su alrededor, confusa.

Parecía que Munch iba a decir algo, pero fue interrumpido por el teléfono. Miró la pantalla y decidió contestar.

—Hola, Rikard, ¿te ha llegado mi mensaje? —dijo en alto, como para señalar a los demás por qué había contestado en medio de la sesión.

Mikkelson. El jefe de Grønland. Curry nunca había oído que Munch llamara a su jefe por su nombre. Vio que otras personas a su alrededor también se miraban, encogiéndose de hombros.

Munch se metió un cigarrillo entre los labios e hizo un gesto hacia la terraza para mostrar a todo el mundo que podían tomarse un respiro.

8

Mia Krüger estaba de rodillas en el suelo de su piso, con una fila de frascos de pastillas delante de ella. Intentaba encontrar una razón para no abrirlos.

No había podido dormir en toda la noche. Había dado vueltas sin parar por el piso vacío, con los brazos alrededor de su frío cuerpo. Al final se había desplomado en el colchón delante de la ventana.

Y había tenido un sueño maravilloso. Había soñado con Sigrid. Había tenido el mismo sueño muchas veces. Su hermana gemela con una falda blanca, corriendo a cámara lenta sobre un campo amarillo de trigo, sonriendo y gesticulando.

«Ven, Mia, ven».

Y había sido tan bonito. La había tranquilizado tanto. Había sentido el calor, una sensación de que la vida en realidad era bella. Pero de repente se había despertado y había oído los ruidos de la ciudad. Los ruidos de la realidad. La impenetrable oscuridad. Y ahora no terminaba de entender por qué había aceptado intentarlo. Vivir. ¿Acaso no había tomado ya la decisión? ¿Acaso no era por eso por lo que se había ido a vivir a Hitra? Para dejar todo esto. ¿No era por eso? Hacía tiempo que había tomado la decisión; ¿de verdad era necesario pasar por todo esto otra vez?

«Ven, Mia, ven».

Sí.

«Tienes que intentarlo, ¿no?».

No.

«Ven, Mia, ven».

Mia volvió en sí por un momento y descubrió que tenía tanto frío que le temblaba todo el cuerpo. Se envolvió mejor con la manta y estiró su delgado brazo blanco hacia uno de los frascos. Intentó leer lo que ponía en él, pero no podía verlo. No había encendido la luz. Ni siquiera estaba segura de que hubiese pagado la factura de la luz.

Mia se levantó para beber algo. Había sido tan buena, había quitado todas las botellas para tratar de vivir y llevar una vida sana y recta, las había escondido en el cesto de la ropa sucia en el baño.

Yo no bebo.

«Solo tengo las botellas escondidas allí, debajo de la ropa sucia que debería lavar en una lavadora, que ni siquiera está enchufada, en un baño, en un piso, en un edificio, en una ciudad, en un mundo del que no quiero formar parte».

De repente descubrió su propia cara en el espejo del baño y le llegó un *flashback* de la cara que había visto unos meses antes en el espejo de su casa en la isla de la costa de Trøndelag.

Aquella vez casi no había tenido fuerzas para levantar la cabeza y contemplarse a sí misma, pero ahora sí lo hizo, se miró fijamente, viendo una especie de fantasma en las profundidades del espejo.

«Mia Rayo de Luna».

Una india con unos brillantes ojos azules noruegos. El largo pelo negro caía ondulante sobre los delgados hombros blancos. La cicatriz junto al ojo izquierdo. Un corte de tres centímetros, una marca que nunca desaparecería. La pequeña mariposa tatuada junto al borde de la braga en la cintura, después de una noche tonta en Praga cuando era joven. Pasó la mano sobre la pequeña pulsera de plata que llevaba en la muñeca derecha. Ella y Sigrid habían recibido el mismo regalo en la confirmación. Una pulsera infantil con un corazón, un ancla y una letra. En la suya había una M. En la de Sigrid, una S. Aquella noche, cuando la fiesta había terminado y los invitados se habían marchado, se quedaron hablando en la habitación que compartían en Åsgårdstrand, y de repente Sigrid le había propuesto que las intercambiasen.

«Si yo te doy la mía, ¿tú me darás la tuya?».

Desde entonces, Mia no se había quitado la pulsera de plata.

«Mia Rayo de Luna».

Así era como su abuela solía llamarla.

«Eres muy especial, ¿lo sabes? Los otros niños también lo son, pero ¿sabes, Mia? Tú eres capaz de ver cosas que los demás no captan del todo».

La abuela no había sido su abuela de verdad, pero aun así se había convertido en la persona que más quería. Sigrid y Mia. Mia y Sigrid. Dos maravillosas gemelas, adoptadas por un matrimonio entrado en años, Eva y Kyrre Krüger, porque la chica era demasiado joven para ocuparse de ellas.

«Mamá. Papá. La abuela. Sigrid».

Cuatro tumbas en el mismo cementerio, solo faltaba ella. Mia metió la mano debajo de la ropa sucia, sacó una botella y la llevó, temblando de frío, ya que iba en ropa interior, de vuelta a la manta que estaba echada en el suelo delante de la fila de frascos de pastillas.

¿Ir a un psicólogo?

«Que se joda el psicólogo».

Ya lo había intentado, ¿o no?

Mattias Wang. Con un bigote fino, en el mejor barrio del oeste de Oslo, justo y bondadoso, inteligente y comprometido, educado en las mejores escuelas, y aun así no comprendía absolutamente nada.

«¿Sabes lo que pienso yo, Mia?».

Mia desenroscó el tapón.

«¿No?».

Se acercó la botella a la boca.

«Pienso que lo que te pone mala es tu trabajo».

Sintió cómo el calor bajaba por la garganta.

«¿Qué quieres decir?».

Casi como en el sueño. Sigrid en el campo de trigo.

«Bueno, no estoy del todo seguro, pero tienes algo, no eres como otros policías».

Mia se tomó otro sorbo y sintió cómo el calor seguía bajando por el cuerpo.

«¿A qué te refieres?».

Ya casi daba igual que no llevase ropa.

«Te involucras demasiado. Creo que te está consumiendo».

Mia se tapó con la manta, después de todo. Era buena y le daba seguridad, era una amiga que podía ayudarla con lo que ahora tenía que hacer.

«¿El qué, Mattias?».

Cinco frascos con pastillas blancas.

«El mal al que te expones. Todo lo que tienes que ver. Todo lo que tienes que sentir. Para los demás es un trabajo. Para ti es…, bueno, no lo sé…, es como si lo vivieras tú personalmente, como si estas cosas terribles te estuvieran pasando a ti; ¿te parece que decir esto resulta demasiado dramático?».

Mia se llevó la botella a la boca otra vez.

«Creo que te equivocas».

Cinco tapas que había que abrir.

«Sí, claro, hemos tenido pocas sesiones, en realidad no puedo decir que te conozca ni que sepa nada sobre ti. Esto no es más que mi…, bueno, ¿cómo llamarlo? Mi primera sensación de quién eres».

Esta vez, Mia dejó la botella un buen rato en los labios.

«¿Hablamos más de esto la semana que viene?».

No.

«Pienso que podemos llegar al fondo de esto, ¿no crees, Mia?».

No.

Mia Krüger apartó la botella y pasó los dedos lentamente sobre la pequeña pulsera de plata que llevaba alrededor de la muñeca.

«No».

«No lo creo».

Empezó a desenroscar las tapas de los frascos sobre el frío suelo de linóleo.

9

Holger Munch se sentía irritado mientras conducía su Audi negro hacia Bislett. Paró en un semáforo de la calle Ullevålsveien y se quedó mirando a una joven pareja sonriente que empujaba una silla de bebé por el paso de cebra delante de él. Encendió un cigarrillo y negó levemente con la cabeza para sí. ¿Cómo había llegado a esto? Hacía poco habría podido ser él. Marianne y él. Con Miriam en la silla. ¿Y por qué no podía quitárselo de la cabeza? ¿Una boda? Tenía otras cosas en las que pensar, desde luego. Una chica de diecisiete años. Asesinada y abandonada desnuda en el bosque. Sobre un lecho de plumas. Con una flor en la boca. Y le había hecho la pelota a Mikkelson, tal vez fuera eso lo que más le irritaba. Se había dado cuenta de lo que había que hacer en cuanto entró en la carpa blanca del bosque y vio a la chica que yacía allí. *Tenía que conseguir que Mia Krüger volviera.* Tenía un equipo excelente, eso era cierto, eran los mejores investigadores del país, pero no había nadie como ella.

Le despertó el ruido de la bocina del coche de atrás. El semáforo se había puesto en verde y la joven pareja había desaparecido. Munch arrancó y giró hacia el estadio de Bislett. ¿Casarse? ¿Qué necesidad podía tener ella de hacer algo así?

Acababa de aparcar y estaba a punto de salir del coche cuando sonó el teléfono.

—Munch.

—Soy Ludvig.

—¿Sí?

—Creo que la tenemos.

—¿Ya?

—Eso creo.

Munch había puesto a Ludvig Grønlie y a Ylva, su nueva asistente, a comprobar una lista de personas desaparecidas.

—Fantástico, Ludvig. ¿Y quién es?

—Tenemos que confirmarlo todavía, pero estoy bastante seguro de que es ella. Se llama Camilla Green. Su desaparición fue denunciada hace tres meses, coincide con la descripción, la altura, el color de los ojos, el tatuaje…, pero, bueno, pasa una cosa rara.

—¿A qué te refieres?

—Por eso nos ha llevado tanto tiempo —continuó Grønlie.

Munch sonrió levemente y encendió un cigarrillo. Tanto tiempo. Habían pasado solo dos horas desde que había repartido las tareas entre los miembros del equipo. Sintió mala conciencia por haber pensado que debía conseguir que Mia volviera. Tenía un equipo con los mejores investigadores del país y no podría haber prescindido de Ludvig Grønlie.

—¿Y bien? —dijo Munch, saliendo del coche.

—Camilla Green —continuó Grønlie, y por el tono de voz parecía que leía en una pantalla—. Nacida el 13 de abril de 1995. Ojos verdes. Pelo color ceniza que le llegaba hasta los hombros. Uno sesenta y ocho de altura. Alrededor de setenta kilos. Huérfana. Su desaparición fue denunciada por una tal Helene Eriksen, la encargada de algo que se llama el Huerto de Hurumlandet.

—¿Setenta kilos? —dijo Munch mientras sacaba la carpeta y cerraba el coche con llave—. No puede ser ella, ¿verdad? La chica que hemos encontrado estaba extremadamente flaca.

—Ya lo sé —le interrumpió Grønlie—. Pero tengo una foto aquí y tiene que ser ella. Camilla Green. Todo lo demás coincide. El tatuaje y todo.

Grønlie se refería a una de las fotos que Munch guardaba en la carpeta que ahora llevaba en la mano. Un tatuaje en el hombro derecho que mostraba la cabeza de un caballo, con las letras A y F debajo.

—Bien, ¿y cuándo dices que se denunció su desaparición?

—El 19 de julio. Pero eso es lo que resulta tan extraño, por eso nos ha costado un poco encontrarla en los registros.

—¿El qué?

—Bueno, pues parece que esta tal Helene Eriksen, la que denunció la desaparición a la policía, posteriormente llamó para decir que, digamos, ya no estaba desaparecida. Solo unos días después.

—¿Te refieres a que la habían encontrado?

Grønlie desapareció unos segundos, como si estuviera estudiando su pantalla de nuevo.

—No, no la habían encontrado. El informe se archivó, sin más.

—Esto no tiene sentido —dijo Munch, lanzando una mirada hacia el piso de Mia.

Las dos ventanas estaban oscuras. Había intentado llamarla, pero ella no había contestado, por eso había ido en persona.

—… pero no contesta —dijo Grønlie.

—¿Quién?

—Helene Eriksen, aquí hay un número de teléfono, pero no contesta.

—Vale —dijo Munch y cruzó la calle—. ¿Has dicho que era huérfana? Ha debido de tener tutores. ¿Qué más sabemos sobre ella?

—De momento no tengo más datos —contestó Grønlie—. Solo ese sitio, el Huerto de Hurumlandet.

—¿Y eso qué es?

Munch se acercó al portal y echó un vistazo a las hileras de timbres, pero no encontró nada, naturalmente. Mia nunca pondría su nombre allí. Dio unos pasos hacia atrás y se quedó mirando las ventanas otra vez. En realidad resultaba raro. No vivían a muchas manzanas de distancia, el piso de Munch de la calle Theresesgata estaba a tan solo unos minutos de distancia, pero aun así nunca había ido a verla a su casa. Bueno, no es que fuera raro, más bien estúpido, quizá. Tiró el cigarrillo al suelo, encendió otro y de nuevo sintió mala conciencia. Desde que Mikkelson había apartado a Mia de sus funciones solo se habían visto un par de veces. Encuentros breves, casi superficiales, en el Justisen. Mia había parecido ausente, no había hablado demasiado. Aunque no era de extrañar, tal vez, después de todo lo que había pasado. Un par de llamadas por teléfono. Unas tazas de té. Tal vez debería haber hecho algo más por ella. Podría haber sido mejor jefe. Y mejor amigo. Pero Mia también era un poco así, celosa de su vida privada, no quería que la molestaran, y él la había dejado en paz.

—Todavía no hemos encontrado muchas cosas, pero parece que se trata de una especie de hogar para adolescentes con problemas —continuó Grønlie.

—¿El Huerto de Hurumlandet?

—Sí. Tienen una página web, pero es un poco…

—Es de los noventa —se oyó la voz de Ylva de fondo.

—No está muy actualizada —dijo Grønlie.

—¿Pero es un huerto?

—Sí —contestó Grønlie—. Hasta donde hemos podido ver, es un hogar para adolescentes que, bueno, que tienen problemas. Irán allí a trabajar o algo, como te decía antes, no lo sé todavía, esto es lo que tengo de momento.

—Muy bien —dijo Munch—. Sigue intentando con esta…, ¿cómo la llamabas?

—Helene Eriksen.

—Eso es, sigue hasta que des con ella. Y mira a ver qué más cosas puedes sacar sobre Camilla Green. En fin, ya sabes dónde buscar.

—Estamos en ello —dijo Grønlie.

—Perfecto —contestó Munch, y colgó.

Volvió a marcar el número de Mia, pero seguía sin contestar. Se quedó un momento pensando en si debía pulsar todos los botones que no llevasen nombres para ver si, por casualidad, acababa dando con el piso correcto, pero se libró de hacerlo porque de repente la puerta se abrió. Una joven con un chándal colorido y ajustado salió, y a Munch le dio tiempo a tirar la colilla y lanzarse a las escaleras antes de que la puerta volviera a cerrarse.

Era el tercer piso, eso sí que lo sabía. La había acompañado al portal después de una visita al Justisen y ella se lo había señalado.

«Aquí es donde vivo. Mi nuevo hogar».

Estaba borracha y había hablado con sarcasmo.

«Hogar».

No había parecido que lo dijera en serio. Munch subió por las escaleras, respirando pesadamente, hasta el tercer piso. Afortunadamente, solo había dos puertas. En una se veía un rótulo con nombres. «Gunnar y Vibeke». En la otra puerta no ponía nada.

Munch se desabrochó la trenca, pulsó el timbre dos veces y se puso a esperar.

10

Miriam Munch se despertó en un piso que no conocía. No en una cama que no conocía, eso no, él se había portado como un caballero, ni siquiera se lo había propuesto. Había ido a buscar una manta y le había preparado el sofá, en el pequeño, pero encantador, apartamento que no se parecía en nada al suyo.

Esta era otra vida, una vida que se asemejaba más a la que había llevado antes de quedarse embarazada de Johannes, una vida más libre, de alguna manera. En el nuevo piso que acababan de comprar en el barrio de Frogner había baldosas italianas en el suelo y luces empotradas en el baño. El frigorífico tenía su propia máquina para hacer cubitos de hielo y un compartimento dedicado a mantener las verduras frescas el máximo tiempo posible. Una lavadora con pantalla digital. Radiadores que podían ser programados con una aplicación del teléfono, para que la temperatura fuera perfecta cuando llegaban a casa. El nuevo coche, Miriam ni siquiera sabía cómo se llamaba, pero debía de tener todo lo que se podía pedir de un coche: GPS, tracción en las cuatro ruedas, airbags delante y atrás, pantallas de DVD, techo solar y cofre para los esquís. El piso en el que se había despertado representaba algo totalmente diferente. Viejos pósters fijados con celo en las paredes. Un tocadiscos en una esquina. Ropa por todas partes. Cuando se incorporó en el sofá, sintió la corriente que venía de la ventana; hacía tanto frío ahí dentro que tuvo que taparse con la manta. Estiró la mano en busca de una cajetilla de cigarrillos.

Octubre en Oslo. El invierno estaba a punto de llegar y, en condiciones normales, ella habría subido la temperatura del termostato de la cocina, que monitorizaba el piso entero, para que Marion no pasara frío cuando saliera, soñolienta, de su habitación para sentarse a la mesa de la cocina y desayunar. El cargo de conciencia la asaltó otra vez. No era muy buena persona. No tendría que haber ido a esa fiesta. No tendría que haber aceptado ir a tomar una copa en el Internasjonalen. Y no tendría que haber aceptado venir hasta aquí después, quedarse toda la noche en un sofá desconocido, tomando vino y hablando durante horas sobre cosas de las que, hasta donde ella recordaba, no había hablado con nadie antes. Sobre su padre. El divorcio. Sobre cómo se había sentido, en realidad. Sobre Johannes. La persistente sensación que había tenido en los últimos años de que lo había elegido para escaparse, para rebelarse, quedándose embarazada muy joven de un hombre que representaba todo lo opuesto a su padre.

Miriam encendió un cigarrillo, buscó el móvil en su bolso bajo la mesa con movimientos nerviosos y sintió cómo su mala conciencia se apoderaba de ella otra vez, mientras comprobaba los mensajes. No había nada. De Johannes. Nada de: «Te echo en falta». Nada de: «¿Dónde estás?». Solo un mensaje de su madre: «¿Marion puede quedarse a dormir una noche más? Quiere que la acompañemos al colegio mañana».

Miriam escribió una respuesta:

«OK, mamá, claro que sí, dale un beso de mi parte».

Dejó el teléfono sobre la mesa y se quedó sentada bajo la manta, mirando los pósters de las paredes a su alrededor.

«La libertad de los animales es nuestra libertad».

«Paremos la Granja de Løken».

Un póster que mostraba una foto de un gato encerrado en una jaula, famélico, en una granja de Mysen. Había noruegos que ganaban dinero comprando perros y gatos, manteniéndolos enjaulados y vendiéndolos al extranjero para que fueran utilizados en experimentos.

Se habían conocido así.

La cara y ella.

«Ziggy».

Miriam sintió cómo el remordimiento volvía a asomarse, pero no fue capaz de decidirse. Sobre si debía levantarse, vestirse, tomar un taxi hasta Frogner, prepararse para recibir a Johannes cuando volviera de su turno del hospital, como una buena esposa, una buena madre, la persona que debería ser, o si tenía que volver a echarse la manta encima en este pequeño, pero animado, pisito que le recordaba tanto a la vida que una vez había llevado.

«Paremos la Granja de Løken».

Allí fue donde se habían conocido. En el Centro de Protección de Animales de la carretera de Moss. Porque había sentido que tenía que hacer algo con su vida. Algo más que solo ser madre. Tove y Kari, dos personas maravillosas, sin otra ambición en la vida que la de cuidar de estos gatos que nadie quería. Darles de comer. Acariciarlos. Procurar que comprendieran que eran importantes. Que supieran que, aunque algunos los habían usado como objetos de decoración y los habían abandonado en la cuneta, había otras personas que sí se preocupaban. Que los querían. Y esto había sido suficiente para ella. Tomarse un respiro y olvidarse del día a día. Cuidar de alguien.

Y de repente estaba él.

La cara.

«Ziggy».

Había muchos voluntarios en el lugar, siempre había gente por ahí, algunos solo venían una vez y otros, varias, pero ella se dio cuenta enseguida de que él, «Ziggy», era especial.

Tove y Kari se habían ruborizado como unas adolescentes la primera vez que había ido, como si les estuviera visitando algún famoso. Y al principio Miriam no había comprendido por qué, no le había parecido muy diferente de los otros voluntarios.

No a primera vista.

Pero ahora sí se daba cuenta.

«Mierda».

Miriam estiró la mano en busca de otro cigarrillo y lo encendió justo cuando la puerta de la habitación se abría.

—Hola.

—Hola —dijo Miriam.

—¿Has podido dormir algo?

Ziggy se frotó los ojos un poco y avanzó con cuidado sobre el suelo. Después se sentó en la silla enfrente de ella y se tapó con la manta que había traído.

—Un poco sí —contestó Miriam con la cara roja.

—Bien —dijo Ziggy sonriendo, y sacó un cigarrillo de la cajetilla que estaba sobre la mesa.

Encendió el cigarrillo y ladeó la cabeza un poco, mirándola por encima del rescoldo con sus bonitos ojos sonrientes, y empezó a hablar. Fue directo al grano.

—¿Qué piensas que debemos hacer, Miriam? Con esto.

De repente, Miriam se sintió un poco incómoda. Se quedó mirando el cigarrillo sin decir nada. Había pensado que desaparecería la sensación intoxicante de pasar una noche entera con alguien que le hacía sentirse como ella misma.

Al despertarse. Se desvanecería.

—Necesito un café. ¿Quieres uno?

«Me encantaría».

—No, tengo que marcharme ya.

«Podría pasar el día entero aquí».

—Comprendo —dijo la cara sonriente—. No quiero que te marches sin desayunar, pero tú decides, claro está.

«No me hables más porque me quedo».

—No, debería irme.

—Claro. Tienes que hacer lo que te parezca correcto.

Pero, una vez vestida, de pie en la calle fuera del piso, Miriam Munch se dio cuenta de que esto iba a ser difícil.

«Se había enamorado».

Seriamente.

No estaba tonteando.

Era una sensación potente que se había apoderado de ella, algo totalmente prohibido que aun así parecía increíblemente correcto.

«¿Y si no vuelvo a ponerme en contacto con él?».

Paró un taxi y trató de agarrarse a esa idea, todo el camino a casa.

«La sensación pasaría».

Y, cuando cerró la puerta del piso vacío de Frogner, casi había conseguido convencerse.

«Pasará».

Dejó las llaves sobre la mesa junto a la puerta de entrada, se quitó la ropa mientras caminaba hacia la habitación, deslizó el cuerpo entre las sábanas y ya estaba dormida antes de colocar la cabeza sobre la almohada.

11

Holger Munch había vuelto a llamar al timbre, había dado unos golpes en la puerta y estaba a punto de marcharse cuando la puerta de repente se abrió y Mia apareció en el resquicio.

—¿Qué horas son estas para venir y despertar a la gente?

Mia le mostró una sonrisa torcida y le hizo pasar.

—¿El domingo a las cuatro? —replicó Munch.

Se quitó los zapatos y buscó un perchero para dejar la trenca, pero no encontró ninguno, así que la puso sobre el suelo y la siguió hasta el salón.

—Siento el desorden —dijo Mia—. Todavía no he terminado de instalarme. ¿Quieres algo? ¿Una taza de té? Doy por hecho que sigues sin tomar alcohol.

Munch trató de buscar cierta ironía en la última frase, una especie de mensaje que dijera que hacía ya demasiado tiempo que no se veían y que debería haberla ido a visitar antes, pero no encontró nada.

—Estaba a punto de meterme en la ducha, ¿te importa?

—No, claro que no —dijo Munch.

—Vale. Tardaré dos minutos. Vuelvo enseguida.

Mia mostró de nuevo la sonrisa torcida y se fue al baño, mientras Munch se quedaba de pie en el centro del salón sin saber muy bien qué hacer. Cuando Mia decía que no había terminado de instalarse, era una manera suave de decirlo. El piso le recordaba a la habitación que él había alquilado en Hønefoss. Nunca acabó de desempaquetar sus cosas, nunca tuvo fuerzas para convertir la habitación en un hogar, y pasaba lo mismo aquí. Había un colchón bajo la ventana, con una manta y una almohada. Al parecer era allí donde dormía. Había cajas de cartón amontonadas por aquí y por allá, parecía que había abierto algunas a medias antes de cerrarlas de nuevo. Las paredes estaban desnudas y apenas había muebles. El piso le recordaba bastante al suyo, podría tener unos setenta metros cuadrados, con una cocina abierta al salón, una puerta que daba a un balcón, un pasillo que conducía a algo que él suponía que era el baño, y tal vez un par de habitaciones, que ella aparentemente no usaba.

Reinaba la sensación de que lo había intentado, en algún momento u otro. Había cajas de Ikea sin abrir por todas partes, una silla blanca que estaba a medio montar, las patas seguían en el suelo con las instrucciones al lado. Al menos había conseguido armar una pequeña mesa. Munch se sentó pesadamente en la silla blanca medio terminada, demasiado baja, dejó la carpeta sobre la mesita y decidió que no le gustaba lo que acababa de ver.

Mia presentaba un aspecto extremadamente descuidado. De nuevo. Casi como en Hitra. Aquella vez su aspecto le había producido escalofríos y ahora tenía la misma sensación. La mujer, que normalmente era tan fuerte, llena de energía y con una mirada despejada, ahora estaba

reducida a una versión fantasmal y esquelética de sí misma. Al lado del colchón había un vaso y una botella de armañac medio vacía, y en una esquina tres cajas de pizza amontonadas. Munch volvió a sentir cargo de conciencia. Estaba claro que debería haber ido a verla antes. No tenía buen aspecto. La última vez que se habían visto, aquella noche en el Justisen, había parecido más animada, con una especie de confianza en que las cosas fueran a salir bien, pero ahora su mirada era como la que había tenido en Hitra. Ausente. Sin vida.

Munch se levantó y fue al pasillo en busca del tabaco, que guardaba en la trenca.

—¿Puedo fumar aquí dentro o mejor en el balcón?

Había levantado la voz, pero ella ya había abierto el agua caliente en el baño y no hubo respuesta, así que optó por salir al balcón. Se quedó frío ahí fuera, mientras veía cómo la última luz del día desaparecía y dejaba el estadio de Bislett y el resto de la ciudad en una silenciosa penumbra.

«Un hijo de puta enfermo».

Munch encendió un cigarrillo y se dejó llevar por los recuerdos.

Delante del equipo, no. Nunca delante del equipo. Tenía que ser sobrio. Distante. Tranquilo. Constructivo. Por eso él era el jefe, nunca dejaba que los otros vieran cómo los casos le afectaban, pero ahora notó cómo lo que había visto en Hurum iba apoderándose poco a poco de él, causándole una gran perturbación. Tenían muchos casos. Siempre tenían casos, y Munch sentía compasión por la víctima y la familia, esas tragedias extremas noqueaban a las personas que debían soportar la pérdida de alguien, pero la mayoría de las veces había un contexto racional. Problemas puntuales con unas consecuencias desafortunadas. Ajustes de cuentas en el entorno criminal conocido de la ciudad. Celos. Los casos con los que trabajaba solían tener una especie de dimensión humana. No resultaba correcto decir que los homicidios fueran naturales, claro está, pero en su profesión —nunca lo diría en alto, pero lo pensaba frecuentemente— siempre era un alivio encontrar un contexto comprensible.

«Esta vez no había».

«Esto era obra de un hijo de puta enfermo».

Munch fue al pasillo a buscar la trenca, volvió al balcón y encendió otro cigarrillo. Vio cómo Mia salía sigilosamente del baño con una toalla alrededor del cuerpo y desaparecía en una de las habitaciones. Era de suponer que se dirigía a un armario, o tal vez a una caja con ropa. Volvió a sentirse mal, por todo, por toda la situación. Ella había elegido abandonar la realidad. Se había escondido sola en una isla en el archipiélago. Y él había ido a buscarla. La habían usado para lo que necesitaban y luego la habían vuelto a desechar, dejándola sola. No, tuvo que retirar lo último. Él no. Mikkelson la había abandonado. El cuerpo. El sistema. Él no. Si fuera por Holger Munch, Mia Krüger podría ser o hacer lo que le diera la gana, siempre y cuando siguiera siendo una compañera de trabajo.

—Si vas a dejar la puerta abierta da igual que fumes dentro o fuera, ¿no?

Mia salió de una de las habitaciones con una sonrisa. Llevaba un pantalón negro ajustado, un jersey blanco de cuello alto y, alrededor de la cabeza, una toalla que se quitó para empezar a secarse el pelo.

—Ya, vaya, lo siento —contestó riendo Munch, que no se había dado cuenta; tenía la cabeza puesta en otras cosas.

Tiró el cigarrillo a la calle, entró y cerró la puerta tras de sí esta vez.

—Si hubiera seguido como inspectora —dijo Mia con otra sonrisa, sentándose sobre el colchón debajo de la ventana—, habría concluido que, si el propio Holger Munch acude a mí un

domingo por la tarde con una carpeta llena de fotografías, eso quiere decir que algo muy jodido ha ocurrido en el mundo, que la policía está desesperada y que me van a devolver el trabajo. ¿Correcto?

Munch volvió a sentarse en la silla blanca sin patas.

—Me ha costado conseguirlo —dijo, admitiendo con un gesto de cabeza.

—Se supone que debería estar agradecida, ¿es eso lo que quieres decir?

Munch intentó buscar la ironía en su voz otra vez, pero tampoco la encontró. Parecía aliviada, casi alegre. Los ojos muertos que le habían saludado cuando abrió la puerta habían vuelto a cobrar vida, y se notaba que apreciaba su presencia.

—¿Qué tenemos, entonces? —dijo ella, dejando la toalla sobre el suelo.

—¿Quieres verlo ya o prefieres escuchar mi explicación primero?

—¿Puedo elegir? —dijo Mia, bajando la carpeta de la mesa.

Munch vio cómo su mirada cambiaba cuando abrió la carpeta y comenzó a colocar las fotografías en el suelo delante de sí.

—La encontramos ayer por la mañana —comenzó Munch—. En el extremo de la región de Hurum. Estaba en el bosque, a un centenar de metros de un camino. Un excursionista… no, algún tipo de biólogo, un botánico, había salido a sacar fotos de una planta, y la halló así, en medio de…

—Un ritual —dijo Mia, ausente.

Munch se mantuvo callado mientras Mia terminaba de colocar el resto de las fotografías en el suelo.

—Puede parecer eso, pero…

—¿Qué? —dijo Mia y levantó la mirada de las fotografías por un momento.

—¿Quieres que me calle o prefieres que…? —preguntó Munch y sintió de repente que la estaba molestando.

—No, nada, lo siento, tú sigue —murmuró Mia. Abrió la botella de armañac y llenó un vaso sucio hasta arriba.

—La impresión que da, tal y como tú has dicho, es que se trata de algún tipo de ritual, sí —continuó Munch—. La peluca. Las plumas. Las velas. La colocación de los brazos.

—Un pentagrama —dijo Mia, y se llevó el vaso a la boca.

—Sí, eso fue lo que dijo Ylva también.

—¿Ylva?

—Kyrre ha sido transferido —dijo Munch—. Y ella acababa de terminar en la academia, así que…

—¿Lo mismo que pasó conmigo, entonces? —observó Mia sonriendo y volvió a mirar las fotografías.

—No, tú no llegaste a terminar, ¿verdad? —dijo Munch.

—¿Y cuál es el acuerdo?

—¿Con Ylva?

—No, conmigo —respondió Mia, levantando una de las fotografías del suelo.

—¿Qué quieres decir?

—Con Mikkelson. ¿Qué acuerdo tenemos esta vez? Déjame adivinar: puedo volver, si prometo seguir yendo al psicólogo.

—Así es —dijo Munch, incorporándose un poco en la silla.

—Fuma aquí dentro si quieres, hay un cenicero por ahí, en uno de los armarios, creo. —Mia

hizo un gesto con una mano, sin apartar la mirada de las fotografías.

—Camilla Green —dijo Munch cuando ya estaba sentado otra vez, con un nuevo cigarrillo entre los dedos—. Diecisiete años. Huérfana. Hace tres meses fue denunciada su desaparición de una especie de residencia para adolescentes con problemas, un huerto.

—La flor de la boca —asintió Mia.

—El informe preliminar del forense indica que tenía la tripa llena de pienso de animales.

—¿Cómo? —preguntó Mia, mirándolo.

—Pellets, bolitas… —contestó Munch.

—Joder —dijo Mia, desviando la mirada hacia las fotografías otra vez.

Se tomó otro sorbo grande del armañac. Ahora tenía la mirada ausente, se hallaba tal y como él la había visto muchas veces antes. Ya no se encontraba allí. Estaba lejos, y Munch volvió a tener la sensación de que su presencia no era necesaria para nada, que podría haberla dejado sola.

Cuando el teléfono volvió a sonar y Munch salió al balcón para contestar, ella ni siquiera se dio cuenta.

—¿Sí?

—Soy Ludvig. Ya hemos dado con ella.

—¿Con quién?

—Helene Eriksen. La que denunció la desaparición de la chica. Viene ahora. Ya está en camino.

—Ahora voy —dijo Munch rápidamente, y colgó.

Cuando entró en el piso, Mia ya había vaciado el vaso y lo había vuelto a llenar.

—¿Y bien? —inquirió Munch.

—¿Y bien, qué? —replicó Mia, mirándolo con ojos vidriosos.

—¿Qué piensas?

—Mañana iré. Ahora quiero estar sola con estas fotos.

—Vale —dijo Munch—. ¿Estás segura de que no necesitas nada? ¿No quieres que te traiga…, bueno, comida o algo?

Mia hizo un gesto disuasorio con la mano sin apartar la mirada de las fotografías.

—Entonces nos vemos mañana.

Mia asintió, ausente.

Munch se ató los zapatos, cerró la puerta con cuidado detrás de sí, bajó las escaleras rápidamente, entró en el coche y arrancó hacia la calle Mariboesgate.

12

La mujer de cuarenta años llevaba un plumífero rojo y estaba bajo una farola junto al estadio de Bislett, viendo cómo un hombre corpulento con una trenca beis salía del bloque de pisos. El hombre encendió un cigarrillo y pareció dudar un poco, luego entró en un Audi negro y se marchó.

—¿A qué estamos esperando?

El chico que se encontraba a su lado, veinte años más joven, echó una mirada nerviosa a su alrededor y bajó el gorro para taparse mejor las orejas.

—Tengo frío.

—Calla —dijo la mujer, y metió la mano en el bolsillo para comprobar que seguía allí.

«La pulsera».

—Muy difícil no puede ser —insistió el chico de veinte años, y con manos temblorosas encendió el pitillo que le colgaba de la comisura de los labios—. ¿No has dicho que nos iba a dar dinero?

La mujer del plumífero rojo ya se arrepentía de haber venido con él. En realidad no conocía a este chaval, esto era algo que debería haber hecho sola y además hacía mucho tiempo.

Se subió la cremallera de la cazadora un poco más y se quedó mirando el piso de la tercera planta. Se veía una luz débil en las ventanas, así que estaba en casa, pero aun así no parecía un buen momento.

—Necesito un chute —dijo el chico, tosiendo un poco.

—Calla —repitió la mujer del plumífero rojo, pero ella también lo necesitaba.

El deseo de la aguja que haría desaparecer la miseria, que le daría el calor que anhelaba.

—Déjame verla —dijo el chaval, estirando la mano.

—¿Ver el qué?

—La pulsera. ¿No has dicho que nos pagaría por ella?

Ella miró hacia el piso otra vez y dejó que el chaval ojeara lo que tenía en el bolsillo.

—¿Esto? —dijo el chico, sorprendido, levantando la pulsera para mirarla a la luz de la farola —. ¿Cómo puede esto valer algo? Si tiene pinta de ser bisutería barata, eso que llevan los críos. Joder, podríamos haber ido a algún quiosco o algo, algún 7-Eleven, entrar y salir en cinco minutos, ¿qué vamos a sacar de esto? Vamos, ¿estás mal del coco o qué?

La mujer del plumífero rojo cogió la pulsera con un movimiento firme y volvió a deslizarla dentro del bolsillo.

«Una pulsera de plata, un corazón, un ancla y una letra. M».

—Tiene un valor sentimental —dijo en voz baja, y sintió cómo volvía a apoderarse de ella, con una fuerza casi irresistible.

La necesidad del chute que podría hacer desaparecer la oscuridad de su cuerpo.

—¿Un valor sentimenqué?

El chaval miró nerviosamente a su alrededor y dio otra calada al pitillo.

—Joder, por qué no vamos a hacer un 7-Eleven. O, si no, que Leffe nos adelante un picotazo. Me debe un favor, joder, estoy seguro de que nos puede adelantar un chute, además vive aquí al lado, ¿vamos o qué? Por Dios, parece que la pulsera esa vale como cincuenta céntimos, ¿qué clase de idea es esta? Yo me largo ya.

La mujer del plumífero rojo levantó la mirada al oír cómo se abría una puerta y la chica de pelo oscuro salía al balcón. Tenía una copa en una mano. Y, en la otra, alguna cosa que estaba mirando. Una hoja. Una fotografía. Algo. Se quedó así unos segundos, escrutando la oscuridad de la ciudad, antes de entrar y cerrar la puerta tras de sí.

«Mia Krüger».

La mujer sintió cargo de conciencia otra vez, tendría que haber hecho esto hacía mucho tiempo.

«Hacía mucho, mucho tiempo».

«Porque había estado allí aquella noche».

—Venga, vamos —dijo el chaval, ya casi suplicando, y tiró la colilla al suelo—. Vámonos ya, joder. Ya no puedo más.

—Quieto. No es un asunto solo de dinero.

—¿Qué? —dijo el chaval.

—No solo es un asunto de dinero.

—Joder, si me has dicho que…

—Éramos amigas —le interrumpió la mujer, algo irritada, y se arrepintió otra vez de haber traído al chaval.

«Tendría que haber hecho esto sola».

«Y tendría que haberlo hecho hace mucho tiempo».

—¿Amigas? ¿Quién? ¿Tú y la de ahí arriba?

—¿Por qué no te callas?

—Si sois amigas le puedes pedir dinero sin más, ¿no? Por Dios, Cisse, esto es de bobos, ¿por qué seguimos aquí todavía? Ya te he dicho que Leffe nos puede adelantar un chute, vámonos ya.

—No, de ella no. De Sigrid.

—¿Sigrid, quién?

—Su hermana.

El chaval sacó una bolsa plana de tabaco del bolsillo y trató de liar un cigarrillo nuevo con las migajas que quedaban, mientras miraba nerviosamente a su alrededor.

—Joder, Cisse, en serio, ya no lo soporto más, lo necesito ya. ¿Tú no? ¿Por qué no bajamos donde Leffe sin más?

—Estaba allí —dijo la mujer del plumífero rojo, todavía sin apartar la mirada de la sombra del piso de arriba.

—¿Estabas dónde?

—Lo vi.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando le quitó la vida.

Ahora ya se quedó quieto, con el fino pitillo entre los labios y el mechero justo delante, pero sin encenderlo.

—Joder, Cisse, ya me estás asustando. ¿Quitó la vida de quién?

«Sigrid».

Sintió cómo se apoderaba de ella otra vez.

«Tendría que haber hecho esto hace tiempo».

«Yo estaba allí».

«Cuando le quitó la vida».

—Joder, Cisse, solo quiero un chute, has dicho que veníamos a por un poco de pasta. ¿Nos vamos o qué?

—¿Qué?

—Sé que Leffe nos lo puede adelantar. Está justo aquí, al lado, vamos, Cisse, esto es una estupidez.

La mujer de cuarenta años pasó los dedos cuidadosamente sobre la pequeña pulsera de plata dentro del bolsillo otra vez, notó que estaba allí, entre sus dedos. En ese momento la luz del piso de arriba se apagó y de repente todo estaba oscuro.

—Vámonos, joder.

—¿Por qué no te callas la boca?

—¡Joder, Cisse! Nos vamos, ¿te vienes o qué?

—¿Estás seguro de que Leffe nos puede adelantar uno?

—Claro, me debe una. No sé qué hacemos aquí todavía. ¡Vamos ya!

La mujer del plumífero rojo deslizó los dedos una vez más sobre la pulsera de plata que llevaba en el bolsillo. Echó una última mirada hacia las oscuras ventanas del piso.

Y siguió al chaval nervioso cuesta abajo, hacia la calle Pilestredet.

13

Gabriel Mørk se paró delante del quiosco de periódicos de la esquina de la calle Mariboesgate. Recordaba muy bien la primera vez que había estado ahí, seis meses antes, bastante nervioso ante la idea de empezar a trabajar para la policía. Aquel día el joven hacker no tenía ninguna experiencia policial. En realidad no tenía experiencia profesional de ningún tipo. Les habían pasado su nombre desde el GCHQ y el MI-6. Había descifrado un código extremadamente difícil que el servicio de inteligencia inglés había colgado en la red: «¿Lo puedes hackear?». Resultó ser una tarea para el reclutamiento y le informaron de que lo había hecho bien, pero, para conseguir el trabajo, hacía falta ser ciudadano británico. Gabriel se había olvidado de todo, hasta que un día recibió una llamada. Era de Holger Munch, quien lo había contratado inmediatamente, tras una breve entrevista telefónica.

Habían pasado seis meses, aunque ahora parecía casi una eternidad. Al principio había estado nervioso, se había sentido realmente fuera de lugar, pero le habían tratado bien y ahora se sentía como una parte importante del equipo. ¿Policía? Nunca se lo habría imaginado, pero ahora no podría dejarlo.

Gabriel sacó su tarjeta y abrió la puerta del edificio amarillo. Una adolescente. Encontrada desnuda en el bosque de Hurum. Con una flor en la boca. Sintió un leve escalofrío al pensar en las fotografías que había visto. No habían vuelto a tener un caso como este desde aquel de las niñas que colgaban de los árboles, y aquella vez le había faltado poco para vomitar. Su primera reacción fue la de haberse equivocado seriamente al aceptar el trabajo. Por fortuna, habían resuelto el caso.

Y él había contribuido a ello.

Después, Munch había hablado con él en privado en su despacho para darle las gracias, diciendo que «no lo podíamos haber hecho sin ti, Gabriel». Se había sentido muy orgulloso, por primera vez en su vida formaba parte de algo importante.

Gabriel llevó la tarjeta hacia la puerta del ascensor y estaba a punto de pulsar el botón para subir a la tercera planta cuando oyó una voz conocida que venía de atrás.

—Espérame.

Gabriel se giró y se sobresaltó un poco al ver que Mia se acercaba corriendo.

—Gracias —dijo, tratando de recuperar el aliento, cuando la puerta del ascensor se cerró.

«Mia Krüger».

—¿Ya has vuelto? —preguntó Gabriel, y notó que se ponía un poco rojo, pero esperaba que ella no se diera cuenta.

—Sí, eso parece. En realidad debería haberles pedido que se fueran a la mierda, ¿no crees?

—Puede que sí —dijo Gabriel con una sonrisa.

—¿Ya recuperaste la lista de llamadas?

—¿Qué?

—La lista de llamadas de su teléfono. Camilla Green. La chica del bosque.

—No —dijo Gabriel—. Me llevará un rato, aunque está en camino. Ya sabes. La burocracia y todo eso.

—¿Por qué no hackeas el sistema y la sacas sin más?

—A Munch le gusta hacerlo todo según las reglas —dijo Gabriel con otra sonrisa tímida.

—Lo sé —replicó Mia riendo.

Se le adelantó en el pasillo, pasó su tarjeta por el lector, sujetó la puerta para que Gabriel pudiera pasar y la cerró de nuevo tras de sí justo cuando aparecía Munch.

—Las once, ¿no habíamos quedado en eso? Las once son las once, no las once y cuarto.

Munch negó con la cabeza y entró en la sala.

—Ups —exclamó Mia, sonriendo.

—Últimamente está de muy mal humor —explicó Gabriel, como si quisiera disculparlo.

—Eso parece —dijo Mia, aunque no daba la impresión de que le preocupase demasiado.

—Las once son las once, chavales, ¿estamos en la guardería o qué? ¿Dónde estamos? ¿Dónde está todo el mundo?

Munch ya hablaba en voz muy alta desde la sala de reuniones, con un tono pesado y profundo, como si alguien hubiera despertado a un oso de su hibernación. Hoy se encontraba de muy mal humor, desde luego.

«Mia Krüger».

Gabriel se alegraba de que hubiera vuelto.

14

OK —dijo Munch, que ya se había colocado en su lugar habitual delante de la pantalla.

Gabriel Mørk podía ver las sonrisas de la gente cuando repararon en que Mia entraba en la sala.

—Rayo de Luna —sonrió Ludvig Grønlie y le dio un abrazo.

Anette Goli también se acercó para darle la mano, mientras que Kim Kolsø sonrió y levantó el pulgar desde su asiento.

—OK —dijo Munch otra vez—. Como podéis ver, Mia ha vuelto, de lo cual nos alegramos mucho. Y, si alguien se pregunta quién lo ha conseguido, os diré que he sido yo. Y, para que conste, es la primera y última vez que le hago la pelota a Mikkelson, pero pienso que esta vez ha merecido la pena.

Munch dejó escapar una pequeña sonrisa y encendió el proyector.

—¿Dónde está Curry? —dijo de repente, y ahora Gabriel se fijó en que el fornido policía no estaba presente.

—¿Kim? ¿Ludvig?

Munch miró a las caras de la sala, pero todos negaron con la cabeza.

—No sé nada —respondió Kim.

—Vale —dijo Munch, y pulsó el botón.

Apareció una fotografía en la pantalla. La chica muerta, esta vez viva, con una leve sonrisa ante la cámara, en algo que parecía una foto escolar.

—Ayer por la noche nos confirmaron que la chica que encontramos en Hurum es Camilla Green. Diecisiete años, nacida en 1995. Niña de orfanato. Su madre murió cuando era pequeña. En un accidente de tráfico. Y su padre es francés, un tal…

—Laurent Clementz —añadió Ludvig Grønlie.

—Bien, gracias, Ludvig. Todavía no hemos dado con él —continuó Munch—, y, según Helene Eriksen, Camilla Green también tenía muy poco contacto con su padre. Fue a pasar el verano allí alguna vez cuando era pequeña, pero, con el tiempo, el Estado se hizo cargo de ella.

—Perdona, ¿Helene qué? —dijo Ylva, que había levantado la mano.

Gabriel podía ver que Ylva miraba a Mia Krüger de reojo. Reconoció la sensación. También la había tenido la primera vez que entró en esa habitación. Esa sensación. Intimidaba un poco estar en la misma sala que Mia Krüger, y no quería equivocarse a la hora de hablar o de actuar.

—Claro, Ylva. Ha sido una noche larga y lamento no haberos informado de todo lo que ha sucedido desde la última vez.

Se aclaró la garganta y se tomó un sorbo de la botella de Farris que estaba sobre la mesa delante de él.

—Helene Eriksen…

Munch desvió la mirada hacia Grønlie.

—No tenemos fotos de ella todavía, ¿verdad?

Ludvig Grønlie negó con la cabeza.

—Vale. En todo caso, Camilla Green creció como niña adoptada en varias familias, pero parece que no estuvo muy a gusto en ninguna de ellas.

Munch hojeó sus apuntes otra vez.

—Creo que hemos apuntado cuatro familias diferentes aquí, y se escapó de todas hasta que llegó al Huerto de Hurumlandet a la edad de quince años.

Parecía que Munch se esperaba otra pregunta, así que levantó la palma de la mano hacia la gente.

—En fin, el Huerto de Hurumlandet, ahora os contaré. En cualquier caso… ¿qué estaba diciendo?

De repente, Munch reprimió un pequeño bostezo. No parecía que hubiera dormido demasiado. Podría ser la explicación del mal humor que había mostrado ante Mia y Gabriel en el pasillo.

—Helene Eriksen —dijo Ylva.

—Sí, eso, gracias —siguió Munch—. Ayer nos pusimos en contacto con la responsable del turno de día del Huerto de Hurumlandet, Helene Eriksen, que también fue la que denunció la desaparición de Camilla Green hace tres meses. Ludvig y yo la acompañamos a los forenses y pudo confirmar que la chica que hemos encontrado es Camilla.

Aquí Munch hizo una pausa momentánea y volvió a mirar a Grønlie.

—¿Qué tal acabó?

Ludvig suspiró y negó con la cabeza.

—No muy bien. Se encontraba en estado de shock.

—¿La acompañaste de vuelta?

Ludvig asintió.

—¿Y había alguien allí para cuidar de ella?

Ludvig volvió a asentir.

—Un tal Paulus, su asistente, creo que es una especie de mano derecha para ella.

—Bien —dijo Munch, y se puso a hojear sus apuntes otra vez.

Ahora la sala estaba sumida en el silencio y nadie dijo nada hasta que Munch pulsó de nuevo el botón. Esta vez apareció una fotografía del lugar del crimen, una que ya habían visto antes, de la chica, Camilla, tumbada entre el brezo, desnuda y colocada en esa extraña posición con una flor en la boca.

—El Paulus ese —dijo Munch, lanzando otra mirada a Grønlie.

—No, todavía no tenemos fotografías de él.

—Vale. En todo caso, parece que este tal Paulus antes fue uno de los residentes del Huerto de Hurumlandet, y que ahora, según hemos podido averiguar, tiene un empleo allí, un puesto de cierta responsabilidad. Ha sido él quien nos ha enviado la lista de todos los residentes, empleados, profesores y demás gente relacionada con el lugar.

—Perdona —dijo Ylva otra vez, y ahora casi parecía que le daba un poco de corte hablar—. ¿El Huerto de Hurumlandet? ¿Qué clase de sitio es?

—Lo siento —dijo Munch, llevándose una mano a la frente antes de reprimir un pequeño bostezo—. Ludvig, ¿te haces cargo?

—Vale —dijo Ludvig, mirando las hojas que tenía sobre la mesa—. El Huerto de Hurumlandet

es un lugar para adolescentes con problemas. Fue inaugurado por Helene Eriksen en el otoño de 1999 y es privado, pero recibe subvenciones estatales y también está vinculado a otras instituciones y organismos, como el servicio de psiquiatría, la unidad de trastornos alimentarios de Ullevål y el hospital de Dikemark. Hice algunas llamadas y todo el mundo habla bien del sitio. Parece que realmente cunde la estancia en el Huerto de Hurumlandet de estos niños y adolescentes que no han podido encontrar su sitio en otros lugares. Algunos llevan varios años viviendo allí.

Hojeó los papeles otra vez.

—Bien, no hemos podido dedicar muchas horas al tema, pero, como decía antes, la gente con la que hemos hablado solo ha tenido buenas palabras acerca del lugar y, sobre todo, acerca de Helene Eriksen. Parece que ella ha sido casi como una madre para estos críos y adolescentes. Hoy seguiré indagando, pero de momento no he encontrado nada que deje en mal lugar a este centro, más bien todo lo contrario.

—Muy bien, Ludvig, gracias. Eh…

—¿Me dejáis un momento? —dijo Kim Kolsø con una sonrisa torcida.

—Claro, adelante, Kim —asintió Munch.

—Hemos tenido a gente en el lugar desde que la encontramos —dijo Kim—. Hemos ido de casa en casa, peinando toda la zona, pero en cuanto a pistas técnicas no tenemos casi nada. La zona es un conocido destino para excursionistas y va mucha gente, así que podemos olvidarnos de buscar huellas, ya que habría que verificar los zapatos de la mitad de Buskerud, y tampoco hemos encontrado otras cosas en la zona colindante. Algo que a mí, personalmente, me parece un poco extraño, pero seguimos con ello. Hemos pedido refuerzos de Svelvik, Røyken y Sande, y continuaremos repasando el lugar hasta que encontremos algo, porque tiene que haber alguna cosa que podamos usar. La zona de búsqueda es amplia, así que nos puede llevar un poco de tiempo, pero estamos en ello y proseguiremos. Algún detalle técnico sí tenemos, claro está, pero eso ya lo habéis visto. Las plumas, las velas, la flor en la boca, que se supone que es un lirio. Y sí, tenemos una observación de un testigo.

Buscó en su iPad.

—Una tal Olga Lund, jubilada, que vive cerca de la carretera que lleva al sendero junto al lugar donde la encontramos, dice que vio una furgoneta blanca con una pegatina en el lateral, que pasó por delante de su casa, justo después del telediario del mediodía, según sus palabras. Volvió por el mismo sitio, y cito sus palabras de nuevo, un poco antes del telediario de la noche.

Los policías de la sala intercambiaron unas sonrisas. Resultaba fácil imaginarse a la señora mayor, que medía el tiempo en función de los horarios de la programación de la NRK.

—¿Una pegatina? —dijo Mia. Era la primera vez que abría la boca.

—Sí, eso fue lo que dijo —contestó Kim sonriendo.

—¿Un logotipo?

—Creo que se refería a eso, sí.

—¿No especificó cómo era?

Kim buscó en su iPad otra vez.

—No tengo constancia de ello, un asistente me ha pasado el informe, pero he pensado que debería darme una vuelta por ahí y hablar con ella personalmente.

—Perfecto, Kim, gracias. ¿Gabriel?

Gabriel Mørk había estado con la cabeza en otro sitio y se sobresaltó un poco al oír su nombre.

—¿Sí?

—¿La lista de llamadas?

—La he pedido, está en camino —afirmó Gabriel.

—Muy bien —dijo Munch.

Gabriel miró de reojo a Mia Krüger, que le contestó guiñando un ojo.

—Vale —dijo Munch—. ¿Mia?

Mia se levantó y se colocó delante de la pantalla. Munch le pasó el mando a distancia del proyector y se sentó en una silla junto al escritorio. Mia se retiró el largo pelo por detrás de la oreja, luego se aclaró la garganta y pulsó el mando para sacar la primera imagen.

—No he tenido mucho tiempo para verlas, pues me llegaron ayer —dijo con una sonrisa casi de disculpa—. Pero creo que hay algunas cosas aquí tremendamente importantes para nosotros. Algunas decisiones que debemos tomar, diferentes posibilidades que tenemos que evaluar.

Había un silencio total en la sala cuando Mia giró la cara hacia la pantalla.

—No hay duda de que se trata de un crimen planificado desde hacía tiempo. Lo primero que se me ocurrió fue que el lugar está muy preparado, casi como si fuera un juego, ¿no estáis de acuerdo?

Mia repasó un par de fotografías sin esperar las respuestas de los demás.

—La peluca. Las plumas. Las velas alrededor de ella. La desnudez. La posición de los brazos. La flor en la boca. Un ritual. Un sacrificio. Naturalmente, eso fue lo primero que pensé y supongo que os pasó lo mismo. Como podéis ver…

Mia dio un paso hacia la pantalla y señaló diferentes puntos de la imagen.

—La colocación de las velas. El pentagrama. Inspiran interpretaciones muy concretas, ¿verdad? Bien, se trata de un símbolo muy conocido. La puerta que, bueno, que se abre a la oscuridad, el diablo, no estoy sacando conclusiones, solo transmito mis pensamientos espontáneos, pero para mí no hay duda de que se trata de una persona, o de un grupo de personas, que guarda relación con esto. Ocultismo. Satanismo.

Mia levantó la mirada hacia los demás, como para comprobar si había alguna pregunta, pero todos seguían totalmente callados.

—¿Entendéis lo que quiero decir?

Alguno asintió levemente, pero nadie abrió la boca.

—Me refiero a que hay una chica desnuda sobre un lecho de plumas dentro de un pentagrama de velas. Y, que yo sepa, no hay señales de violencia sexual, ¿verdad?

Mia miró a Munch, que negó con la cabeza.

—¿Verdad? —repitió Mia, sacando una nueva serie de fotografías—. La virgen —continuó, parando en un primer plano de la chica, que a Gabriel le costó mirar—. Estos rituales van de esto, ¿no creéis?

La gente seguía sin decir nada.

—No quiero decir que Camilla Green fuera virgen. Pocas chicas de diecisiete años lo son, pero el hecho de que no haya sido sometida a abusos sexuales, de que esté colocada de esta manera, en medio de estos símbolos, desnuda, y pura, si me entendéis, esto es algo que debemos tener muy en cuenta.

Mia estiró la mano en busca de la botella de Farris de Munch, se tomó un sorbo y se perdió en sus propios pensamientos.

—¿Mia? —dijo Munch con suavidad.

—¿Qué? —Mia lo miró—. Sí. Lo siento.

Volvió a pulsar el botón y apareció una nueva fotografía en la pantalla.

—Bien —continuó Mia—. Como os decía, no he tenido mucho tiempo para estudiar estas fotografías, así que lo que os estoy comentando es lo que vemos desde *fuera*, no sé si me entendéis. Todavía no me he metido dentro de ellas, solo estoy tratando de averiguar qué es lo que vemos por fuera. Lo que se nos enseña. A nosotros, como espectadores, ¿entendéis lo que quiero decir?

Mia levantó la cabeza otra vez y sonrió levemente hacia la gente. Varios asintieron, aunque Gabriel Mørk sabía que los demás, al igual que él, se sentían como unos alumnos levemente intimidados en una clase magistral.

—Muy bien. —Mia asintió con la cabeza—. Es decir, desde fuera. Lo estamos viendo desde fuera.

Volvió a pulsar el botón. Esta vez salió una sucesión de fotografías, otra serie, las mismas fotografías que habían visto antes.

—Así que alguien la ha dejado aquí. Desnuda. La ha colocado en esta posición. La ha expuesto. Una chica de diecisiete años. Camilla Green. Entonces, lo siguiente que se me ocurrió fue…

Volvió a desaparecer, pero no por mucho tiempo, Munch no tuvo que despertarla.

—¿Por qué se supone que debemos encontrarla así? ¿La intención era exponerla? Es una pregunta importante.

Mia miró a Munch, que en estos momentos se parecía tanto a un alumno como el resto de la gente, pero que también asintió.

—Por supuesto —dijo Munch ahogadamente.

—Luego están, bueno, digamos los aspectos más técnicos —continuó Mia.

Pulsó el botón más veces, hasta llegar a la fotografía que no era del lugar del crimen, sino que se parecía más a una foto escolar.

—Camilla Green era una chica saludable y normal. Cierto, tenía problemas, era huérfana, vivía en una especie de residencia, este…

—El Huerto de Hurumlandet —añadió Munch.

—Correcto, pero técnicamente esto no tiene nada que ver. Es decir, su pasado. Mirad esto…

Nuevas fotografías.

—Cuando desapareció, Camilla tenía un peso normal. Pero, cuando fue encontrada, presentaba este aspecto.

A Gabriel le costaba mantener la mirada en la pantalla.

—Delgada. Famélica. Con moratones y heridas en las rodillas. —Mia siguió pulsando el botón —. En los codos… —Continuó—. En las palmas de las manos. Y, otra vez, una pregunta técnica: desapareció hace tres meses. Entonces era una adolescente sana. Y ahora vuelve a aparecer con este aspecto. ¿Qué nos dice esto, técnicamente hablando?

Mia se giró hacia la gente.

—La han tenido presa —dijo Kim Kolsø.

—Yo también lo pienso —añadió Mia, tomando otro sorbo de la botella de la mesa.

Gabriel bajó la mirada, no era capaz de seguir mirando la fotografía. ¿Presa? Se dio cuenta de que no era el único entre los reunidos al que le costaba asimilarlo.

—¿Alguna pregunta? —continuó Mia.

Pasó un rato antes de que alguien abriera la boca.

—Estaba pensando en esto del… pienso —dijo Ylva, con reservas.

Gabriel miró a la chica nueva. Tenía la cara totalmente blanca, como si no terminase de

comprender lo que acababa de presenciar. La comprendía bien. Él se había sentido igual, la primera vez que había entrado en la sala de reuniones, viendo imágenes de una realidad que hasta el momento solo había conocido por la prensa.

—¿Verdad? —dijo Mia, y volvió a desaparecer por un momento.

—¿Entonces…? —dijo Ylva.

—Un animal —dijo Mia.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que ¿no estáis pensando lo mismo que yo?

Repasó las caras con la mirada.

—¿Un animal?

—Sí, ¿no es eso lo que piensas, Kim?

—No sé qué pensar, Mia —continuó Kim en voz baja—. ¿Qué quieres decir con un animal?

—La han tratado como a un animal —dijo Mia, tomando otro sorbo de la botella que estaba sobre la mesa.

—Pero ¿por qué…?

Era la chica nueva, Ylva, otra vez. Tenía la cara tan blanca como antes.

—No, eso no lo sé. —Mia se encogió de hombros—. Como os decía, estas imágenes me llegaron ayer. Estas no son más que las primeras ideas que me han venido a la cabeza.

Mia lanzó una mirada inquisitiva hacia Munch, quien asintió con la cabeza en señal de que podía volver a sentarse.

—Vale, muy bien —dijo cuando Mia volvió a su asiento.

Nadie dijo nada durante un buen rato. Los otros ya conocían a Mia y sabían lo que podía hacer, pero parecía que Ylva, la nueva, todavía no terminaba de comprender lo que acababa de pasar.

Munch se levantó y se puso delante de la pantalla otra vez.

—De acuerdo, sí, muy bien. —El corpulento jefe se rascó la barba un poco, parecía que le habían dado algo en que pensar—. Bien, creo que necesitamos un cigarrillo, ¿verdad? —continuó, dando un par de palmadas—. Solo unas caladas rápidas antes de continuar, que esto tiene mucha intriga.

Nadie en la sala dijo nada, pero Gabriel vio que Kim Kolsø sonreía.

En todo el equipo, Munch era el único que fumaba, así que estas pausas solo eran para él.

Munch se puso la trenca y salió a la terraza, mientras los demás permanecían sentados.

—¿Tiene mucha intriga? —dijo Kim Kolsø—. ¿Qué le pasa hoy?

Mia se encogió de hombros.

—Tiene que ver con… —dijo Ludvig Grønlie, pero cerró la boca nada más abrirla.

—¿Qué, Ludvig? —dijo Kim, lanzando una mirada inquisitiva hacia Grønlie, que parecía reacio a contestar.

—Debería decirlo él —murmuró Ludvig en voz baja—. Si es que tiene intención de contárnoslo, no estoy seguro.

—¿El qué? —preguntó Mia con curiosidad.

Daba la impresión de que Ludvig se lo estaba pensando, pero al final sacó una de las hojas del montón que tenía delante de sí y se la pasó.

—Nos ha llegado la lista hace una hora.

—¿Qué lista?

—La de los empleados. Los del Huerto de Hurumlandet.

—Vaya —dijo Mia.

—¿Vaya qué? —preguntó Kim Kolsø.

—Rolf Lycke —murmuró Mia.

—¿Quién cojones es Rolf Lycke? —dijo Kim, arrebatándole la hoja.

—El novio de Marianne.

—¿Quién es Marianne?

—Marianne Munch —dijo Ludvig en voz baja.

—¿Su exmujer? —exclamó Kim, sorprendido.

—Así es —dijo Ludvig Grønlie, y después asintió—. El novio de Marianne Munch. Rolf Lycke. Es uno de los profesores del lugar.

—Joder —dijo Kim.

—¿Verdad? —murmuró Grønlie, y metió la hoja rápidamente en el montón al ver que Munch volvía de la terraza y se quitaba la trenca.

15

Isabella Jung estaba delante del espejo en su habitación. Se encontraba muy nerviosa. No había tenido esa sensación antes. Nunca. Era tan extraño. Unos meses atrás, cuando el psicólogo le había propuesto que viniera a este lugar, había estado como siempre, «me da igual todo», en ese plan, pero ahora las cosas eran totalmente diferentes.

Había ido de institución en institución durante toda su vida. También ahí arriba, en Hammerfest. Lo llamaba así, ahí arriba, porque ella no era de ese sitio, ¿no lo entendían? Ella quería estar en Fredrikstad con su padre, pero este no era suficientemente bueno, así que no podía. No según el servicio de protección del menor. ¿Qué le importaba a ella que bebiera un poco, que no siempre estuviera en casa? Ella sabía cocinar sola. Sabía hacer la mochila y encontrar el camino a la parada de autobús. Nada, tenía que ir con su madre.

«Mamá».

Isabella Jung sentía un escalofrío al pensarlo y, por un momento, se preguntó si debía maquillarse de manera diferente, o quizá ponerse otra ropa un poco más bonita, una blusa o algo en lugar de la cazadora con capucha y los pantalones con agujeros, aunque ella en realidad sabía que a Helene este tipo de cosas le daban igual.

«Mamá».

Juró entre dientes. Esa persona horrible no era una madre. ¿No se daban cuenta de ello? ¿No entendían que su padre era mucho mejor? Se suponía que una madre cuidaba de sus hijos. Que decía cosas bonitas, que animaba en lugar de quejarse todo el tiempo. Ella discutía sobre todo, diciendo que era mala. Que no sabía nada. Que le iría mal en la vida. Que no servía para nada, aunque le iba bien en el instituto y los profesores hablaban bien de ella, y recogía su habitación siempre. Broncas, siempre broncas. Ni medio abrazo, ni una palabra buena, jamás. Así que había acabado en una institución, primero una y luego otra y, al final, se había escapado, cuando tenía trece años. Había hecho autostop todo el camino. Mil cuatrocientos kilómetros. Consiguió hacer todo el viaje a Fredrikstad sin problemas. No podía ser muy difícil, podía valerse por sí misma con tal de no tener que estar con su madre. ¿Qué le importaba a ella que su padre hubiera cogido el coche borracho y hubiera tenido que ir a la cárcel? ¿Si ella podía valerse por sí misma? Pero nada. No la dejaban. La habían ido a buscar de nuevo, y esta vez había acabado en el centro de trastornos alimentarios en Oslo, porque no comía y estaba como un palo.

Y fue después de aquello cuando decidió mandar a todos a tomar por saco.

«Total».

«Me da igual todo».

Pero había oído rumores entre las chicas del centro. Decían que se estaba bien aquí, en el Huerto de Hurumlandet. Que no era como los otros sitios. Así que, cuando el psicólogo se lo

propuso, ella aceptó a regañadientes, y ahora estaba delante del espejo, casi sorprendida de que quisiera que este encuentro saliera bien, para que pudiera quedarse.

El primer día no había sido tan positiva. Había pensado que iba a pasar lo de siempre, igual que en todos los demás sitios. Porque también aquí había reglas. El recinto consistía en un edificio central con despachos y aulas. Porque tenían que ir a clase, y, aunque las asignaturas no parecían difíciles, en los últimos años se había cansado también de los profesores. Luego estaba el internado más grande, donde vivían las chicas, el internado pequeño para chicos, los tres grandes invernaderos y unos cuantos edificios pequeños por aquí y por allá, algún cobertizo para herramientas, un garaje para los coches. Helene había enseñado el lugar a Isabella el primer día, y también le había mostrado el mapa con los límites que marcaban adónde sí y adónde no podían ir. Había pensado que resultaba raro que alguien pudiera decidir por ella adónde podía ir. Luego estaban todas las normas prácticas. Todos se levantaban a las siete, el desayuno se servía a las ocho y después o realizaban tareas en los invernaderos o daban clases hasta la hora de comer, eso dependía del día. Luego había otro turno hasta la cena, que se servía a las seis, y después tenían tiempo libre hasta las once, cuando había que irse a la cama con las luces apagadas. Nadie podía salir del recinto a no ser que tuvieran que realizar otro tipo de recados, como por ejemplo entregar flores a clientes que las habían pedido. Y no había acceso a internet o a la televisión todo el día, solo entre las ocho y las diez de la noche. Tampoco podían usar sus móviles libremente. Solo podían llamar después de terminar la cena, y luego había que volver a entregarlos antes de irse a la cama. Después de aquella primera vuelta había pensado que no iba a quedarse mucho tiempo en el lugar, pero no había sido así.

No tardó mucho tiempo en encontrar una especie de paz. Porque el ambiente del lugar era especial. Nadie parecía notar las obligaciones. Nadie se quejaba. Parecía que todos los que se encontraban en el lugar estaban muy bien. Isabella Jung se dio cuenta enseguida de que eso se debía a Helene. Ella no era como los demás adultos, tan condescendiente, no decía «estás enferma, te pasa algo, sé más que tú, tienes que escucharme». Helene no era en absoluto así. Helene era simpática casi siempre, no de una manera estúpida, simplemente era así. Si debía enseñarles o mostrarles algo, se tomaba el tiempo necesario para hacerlo, siempre era comprensiva y paciente, siempre les dejaba intentarlo varias veces y, si ellos querían hacerlo de otra manera, ella lo permitía. Pocas semanas después, Isabella se tumbó en la cama pensando:

«Quiero quedarme aquí».

Por primera vez en mucho tiempo se había sentido, sí, casi feliz. En casi todas las otras instituciones en las que había estado, a nadie le había importado lo que hacía, siempre y cuando no infringiese las normas. Se levantaba tarde. Se quedaba todo el tiempo que quería por las noches. Horas y horas de internet, series de televisión, películas, vídeos de YouTube, Facebook, chats. Durante un tiempo había pasado tantas horas delante de la pantalla que casi llegó a ver doble, era como si su cerebro hubiese vomitado. En todo caso, no había pensado que le fuera a gustar eso de levantarse a una hora infernal, a las siete, por Dios, ¿para pasar el resto del día trabajando? Pero le había encantado.

Lo había sentido la primera vez que entró en el invernadero más grande. Donde cultivaban las orquídeas. La sensación de haber llegado a casa, de alguna manera. Paulus era el responsable de ellas. Paulus era un chico muy majo. Tenía los ojos azules y un pelo castaño rizado, y era igual que Helene, muy amable y voluntarioso también. Al principio había resultado difícil entenderlo todo, aprender cómo había que hacer las cosas, pero con el tiempo casi se alegraba de levantarse por las mañanas. De vez en cuando incluso se despertaba antes de las siete por su cuenta, sin

ayuda del despertador, porque tenía ganas de ir al invernadero.

Al final Isabella decidió no maquillarse, se puso los pantalones habituales y la cazadora con capucha. Se miró en el espejo una última vez y salió de la habitación. Una vez hacía mucho tiempo, cuando unos chicos de su clase del instituto de Hammerfest le habían hecho *bullying* por alguna cosa, ni siquiera recordaba de qué se trataba, había tomado la decisión. «Voy a ser yo misma, y, si a la gente no le gusta, me da igual». Había intentado vivir según esa regla desde entonces, aunque no siempre era fácil.

Solo vio la flor en el suelo después de cerrar la puerta tras de sí. ¿Un lirio blanco? ¿Por qué había un lirio blanco en el suelo delante de su puerta? Recogió la flor y se quedó mirándola un momento, y únicamente entonces descubrió la nota que estaba pegada en la puerta.

Me gustas.

Isabella Jung miró a su alrededor en el pasillo, sintiendo cómo el calor se le subía por las mejillas.

Alguien había dejado una flor en el pasillo. Había puesto una nota en su puerta. Había estado aquí, pero ni siquiera se había atrevido a llamar, solo había dejado la flor en el suelo, había pegado la nota en la puerta y después se había ido.

«Me gustas».

Había un dibujo debajo del texto. Una especie de firma. El que había dejado la nota había sentido tanta vergüenza que no se había atrevido a escribir su nombre, y, en lugar de ello, había dibujado algo. Al principio no consiguió ver qué era, pero después de un rato se dio cuenta de lo que podría ser. Un pájaro, el dibujo se parecía claramente a un pájaro de grandes ojos, ¿un búho quizá? Isabella se llevó la flor a la nariz mientras miraba a su alrededor otra vez, y notó cómo el corazón le latía con más fuerza.

«¿Le gusto?».

«¿Un admirador secreto?».

Isabella Jung volvió a entrar en su habitación y puso la flor y la nota bajo la almohada con mucho cuidado, antes de volver a cerrar la puerta tras de sí. Salió a las escaleras con pasos ligeros. Ni siquiera había llegado a la salida del internado cuando se dio cuenta de que sucedía algo. Cecilie, una de las chicas que mejor le caían en el lugar, estaba con lágrimas en los ojos, abrazando a Synne, otra chica que también le caía bien.

—¿Qué ocurre?

—¿No te has enterado? —dijo Cecilie con la voz tan entrecortada que le costaba hablar.

—No, ¿qué pasa? Dímelo.

—Han encontrado a Camilla.

—¿Camilla Green?

Cecilie asintió.

—Está muerta. Alguien la ha matado. La encontraron en el bosque.

—Por Dios —murmuró Isabella.

—Helene quiere reunir a todo el mundo en el aula —sollozó Cecilie.

—Por Dios. Pero… ¿cómo…?

Fueron interrumpidas por Paulus, que las llamaba desde el otro lado del patio.

—Helene os está esperando, chicas. ¿Venís?

El chico de los rizos oscuros parecía estar increíblemente triste. También le costaba hablar.

Isabella Jung puso el brazo alrededor de Cecilie, apretándola con fuerza y pasando la mano por su pelo. Después, las chicas echaron a andar lentamente hacia el edificio central, apoyándose la una en la otra.

16

Eran las seis de la tarde y una pesada oscuridad envolvía ya la capital, mientras Munch y Mia atravesaban la ciudad en el Audi negro, en dirección al Huerto de Hurumlandet. Si hubiese sido por Mia habrían salido mucho antes, justo después de la reunión, porque era allí donde debían empezar. Tenían que hablar con Helene Eriksen, enterarse un poco de la vida de Camilla Green, pero Munch quería esperar hasta después de las seis.

La idea era que Helene Eriksen pudiera informar a todo el mundo antes, por eso habían esperado. Para que pudiera contar la trágica noticia a toda la gente que conocía a Camilla Green antes de que la policía irrumpiese en el centro. Y esa era la razón por la que ellos dos eran los únicos que se dirigían al lugar, «para que toda la manada no entrase en bloque», tal y como Munch lo había expresado. En eso Mia estaba de acuerdo. Se trataba de un grupo de adolescentes con un pasado complicado; no resultaba impensable que algunos de ellos también pudieran tener una relación complicada con la policía, o con las autoridades en general. Acudir en tropel con luces y sirenas podría resultar contraproducente y dificultar la recogida de la información que necesitaban, pero de haber sido por Mia habrían salido mucho antes. Tenía la sensación de que se les había escapado algo que no había visto. En las fotografías. Mia no era capaz de decir exactamente qué era, pero tenía la sensación de que debían darse prisa, que no podían perder tiempo.

«Demasiado impaciente».

Podría ser eso. Munch era mucho más estable, más tranquilo. Muchísimo más tranquilo. Era cierto que hoy se había comportado de manera extraña, pero Mia sabía por qué, había visto la lista que Ludvig Grønlie le había enseñado.

Sacó una pastilla del bolsillo de la cazadora y bajó la ventanilla cuando Munch encendió otro cigarrillo y tomó la salida de la E18. La noche, con su densa e impenetrable oscuridad, ya había caído a las cinco de la tarde, y a Mia no le gustaba. Esta estación del año nunca le había gustado. El frío. Una cortina negra constante alrededor de ellos. En este lugar también había que vivir sin luz durante meses, como si el mundo no fuera lo suficientemente inhumano ya de por sí. Volvía a entrar en ella, con cuentagotas otra vez, el calor del sueño sobre Sigrid en el campo de trigo, pero lo apartó de su mente. Casi le daba escalofríos pensar que menos de veinticuatro horas antes había abierto los frasquitos y se había tragado el contenido del primero.

La había vuelto a salvar. Por casualidad. Si Munch no hubiera llamado a la puerta en aquel momento, ella no estaría aquí. Se había metido los dedos en la garganta y había echado las pastillas. Mia estaba un poco avergonzada. Se había prometido a sí misma intentarlo, pero se había rendido enseguida.

Se inclinó hacia delante y tocó la pantalla digital entre ellos, subiendo la temperatura al

máximo. Reflexionó durante unos segundos, pero se dio cuenta de que no había otra salida, no tenía sentido fingir que no sabía nada.

—¿Cuándo ibas a contármelo? —preguntó.

—¿El qué? —dijo Munch.

—Vamos, Holger, ya he visto la lista. La hemos visto todos. ¿Qué idea tienes, cómo vamos a seguir con esto?

—¿El qué? —repitió Munch, aunque ella podía percibir que sabía perfectamente a qué se refería.

—Rolf —contestó Mia—. Rolf trabaja como profesor allí.

Parecía que Munch iba a encender otro cigarrillo, pero lo dejó y se quedó mirando a través del parabrisas.

—¿Sabes que esto significa que tú, en realidad, no puedes hacerte cargo de este caso? Te inhabilitarían a la voz de ya, y aun así no dices nada al equipo, y…

—Vale, vale.

Ahora la interrumpió con un gesto de irritación y se quedó mirando a través del parabrisas un momento antes de contestar.

—Van a casarse —dijo, sin mirarla.

—¿Quiénes?

—Marianne y Rolf.

Mia negó con la cabeza.

—¿Y qué narices tiene esto que ver?

Munch se calló otra vez.

—Vamos, Holger, estás por encima de todo eso —musitó Mia.

—¿Por encima de qué?

—¿Tengo que decirlo?

—¿Decir qué?

Munch ya parecía cabreado, o tal vez más rendido. Se puso en el carril de la izquierda, adelantó un camión, volvió al carril derecho otra vez, estiró la mano en busca de la cajetilla de cigarrillos del salpicadero y esta vez encendió uno.

—Holger —suspiró Mia—. No hace falta ser psicólogo para entender lo que piensas, pero resulta demasiado estúpido, ¿no crees?

—¿El qué? —dijo Munch, aunque esta vez también parecía que sabía lo que ella le iba a decir.

—Que si resulta que Rolf Lycke de alguna manera milagrosa está implicado en este caso, Marianne lo dejaría, sin duda, y entonces tendrías vía libre para volver. Quiero decir, joder, Holger. Una película de Hollywood con un guion malo y un final feliz. No te pega nada.

Ahora Mia le echó una sonrisa vacilante y se alegró de que Munch se la devolviera, después de haber reflexionado un poco.

—A veces eres totalmente insoportable, ¿lo sabes, no?

—Sí, sí, lo sé. Pero uno de nosotros tenía que decirlo.

Munch negó levemente con la cabeza, como para confirmar su propia inmadurez.

—Vino con un enorme ramo de flores —comentó, y suspiró un poco.

—Lo siento —se disculpó Mia—. Pero, joder, han pasado ya diez años. Diez.

—Ya lo sé, Mia.

—¿Entonces qué hacemos?

—¿Con respecto a qué?

—Con respecto al hecho de que él trabaje allí, tú estés inhabilitado y que en realidad no puedas participar en esta investigación.

Munch aceleró, adelantó a otro camión y suspiró un poco otra vez antes de contestar.

—Lo descartamos cuanto antes.

—Eso debería funcionar —admitió Mia—. Es evidente que no está involucrado.

—Naturalmente.

—Así que confirmamos eso y lo tachamos de la lista.

—¿Verdad? —dijo Munch.

—Creo que debería funcionar.

—Claro que funcionará.

—Problema resuelto —concluyó Mia.

—Nunca fue un problema.

—¿A que no? —añadió Mia con una sonrisa.

—Ahora, ¿dónde cojones anda Curry? —preguntó Munch cuando llegaron a la altura de Asker y tomaron la salida de la carretera secundaria 167.

Era evidente que quería cambiar de tema y a Mia no le importó seguirle la corriente. Se lo había confirmado y le había dado la respuesta que ella quería. Algo le pasaba, eso estaba claro. Ella sabía que Munch todavía apreciaba mucho a Marianne, pero le sorprendía que esto le pudiera molestar tanto todavía después de diez años, y sentía compasión por él.

—No tengo ni idea —dijo Mia—. No contesta cuando le llamo.

—Joder, pero podría acudir a su trabajo, ¿no? Sabe perfectamente lo que tenemos entre manos —gruñó Munch sobre el volante.

—Lo sé, pero, en fin, lo que te decía, no hay manera de dar con él. Dejé un mensaje en el contestador de Sunniva también y ella tampoco contesta.

—No puedo permitirme el lujo de perder a otro más —murmuró Munch obstinadamente.

—¿Qué quieres decir?

—¿No te has enterado?

—¿Enterarme de qué?

Munch la miró.

—Kim.

—¿Qué le pasa a Kim?

—Es posible que nos deje —susurró Munch.

—¿En serio? —dijo Mia, sorprendida—. ¿Y eso por qué?

—Ha pedido un traslado a Hønefoss.

—¿Kim? ¿En el campo? —Mia se rio—. ¿Por qué narices iba a hacer eso?

—Por lo visto él también va a casarse —murmuró Munch—. Parece que se ha puesto de moda.

—¿Casarse con quién?

—¿Te acuerdas de la profesora de ahí arriba? ¿Los dos hermanos?

—Claro —dijo Mia—. Los que encontraron a la niña en el árbol. ¿Tobias y Torben?

Munch asintió con la cabeza.

—Emilie Isaksen. Ella y Kim están juntos, son novios, y al parecer tienen pensado adoptar a los dos chicos.

—Qué bien —dijo Mia con una sonrisa.

Munch soltó una risita.

—Sí, sí, bien por ellos, pero no por nosotros, ¿verdad? No sé qué hacer sin Kim, sobre todo si el puñetero Curry ni siquiera es capaz de venir a trabajar.

—Encontrarás un buen sustituto, se te da bien eso.

—No puede irse hasta que no terminemos esta investigación, se lo he dejado muy claro —gruñó Munch.

—Entonces, ¿qué piensas? —dijo Mia, en el momento en que las luces del coche iluminaron la señal delante de ellos.

Huerto de Hurumlandet. 500 m.

—¿Sobre esta investigación? —dijo Munch.

—Sí —contestó Mia.

—¿Entre nosotros?

—¿Sí?

—Tengo un presentimiento muy jodido. Aquí hay algo, lo noto, ¿sabes a qué me refiero?

—Algo oscuro —dijo Mia en voz baja.

Munch asintió despacio, salió de la carretera principal y entró en un camino bordeado de árboles que llevaba hacia lo que podría ser la luz de un invernadero a lo lejos.

17

Las paredes del pequeño despacho de Helene Eriksen parecían irradiar tristeza. Mia agradeció que Holger hubiese decidido darles tiempo a la mujer del pelo rubio y a los otros residentes para digerir el shock. En esos momentos deseaba que no fuera necesario interrogarles, porque la mujer alta sentada delante de ellos estaba totalmente destrozada, casi sin fuerzas para valerse por sí misma.

—En primer lugar quiero agradecerte que nos hayas podido recibir con tan poco tiempo de aviso —dijo Holger en voz baja, desabotonando la trenca—. Y también por ayudarnos ayer por la noche, naturalmente. Comprendo que todo esto resulta muy perturbador para ti y siento tener que hacerte preguntas que tal vez puedan parecer irrelevantes en comparación con este trágico suceso. Para nosotros está claro que es importante arrancar con la investigación cuanto antes. Sé que no podemos devolveros a Camilla, que no podemos aliviar el dolor que todos vosotros sentís en estos momentos, pero el que lo ha hecho tiene que ser castigado por este crimen y ese es nuestro trabajo, así que…

—Sí, claro —le interrumpió Helene Eriksen, asintiendo levemente.

A Mia no le costaba creer que esta mujer fuera la que mandaba allí. Tenía una personalidad carismática, una especie de amable autoridad.

—Bien —dijo Holger—. Tu asistente ya nos ha pasado las listas de todos los empleados y clientes…

—Paulus —dijo Helene Eriksen.

—Eso, Paulus, gracias —dijo Munch con una sonrisa—. También necesitamos un resumen más detallado de los pacientes que…

—Residentes —le interrumpió Helene Eriksen.

—Sí, lo siento —dijo Munch—. Un resumen más detallado sobre…, bueno, los residentes de este lugar; de momento solo tenemos nombres, pero también necesitamos acceso a sus historiales, para comprender mejor quiénes son, las cosas por las que han pasado para acabar aquí, creo que me entiendes.

Parecía que Helene Eriksen estuviera dándole vueltas, pero al final asintió.

«Una pastora protectora que cuida de su rebaño».

Mia Krüger sintió aún más respeto por la mujer a la que acababa de conocer, y comprendió que lo que Ludvig Grønlie había dicho sobre el lugar era cierto.

—Muy bien —dijo Munch con una sonrisa y hojeó su cuaderno un poco—. Entonces, solo para quitarnos esto de encima, el 19 de julio denunciaste la desaparición de Camilla, pero unos días más tarde volviste a llamarnos para retirar la denuncia. ¿Por qué?

—Ahora me siento como una idiota, claro. Pero Camilla siempre ha sido así, quiero decir, era

así…

Helene Eriksen se quedó callada un momento y Mia pudo ver que estaba luchando contra las lágrimas por haber tenido que mencionar a Camilla Green como algo que pertenecía al pasado.

—¿A qué te refieres? —dijo Munch, acudiendo a su rescate.

—Inestable.

—¿Inestable de qué manera? —dijo Munch amablemente para que recuperara el hilo.

—No, inestable no, lo siento, no es la palabra correcta. Especial. Camilla era especial —continuó Helene Eriksen—. No le gustaban las reglas ni la autoridad. A menudo se escapaba, pero siempre volvía, si ella quería, todo tenía que ser bajo sus propios términos. Así era ella, no sé si me entendéis.

—Te entiendo —dijo Munch—. Volvemos a empezar. Denunciaste la desaparición, pero…

—Tenemos unas reglas bastante estrictas —dijo Helene Eriksen—. A algunos les gustan y a otros, no, pero es lo que hay, las reglas son las reglas. Para recibir algo también tienes que dar, ¿no?

Helene sonrió levemente hacia ellos.

—Entonces… ¿Ella…? —dijo Munch.

—Camilla no apareció en el turno de la tarde el 18 de julio, y tampoco estaba en su habitación cuando a la mañana siguiente entramos, así que denuncié su desaparición.

—¿Y cuál fue la razón por la que retiraste la denuncia?

—Recibí un mensaje de móvil unos días más tarde.

—¿Qué ponía?

Helene Eriksen suspiró y negó con la cabeza.

—Que no la buscásemos. Que estaba bien. Que se había ido a Francia para estar con su padre.

—¿Y tú te lo creíste?

A Mia se le escaparon las palabras y se dio cuenta enseguida de que podía haber parecido demasiado brusca.

—¿A qué te refieres?

—¿No había nada de este mensaje que te hiciera pensar que algo no estaba bien?

Helene Eriksen miró un momento de reojo a Munch con inseguridad.

—No, yo…

—Nadie te está acusando de nada, que quede claro —señaló Munch.

—Debería haberlo entendido —dijo Helene Eriksen, dejando caer la mirada hacia el escritorio que tenía delante de sí—. Pero ella era un poco…

—¿Inestable? —apuntó Munch.

—No, no… Ya os he dicho que esa no era la palabra correcta… Era independiente —dijo la mujer del pelo rubio, levantando la mirada otra vez—. Independiente es mejor. A Camilla no le gustaba que le dijeran qué tenía que hacer.

—¿Así que ese mensaje parecía normal? —dijo Mia.

—Sí.

—¿Tienes alguna idea? —continuó Mia.

—¿Idea de qué?

—¿De quién ha hecho esto?

—No, en absoluto —murmuró Helene Eriksen, contemplando a Munch otra vez.

—¿Ninguno de los residentes o de los empleados de este lugar tiene un pasado especial? ¿No hay nadie que haya tenido una vida dura y difícil y que sea lo suficientemente especial como

para disfrutar colocando a Camilla en un lecho de plumas y metiéndole una flor en la boca?

—No… Quiero decir, ¿cómo iba yo a…?

Tenía una expresión aterrada en los ojos.

—¿Ninguna idea espontánea? —continuó Mia, todavía sin hacer caso al gesto de Munch—. Al verla. Esto tiene que ser obra de…, bueno, de *este* o de *esta.*…

Helene Eriksen se calló un momento y lanzó una breve mirada a Munch antes de volver los ojos hacia la mesa.

—No —dijo en voz baja mientras levantaba la cabeza y los observaba otra vez—. No, por supuesto que no.

Munch echó una mirada severa hacia Mia y pareció que iba a decir algo, pero fue interrumpido por un chico de pelo rizado que llamó a la puerta y metió la cabeza.

—Helene, tenemos que…

El chico se paró en medio de la frase al ver que ella no estaba sola en el despacho.

—Ah, perdonad, yo…

—No pasa nada, Paulus —dijo Helene Eriksen con una sonrisa—. ¿Qué ocurre?

—Algunas de las chicas están… Bueno, pero no sabía que… —empezó el joven, mirando de nuevo a Mia y a Holger.

—¿Podemos hablar de ello después? —dijo Helene Eriksen con una sonrisa.

—Sí, claro, pero… —murmuró el chico.

—Podemos esperar —afirmó Munch—. No hay problema.

El joven que estaba en la puerta observó a Helene antes de lanzar otra mirada preocupada hacia Mia y Munch, para finalmente devolver la mirada a su jefa.

—¿Ha ido todo bien con…? Bueno, ¿podemos… hablar ahora?

—¿Seguro que no os importa? —dijo Helene Eriksen, mirando a los dos.

—Claro que no —contestó Munch—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

—Genial, gracias —dijo con una sonrisa, levantándose de la silla—. Vuelvo enseguida.

La puerta se cerró tras ella y de repente estaban solos en el pequeño despacho.

Munch contempló a Mia y negó con la cabeza.

—¿Qué? —dijo Mia, encogiéndose de hombros.

—A veces pienso que… —suspiró Munch, pero no llegó a terminar la frase.

—Sabe algo.

—Eres la repera, Mia —dijo Munch, llevándose una mano a la frente.

—¿Qué? —contestó Mia con un gesto rendido.

—¿No puedes…? Quiero decir…

—¿Qué?

—¿No sería posible que…?

Munch volvió a negar con la cabeza y se quedó mirando la pared detrás de la silla que Helene Erikson acababa de dejar.

—Sabe algo —dijo Mia otra vez en el momento en que se abría la puerta y la mujer alta volvía a entrar en la habitación.

—Lo siento. ¿Dónde estábamos? —dijo Helene Eriksen y se sentó en la silla otra vez.

—¿El historial de los pacientes? —apuntó Munch, un poco desconcertado, y ojeó de nuevo su cuaderno.

—Los residentes —corrigió Helene Eriksen.

—Sí, claro, lo siento —dijo Munch—. ¿Cuándo crees que lo puedes tener?

—Solo tengo que hablar primero con nuestro abogado —dijo Helene Eriksen—. Para asegurarnos de que estamos haciéndolo todo bien, de que no estamos facilitando información indebidamente, no sé si me entendéis.

Les miró con una sonrisa y una nueva claridad en los ojos.

—Muy bien —dijo Munch, lanzó una mirada severa hacia Mia, se rascó la barba un poco y pasó página en el cuaderno.

18

Gabriel Mørk estaba delante de sus pantallas en la oficina de la calle Mariboesgate. Se encontraba bastante satisfecho de sí mismo. El joven hacker no tenía más que respeto por Holger Munch, pero, como siempre, durante la sesión informativa le había faltado algo. Sería la edad. Podría ser por eso. En breve Munch cumpliría cincuenta y cinco y, en realidad, no era tan mayor, pero aun así parecía que el corpulento investigador había olvidado que vivían unos tiempos diferentes a la época en la que él había empezado su carrera.

Una joven de diecisiete años, Camilla Green, había sido encontrada muerta en Hurumlandet con una flor en la boca, y nadie había hablado de las redes sociales. Gabriel había pensado que debía levantar la mano y decir algo, pero no lo había hecho. Munch estaba de un humor extraño, tal vez porque el novio de su exmujer figuraba en la lista de los empleados de la residencia. En cualquier caso, Gabriel había tenido la sensación de que no era el momento idóneo para dar lecciones a su jefe sobre el funcionamiento del mundo actual.

Era mejor buscarlo por su cuenta. Y con ello quizá incluso ganarse algún aplauso. Gabriel se tomó un sorbo de la lata de Coca-Cola que estaba junto al teclado y se metió un nuevo chicle en la boca. Facebook, Twitter, Tumblr, reddit, Instagram. Munch era un investigador extremadamente competente y a Gabriel no le costaba comprender la razón por la que era el jefe de la unidad de la calle Mariboesgate, pero el inteligente jefe de la investigación todavía vivía en la edad de piedra a la hora de entender cómo funcionaba la red y cómo se comunicaba la gente joven.

Gabriel había encontrado muchas cuentas en Facebook que llevaban el nombre de Camilla Green, pero ninguna había pertenecido a la chica de las fotos que habían visto. Había una chica de South Carolina en bikini, una señora mayor de Florida con una foto en la que salía su gato, alguien de Suecia, una chica de Hungría, pero ninguna de ellas era la Camilla Green que él estaba buscando. Era extraño, eso era lo que había pensado al principio, resultaba raro que no estuviera en Facebook, pero luego había empezado a jugar un poco con el nombre y, después de haberlo intentado con una serie de combinaciones diferentes, terminó localizándola.

«cgreen».

Una cuenta en Facebook y otra en Instagram. Eso era lo que había encontrado. Repasó las fotografías en la cuenta de Instagram una vez más, mientras trataba de hallar al policía que llevaba dentro y analizar lo que había descubierto. Porque pasaba algo raro, de eso se había dado cuenta enseguida. Había tan pocas cosas ahí. Muy pocas actualizaciones de estado en Facebook. No había muchas fotografías en Instagram. Resultaba muy raro en una chica de diecisiete años. Algunos selfies. «Me aburro», ponía bajo una imagen de Camilla haciendo una mueca en lo que Gabriel suponía que era la habitación del Huerto de Hurumlandet. «¡Mañana montaré a

Whirlwind!», debajo de una foto de ella, sonriendo y con el dedo pulgar vuelto hacia arriba, en la misma cama y con el mismo fondo. Algunas fotos de caballos. Un par de «me gusta». Algunos comentarios: «¡Felicidades en tu día!» y «¡Te echo en falta, mi niña!», pero por lo demás había poca cosa allí, y eso a Gabriel le parecía extraño, hasta que llegó al final del historial y vio la fecha en la que las cuentas habían sido creadas.

«30 de junio».

Las cuentas eran nuevas. Con la misma fecha en ambas. Abiertas el 30 de junio. Solo tres semanas antes de que desapareciera.

Gabriel se tomó otro sorbo de la Coca-Cola y trató de apagar las emociones, actuar como un policía, pensar como Munch. ¿Camilla Green había cerrado sus antiguas cuentas y había abierto otras tan solo tres semanas antes de desaparecer? ¿Por qué? ¿Había pasado algo? Nadie cerraría sus cuentas para crear nuevas si no había razones para hacerlo, ¿no?

Gabriel repasó las fotografías otra vez y se sobresaltó cuando Mia Krüger llamó de repente a la puerta y metió la cabeza.

—¿Estás ocupado? ¿Te he pillado con las manos en la masa?

—¿Qué? —murmuró Gabriel.

—¿Secretos? —sonrió Mia.

—¿Cómo?

—¿No estás viendo guarrerías?

—Sí, sí —asintió Gabriel después de recomponerse un poco—. Estoy recogiendo fotos para Curry.

—Claro —dijo Mia sonriendo, y se bajó la cremallera de la cazadora—. ¿Y qué es lo que ha pedido esta vez?

—Chicas asiáticas en traje tradicional sobre camellos —respondió Gabriel, y sintió cómo el calor de las mejillas se iba apagando poco a poco, afortunadamente.

—¿De verdad? —dijo Mia riéndose, mientras ponía las piernas sobre el escritorio.

—Pues no —contestó Gabriel con una sonrisa.

—Menos mal —dijo Mia—. Es capaz de casi cualquier cosa, ¿verdad?

—Posiblemente —convino Gabriel, un poco incómodo otra vez al ver que Mia lo estaba mirando.

—¿Así que la has encontrado?

Mia hizo un gesto con la cabeza hacia las fotografías de la pantalla.

—Sí —dijo Gabriel.

—Munch no es el campeón mundial en el manejo de la red, ¿verdad?

—No — Gabriel se mostró de acuerdo entre risas.

—Menos mal entonces que te tenemos a ti —dijo Mia con una sonrisa, dándole una palmadita en el hombro.

—Sí, bueno —murmuró Gabriel, esperando que el color no volviera a las mejillas.

—¿Y qué tenemos? —preguntó Mia, mirando la pantalla fijamente.

—Una cuenta en Facebook y otra en Instagram —dijo Gabriel, y desplegó las páginas web para que ella pudiera ver las dos a la vez.

—Yo tampoco puedo jactarme de ser una experta en estas cosas —comentó Mia—. ¿Qué estamos viendo?

—Cuentas nuevas —respondió Gabriel en voz baja.

—Ah, ¿sí? —dijo Mia, y abrió los ojos un momento—. ¿Muy nuevas?

—Tres semanas antes de su desaparición —contestó Gabriel.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Y qué significa esto? Quiero decir, para ti, tú que andas por ahí.

—¿Te refieres a la red?

Gabriel ya estaba más tranquilo. El calor de las mejillas había bajado.

—¿Que qué significa? ¿A qué te refieres, exactamente?

—Bueno, no ando por ahí, así que no lo sé. ¿Por qué alguien cerraría sus cuentas para abrir otras? ¿Qué crees?

—Puede ser por varias razones —repuso Gabriel.

—¿Como por ejemplo? —dijo Mia, curiosa.

—Bueno, puede ser casualidad.

—¿Casualidad?

—Sí, no tiene por qué significar nada —continuó Gabriel—. Puede que tengas amigos en Facebook que ya no sean tus amigos, pero que te parezca difícil eliminarlos porque así tendrías que dar explicaciones. Entonces es más fácil crear un nuevo perfil, ¿me entiendes?

Mia levantó las cejas y se encogió de hombros. Era evidente que no estaba acostumbrada a usar las redes sociales.

—Pero normalmente es porque ha pasado algo —continuó Gabriel.

—¿Como por ejemplo?

—Bueno, puede ser por varias razones. Lo has dejado con el novio y no quieres que él vea con quién andas, por ejemplo.

—¿Con quién andas? —dijo Mia con una sonrisa—. ¿Es eso lo que hacéis?

—¿A qué te refieres?

—¿Andar? ¿Es a eso a lo que os dedicáis por ahí?

Gabriel tuvo una repentina sensación de que Mia era mucho más mayor de lo que parecía. La pregunta podría haber sido formulada por alguien de la edad de Munch, o tal vez incluso de la generación anterior, pero se dio cuenta enseguida de que, en lo referente a Mia, no tenía nada que ver con la edad. Ella no usaba las redes sociales. Era una persona pública, a la que le gustaba mantener la privacidad. Aquella vez hacía unos años, había habido páginas en Facebook creadas por grupos de fans de Mia Krüger.

—Sí, cuando no andamos buscando a chicas asiáticas con traje tradicional —dijo Gabriel con una sonrisa.

Mia sonrió, sin apartar la mirada de la pantalla.

—¿Caballos? —dijo, poniendo un dedo sobre una de las fotos.

—Sí, parece que le gustaba montar —asintió Gabriel.

—Whirlwind —dijo Mia en voz baja, señalando la actualización en Facebook.

—Sí. Un caballo, seguramente.

—Lo más probable. A no ser que sea un camello.

Gabriel sonrió y sintió cómo volvía el calor a sus mejillas. Mia se levantó y se quedó mirando la pantalla un momento, como si estuviera reflexionando sobre algo.

—Vale —dijo al final—. ¿Te vienes o qué?

—¿Adónde?

—Nos han enviado sus cosas de la residencia.

—¿Las cosas de Camilla?

—Sí —dijo Mia—. Encaja con lo que tienes aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Caballos. Creo que puede ser el punto de partida.

Mia se quedó delante de la pantalla otra vez un momento, aunque parecía que tenía la cabeza en otro sitio.

—¿Te vienes, entonces? —dijo al final.

—Vale —contestó Gabriel, y la siguió por el pasillo hacia la sala de reuniones.

19

El joven hacker Skunk se encontraba ante un dilema inaudito.

Se enfundó el gorro sobre el abundante pelo negro con la gruesa raya blanca en medio que le había dado el mote[1] y cruzó la calle para tratar de mantenerse en la sombra.

En condiciones normales ni se le habría ocurrido ir a la policía. Claro que no. Era evidente. En su mundo era pecado capital involucrar a cualquier cosa que oliera a autoridad. Skunk se consideraba anarquista, un defensor de la libertad en internet, y aunque en los últimos años había engordado un poco y había abandonado el frente de los bajos fondos para dedicarse a su propio y lucrativo negocio, las reglas seguían siendo las mismas, naturalmente. Nada de policía. Nada de autoridades. Evidentemente. ¿Pero ahora? ¿Después del vídeo que había visto anoche? No encontraba otra salida.

«Mierda».

Se cubrió la cabeza con la capucha, encendió un cigarrillo y eligió un camino diferente del que solía tomar las pocas veces que salía. Skunk no pasaba mucho tiempo fuera de su casa. No veía la necesidad. Tenía todo lo que le hacía falta en el sótano de Tøyen. Su propio búnker, donde nadie podía encontrarlo. Pero ahora tenía que despejarse. Volvió a cruzar la calle, agachó la cabeza cuando le pasó un coche y se quedó mirando hacia otro lado para que no le pudieran ver la cara. Luego reanudó la marcha y trató de recomponerse.

«Lo que había contemplado le había asustado».

Joder, ¿por qué no había hecho caso a su intuición? Podría haber pasado de ese servidor. Tenía un buen olfato para esas cosas. Era como una especie de araña; cuando salía a pasear por la red sabía adónde ir y adónde no. Esta vez también había detectado las señales, pero no les había hecho caso. El reto había sido demasiado tentador. Llevaban meses murmurando sobre este servidor en los lugares oscuros y al final no había podido reprimirse, pero ahora se arrepentía. Lo que había encontrado, el vídeo sobrepasaba su entendimiento. Había visto muchas cosas extremas a lo largo de los años, ¿pero algo parecido a esto?

«Ni de coña».

Skunk dio otra calada al cigarrillo y se volvió bruscamente, regresando por el mismo camino por el que había venido. Negó levemente con la cabeza ante su propio comportamiento. ¿Estaba paranoico? No le pegaba. En sus casi diez años como hacker en el lado equivocado de lo que algunos llamaban la ley, por la que él sentía muy poco respeto, nunca había tenido miedo. Ni una sola vez. Siempre mantenía el control. Nunca se embarcaba en un proyecto sin antes pensárselo bien. Nunca dejaba huellas. No era un aficionado. No se dedicaba a juguetear, como los payasetes que se metían en diferentes sitios solo para poder jactarse de haberlo hecho. Juró entre dientes, tiró la colilla, volvió a cruzar la calle y eligió el camino al azar, mirando sobre el hombro

con regularidad para ver si alguien lo estaba siguiendo.

Skunk sintió cómo el anarquista que llevaba dentro volvía a aflorar cuando llegó a la altura del parque de Tøyen. No tenía ningún tipo de cargo de conciencia por dedicarse a lo que se dedicaba. Casi lo veía como un deber. Algo que sus capacidades exigían que hiciera. No era nada parecido a un Robin Hood, él se quedaba con todo el dinero, pero la gente a la que robaba era tan deshonesta que se lo merecía. Era tan sencillo como genial. Buscaba una empresa que no le gustaba, encontraba un agujero en la seguridad de los servidores, sacaba información sobre las transacciones ilegales que la mayoría de las empresas habían realizado, corrupción, sobornos, crímenes contra el medio ambiente, en realidad podría ser cualquier cosa, y luego tenían que pagar por ello.

Skunk negó con la cabeza y sintió cómo su anarquista interior afloraba otra vez. Si el pueblo noruego hubiera sabido lo que hacía esa gente —cómo generaban sus beneficios estas grandes empresas, amantes de Noruega, con las que la gente tenía un trato diario, las empresas que vendían sus productos en todas las tiendas y eran consideradas los pilares de la sociedad—, si la gente hubiera sabido cómo habían conseguido enriquecerse tanto, posiblemente también se habría rebelado. Pero eso no iba a pasar.

«Opio para el pueblo».

Skunk no era comunista, no seguía ninguna ideología, pero en esto Karl Marx había tenido razón. Dale al pueblo una religión o un entretenimiento absurdo que haga que la gente no se dé cuenta de que en realidad no son más que esclavos del sistema.

Nunca tenía problemas. Nunca se metía en líos. Cada vez que encontraba algo, y casi siempre lo hacía, simplemente enviaba un e-mail anónimo con información sobre lo que había encontrado, pidiendo dinero a cambio de no acudir a los medios de comunicación. Extorsión virtual. A estos idiotas que se lo merecían. Y siempre estaban dispuestos a pagar. Siempre tenían cadáveres en el armario. Siempre. Skunk no sentía ningún tipo de arrepentimiento y recibía el dinero que pedía, naturalmente. Las empresas querían evitar a toda costa cualquier publicidad negativa sobre esos cadáveres.

Pero lo que había encontrado esta vez era algo diferente.

Ese vídeo.

«Joder, podría haberse mantenido al margen».

Esto no era una transferencia ilegal a un Estado de la antigua Unión Soviética para conseguir un contrato de exclusividad para las ventas de su producto en el mercado de la telefonía móvil. No era solo una transferencia a un líder africano que ya estaba dilapidando los millones de las ayudas humanitarias con fines personales, a cambio de contraprestaciones como el desarrollo de campos petrolíferos, la venta de armas, minas terrestres y munición, para que una empresa noruega pudiera sacar beneficios.

No se trataba de esto.

Esto era…

«Mierda».

Skunk miró a su alrededor con cuidado para asegurarse de que no había nadie cerca, y encendió otro cigarrillo para tratar de despejar la cabeza.

Ir a la policía.

Ni de coña.

No debería.

Pero no veía otra salida, y siempre podía hablar con…, bueno…, con Gabriel.

Gabriel Mørk. Habían empezado juntos, hacía mucho tiempo, solo como un juego. Delante de los ordenadores en la habitación infantil, inspirados por los dos adolescentes de Australia de los años ochenta, Electron y Phoenix, que pertenecían a una época en la que casi no existían las redes y los ordenadores solo tenían una memoria de diez megas, con procesadores que no tenían más capacidad que la de una calculadora, pero aun así ambos habían conseguido meterse en cualquier sitio. La NASA, la CIA, por aquel entonces había sido un juego, habían sentido el chute de adrenalina juntos, Gabriel y él, cada vez que conseguían hackear alguno de esos sistemas que supuestamente eran infranqueables, pero luego Gabriel había cambiado de bando de repente.

Demasiado bueno. Demasiado ético. Por eso habían ido separándose. Gabriel tenía una actitud totalmente diferente hacia el asunto, opinaba que debían usar sus talentos para algo provechoso en lugar de destrozar y crear caos. La última vez habían tenido una discusión fuerte, tomando una cerveza en el Teddy's Soft Bar. Se habían separado como enemigos y desde entonces no habían vuelto a hablar. Lo último que había oído era que Gabriel había empezado a trabajar para la policía.

Por Dios. La policía. El enemigo.

Pero aun así.

«Ese vídeo».

No le gustaba.

No le gustaba nada.

Sin embargo, ahora mismo no sabía qué otra cosa podía hacer.

«Puta mierda».

Skunk dio otra calada al cigarrillo y reflexionó una vez más.

Sí, tenía que hacerlo.

Gabriel Mørk. No había otra salida. Skunk tiró la colilla, se aseguró de que nadie le estaba siguiendo y echó a andar hacia su casa, el búnker.

20

Mia Krüger pidió una Guinness y un chupito de Jägermeister y esperó hasta que el camarero se marchó antes de abrir la carpeta que tenía delante de sí.

El Lorry. Últimamente había vuelto a frecuentar el viejo y distinguido pub al final de la calle Hegdehaugsveien, cuando su piso, que solo estaba a unos minutos de distancia, se volvía demasiado solitario y frío.

Había encontrado una mesa que le gustaba, al fondo en una esquina del local donde podía esconderse un poco y estar sola con sus pensamientos, a la vez que había movimiento alrededor. A Mia siempre le había agradado este sitio. Había andado por aquí en sus años de estudiante. Reservados con asientos de piel roja, y manteles blancos sobre las mesas. Camareros con camisas blancas y pajaritas. Una clientela variada, desde empresarios trajeados hasta artistas desaliñados y escritores. Aquí era posible esconderse y, sobre todo, era uno de los pocos bares de Oslo donde no ponían música. A Mia le complacía esa quietud, gente hablando en voz baja y el tintineo de las copas, sin ese pesado ruido constante de los altavoces.

Mia se tomó un gran sorbo de la cerveza y se quedó mirando la primera fotografía. Una chica desnuda. Camilla Green. Diecisiete años. Colocada dentro de un pentagrama de velas. Sobre un lecho de plumas. Con una peluca rubia en la cabeza y una flor en la boca. Mia vació el vaso y empezó a sentir los efectos del alcohol, pidió otra ronda y sacó el cuaderno y un bolígrafo de su bolso.

«19 de julio. Tres meses».

«Delgada. Heridas en la piel y ampollas».

«Pienso de animales en la tripa».

«Desaparecida durante tres meses antes de ser encontrada».

Las voces a su alrededor desaparecieron lentamente conforme iba adentrándose cada vez más en las fotografías.

Debía de ser así.

«Alguien la había mantenido presa».

Aquí. En Noruega. Mientras la gente normal se levantaba por la mañana, se despedía de sus seres queridos para ir a trabajar, mantenía conversaciones triviales a la hora de comer, recogía a sus hijos en la guardería, cenaba, hacía las tareas de casa, veía las noticias, se acostaba y apagaba las luces a la espera de un nuevo día, Camilla Green, de diecisiete años, había estado encerrada en algún sitio, a punto de perecer de inanición, muerta de miedo, totalmente sola.

Mia Krüger se tomó un nuevo sorbo de la Guinness, apretó los labios y trató como buenamente pudo de no dejar que la afectase, que no la enviara de vuelta al lugar donde había estado menos de veinticuatro horas antes. Ese mal. Esa oscuridad.

«Ven, Mia, ven».

No.

«Sí, ven, Mia».

No, ahora no.

«¿No podemos estar juntas?».

No, Sigrid, tengo que…

—¿Otra ronda?

El camarero despertó a Mia Krüger.

—¿Qué?

—¿Quieres algo más? —dijo el hombre mayor de la pajarita, señalando los vasos vacíos que estaban sobre la mesa.

—Sí, por favor —confirmó Mia, y consiguió mostrar una leve sonrisa.

El camarero asintió educadamente, volvió con otros dos vasos y siguió recorriendo el local.

«Joder».

Mia volvió a meter la carpeta con las fotografías en el bolso y vació el pequeño vaso de aguardiente. La mano le temblaba.

«Puñetera mierda».

Podía haberlo perdido. Su don especial. Esa facultad de ver cosas que los demás no veían. La razón por la que Munch la había sacado de la academia de policía, antes siquiera de que hubiera terminado. El psicólogo del bigote fino podía tener razón.

«Pienso que lo que te pone mala es tu trabajo».

«Te involucras demasiado».

«Creo que te está consumiendo».

Mia dejó el bolígrafo sobre el cuaderno y se puso la cazadora. Saludó educadamente a los porteros y salió a la calle para tomar un poco de aire fresco. Encontró una silla en la terraza y se quedó allí, viendo cómo unos empresarios borrachos fumaban mientras comentaban alguna que otra transacción que había tenido lugar a lo largo del día.

«La había puesto guapa».

Había intentado apartarlo de su mente, pero ahora volvía a llamar su atención a pesar de todo.

«La había puesto guapa. Una peluca rubia. Una flor en la boca. La había preparado de esa manera. A Camilla. Ella, desnuda. La virgen. Iba a utilizarla para algo. Hay algo aquí que no podemos ver».

Mia se abrió paso entre los porteros, se dirigió a la mesa y puso el bolígrafo contra la hoja otra vez.

«¿Él?».

«¿O eran varios?».

Llamó al camarero, que vino con otra ronda. Mia sintió que ya se iba soltando, conforme el alcohol se imponía al nerviosismo dentro de ella. El bolígrafo se movía con más facilidad sobre la hoja. «Aquí hay algo». Su teléfono vibró sobre la mesa, el nombre de Holger salió en la pantalla, pero lo dejó sonar sin contestar.

«Hay algo que no hemos visto».

Mia se tomó otro sorbo de la cerveza y trató de llegar más adentro. La peluca. «¿Por qué esa peluca?». Camilla no era rubia. ¿Era por eso? ¿Rubia? ¿Tenía que ser rubia? ¿Por qué? Diecisiete años. Joven. Nórdica. Rubia. ¿Delgada? ¿Le había privado de comida porque quería que estuviera más delgada? ¿Era por eso por lo que había estado encerrada? ¿Porque tenía que tener

ese aspecto? ¿Justo ese? Mia dejó que el bolígrafo se moviera cada vez más rápido sobre la hoja, conforme iba desapareciendo la habitación a su alrededor. «Tenía que tener ese aspecto. Si no, no tenía sentido. No se la podía colocar dentro de las velas hasta que no tuviera ese aspecto. Por eso está allí. La peluca. Rubia y delgada. No es ella misma. No tiene que ser ella. No es Camilla la que yace allí. Es otra. ¿Quién está allí? ¿Quién eres?».

Mia vació el chupito de Jägermeister casi sin darse cuenta, mientras el bolígrafo seguía moviéndose sobre la hoja.

«Un regalo».

«Las velas y las plumas».

«Son el envoltorio».

«La flor».

«Ella es un regalo para alguien».

—¿Más?

Mia, confusa, levantó la mirada de sus apuntes sin terminar de enterarse de dónde se hallaba. Había estado cerca de alguna cosa, muy adentro, pero la realidad la había vuelto a despertar.

—¿Otra ronda? —preguntó el camarero.

—Sí —asintió Mia rápidamente, y trató de volver a encontrar el camino al lugar donde había estado, pero la sensación había desaparecido. Ya solo quedaba gente borracha, inclinada sobre sus vasos de cerveza en los reservados. Ahora se daba cuenta de todo lo que había tomado, apenas era capaz de ver la pantalla de su móvil.

Munch.

Le había hecho seis llamadas.

Y le había enviado un mensaje.

¿Dónde estás? Llámame.

Encontró su número y trató de recomponerse mientras escuchaba los tonos que sonaban a lo lejos. Mia no sabía muy bien qué era, pero había algo de Munch que la afectaba. Algo que le provocaba remordimientos. Por beber tanto. Por sufrir una depresión. Por querer desaparecer. Él había puesto tantas esperanzas en ella, podía ser por eso. Ella recordaba bien el encuentro que habían tenido en aquella cafetería cuando la sacó de la academia. Él había intentado convencerla de que era un gran privilegio hacerse un hueco en la nueva unidad de investigación que él iba a encabezar, pero a lo largo de la entrevista quedó muy claro que él quería contratarla a toda costa, y ella nunca se sintió incómoda o nerviosa. Holger tenía esa cualidad. Por eso le caía tan bien. A él no le gustaba hablar de sus sentimientos, pero aun así era casi transparente. Por lo menos para ella. Era bueno. Una buena persona. Esa podía ser la razón por la que tenía mala conciencia. Su talento. Él había apostado por ella. Había creído en ella.

«Ven, Mia, ven».

El camarero volvió con otra ronda cuando oyó la profunda voz en el otro lado.

—¿Sí? —gruñó Munch.

—¿Sí?

—Sí, ¿qué?

—Bueno, lo mismo te digo. Me has llamado, ¿no? —murmuró Mia, esperando parecer medianamente sobria.

—Sí —contestó Munch, ausente. Daba la impresión de estar ocupado con otra cosa y casi

había olvidado que había llamado.

—¿Alguna novedad? —preguntó Mia.

—Eh, lo siento, pues sí —dijo Munch.

—¿Qué ocurre?

—Me han hecho dos llamadas hace unas horas, una del *Dagbladet* y otra del *VG* —dijo Munch, ya más centrado—. La presa que robó el gato no vuelve jamás al plato, por decirlo de alguna manera. Van a publicar las fotos del lugar del crimen mañana. Puede que ya hayan salido en la web.

—¿Fotos del lugar del crimen? —dijo Mia, sorprendida—. ¿Cómo han conseguido esa información?

—No tengo ni puñetera idea —gruñó Munch—. En todo caso ya no podemos hacer nada, según parece, así que tenemos que tomar algunas medidas. He hablado con Anette y ella se ocupará del tema, a través de Grønland, mañana. Tenemos una rueda de prensa a las nueve, y a partir de allí ya veremos qué hacemos. Y bueno…

Munch se calló otra vez, como si estuviera pensando un poco en qué iba a decir.

—Sí, ¿qué?

—Estamos preparados, pero es importante que…, bueno… —dijo Munch, vacilando.

—¿Qué es importante?

Hubo otro breve silencio.

—Tienes que mantener un perfil bajo —dijo Munch rápidamente, como si le costara decirlo.

—¿A qué te refieres? —inquirió Mia.

—Tenemos que mantenerte al margen.

—¿Al margen en qué sentido?

—Bueno, oficialmente no has regresado al trabajo, así que, pues eso, ya sabes cómo son las cosas, eres quien eres, y si la prensa se entera de que estás trabajando a pesar de haber sido suspendida, entonces…

Mia se sintió un poco irritada. Estiró la mano en busca de la cerveza y se tomó un gran sorbo.

—¿Estás ahí? —dijo Munch con suavidad.

—Sí, estoy aquí —contestó Mia con un tono cortante.

—¿Te parece bien, entonces?

—¿Mikkelson te ha dado un toque?

—Sí, bueno, pero…

Parecía que Munch estaba incómodo con toda la situación y Mia no veía la necesidad de ponérselo más difícil. No era culpa suya. Sabía que, si fuera por Munch, haría cualquier cosa por ella.

—Relájate, Holger —dijo Mia, y consiguió calmarse—. Puedo hacerme invisible si eso es lo que quieres. No hay problema.

—Gracias —respondió Munch, con aparente alivio—. Ya sabes…

—Sí, lo sé —dijo Mia—. Soy una persona inestable y mancho la reputación del cuerpo.

—No, por Dios, no quería decir eso, pero…

—Relájate, Holger —dijo Mia otra vez, con sinceridad.

¿Por qué iba ella a hablar con la prensa? Los periodistas la habían perseguido durante semanas aquella vez, hacía unos años, después de dispararle a Markus Skog, el novio de Sigrid. No había podido salir del piso y, al final, se había visto obligada a esconderse en un hotel en Majorstuen. No, de ninguna manera lo haría. Tras un momento de reflexión llegó a la conclusión de que no

tenía ningún problema en mantenerse anónima.

—Gracias —dijo Munch, aliviado.

—No pienses más en ello, Holger. ¿Así que saldrá en las ediciones digitales esta noche y en primera plana mañana?

—Eso parece —murmuró Munch, contento de que cambiase de tema.

—¿Pero no mostrarán imágenes del cadáver?

—No, no, son una panda de idiotas, pero incluso ellos tienen una especie de ética, por extraño que parezca.

—Entonces, ¿qué es lo que van a sacar?

—Solo el lugar del crimen.

—¿Una foto del lugar donde fue encontrada?

—No me han dado los detalles, pero supongo que tienen el pentagrama, las velas, las plumas donde ella estaba. Puñeteros buitres.

—¿Hay alguna manera de averiguar de dónde las han sacado?

—¿Las fotos que tienen?

—¿Sí?

—He puesto a Ludvig a investigarlo. Por cierto…

Mia se tomó otro sorbo de la cerveza y vio una cara conocida aparecer en la puerta de entrada, un gorila fornido con la cabeza rapada que estaba discutiendo con uno de los porteros, quien, según parecía, no tenía intención de dejarle pasar.

—A Ludvig le han dado ya la respuesta sobre las plumas.

—¿Qué? —dijo Mia, levantándose.

—Las plumas del lugar donde la encontramos —continuó Munch—. Son de búho.

—¿De búho? ¿Todas las plumas?

—Sí, eso parece. No sé cómo pueden saber esas cosas, pero…

—Mañana me lo cuentas —le interrumpió Mia—. Ha surgido una cosa por aquí.

—¿Qué? Vale, de acuerdo. Tenemos una puesta en común a las diez.

—Perfecto.

—Muy bien, y gracias por…, bueno, ya sabes —murmuró Munch.

—Cero problemas —terminó Mia, que ya estaba acercándose al forcejeo en la puerta.

—Mia —dijo Curry con una sonrisa cuando la vio, estirando los brazos hacia ella.

—No va a entrar.

—No estoy borracho, joder —dijo Curry con voz rasposa, liberándose de las manos del enorme portero que sujetaba su brazo.

—No pasa nada —intervino Mia—. Yo me lo llevo, solo tengo que ir a recoger mis cosas.

—Si no estoy borracho, joder —repitió Curry, pero de repente se tropezó sobre sí mismo y se quedó tendido en el suelo.

—Aquí no vuelve a entrar. No queremos volver a verlo por aquí nunca —dijo el portero con tono severo cuando Mia volvió a la puerta con su bolso.

—¿Cómo que no puedo volver? Si ni siquiera he entrado… Y no estoy borracho. Ya te darías cuenta si lo estuviera, entonces sí que…

—Ven, Curry —dijo Mia con una sonrisa hacia el portero, y guio a su colega hacia la salida del local.

3

21

Al hombre del casco blanco de bicicleta no le gustaba salir de su casa, pero hoy tenía que hacerlo, porque no le quedaba nada en el frigorífico. Había confiado en que las cosas que compró en la tienda la última vez durarían más tiempo. No terminaba de recordar cuándo fue, pero sabía que había transcurrido ya algún tiempo. Probablemente sería el martes, ¿o había sido en abril? No, abril no, estaba bastante seguro de eso, abril iba después de marzo y el mes de marzo ya había pasado hacía mucho tiempo. En marzo venía el camión de la basura para recoger todo lo que echaba en el contenedor verde junto al cobertizo. No, en marzo no, los martes, los martes venían a recoger la basura, porque entonces solía esconderse en el baño, así que eso lo sabía. En marzo no. Los martes estaba en el baño, para que no entrasen en su casa a pedir que les dejara hacer una llamada o usar el baño, porque eso lo habían hecho una vez. Y el hombre de la basura con los guantes había meado sobre el aro del váter y se había reído de él por llevar el casco dentro de casa, y desde entonces se escondía en el baño siempre que venían.

Todos los martes. En marzo. No, no solo en marzo, sino todos los meses. Octubre. Ya era octubre. Había dado la vuelta a la hoja del calendario unos días antes. Sí que lo había hecho, lo recordaba muy bien. De septiembre a octubre. Porque el mes de septiembre llevaba una foto de una gaviota. Y esa gaviota ya no estaba allí, ahora había un zorro. Un zorro bastante astuto que tenía la punta de la cola blanca y le había guiñado un ojo cuando estaba junto a la mesa de la cocina tomándose la última lata de atún. La lata que había hecho que se diera cuenta de que el frigorífico estaba vacío y que en breve tendría que bajar en bici a la tienda —aunque en realidad no quería hacerlo para nada— con la esperanza de que no se rieran de él, como solían hacer.

A escondidas. Así era como lo hacían. No cuando estaba dentro, eso nunca, entonces incluso podía ocurrir que le hablaran con voz amable. La joven que siempre mascaba chicle y la otra señora que solía estar en la caja, cuando les enseñaba la lista de cosas que necesitaba, entonces sí parecían atentas. Lo acompañaban por la tienda, ayudándole a meter las cosas en la cesta, pan tostado y latas de caballa con tomate y chuletas, entonces no se reían. Tampoco lo hacían cuando tocaba pagar, aunque no consiguiera sacar de la cartera el dinero que ponía en la pantalla de la caja. Entonces no se reían, entonces parecía que eran afables y le ayudaban a contar, pero luego sí. Cuando salía de la tienda y fingía estar ya pedaleando hacia su casa, pero en realidad se escondía detrás del contenedor donde se guardaban las botellas vacías, o detrás del coche en el que ponía «Alimentación de Hurumlandet», y miraba en secreto, entonces se reían de él, una carcajada mientras se daban golpes en las rodillas, porque siempre llevaba el casco puesto. Tardaba veinticuatro minutos en recorrer la distancia hasta la tienda y otros veinticuatro en volver, si no había mucho hielo, y hoy sí que había, así que se sentía más preocupado de lo habitual cuando desencadenó la bici y la llevó con cuidado hacia la carretera principal.

Esta vez tardó casi treinta y cinco minutos debido a lo resbaladiza que estaba la carretera. Era octubre, septiembre ya no, pero aun así casi era invierno. ¿Podría ser por su culpa? El hombre del casco blanco lo había pensado varias veces a lo largo de la última semana, que él bien podría ser el culpable de que hiciera tanto frío. El cielo se calentaba, había leído sobre ello, que el hielo alrededor del Polo Norte y del Polo Sur se derretiría si no separabas la basura adecuadamente. En general se preocupaba mucho por hacerlo bien, los residuos de la comida en el contenedor de residuos de comida, el plástico en el contenedor de plástico, nunca metía cartón o papel entre los otros residuos y limpiaba bien tanto los cartones de leche como todos los envases herméticos antes de tirarlos, pero unas semanas antes había estado enfermo. Le había dolido la cabeza y había tenido sueños febriles en pleno día, y entonces se había olvidado del reciclaje, había tirado todo en el mismo cubo, y, cuando se dio cuenta del error, ya era tarde. Después no había comido nada en cuatro días, esperando que así compensaría los errores que había cometido, pero entonces se había sentido muy débil y, al final, había tenido que comer un poco. Cuando se despertó al día siguiente había escarcha en el jardín, y desde entonces empezaban a sudarle mucho los sobacos y se escondía tras las cortinas de la cocina cada vez que veía la luz de los faros ahí abajo, en la carretera, temiendo que se hubiesen enterado de lo que había hecho. Que vinieran a buscarlo. Afortunadamente, ningún coche había tomado la salida de su casa. Normalmente no lo hacían. Normalmente no venía nadie. Solo el camión de la basura, los martes, cuando se escondía en el baño. Por lo demás siempre estaba solo en la casita pintada de blanco.

El hombre del casco blanco ató la rueda delantera al aparcabicis con el candado, y pasó la cadena, que llevaba en la mochila, varias veces por la rueda trasera. Dedicó unos minutos a comprobar que la bici estaba bien sujeta antes de echar a andar por el largo camino que llevaba a la puerta. Nunca entraba directamente, lo había intentado una vez y entonces las cosas habían salido muy mal. Había estado pensando en otra cosa y había entrado por la puerta de la tienda sin más, y, bueno, había salido mal. Había lobos ahí dentro, enormes lobos grises con grandes ojos y unas bocas tremendas, y se asustó tanto que volcó un expositor de gafas de sol, y cuando quiso salir chocó con la puerta, y entonces vino la ambulancia y lo sacaron de la tienda, todos los enfermeros y los médicos que le dieron puntos en la cara con aguja e hilo, y después de aquello aprendió que había que andar con cuidado. Así que siempre daba una vuelta por delante de las puertas de cristal, para poder ver lo que había dentro, y continuaba hasta los carteles de ofertas, porque allí podía fingir que miraba las ofertas del día sin que pareciera que estaba haciendo el tonto. Salchichas para asar por 19,90. Tres paquetes de pañales por el precio de dos. Hoy no había lobos. El hombre del casco blanco suspiró de alivio, pero aun así esperó unos minutos para echar otro vistazo y asegurarse, antes de armarse de valor y dar los últimos pasos lentos hacia la puerta de la tienda.

Había una campanilla encima de él, como siempre, pero esta vez estaba preparado y no se sobresaltó. Cogió una cesta y se quedó mirando hacia el interior del local. Afortunadamente no había lobos, no había sonrisas malvadas llenas de dientes, solo la chica joven que mascaba chicle en la caja, escondida detrás de una revista. El hombre del casco blanco sacó la lista de la compra del bolsillo y echó a andar lo más rápido que pudo entre las filas de las estanterías. Leche. Sí. Huevos. Sí. Lomo de salmón. Sí. Ya empezaba a sentirse mejor, las cosas de la lista eran fáciles de meter en la cesta hoy, ninguna de ellas decía que no, tal y como a veces hacían. Plátanos. Sí. Patatas. Sí. Pollo. Sí. Le entraban ganas de sonreír, esto era casi como un día de suerte, con lo bien que le estaba saliendo todo. Le gustaba el pollo, pero no siempre quería entrar en la cesta,

algunas veces tenía que tomar solo patatas, pero hoy nada resultaba difícil. Hoy el pollo tenía ganas, se alegraba de entrar en la cesta, saltó de la cámara de los congelados voluntariamente y se acomodó contento entre las zanahorias y el puré de patata. ¿Tal vez, después de todo, no fuera culpa de él que el invierno hubiese llegado tan pronto? El hombre del casco blanco sonrió para sí, metió las últimas cosas de la lista en la cesta y se acercó a la caja, orgulloso.

La chica joven dejó la revista a un lado e hizo una gran pompa de chicle rosa, sin mirarle con cara de mala. No, incluso le estaba sonriendo. El hombre del casco blanco sintió cómo el corazón empezaba a latir con más fuerza bajo la cazadora mientras colocaba las cosas sobre la cinta de la caja. Ella se habría dado cuenta de que hoy era su día, de que no tenía la culpa por lo del tiempo.

—¿Una bolsa? —preguntó la chica, después de haber pasado todos los artículos.

—No, gracias —contestó sonriendo el hombre con el casco blanco, contento, y estaba a punto de meter las cosas en la mochila que llevaba en la espalda cuando de repente los descubrió.

En el soporte delante de la caja.

Los periódicos.

«Oh, no».

—¿Con tarjeta o en efectivo?

El hombre del casco blanco se quedó quieto, sin poder moverse.

En primera plana.

La fotografía.

«¿Cómo podían haber…?».

—Perdona, ¿cómo quieres pagar?

—¿Cómo?

—Con tarjeta o en efectivo —dijo la chica, mirándolo.

—El pollo ha venido solo —murmuró, sin apartar los ojos de la primera plana de los periódicos delante de él.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la chica.

—El pollo —dijo el hombre.

—¿Sí? —dijo la chica, dubitativa.

—Ha venido solo. No siempre lo hace.

—Vale, de acuerdo… —dijo la chica de la caja—. ¿Pero quieres pagar con tarjeta o en efectivo?

—No, tengo mochila.

—¿Mochila?

—No necesito bolsa.

—No… Vale… Pero… ¿cómo quieres pagar por los artículos?

—No es mi culpa.

—¿A qué te refieres?

—No fui yo el que mató al gato.

—¿El gato?

La chica del chicle ya lo estaba mirando con ojos diferentes.

—Al perro tampoco lo maté.

—¿Al perro? Bien, pero ¿cómo…? ¿Quieres pagar con tarjeta…?

Ya venía un lobo. Un lobo gordo con gafas. Saliendo de otra puerta al fondo del local. El lobo se acercaba cada vez más, y al hombre del casco blanco le entraron ganas de salir corriendo de la tienda, pero los pies ya no le obedecían, estaban pegados al cemento.

Cerró los ojos y se metió los dedos en los oídos, hoy era martes y sería mejor esconderse en el baño, sobre todo en marzo, porque entonces venía el camión de la basura, no, marzo no, octubre, se lo había dicho el lobo.

—Hola, Jim, ¿eres tú?

El hombre del casco blanco abrió los ojos y se dio cuenta de que al final no era un lobo. Era el hombre bueno. El hombre bueno de la barba que era el dueño de la tienda.

—El pollo quería meterse en la cesta —afirmó el hombre del casco blanco mientras el hombre bueno de la barba miraba a la chica de la caja, que se limitó a encogerse de hombros.

—¿Hay algún problema con el pago?

La chica del chicle se puso un dedo contra la sien y negó con la cabeza, pero el hombre bueno de la barba la miró con severidad y ella bajó el dedo rápidamente.

—Venga, vamos a meter tus cosas, Jim —dijo el hombre bueno que era el dueño de la tienda, y le ayudó a introducir las cosas en la mochila.

—Yo no he matado al perro —dijo el hombre del casco blanco en voz baja.

—Estoy seguro de que no lo hiciste —contestó el hombre bueno de la barba y lo acompañó hasta la puerta, que ahora se abrió con más facilidad, casi por su cuenta.

—No te preocupes por no pagar hoy, Jim, ya lo harás la próxima vez, ¿vale?

El hombre bueno le sonrió y no mostró los dientes con una carcajada, aunque le costó un poco abrir uno de los candados.

—Ya sabes que no me importa llevarte las cosas, ¿verdad? Solo hace falta llamar y te acercamos la compra, ¿vale?

—Es muy importante ser autosuficiente.

—Sí, claro que sí. Y se te da muy bien, Jim. Pero, si tienes cualquier problema, no hace falta más que llamar, ¿de acuerdo?

—El zorro tiene la punta de la cola blanca, por eso es octubre —dijo el hombre del casco blanco antes de empujar los pedales con fuerza y poner la bici en marcha hacia su casa. Batió el récord esta vez, menos de veinte minutos, y eso que patinaba muchísimo, sobre todo en el centro de la carretera.

22

Un pitido lejano despertó a Curry, que estiró la mano en busca del despertador de la mesilla de noche para hacerlo desaparecer. Sus dedos tocaron el botón encima del despertador y el ruido desapareció. Volvió al sueño con una sonrisa, tapándose mejor con el edredón de plumas, y se giró hacia Sunniva para sentir el calor de su cuerpo. Le encantaba estar así. Este pequeño rato, estos breves minutos, cuando solían fingir que ninguno de los dos tenía que ir a trabajar. Cuando apagaban el despertador y hacían como si no tuvieran que acudir a ningún sitio, que estaban de vacaciones y podían decidir por su cuenta, hacer lo que les diera la gana, sin responsabilidades ni jefes, solo ellos dos bajo el edredón. La piel caliente y suave de ella contra él cuando Sunniva apoyaba la cabeza sobre su pecho y se acurrucaba cerca, como si quisiera que cuidara de ella. Curry sonrió y la abrazó con más fuerza. Sunniva. Se había dado cuenta la primera vez que la vio. Era ella a la que él quería. La pelirroja de pelo largo y la sonrisa maravillosa, que siempre tomaba café en el mismo sitio que él, cada mañana, él de camino a la academia de policía, ella de camino a su trabajo como enfermera. Un día se armó de valor y la invitó al cine, y ella, para su gran sorpresa, aceptó.

Curry abrió los ojos y lo primero que vio fue una pila de cajas de cartón sobre un suelo de linóleo, en un piso que no era el suyo para nada, y la realidad comenzó a volver poco a poco. Se había dormido con la ropa puesta, sobre un colchón fino, pero no en casa, no, en casa desde luego no estaba porque ella había cambiado las cerraduras, sí, eso era lo que había hecho, para que él no pudiera entrar con su llave. El pitido no remitía. Curry, aturdido por el sueño, se incorporó despacio sobre el fino colchón y siguió el ruido, medio adormilado, hasta la entrada, donde le esperaba la cara de un hombre, que estaba al otro lado de la puerta de entrada del piso de Mia.

—¿Mia Krüger? —dijo el hombre, que tenía un bigote fino, y miró un papel que llevaba en la mano.

—¿Tú qué crees? —murmuró Curry y notó que todavía estaba borracho.

Dos días de borrachera. Después de que Sunniva le dijera que no quería volverlo a ver.

—Eh, bueno, no —dijo el hombre, mirando a su alrededor, visiblemente sorprendido ante la aparición de Curry en la puerta.

«Que te jodan, Jon. Esta vez hablo en serio, ahora se acabó de verdad. ¿Todo el puto dinero? ¿Todo nuestro dinero? ¿Sabes cuánto he trabajado? ¿No te habías enterado?».

—¿Tengo pinta de ser Mia Krüger?

Curry ya notaba el olor que emanaba de su persona y esperaba que este tipo desconocido que tenía enfrente no se diera cuenta. Dos días de borrachera con la misma ropa, sin ir a trabajar, había mandado todo a la mierda.

—Puedo volver más tarde —dijo el hombre del mono de trabajo, y ahora parecía que estaba un poco harto—. Pero hay moho en el sótano…

—¿Cómo? —dijo Curry, quien ya tenía problemas para mantenerse en pie, mientras el suelo de la estrecha entrada cedía bajo sus pies.

—Y este es el último piso en la lista —continuó el hombre bajito al otro lado de la puerta—. La comunidad de vecinos ha tomado la decisión de…

—Vale —asintió Curry, aferrándose a un gancho en la pared mientras el suelo seguía cediendo, cada vez más rápido, bajo sus pies.

Unos minutos más tarde estaba delante del estadio de Bislett, con la ropa de calle y los zapatos puestos. Había dado la llave del piso al hombre del mono de trabajo y le había pedido que la dejara en el buzón. Rebuscó en los bolsillos de la cazadora hasta dar con la cajita de *snus* y encajó una bolsita bajo el labio superior, mientras hacía una señal a un taxi que avanzaba despacio por la calle Bislettgata.

El ascensor le produjo claustrofobia. Había subido en él un millón de veces, pero hoy era diferente, casi como una caja hermética. Estaba contento cuando por fin se abrió para dejarle salir.

—¿Hola?

Curry entró con cuidado en el local, pero solo había silencio. Dio una vuelta por la sala del café, se sirvió una taza de la cafetera y puso los labios contra el líquido rancio mientras seguía hacia la sala de reuniones, tratando de no perder el equilibrio.

—¿Hola?

—Hola, ¿estás aquí, después de todo?

De repente, Ylva se encontraba delante de él en el pasillo.

—¿Qué quieres decir? ¿Después de todo? —contestó Curry con una sonrisa e intentó tomar un sorbo de café, tratando de parecer sobrio. Funcionó, según parecía.

—Mia dijo que estabas enfermo, que no ibas a venir, solo eso —dijo Ylva, tomando la delantera mientras bajaban por el pasillo.

—Sí, tengo un poco de gripe —gimió Curry—. Pero tenía que venir, no era capaz de quedarme en la cama, ya me entiendes. ¿Cómo van las cosas por aquí?, ¿algo nuevo?

Acompañó a Ylva hasta su puesto de trabajo y se quedó mirando mientras ella tecleaba algo en el ordenador, procurando mantener cierta distancia, para que no se fijara en el olor que emanaba de su cuerpo.

«Mierda».

Sacó el móvil del bolsillo para ver si tenía algún mensaje, pero nada, todo quieto como en una tumba. Ni una palabra de Sunniva, aunque la había llamado un millón de veces, dejando la misma cantidad de mensajes.

«Vamos, tenemos que hablar por lo menos».

«¿Te importa coger el teléfono?».

«¿Puedes llamarme?».

«Me llamas, ¿vale? Cuando puedas».

«Te echo en falta».

«Llámame, por favor».

—Anette ha dado una rueda de prensa esta mañana a las nueve, y hemos tenido una sesión informativa con Munch a las diez. ¿Mia te ha informado de todo o quieres que te ponga al día?

Ylva sonrió y se ajustó las gafas un poco, luego se dirigió al ordenador que estaba junto a la

ventana y tecleó algo.

—No, no —dijo Curry, tomándose otro sorbo de café—. Estoy al tanto, claro, pero bueno, ¿dónde está todo el mundo?

—¿Necesitas un resumen de la reunión de esta mañana? Quiero decir, aunque estés totalmente al tanto.

Curry sonrió y después asintió. No estaba tan mal esta chica nueva. Aunque vestía como un chicazo, lo cual no terminaba de gustarle. La siguió hasta la sala de reuniones.

—¿Hasta dónde habías llegado? —dijo Ylva, señalando el gran tablón junto a la ventana—. ¿Te dio tiempo a enterarte de Anders Finstad?

—¿Qué? —dijo Curry.

Ylva se rascó la cabeza un poco y se giró hacia él.

—Te lo resumo desde el principio, ¿no?

—Eh, sí, por favor. —Curry asintió y se sentó en una silla.

—¿Hasta dónde habías llegado? —dijo Ylva.

—Chica desnuda estrangulada en el bosque, con una flor en la boca.

—Camilla Green —dijo Ylva.

—¿Ya la hemos identificado?

—Sí —continuó Ylva, afortunadamente sin hacer que se sintiera como un idiota por no haberse enterado.

—Camilla Green, diecisiete años, residente en una especie de hogar de reinserción, un lugar de rehabilitación para gente joven, huérfanos, ¿te doy todos los detalles o quieres…?

—No, no, con un breve resumen me vale —dijo Curry con una sonrisa.

—Vale —continuó Ylva, girándose hacia el tablón otra vez—. Como te decía, Camilla Green. Hace tres meses la policía fue avisada de su desaparición de este sitio, el Huerto de Hurumlandet, pero luego retiraron la denuncia, porque se habían enterado de que estaba bien y de que no hacía falta buscarla.

—¿Cómo se enteraron? —preguntó Curry con curiosidad, sintiendo cómo el policía que nunca había dejado de ser comenzaba a despertarse.

—Un mensaje de móvil —dijo Ylva y bajó una hoja del tablón, dejándola delante de él.

—¿Esta es la lista de llamadas? —dijo Curry.

—Así es —afirmó Ylva—. Gabriel la recibió de Telenor ayer. Lo raro es que, bueno, esta mañana Munch, Mia y Kim han hablado sobre todo del hecho de que el mensaje fue enviado desde la propia residencia.

—¿Qué quieres decir? —dijo Curry, sorprendido.

—Bueno, Gabriel es el que sabe de esto, pero él dijo que, en fin, ¿cómo se llama, repetidor de móvil?

—¿Sí?

—Camilla desapareció y avisaron a la policía —continuó Ylva—. Pero de repente recibieron un mensaje de ella que decía que estaba bien, que no hacía falta buscarla.

—¿Y el mensaje fue enviado desde ese lugar? ¿El Huerto de Hurumlandet? —preguntó Curry con curiosidad.

—Pues sí —asintió Ylva—. Según ese repetidor.

Curry se levantó y se acercó al tablón con todas las fotografías.

—Entonces…, has mencionado un nombre. ¿Ya tenemos a un sospechoso o qué?

—Anders Finstad —dijo Ylva, poniendo el dedo sobre una fotografía en blanco y negro de un

hombre de mediana edad con un casco de equitación sobre la cabeza, delante de algo que debía de ser una cuadra.

—¿Y este quién es? —dijo Curry.

—Fíjate en el tatuaje —dijo Ylva.

—¿Qué tatuaje? —dijo Curry, sintiéndose ya un poco estúpido. Dos días de borrachera, con copas en ambas manos, lamentando su suerte por asuntos totalmente mundanos cuando un criminal andaba suelto. Habían avanzado bastante, pero él no había contribuido de ninguna manera.

—AF, ¿lo ves?

—Sí —dijo Curry, siguiendo su dedo sobre el papel.

—¿Y la cabeza de caballo?

—¿Sí?

—Anders Finstad —dijo Ylva—. A Camilla le gustaban mucho los caballos. Este Finstad tiene un picadero cerca de la residencia donde ella vivía.

—¿Y?

—Lo tenemos en nuestros registros. Sesenta y seis años. Denunciado previamente por abusos. Pidió a dos chicas del picadero que se quitaran las camisetas delante de uno de los caballos mientras él sacaba fotos. Las chicas tenían doce y catorce años.

—Qué hijo de puta…

—Sí, lo sé —asintió Ylva.

—¿Y bien? ¿Qué pasó?

—La denuncia no condujo a nada —dijo Ylva—. Tendría un buen abogado, o quizá las pruebas no fueran sólidas, yo qué sé. En todo caso, él, Anders Finstad, está en el punto de mira ahora mismo. Camilla era miembro de su club de equitación. Además, era bastante buena, por lo que me han comentado. Estaban pensando en convocarla para la selección júnior de salto.

—¿A nuestra víctima?

Ylva asintió.

—Mia está allí ahora, el resto se encuentra en el Huerto de Hurumlandet.

—¿Hay algún coche en el garaje? —dijo Curry.

—¿Qué quieres decir?

—¿Se han llevado todos los coches oficiales?

—No, no lo sé —dijo Ylva, saliendo al pasillo delante de él—. ¿Te doy de alta para que puedas trabajar o quieres seguir de baja?

—Pensaba que Grønland se ocupaba de estas cosas…

—No —lamentó Ylva—. Supongo que será porque he sido la última en llegar, ¿no?

—Tendrás que hablarlo con Anette —dijo Curry, guiñándole un ojo.

Encontró una llave en el armario, dejó la taza de café vacía en la cocina y bajó hasta el garaje en ascensor.

23

A Munch le dejaron pasar el cordón policial junto a la entrada al Huerto de Hurumlandet, y, cuando los flashes de los fotógrafos de la prensa comenzaron a llover, se alegró de haber enviado a Mia al picadero.

Negó con la cabeza y echó un vistazo por el espejo retrovisor mientras conducía por la alameda en dirección al huerto. Helene Eriksen lo había llamado pronto por la mañana y no había exagerado. El lugar estaba repleto de periodistas, «son como un enjambre de grillos, se cuelan por todas partes. Las chicas tienen miedo, ¿qué hacemos?».

Munch sonrió un poco para sí mientras aparcaba delante del edificio principal y salía del Audi negro. Esta Helene Eriksen comenzaba a caerle bien. Grillos. Le había quitado la palabra de la boca.

Munch encendió un cigarrillo y vio a Kim Kolsø que bajaba por las escaleras del imponente edificio principal pintado de blanco.

—Es un puto circo —dijo Kim con un gesto de cabeza hacia el final de la alameda.

—Está bajo control —replicó Munch—. ¿Cómo lo lleváis por aquí?

—Bien —contestó Kim, echando una mirada a su alrededor—. Tenemos dos aulas y un despacho, es un poco primitivo, pero ya estamos en marcha. Grønlie parece estar contento de haber salido de la oficina. El Jensen Doble está aquí, he elaborado la lista tal y como me pediste, tú y yo nos ocupamos de la gente más importante.

Munch había pedido refuerzos de Grønland, y a Mikkelson le habían dado un equipo de Kripos, Jensen y Jensen, más conocidos como el Jensen Doble. No habría sido la primera elección de Munch, pero no podía quejarse, necesitaban a gente.

—Curry está en camino, lo pondremos a trabajar con ellos —murmuró Munch, dando una larga calada al cigarrillo para tratar de no mostrar su profunda irritación ante Kim.

—¿De verdad? ¿Mia no ha dicho que estaba enfermo?

—Parece que se ha recuperado.

—Genial —dijo Kim, subió las escaleras por delante de su corpulento jefe y entró en la improvisada sala de interrogatorios.

—¿A quién tenemos primero? —dijo Munch tras quitarse la trenca, y se frotó las manos para entrar en calor.

Todavía hacía frío en la calle. Munch pensó en Mia. A Munch no le gustaban nada ni el frío ni la oscuridad, pero sabía que su joven colega lo pasaba mucho peor. Daba la impresión de que la oscuridad se le pegaba dentro de la cabeza y no la soltaba hasta que no llegaba la primavera. Se sacudió y leyó el primer nombre de la lista que Kolsø había dejado sobre la mesa delante de él.

—¿Benedikte Riis? —dijo Munch, lanzando una mirada inquisitiva hacia su colega—.

Pensaba que habíamos quedado en interrogar primero a ese tal Paulus…

Kim se encogió de hombros.

—Grønlie se ha ocupado de él.

—¿Por qué?

—Ha insistido.

—¿El chaval? ¿Paulus? ¿Por qué?

—Estaba esperando en medio del patio cuando hemos llegado —dijo Kim—. No parecía que hubiera pegado ojo en toda la noche. «Supongo que pensáis que he sido yo, siendo quien soy. Quiero que me interroguéis primero».

—Anda ya —murmuró Munch.

—Así que he dejado que Ludvig se encargara de él. Había que tranquilizar un poco al chaval.

—¿Siendo quien soy? ¿Qué quería decir con eso? —preguntó Munch.

—Dará por hecho que hemos visto su historial —dijo Kim.

—Si no había más que cosas menores, ¿no? —preguntó Munch, un poco sorprendido.

—Sí, claro. Posesión de un poco de hachís, un robo en una tienda…, acabó en la cuneta con un coche robado, siendo menor de edad. Puede haber hecho otras cosas que no conocemos. Sea como fuere, me remordía la conciencia, así que Grønlie se ha hecho cargo de él. Siguen ahí dentro todavía.

—Vale —dijo Munch, hojeando los papeles que tenía delante de sí—. Y esta tal Benedikte Riis ¿quién es?

—La última que vio a Camilla Green con vida. Al parecer tiene algo importante que decirnos. Creo que Helene Eriksen ha intentado sacárselo, pero se niega a abrir la boca, quiere hablar con la policía.

—Ah, ¿sí? —dijo Munch, levantando las cejas—. Vale, tráemela.

24

Anders Finstad ya estaba esperando en las escaleras cuando Mia Krüger entró en el patio. Escuela hípica de Hurum. Desde el exterior, el lugar recordaba mucho al huerto que había visitado con Munch el día anterior. Unas largas hileras de majestuosos abedules bordeando unos campos de labranza cubiertos de escarcha que llevaban hacia algo que tenía pinta de ser un lugar muy bien cuidado. Un elegante edificio principal blanco, un patio cubierto de grava, un edificio muy bonito de ladrillo rojo que parecía albergar las cuadras. Mia Krüger salió del coche con la sensación de que había un buen ambiente. No había mar abierto, eso estaba claro, pero aun así el lugar le recordaba a Hitra. Había paz aquí. Un centro ecuestre que alguien evidentemente mimaba con esmero, rodeado de una naturaleza tranquila y bella.

—Hola —saludó el hombre de las escaleras y bajó rápidamente a su encuentro—. Anders Finstad.

—Mia Krüger —dijo y le estrechó la fría mano; parecía que llevaba algún tiempo ahí fuera.

El hombre de mediana edad sonrió levemente.

—Sí, sé quién eres —asintió el hombre—. Si las circunstancias hubieran sido otras, habría dicho que la visita me honra.

—Bueno —dijo Mia con una sonrisa, tratando de averiguar si podía ser un intento de desarmarla, de conseguir que tuviera una actitud más benévola, pero no vio señales de ello. A primera vista, Finstad parecía ser igual que el lugar del que era propietario, un hombre que se preocupaba por su aspecto, sin que resultase vanidoso en ningún momento.

—Menuda tragedia —dijo Anders Finstad después de llevarla hasta algo que a Mia le recordaba a una especie de sala de estar.

Hizo un gesto hacia una silla y sonrió cautelosamente.

—¿Quieres tomar algo o vamos al…?

—¿Al grano directamente? —sonrió Mia y colgó la cazadora de cuero sobre el respaldo de la silla.

—Sí, eso… —dijo Finstad, y parecía que era la respuesta que había esperado y deseado.

Sacó la silla que había enfrente de ella, se sentó y bajó la mirada momentáneamente hacia el mantel blanco para armarse de valor, de alguna manera, antes de que Mia dijera nada.

—Me di cuenta, claro está —dijo, levantando la mirada lentamente hacia ella.

—¿Te diste cuenta de qué? —dijo Mia.

—De que ibais a creer que he sido yo.

—¿Quién ha dicho que creemos que has sido tú? —dijo Mia.

—¿No es así? —dijo Finstad, sorprendido y casi un poco aliviado.

Casi en contra de su voluntad, Mia sintió compasión por el hombre educado y bien vestido que

estaba sentado delante de ella. Tenía ojeras y movía las manos nerviosamente sobre la mesa. Estaba claro que los acontecimientos de los últimos días le habían afectado mucho.

—Ahora mismo no creemos nada y mantenemos todas las posibilidades abiertas —dijo Mia —. Pero, claro, conocías a Camilla. Ella venía aquí a clases de…

—No —dijo Anders Finstad.

—¿No, qué?

—No le daba clases, exactamente.

—¿Qué quieres decir?

—Camilla era…

Finstad se echó ligeramente hacia atrás en la silla, como si estuviese buscando las palabras.

—¿Qué era?

—Era especial —dijo Finstad al final—. No recibía clases de nadie, por decirlo de alguna manera.

—¿A qué te refieres?

—Nadie podía decirle a Camilla qué debía hacer. Era muy independiente, tenía un carácter muy fuerte.

Finstad sonrió levemente. Sus ojos desaparecieron, como si la estuviera imaginando dentro de su cabeza.

—¿Quieres decir que no le dabas clases? ¿En este centro ecuestre?

—¿Cómo? Sí, sobre el papel sí, pero bueno, nadie podía decirle a Camilla qué tenía que hacer. Era una buena chica. Claro que sí. Me di cuenta de ello la primera vez que Helene vino con ella. ¿Te ha pasado alguna vez? ¿Has conocido a gente, bueno, que es más carismática que otra? ¿Que tiene una especie de…, bueno, algo que…?

Parecía que Finstad no era capaz de dar con las palabras exactas y se quedó mirando el mantel blanco.

—¿Te caía bien? —dijo Mia.

—¿Qué? Sí, Camilla caía bien a todo el mundo.

—¿A ti también?

—Sí, cómo no.

—¿Te caía muy bien?

—Sí, cómo no —dijo Finstad otra vez, pero de repente se despertó y se dio cuenta de adónde quería llegar Mia con sus preguntas.

—No, no, de esa manera no…

El hombre bien vestido se quedó callado, parecía que ya sabía qué clase de pregunta le iba a formular a continuación.

—Septiembre, 2011 —dijo Mia.

—Sí.

—¿Sabes de qué hablo?

—Sí, claro —dijo Finstad y después asintió, todavía sin mirarla.

—Dos chicas, alumnas tuyas, doce y catorce años.

—Sí, lo sé.

—¿Fotografías sin ropa delante de un caballo?

Finstad levantó las manos de la mesa y se cubrió la cara por un momento.

—No estoy orgulloso de ello… —dijo en voz baja.

—¿Pero lo hiciste? —insistió Mia.

—No soy más que un ser humano. Todos podemos cometer errores, ¿no?

Ahora la miró y Mia sintió cómo la simpatía que el hombre había irradiado se convertía en algo odioso.

—¿Cometer errores? Así que te parece normal sacar fotos de niñas desnudas, ¿es eso lo que dices?

—¿Cómo? —dijo Finstad, sorprendido.

—Te fuiste a las cuadras con una cámara. Usaste tu autoridad sobre unas niñas inocentes para pedirles que posaran sin ropa delante de un caballo, ¿se supone que de alguna manera hay que aceptar eso? ¿Es eso lo que dices?

Mia sintió por primera vez cómo los efectos del alcohol de la noche anterior comenzaban a hacerse notar en su cabeza. Puto Curry. La había tenido despierta hasta altas horas de la madrugada. Sunniva. El juego. No era la primera vez, y seguramente no sería la última. Al final había conseguido arroparlo en la cama y no había tenido fuerzas para llamarlo cuando sonó el despertador. Y ahora notaba cómo se apoderaban de ella, poco a poco. Irritándola y haciéndola menos profesional de lo que debería haber sido.

—Eres un pedófilo y tratas de justificarte, ¿es eso lo que quieres transmitir?

—¿Qué? —dijo Finstad sin comprender.

—Ya me has oído —contestó Mia.

—¿Qué? No. Eso nunca pasó.

—Es la información que tenemos sobre ti —dijo Mia lacónicamente.

—No, por Dios —dijo Finstad—. ¿No tienes todos los datos?

Munch no le había dado todos los detalles, pero Mia no comentó nada sobre ello.

—Sacaste fotos de dos chicas delante de un caballo. Eso es lo que tenemos.

—No, no, no —dijo Finstad—. ¿No tienes todos los datos de ese estúpido caso? No puedo creerlo.

Mia también se había tomado unas pastillas. Para poder dormir. Después de estar hablando con Curry toda la noche. Tres horas antes de la reunión de la mañana. Se había tragado algunas en el baño y se había quedado noqueada antes de poner la cabeza sobre la almohada.

—¿Entonces de qué no estás orgulloso? —dijo Mia, tratando de recomponerse.

—¿A qué te refieres? —dijo Finstad, y ahora parecía casi desesperado.

—Has dicho que no estabas orgulloso de lo que habías hecho —dijo Mia.

—Claro, de haberle sido infiel.

—¿A quién?

—A mi mujer, naturalmente —dijo Finstad, lanzándole una mirada inquisitiva—. ¿No figura ese dato en vuestros documentos?

Mia se aclaró la garganta y sintió una creciente irritación hacia Munch. La había enviado a este lugar, evidentemente, sin darle todos los detalles del proceso contra este hombre, que parecía muy sincero y responsable.

—Sí, claro —mintió Mia—. Pero tenía que preguntarte.

—Así fue cómo se vengó de mí, lo sabéis, ¿no? —dijo Finstad.

—Sí, claro —respondió Mia.

—Se lo inventó todo para vengarse de mí, por haberle sido infiel. Y luego lo reconoció, y se archivó el caso.

—Sí, sí, lo sabemos, pero tenía que preguntarte.

—Sí, bueno, pues ya está —zanjó Finstad.

—Disculpa —dijo Mia, y lo sentía.

—Bueno, no pasa nada —contestó el hombre bien vestido con una leve sonrisa—. Aunque sí que me arrepiento. No fue una buena acción por mi parte. En realidad no soy así, pero bueno, en fin…

—No es asunto mío —dijo Mia, tratando de mirarle con simpatía.

Ya le estaba martilleando el dolor de cabeza. Puñetero Munch. Jodido Curry.

—Vaya una tragedia —dijo Anders Finstad, mirándose las manos—. Era tan especial. Era simplemente así. En fin.

—¿Venía a menudo?

—¿Camilla? Sí —respondió Finstad—. En algunas épocas del año, casi todas las tardes. Era una de las pocas chicas con su propia taquilla. ¿Te he dicho antes que tenía mucho talento? Cuando llegó la primera vez casi no había estado encima de un caballo. Recuerdo que…

—¿Taquilla? —le interrumpió Mia.

—Sí —asintió Finstad—. Algunas de las chicas más asiduas las tienen. Para guardar sus cosas, es lo más práctico.

—¿Puedo verla?

—Naturalmente.

Se levantó y salió de la casa delante de Mia, mostrándole el camino hasta las cuadras.

25

Isabella Jung lo había pensado a menudo, aunque su padre siempre le había dicho que no había que juzgar el libro por su portada, y era algo que siempre había tratado de cumplir, no dejar que la primera impresión de una persona fuera la definitiva. Sin embargo, ahora estaba totalmente segura: no aguantaba a Benedikte Riis.

Estaban reunidos en la sala de televisión mientras esperaban a que les llamasen de uno en uno para hablar con la policía. Benedikte Riis había sido la primera, claro está. Había exigido ser la primera porque era la que mejor había conocido a Camilla, era la persona más cercana a ella y había sido la última en verla con vida, pero eso no era más que una mentira cochina, de eso estaba bastante segura Isabella Jung, porque la única persona cercana a Benedikte Riis era ella misma. Isabella nunca había conocido a una persona tan egocéntrica, su mejor amiga probablemente sería su propia imagen en el espejo, y ahora mismo a Isabella le entraban ganas de decirle a la hija de puta que se callase la boca, pero no lo hizo por respeto a las otras personas de la habitación. Los últimos días habían sido una prueba para todo el mundo. Isabella Jung era una chica dura, había cuidado de sí misma toda la vida, pero había otras personas que no llevaban tan bien la repentina transformación de este pacífico lugar en un avispero. Había policías por todas partes. Y todos los periodistas. Antes de que acordonasen la zona, parecía que se colaban por todas partes y dos de las chicas habían sufrido un colapso. Afortunadamente, los policías uniformados habían ido desapareciendo, y ahora solo quedaban investigadores con ropa normal. Las rutinas se habían cancelado. Todo se encontraba patas arriba. Las aulas estaban llenas de preguntas, pero no sobre provincias noruegas ni verbos ingleses, sino sobre Camilla Green. Y Benedikte Riis, que había sido la primera en entrar, acababa de volver y ahora campaba a sus anchas en la pequeña sala de televisión.

—He dicho la verdad —afirmó Benedikte Riis—. Camilla y yo éramos mejores amigas, compartíamos todo, y, si yo no lo sé, entonces nadie lo sabe, ¿entendéis lo que quiero decir?

—¿Saber qué? —preguntó Cecilie con voz débil.

La pequeña chica de Bergen estaba acurrucada en una esquina del sofá, asustada y abrazando un cojín. Parecía que necesitaba algo a lo que agarrarse, para refugiarse detrás de ello.

—¿Hola? Saber lo que pasó, joder. ¿Eres tontita o qué?

Benedikte Riis puso el dedo contra la sien y en ese momento Isabella estuvo a punto de explotar.

—¿Y entonces qué le dijiste?

Wenche, esta vez. Una de las que Isabella no conocía tan bien. Era de Oslo, tenía el pelo oscuro corto y un montón de tatuajes, y era un poco más chula que la gente con la que Isabella solía andar. Los rumores decían que había tenido un novio motero, uno que estaba metido en

Bandidos, y que la habían pillado en el ferry de Dinamarca cuando intentaba introducir heroína en el país, pero, si había algo que Isabella había aprendido en este lugar, era que no había que hacer caso a los rumores. Tenía la sensación de que todo el mundo trataba de parecer un poco más duro de lo que en realidad era, aparte de Synne y Cecilie, claro, que eran las chicas con las que Isabella pasaba más tiempo.

¿Un búho?

Habían pasado tantas cosas que casi había olvidado la nota que colgaba de su puerta. El lirio blanco.

«Me gustas».

Y el dibujo debajo.

El corazón le había dado un vuelco al verla. Un admirador secreto. Que sentía algo por ella. ¿Podría ser…? ¿Sería del chico que ella creía?

Isabella fue despertada de sus pensamientos por el impaciente morro de Benedikte Riis, que, por alguna razón, se había acercado a ella.

—Y tú tampoco dirás nada sobre ello, ¿a que no?

Benedikte la estaba señalando con el dedo y todas las chicas la miraban.

—¿Qué? —exclamó Isabella.

—Jesús, ¿estás sorda o qué? —Benedikte respondió con un suspiro.

—No —dijo Isabella con voz tranquila, y reprimió una vez más el deseo de levantarse y darle un bofetón en plena cara a esta chica insoportable.

—He dicho que nadie de aquí debe decirlo, tenemos que hacernos esa promesa, ¿vale?

Miró a su alrededor y consiguió una reacción de las que estaban presentes. Incluso la aterrada Cecilie asintió levemente detrás del cojín.

—¿Decir qué? —repitió Isabella.

—Que solía salir al bosque a escondidas —murmuró Wenche, que se había sentado en la ventana para encender un cigarrillo, a pesar de que todo el mundo sabía que no se podía fumar dentro.

—Por las noches —añadió Sofia.

—No lo sabía —dijo Isabella.

—No, porque estás aún muy verde. Y, solo para que conste, no creas que a Paulus le gustas porque te eche una mano con las orquídeas, Paulus ayuda a todas con las orquídeas. ¿Verdad?

Benedikte Riis se rio en alto y Wenche y Sofia se unieron a ella.

—En cualquier caso, prometo no decir nada —dijo Cecilie en voz baja. El cojín del sofá ya le estaba cubriendo media cara.

—Bien —asintió Benedikte.

—¿Y por qué no debo decir nada sobre ello? —preguntó Isabella, y sintió cómo las ganas de rebelarse volvían a surgir dentro de ella.

—Porque lo digo yo —contestó Benedikte, agitando el dedo índice delante de sus ojos.

—Haré lo que me dé la puñetera gana —dijo Isabella Jung, levantándose de la silla.

—No, no lo harás, porque entonces…

El estallido de Benedikte fue interrumpido por el ruido de la puerta al abrirse. Entró Helene.

La directora de pelo rubio parecía cansada. En condiciones normales habría echado un rapapolvo a Wenche al pillarla en la ventana con un cigarrillo en la boca, pero ese día no.

—¿Isabella? —dijo Helene Eriksen con una voz débil.

—¿Sí? —contestó Isabella, girándose hacia ella.

—Te toca. Quieren hablar contigo.

26

Mia Krüger deseó haber dormido un poco más en lugar de dedicar toda la noche a consolar a Curry. Habría estado un poco más fuerte y podría haber hecho frente a esto de mejor manera. Porque, cuando Anders Finstad abrió la puerta que daba acceso a las cuadras, ella volvió de repente a los dieciséis años.

«El lugar le recordaba a Sigrid».

Mia se quedó junto a la entrada, no conseguía mover los pies.

—Ah, las llaves de la taquilla, lo siento —se disculpó el propietario del centro ecuestre.

—No pasa nada —le tranquilizó Mia con una sonrisa.

—Espérame aquí, vuelvo enseguida.

—No hay prisa —dijo Mia, y dio unos pasitos hacia atrás para alejarse de la puerta mientras Finstad atravesaba el patio a grandes zancadas.

Dos veces por semana. En el asiento trasero del Volvo de su padre. Una escuela hípica de Horten. Toda la familia iba a verla, a contemplar cómo la sonriente Sigrid montaba el caballo negro, con los cabellos rubios ondeando bajo el casco. A Sigrid le encantaba montar. El ambiente y el olor habían provocado el recuerdo y, por alguna razón, se sentía mareada.

«¿Por qué estaría tan…?».

De repente, Mia sintió que ya no era capaz de aguantar más. Apoyándose en la fachada con una mano, consiguió dar la vuelta a la esquina justo antes de que llegase. Vomitó. No tenía muchas cosas en la tripa, pero aun así salió. Mia se quedó con el cuerpo doblado, tratando de recuperar el aliento.

«¿Qué cojones?».

Tenía los ojos nublados. No había comido mucho últimamente. Solo había bebido y había tomado pastillas. No se había cuidado.

—¿Estás aquí?

Mia consiguió recomponerse lo suficiente para encajar una sonrisa y volver a doblar la esquina.

—Ah, ahí estás —dijo el hombre bien vestido, enseñándole un juego de llaves—. Ya he…

—¿Hay un baño por aquí? —murmuró Mia, tratando de no abrir la boca.

—Claro —asintió Finstad—, está a la derecha según entras. Ven, te enseño…

—No te preocupes, ya lo encontraré —dijo Mia y caminó lo más rápido que pudo de vuelta por el patio. Se encerró en el pequeño baño y se quedó de rodillas delante de la taza del váter, intentando respirar.

«Mierda».

Poco a poco consiguió incorporarse. Se lavó la boca y la cara en el lavabo y se quedó

mirándose en el espejo. Estaba pálida como un fantasma. Una versión espectral de sí misma, otra vez. Mia Krüger no se asustaba a menudo, pero ahora sentía miedo. Su cuerpo había reaccionado. De manera violenta. Solo por los recuerdos de Sigrid en las cuadras. Sigrid sobre el lomo del elegante caballo.

«Tenemos que hablar de Sigrid, ¿no crees?».

Tal vez tuviera razón, después de todo. El psicólogo. Le había enviado un mensaje. «Has perdido la última cita, ¿quieres concertar otra?». No le había contestado. ¿Y por qué lo iba a hacer? Había regresado al trabajo. Por eso había ido para empezar, no para explayarse sobre su vida. Mia se quedó delante del espejo hasta que sintió que ya había vuelto a una especie de estado de normalidad. ¿Tal vez debería haberlo hecho, después de todo? Abrirse y sacar todo el dolor. Toda la miseria. La pérdida. De mamá, de papá, de la abuela. De Sigrid. Encontró un frasco de Vademecum en un armario junto al lavabo y se enjuagó la boca con cuidado. No, por Dios. Se miró en el espejo otra vez y negó con la cabeza.

«Nunca iba a abrir su alma a un puñetero psicólogo».

Volvió a lavarse la cara.

«Claro que no».

«Claro que no lo haría».

Había ocurrido por casualidad. Demasiado poco descanso. Demasiada presión. Este caso, y luego el puñetero Curry, encima. Esto no tenía nada que ver con su estado mental. Todo estaba bajo control. Mia asintió con la cabeza hacia sí misma en el espejo.

«Totalmente bajo control».

Se quedó delante del espejo durante unos minutos, hasta que el color volvió a la cara, y después atravesó el patio de nuevo.

—¿Todo en orden? —preguntó Anders Finstad, mirándola con un poco de preocupación.

—¿Qué? —sonrió Mia y acompañó al hombre bien vestido hacia el interior de las cuadras—. Sí, claro. ¿Esta es su taquilla?

Ya era policía otra vez.

—Sí —dijo Finstad—. ¿Te la abro?

—No tiene mucho sentido verla solo por fuera, ¿verdad? —dijo Mia, guiñándole un ojo.

Finstad sonrió. Estuvo un rato toqueteando las llaves del llavero antes de dar con la buena, mientras Mia sacaba los guantes de látex del bolsillo interior de la cazadora.

—¿Lo hago? —preguntó Finstad tras introducir la llave en la cerradura.

Se veía claramente que tenía curiosidad por saber qué había en la taquilla.

—Te iré a buscar si tengo alguna pregunta —dijo Mia con una sonrisa, y esperó hasta que Finstad saliera del edificio antes de abrir la taquilla.

Una chaqueta de montar roja. Un par de botas que llegaban hasta la rodilla. Un pantalón beis colgado en una percha. Un papelito que estaba pegado en el interior de la puerta. Una pequeña nota escrita a mano.

Me gustas.

Había un pequeño dibujo debajo del texto.

Un pájaro.

Lo había tenido en la cabeza, pero no le había podido dar muchas vueltas por la repentina llegada de Curry, borracho, al Lorry. Lo que Munch le había contado la noche anterior. Las

plumas del lugar del crimen.

«Plumas de búho».

Mia sacó el teléfono de la cazadora y marcó el número de Munch. No contestó, así que le envió un mensaje apresurado:

Llámame ya.

«Me gustas».

Un dibujo.

Un pájaro.

«Un búho».

Mia encontró una pastilla en el bolsillo de la cazadora y se quedó delante de la taquilla con una sonrisa en los labios.

27

La manera en que la luz del cielo se negaba a iluminar el mundo, a pesar de que era mediodía, no debería haberle sorprendido, pero lo hizo. Holger Munch encendió un cigarrillo y vio cómo sus propios dedos fríos eran iluminados por el resplandor anaranjado, y la misma idea que tantas veces había tenido en los últimos tiempos volvió una vez más: en realidad, estas latitudes no estaban pensadas para ser habitadas por seres humanos. Tan al norte. Un error histórico. Un desliz. La raza noruega debía de descender de un pueblo que se equivocó de camino en algún momento de la prehistoria. ¿Por qué, si no, habrían elegido este frío, esta oscuridad, cuando el planeta estaba lleno de sol y playas, parajes fértiles, los campos del Edén? Le recordaba un poco a esta situación, aquí, en medio del oscuro patio bajo la capucha de la trenca, tratando de encontrar algún tipo de hilo conductor en las horas de interrogatorios que había mantenido con las chicas. Hasta el momento, ninguna de ellas había ofrecido algo que pudieran usar como punto de partida para la siguiente fase en la investigación. Todas parecían estar muertas de miedo, y, aunque las chicas eran diferentes entre sí, presentaban algo en común: ninguna de ellas parecía tener muchas ganas de hablar con la policía.

Munch se ajustó la trenca y dio otra calada al cigarrillo cuando la puerta del edificio principal se abrió y Helene Eriksen bajó por las escaleras hacia él.

—Ya sabes que puedes fumar dentro, si quieres —dijo Helene Eriksen, y trató de sonreír, aunque se notaba que le costaba hacerlo.

La primera vez que la había visto le había parecido que estaba destrozada, y era evidente que los acontecimientos de los últimos días no la habían ayudado. Ya había desaparecido el pequeño atisbo de vida que Munch vio en sus ojos aquella vez, y ahora solo podía compadecerla.

—Si quieres te preparo un café —continuó, cautelosamente—. Habrá sido un día largo también para ti, no solo para nosotros.

—Ya no tomo café —dijo Munch con amabilidad—. Pero, sí, una taza de té me vendría bien.

—También tengo —dijo Helene Eriksen con una sonrisa y subió las escaleras delante de él, enseñándole el camino a una pequeña habitación de la primera planta.

—Esto es mi refugio personal —dijo la directora cuando Munch ya estaba sentado—. A veces viene bien tener un sitio para poder estar sola.

Munch dejó la trenca sobre el apoyabrazos de la silla y sintió que esta mujer, a la que acababa de conocer, le caía cada vez mejor. Ayudaba a la gente. Llevaba una residencia para adolescentes con problemas. Una buena persona, con un gran corazón.

—Lo único es que no tengo mucha variedad —dijo Helene Eriksen, y dejó un bol con bolsitas de té sobre la mesa.

—No pasa nada —la tranquilizó Munch—. Cualquier cosa que te saque este frío del cuerpo.

—Sí, es verdad —contestó Helene Eriksen, tomando asiento en la silla que había enfrente de él.

Munch eligió una bolsita cualquiera y llenó una taza con agua del hervidor que Helene Eriksen había dejado sobre la mesa.

—¿Te sobra uno? —preguntó, señalando la cajetilla de Munch junto a la taza.

—Sí, claro.

—En realidad no fumo —explicó Helene Eriksen, metiéndose un cigarrillo entre los labios—. Lo dejé hace mucho tiempo, es que es un rollo para la salud, la verdad, pero ahora, bueno…

—Comprendo —dijo Munch con una sonrisa, y se inclinó sobre la mesa para encenderle el cigarrillo.

Helene Eriksen se echó hacia atrás en la silla y exhaló el humo hacia el techo. Parecía que estaba reflexionando, como si le pesara algo o quisiera contarle alguna cosa, pero no abrió la boca.

—Ya nos queda poco —dijo Munch, para tranquilizarla—. En breve os dejaremos en paz, hemos avanzado mucho. Hoy hemos hablado con la mayoría de las personas de la lista.

—¿Habéis sacado algo en claro? ¿Os ha servido?

—No puedo entrar en detalles, espero que lo entiendas —respondió Munch—. Pero, sí, creo que tenemos lo que estábamos buscando.

—Bien —dijo Helene—. Si hay algo más que necesitéis de mí, bueno, ya sabéis dónde estoy. Cuando queráis. No hace falta más que decírmelo, ¿vale?

—Gracias, Helene. Nos has sido de gran ayuda. Lo apreciamos mucho.

—No hay de qué —dijo, dando otra calada superficial al cigarrillo antes de apagarlo en el cenicero. Volvió a sonreír a Munch—. Antes fumaba veinte al día, pero ahora solo soy capaz de unas pocas caladas.

Helene Eriksen se quedó con la mirada vacía y Munch, de repente, se acordó de las palabras de Mia en el primer interrogatorio que habían tenido en el lugar.

«Sabe más de lo que dice».

Se aclaró la garganta, apagó su propio cigarrillo y se levantó.

—Gracias por el té. Ahora tengo que seguir con lo mío, todavía quedan unos nombres en la lista.

—Sí, claro —dijo Helene Eriksen, y lo acompañó fuera.

—Bueno, solo una cosa —comentó Munch cuando estaban en el pasillo.

—¿Sí?

—Por las listas que tenemos de todos los residentes y empleados, entiendo que todo el mundo está aquí hoy, ¿verdad?

—¿Sí?

—Solo hay un nombre que… —dijo Munch.

—¿Sí?

—Solo hay un nombre que no tengo muy claro. Es posible que esté aquí, pero no he podido encontrarlo para el interrogatorio.

—¿No? ¿A quién te refieres?

—Rolf Lycke —dijo Munch, aclarándose la garganta de nuevo.

—¿Rolf? —dijo Helene Eriksen con un tono inquisitivo.

—Sí. Trabaja aquí como profesor, ¿no?

Parecía que Helene Eriksen no terminaba de comprender qué quería decir.

—¿Rolf? ¿Está en vuestra lista?

—Sí. ¿No es correcto?

Helene negó con la cabeza levemente.

—No, no. Lo dejó hace mucho tiempo.

—Pero antes sí que trabajaba como profesor aquí, ¿no?

—Sí, pero solo por un tiempo breve. Era… Bueno, diría que era trabajador, claro, me habría gustado que se quedara, pero probablemente este no era el trabajo que él deseaba. No quiero hablar mal de mis chicas, pero, en lo académico, el nivel no es especialmente alto, por decirlo así. Creo que Rolf Lycke tenía ambiciones más elevadas. Si quieres, te pongo en contacto con él. Quiero decir, todavía tengo su número de teléfono por aquí en algún sitio, ¿quieres que te lo busque?

—No, no —sonrió Munch—. Solo preguntaba, para ir tachando nombres de nuestras listas.

—De acuerdo —dijo Helene.

En ese momento Munch oyó una vibración en el bolsillo de la trenca. Había desconectado el móvil durante los interrogatorios, pero, como siempre, se había olvidado de apagar la vibración. El nombre de Anette Goli salía en la pantalla.

—¿Sí? —dijo Munch.

—Creo que lo tenemos. ¿Has conseguido hablar con Mia? Ha intentado dar contigo porque ha encontrado algo en la escuela hípica, pero ahora eso ya da igual…

La competente abogada policial hablaba tan rápido que Munch no se enteraba ni de la mitad de lo que decía.

—¿Qué has dicho? —preguntó Munch.

—Lo tenemos —dijo Anette Goli otra vez.

—¿A quién?

—Tenemos una confesión.

—¿Qué?

—Sí —continuó Goli—. Acaba de llegar. Lo tenemos bajo custodia. Está en Grønland. Ha confesado el asesinato.

—Voy para allá —dijo Munch, pulsó el botón rojo y salió corriendo con la trenca bajo el brazo hacia el Audi negro que estaba en el patio.

28

Munch abrió la puerta y vio que Mia ya estaba allí, en la cabina que había al lado de la sala de interrogatorios. Anette Goli se encontraba apoyada contra la pared, con los brazos cruzados y una sonrisa en la cara. Mia permanecía sentada en una silla comiéndose una manzana, todavía con la cazadora de cuero puesta, y Munch vio enseguida que su joven colega no parecía del todo convencida.

—¿Qué tenemos? —preguntó Munch. Colgó la trenca y se sentó en la silla delante del espejo invertido.

—Jim Fuglesang —contestó Anette Goli—. Treinta y dos años. Vive en Røyken. A menos de cuarenta minutos en coche desde el Huerto de Hurumlandet. Se ha presentado aquí en comisaría hace menos de una hora. Ha confesado que ha matado a Camilla Green.

—¿Fuglesang? ¿Es un nombre auténtico?[2] —dijo Munch, y echó un vistazo al hombre que estaba en la habitación contigua.

—Sí. Lo he buscado en los registros. Existe. Esto no es una broma. Antes trabajaba en Correos. Ahora cobra una pensión por incapacidad, no sé por qué, pero he dicho a Ludvig que lo mire.

—¿Por qué lleva un casco de bici en la cabeza?

—Se niega a quitárselo —dijo Anette Goli, encogiéndose de hombros.

—No creo que sea él —intervino Mia, y se tomó otro bocado de la manzana.

—¿Por qué no? —dijo Munch.

—Vamos, Holger. Anoche salió en la prensa. ¿Cuántas veces nos ha pasado? Siempre hay gente que tiene ganas de confesar algo. No tengo ni puñetera idea de por qué, pero algunos hacen lo que sea por conseguir un poco de protagonismo. La verdad es que no entiendo por qué estamos aquí. ¿No has recibido mi mensaje, Holger?

Munch se dio cuenta de que su joven colega estaba profundamente irritada.

—He estado con los interrogatorios todo el día.

—El dibujo que he encontrado en la escuela hípica —dijo Mia, sin apartar la mirada del hombre con el casco blanco.

—¿Qué dibujo? —inquirió Munch.

Mia no contestó.

—¿Anette? —dijo Munch, girándose hacia ella.

La abogada policial rubia negó con la cabeza y también parecía un poco irritada por la acusación de haber llamado a Mia y Munch para nada. Tenía una carpeta en la mano que todavía no había enseñado a Mia, según parecía, a la espera de la llegada de Munch.

—No soy idiota —dijo Anette, poniendo dos fotografías sobre la mesa delante de ellos.

—Jim Fuglesang. Treinta y dos años. Baja por incapacidad permanente. Lleva un casco de bici en la cabeza y se niega a quitárselo. Se entrega, confiesa el asesinato. Y, claro, yo tampoco me he caído de un árbol, soy consciente de que las confesiones falsas son frecuentes. No os habría llamado si no fuera por estas fotos que ha traído.

Puso el dedo sobre las fotos que acababa de enseñarles. Mia apartó la mirada del hombre de la otra habitación por primera vez, y se quedó mirando las fotografías que Anette había dejado delante de ellos.

—Hay que joderse —exclamó Munch.

—¿Verdad? —dijo Anette Goli con un tono triunfal.

—¿Qué narices…? —exclamó Mia, girándose hacia Anette.

—¿Verdad? —dijo Anette Goli, cruzando los brazos sobre el pecho.

Dos fotografías. Eran borrosas, pero los motivos se veían claramente, no había dudas.

—No entiendo esto —dijo Mia.

—Ya os he dicho que lo tenemos —sonrió Anette Goli.

—Vale —dijo Munch, y se levantó—. Vamos a ver qué nos cuenta este loco.

29

Gabriel Mørk se encontraba sentado en una silla en la sala de reuniones, mientras Ludvig Grønlie colgaba las fotografías en la pared. No se lo había dicho a nadie, porque no quería parecer un chiquillo excitado, pero el joven hacker había tenido un día muy intenso de trabajo, tal vez su mejor día desde que empezó a trabajar en la policía.

Había salido de la oficina. Había participado en los interrogatorios en el Huerto de Hurumlandet, algo que normalmente estaba reservado a Munch, Mia y Kim Kolsø, pero la dimensión del caso, o más bien la cantidad de gente que había que interrogar en un solo día, había hecho que Munch enviase a todos al lugar, salvo a Ylva. Ella se había quedado al pie del cañón en la oficina, aunque no parecía que tuviera muchas ganas de hacerlo cuando los demás se marcharon.

Gabriel la comprendía perfectamente. Él también se había sentido fuera de lugar durante los primeros meses, entre las rutinas y la jerga de los otros miembros del equipo, que él no entendía, pero eso ya había cambiado. En realidad era como una especie de bautismo. Sonrió para sí y se tomó un sorbo de la Coca-Cola que tenía sobre la mesa cuando Ylva entró en la sala y puso una silla a su lado.

—¿Seguís con eso a pesar de todo? —preguntó la joven de pelo corto con un gesto de cabeza hacia Grønlie, que acababa de colgar una foto de una de las chicas del huerto y estaba poniendo su nombre debajo.

«Isabella Jung».

—¿Cómo que a pesar de todo? —preguntó Gabriel.

—Bueno, que ya lo tenemos, ¿no?

—No lo sabemos con seguridad —dijo Ludvig Grønlie, poniendo otra fotografía junto a la primera, y escribiendo otro nombre debajo.

«Paulus Monsen».

—Anette parecía muy convencida —dijo Ylva, y Gabriel volvió a tener la sensación de que él ya no era el miembro más reciente del equipo cuando Ludvig se giró para mirar a la chica de pelo corto.

—No es la primera vez que pasa —dijo el hombre mayor y cogió otra fotografía de la mesa.

—¿El qué? —preguntó Ylva.

—Que la gente confiese asesinatos que no ha cometido —contestó Gabriel, con una rápida mirada hacia el experimentado investigador que permanecía de pie junto a la pared.

—Así es —dijo Grønlie, y colgó otra fotografía en la pared al lado de las otras.

«Benedikte Riis».

—Parecía estar bastante segura —insistió Ylva, metiéndose un chicle en la boca—. Quiero

decir, Anette Goli.

—Ojalá tenga razón —comentó Ludvig sonriendo, mientras ponía otra fotografía más, esta vez encima de las otras.

«Helene Eriksen».

—¿Os habéis enterado de algo, entonces? —preguntó Ylva.

—Todavía no —respondió Grønlie, colgando otra fotografía más.

«Cecilie Markussen».

—Espero que sea él. Espero que esto ya esté resuelto —dijo la joven policía, haciendo una pompa con el chicle.

—Yo también —repuso Grønlie, mirándola con una sonrisa—. Pero hasta que no lo confirmen creo que es importante disponer estas cosas. Hay mucha gente que debemos tener en cuenta.

Suspiró levemente y se quedó mirando el mosaico de fotografías que estaba completando.

—Muy confuso —observó Ylva.

—¿Te lo parece? —dijo Grønlie, mirándola.

—Bueno, no —se disculpó la joven—. No me refiero a tu pared, eso no, hablaba del caso en general. Está muy enmarañado, demasiada gente. No es fácil saber por dónde empezar, no sé si me entendéis.

Grønlie sonrió, colgó la última fotografía y dio un paso hacia atrás, como si quisiera comprobar si estaba contento con su obra, si la disposición global resultaba lo suficientemente clara.

—¿A quién estamos viendo? —dijo Ylva, mirando la pared de las fotos con curiosidad.

—Helene Eriksen —dijo Ludvig—. La directora del lugar, la que fundó todo aquello.

Ylva asintió.

—Paulus Monsen. No sé cómo llamarlo, es la mano derecha de Helene o algo así. Veinticinco años. Exresidente, pero ahora es una especie de conserje.

—Vale.

—Dos profesores —continuó Grønlie, señalando con el dedo—. Karl Eriksen. Eva Dahl.

—¿Y dónde estaban? —preguntó Ylva.

—Munch y Kim se han ocupado de los profesores —dijo Ludvig—, así que todavía no lo sabemos. Una pena, la verdad.

—¿Qué es una pena? —dijo la joven.

—Que no hayamos podido repasar las conclusiones entre todos. Tengo la sensación de que ahora mismo todo es un poco caótico, pero bueno.

El hombre canoso dio un paso hacia atrás y echó otro vistazo a las fotografías de la pared.

—¿Solo hay chicas? —preguntó Ylva.

—¿Qué? —dijo Grønlie, que había estado sumido en sus propios pensamientos un momento.

—¿Las que residen allí? ¿Es un sitio solo para chicas?

—Creo que no lo era al principio —dijo Grønlie—. ¿Verdad, Gabriel?

—No, el lugar es para gente de ambos sexos. Había un edificio para chicas y otro para chicos, pero, por alguna razón, ahora solo hay chicas allí. Todavía no sabemos por qué, ¿verdad, Ludvig?

Echó una rápida mirada a Grønlie, que negó con la cabeza y se rascó el cuello.

—¿Entonces estas ocho chicas son residentes? —dijo Ylva con un gesto hacia la pared.

Sonó un pitido en el bolsillo de Gabriel. Sacó el iPhone con cuidado y miró la pantalla. En realidad quería escuchar la respuesta de Ludvig, pero, al ver el mensaje que acababa de recibir,

desaparecieron tanto las fotografías como los compañeros de la sala de su mente.

Phoenix a Electron, ¿estás ahí?

Tardó varios segundos en darse cuenta de lo que había leído.

«¿Skunk?».

Ni recordaba la última vez que había hablado con su viejo amigo. Introdujo una respuesta rápida.

Aquí Electron. ¿Qué pasa?

La respuesta no tardó muchos segundos en llegar.

Estoy aquí fuera. Importante.

¿Aquí fuera?

Gabriel contestó rápidamente.

¿Fuera, dónde? ¿Qué es importante?

La respuesta llegó enseguida esta vez también.

Calle Mariboesgate 13. Tengo algo para ti. La chica con la flor en la boca.

«¿La chica con la flor en la boca?».

«¿Camilla Green?».

«¿Qué cojones tenía que ver Skunk con ella?».

Gabriel se levantó rápidamente, se disculpó en voz baja, salió de la sala y bajó corriendo a toda velocidad por las escaleras.

30

Diez de octubre. Son las 17:05. Presentes en la sala están Holger Munch, jefe de la unidad de homicidios de la calle Mariboesgate 13, y la investigadora Mia Krüger.

—¿Puedes decirnos tu nombre completo? —preguntó Mia al hombre con el casco, señalando la grabadora.

Mia parecía nerviosa y un poco irritada y a Munch le dieron ganas de indicarle que se tranquilizase, pero no lo hizo.

—Jim —dijo el hombre.

—Tu nombre completo —insistió Mia, apuntando a la grabadora otra vez.

El hombre del casco blanco la miró.

—Es mi nombre —afirmó con reservas, mirando de reojo a Munch.

—Tu nombre completo, el apellido también.

—Jim Fuglesang —dijo el hombre del casco blanco y volvió a bajar la mirada a la mesa.

—¿Sabes que tienes derecho a pedir un abogado? —preguntó Munch, evitando la mirada que Mia le lanzó.

—¿Qué?

—Un abogado —contestó Munch—. ¿Quieres que esté presente un abogado?

—El pollo quería meterse en la cesta —dijo el hombre del casco.

Mia miró a Munch, que se encogió de hombros.

—¿Renuncias a tu derecho a tener un abogado presente?

El hombre del otro lado de la mesa miró a Munch, como si no terminase de entender qué quería decir.

—Yo la maté —afirmó el hombre con el casco blanco y de repente irguió un poco la espalda.

—¿A quién? —preguntó Mia, echándose un poco hacia delante en la silla.

—¿A quién? —replicó Jim Fuglesang, y parecía que no terminaba de entender a qué se refería Mia.

—Sí, Jim, ¿a quién mataste?

Mia ya se había tranquilizado un poco. Al hombre que estaba delante de ellos le pasaba algo que hacía imposible enfadarse. Parecía que no tenía ni idea de lo que sucedía.

—¿A quién mataste, Jim? —preguntó Mia de nuevo, con un tono más suave esta vez.

Evidentemente no servía de nada presionar a este hombre. Daba la impresión de estar muy asustado y confuso de por sí.

—La del periódico.

—¿Quién del periódico, Jim? —dijo Munch con calma.

—La de las plumas.

—¿Camilla?

La respuesta tardó un rato en llegar.

—Sí —asintió Jim Fuglesang y volvió a mirar la mesa.

—¿La conocías?

—¿A quién?

—¿A Camilla Green?

Parecía que el hombre del casco blanco seguía sin entender a quién se refería Munch, pero aun así asintió con la cabeza.

—¿La conocías? —preguntó Mia—. ¿De qué, Jim?

—Fue en verano —respondió el hombre que estaba delante de ellos—. Había una ardilla allí. Me gustan las ardillas.

Munch miró de reojo a Mia, que no hizo más que negar con la cabeza.

—¿Fue en el bosque? —preguntó Mia—. ¿Viste a Camilla en el bosque? ¿Por casualidad?

Jim Fuglesang sonrió un poco y parecía que estaba lejos, en algún sitio dentro de su cabeza.

—Me gusta la cola, es tan espesa y suave, y me gusta cómo mueve las patas. Con las piñas. Cuando comen. ¿Lo habéis visto?

Sonrió un poco y apretó los dientes ligeramente.

—¿Así que viste a la ardilla en el bosque? ¿Este verano? —Munch suspiró y sintió que empezaba a perder la paciencia.

—Ah, sí, muchas —replicó el hombre con una sonrisa—. Suelen estar en los grandes pinos junto al lago. Ya sabéis, donde está el bote rojo.

—¿Fue allí donde la viste? —inquirió Mia—. ¿Junto al lago?

—¿A quién? —preguntó Jim Fuglesang otra vez.

—A ver, escucha… —intervino Munch suspirando, pero Mia lo interrumpió poniéndole una mano sobre el hombro.

—Estabas junto al lago —continuó Mia—. ¿Mirando las ardillas?

—Sí, es allí donde suelen estar —afirmó el hombre con una sonrisa.

—¿Y estabas allí solo?

—Sí —contestó Jim Fuglesang—. Prefiero estar solo.

Munch no sabía adónde quería llegar Mia, pero aun así la dejó seguir.

—¿Entonces, Camilla, la chica del periódico, no estaba allí?

—No, no estaba allí, solo la ardilla. Parecía que era madre, eso fue lo que pensé, porque me pareció ver a una ardilla bebé también, pero eso fue solo al principio, porque después vi lo otro, y entonces, bueno, hay que agacharse un poco.

Jim Fuglesang bajó la cabeza ligeramente, dejó la mirada vagar de un lado a otro y se puso un dedo sobre la boca.

—Hay que estar quieto, que si no salen corriendo.

—¿Así que fue junto al lago? —preguntó Mia y sonrió levemente—. ¿Fue allí donde hiciste estas fotos?

Abrió la carpeta, sacó las dos fotos que Anette Goli les había enseñado y las empujó cuidadosamente sobre la mesa. El hombre del casco blanco reaccionó de inmediato, apartó la mirada de las fotos y se quedó mirando la pared.

—Maria Theresa —dijo, y empezó a darse unos ligeros golpes en el casco.

—Camilla —intervino Munch de nuevo suspirando, incapaz de aguantarse más tiempo.

—Maria Theresa —repitió Fuglesang, y ahora parecía que estaba a punto de perder la noción

de la realidad por completo—. Cuatro piedras blancas.

—Camilla —replicó Munch, esta vez en voz más alta.

—Catorce minutos con buen tiempo. Dieciséis minutos para volver.

—Escucha —insistió Munch con irritación, pero Mia le puso una mano sobre el hombro de nuevo.

—Nosotras tuvimos una ardilla en el jardín una vez —dijo con suavidad—. Cuando yo era pequeña. Habíamos dejado unas pipas de girasol en el comedero de los pájaros y, cuando fuimos a ver si había venido algún pájaro, la ardilla estaba allí.

Jim Fuglesang dejó de darse golpes en la cabeza, pero seguía con la mirada clavada en la pared.

—Éramos mi hermana y yo —continuó Mia—. Pusimos más semillas y volvió. Estábamos detrás de la cortina de la ventana, esperando, y cada día, casi a la misma hora, volvía. ¿Pero sabes lo que nos pareció difícil?

—¿Qué? —preguntó Jim Fuglesang con curiosidad y se giró hacia ellos otra vez.

—No sabíamos si llamarla Chip o Chop.

Munch ya no sabía muy bien qué pensar ni adónde quería llegar Mia con estas insensateces, pero la dejó seguir.

—Mi hermana gemela quería llamarla Chip, pero yo prefería Chop.

—Chip y Chop arruinaron el árbol de Navidad de Mickey —comentó riéndose Jim Fuglesang.

—Sí, lo sé —replicó Mia con una sonrisa.

—No consiguió pillarles, y por eso se enfadó mucho. Había decorado el árbol con muchas ganas y ahora todo se había estropeado.

—¿Verdad? Y nosotras nunca terminamos de decidirnos, pero sí pudimos sacar fotos. Me alegro mucho de eso.

—¿Fotos de la ardilla? —preguntó Jim.

—Sí —respondió Mia—. Las pusimos en nuestra habitación para poder verlas todas las noches antes de irnos a la cama.

—Chop era el gordo, era bastante divertido —murmuró el hombre del casco, y por un momento pareció que lo estaban perdiendo otra vez, pero Mia volvió a buscarlo.

—¿A ti también te gusta sacar fotos?

—Sí —asintió Jim.

—¿Y sacaste estas fotos? —preguntó Mia con cuidado, dejando caer la mano despacio sobre las fotografías que estaban en la mesa.

—Sí —respondió el hombre del casco de nuevo, y esta vez consiguió mirarlas.

—¿Sabes lo que pienso, Jim? —dijo Mia.

—¿Qué?

—Nos olvidamos de lo de Camilla. La chica de las plumas.

—¿Sí? —lamentó Fuglesang, un poco sorprendido.

—Sí, nos olvidamos de ella, no es muy importante —continuó Mia—. No mataste a Camilla, ¿por qué ibas a hacerlo? Si ni siquiera la conoces, y además eres bueno, nunca harías algo así, ¿verdad?

—No, nunca —negó Jim Fuglesang.

—Ni siquiera la conocías, ¿verdad?

—No, nunca la he visto.

—Solo te asustaste un poco, ¿no? Cuando viste los periódicos, lo cual no es nada extraño,

¿verdad? Yo también me habría asustado, ¿tú no, Holger?

Mia miró a Munch con una leve sonrisa. Holger no pudo hacer otra cosa que encogerse de hombros.

—Sí, claro —afirmó forzadamente.

—¿Lo ves, Jim? Todos nos hemos asustado un poco porque tenías estas fotos, ¿verdad?

—No fui yo —contestó Jim, ya con lágrimas en los ojos.

—Claro que no fuiste tú —comentó Mia sonriendo.

—No maté al gato.

—Claro que no mataste al gato.

—Ni al perro.

—Por supuesto, tampoco mataste al perro —continuó Mia—. Nunca harías daño a nadie, ¿verdad, Jim?

—No —respondió Fuglesang, secándose una lágrima.

—A mí me parece que ha sido un bonito gesto de tu parte —dijo Mia.

—¿El qué?

—Venir a nosotros con estas fotografías. Nos estás ayudando. Claro que no fuiste tú. Pero sí que nos gustaría saber dónde las hiciste, ¿me entiendes?

—¿Las fotos del perro y el gato? —pregunto el hombre con el casco.

Dos fotografías. Casi idénticas. Velas dispuestas en forma de pentagrama. Lechos de plumas. En uno había un gato. En el otro, un perro. Los dos sacrificados y colocados con las patas en la misma extraña posición que las manos de Camilla Green. Una hacia arriba. La otra hacia abajo, junto al costado.

—¿Fue cerca de donde viste las ardillas? —preguntó Mia con suavidad.

—Había lobos en la tienda —dijo el hombre con el casco blanco, que estaba perdiéndose otra vez.

—¿Jim? —insistió Mia—. ¿Junto al lago? ¿Al lado del bote rojo?

Parecía que las fotografías habían hecho que el hombre del casco blanco volviera a perder el control. Empezó a darse golpes leves en la cabeza otra vez, y se giró de nuevo hacia la pared.

—Maria Theresa —murmuró.

—Jim —intentó Mia otra vez.

—Cuatro piedras blancas.

—Jim, ¿puedes recordar dónde hiciste estas fotos?

—El bote rojo —afirmó Fuglesang, y empezó a golpearse el casco con más fuerza.

—Camilla —intervino Munch, y parecía que estaba empezando a perder la paciencia.

—¿Fue en el mismo sitio? —preguntó Mia—. ¿Fue en el mismo momento?

—Maria Theresa —repitió el hombre del casco blanco—. Cuatro piedras blancas. El pollo quería saltar a la cesta.

—Jim —intentó Mia otra vez—. ¿Dónde hiciste estas fotos? ¿Cuándo las sacaste? ¿Fue en el mismo sitio? ¿Fue al mismo tiempo?

—Los martes es mejor esconderse en el baño —dijo el hombre del casco blanco, y parecía que ya les había abandonado por completo.

En el mismo momento, Anette Goli llamó a la puerta y metió la cabeza.

Mia Krüger miró con irritación a la abogada rubia.

—Grønlie ha conseguido ponerse en contacto con ellos —dijo Goli con un gesto de cabeza hacia Munch—. ¿Podemos hablar de ello en el pasillo?

Munch lanzó una mirada rápida a Mia, quien negó con la cabeza, enfadada.

—De acuerdo.

El corpulento investigador se levantó, dejó la habitación y cerró la puerta silenciosamente tras de sí.

31

Afortunadamente había poca gente en el Justisen y encontraron una pequeña mesa en donde nadie podía molestarles. Munch habría preferido estar en la calle, claro, para fumar, pero hacía demasiado frío.

Se quitó la trenca y se acomodó en el otro lado de la mesa, donde Mia ya estaba sentada con una cerveza, sumida en profundas reflexiones sobre sus apuntes. Munch pidió una Farris y pensó que debería haber puesto al día a todo el equipo primero, pero estos ratos siempre le habían gustado. Mia y él en el Justisen. Ya había convocado a todo el mundo a una reunión al día siguiente por la mañana. Además había sido un día muy largo para todos.

—¿Y bien? —dijo Munch.

—¿Y bien qué? —contestó Mia, vaciando su cerveza sin apartar la mirada de los papeles que tenía sobre la mesa.

—¿Jim Fuglesang? ¿Estamos de acuerdo en que no es nuestro hombre?

Mia negó con la cabeza. Parecía que, en realidad, no tenía muchas ganas de hablar.

—Está claro que no —dijo Mia, todavía sin mirarlo.

Paciente en el hospital de Dikemark. Entraba y salía. A veces vivía en su casa, pero bajo supervisión. Naturalmente, Ludvig Grønlie había hecho las llamadas oportunas para hablar con la gente adecuada, y, aunque Munch por un momento había pensado en la posibilidad de retener a Jim Fuglesang hasta el día siguiente, al final lo había entregado a las personas que habían ido a buscarlo.

—No termino de entender estas jodidas fotos —dijo Mia, y levantó por primera vez la mirada de sus documentos.

Hizo una señal al camarero y pidió una nueva cerveza y otro chupito de Jägermeister, y después se quedó mordisqueando el lápiz con la mirada perdida.

—Quiero decir, he visto muchas cosas raras.

—¿El mismo ritual? ¿Pero con un gato? ¿Y un perro? —preguntó Munch, mirándola.

Holger Munch era uno de los mejores investigadores de homicidios del país, pero a veces tenía la sensación de que no era más que una especie de asistente de Mia Krüger y que su trabajo, en realidad, se reducía a allanarle el camino. Suspiró levemente, deseaba poder fumar y, de repente, se dio cuenta de que se había olvidado de contestar el mensaje que Miriam le había enviado antes.

«Quiero hablar contigo, papá. Es importante. ¿Puedes llamarme?».

Podía esperar. No se había tomado un respiro desde que encontraron a Camilla Green en el bosque.

—En la misma posición. Dentro del mismo pentagrama. Sobre el mismo lecho de plumas. Un

gato. Y un perro. Pero ahora lo dejamos —dijo Munch, y se tomó un sorbo del botellín.

—¿Qué? —exclamó Mia, despertándose un poco.

—He dicho que ahora lo vamos a dejar —repitió Munch.

—¿Por qué? —preguntó Mia.

—Porque ya lo tenemos —contestó Munch—. Dos fotografías. El mismo tipo de escena. Velas. Plumas. Gato. Perro. Incluso con las patas colocadas de la misma manera que en el caso de Camilla Green. Ya lo tenemos, ¿no?

—Sí —respondió ella.

Vació el chupito de Jägermeister, se tomó un sorbo de la cerveza y dejó el lapicero sobre la mesa.

—Bien, ¿y qué más tenemos? —preguntó Munch.

—La nota que he encontrado en la taquilla de Camilla —respondió Mia—. ¿Te ha llegado la foto que he sacado de ella?

Munch asintió.

—¿Me gustas? ¿Un búho?

—O, por lo menos, un dibujo de algo que se parece a un búho —especificó Munch—. No sé distinguir si se trata de un búho o no.

—Me refiero a las plumas del búho.

—Sí, claro —asintió Munch—. Pero Grønlie comentó que no era más que una observación preliminar, los técnicos siguen trabajando en ello.

—Bien, pero aun así, ¿no? —dijo Mia, y se tomó otro sorbo de la cerveza.

—Que sí, estoy de acuerdo —afirmó Munch.

—Entonces lo tenemos —sentenció Mia.

—La lista de llamadas que le dieron a Gabriel —apuntó Munch.

—Claro —asintió Mia—. El mensaje que decía que estaba bien, que fue enviado desde el propio huerto.

—No necesariamente. Pero cerca de él.

—¿El mismo repetidor?

—Sí.

—Camilla desaparece. Y alguien que ha pillado su móvil envía un mensaje diciendo que todo está en orden, desde un lugar cerca de donde ha desaparecido.

—A no ser que lo enviara ella misma —aclaró Munch.

—¿Eso es lo que creemos?

—No, no lo sé, solo trato de repasar qué es lo que tenemos.

—Vale, perfecto —asintió Mia—. Pero entonces supongamos por un momento que ella no lo envió.

—Es muy posible.

—Eso quiere decir que la persona que estamos buscando tiene acceso a la residencia.

—O vive cerca —dijo Munch.

—Eso es —convino Mia.

—Entonces sí que lo tenemos.

—Sí.

Munch vio que Mia volvía a ensimismarse y aprovechó la ocasión para salir a fumarse un cigarrillo.

Había más gente ahí fuera, tiritando junto a las estufas, pero Munch encontró un hueco bajo

una de ellas y sacó el teléfono de la trenca.

«Quiero hablar contigo. Es importante».

Encontró el número de Miriam, buscando en la lista con los dedos fríos, pero cuando llamó saltó el contestador.

«Hola, este es el número de Miriam Munch. Ahora no puedo contestar…».

Munch marcó el número un par de veces más, pero siempre volvía a saltar el contestador. Terminó el cigarrillo y regresó a la mesa donde Mia ya había pedido otra cerveza y otro chupito de Jägermeister y estaba inclinada, con sus delgados hombros, sobre los documentos.

—Y ese tal Finstad, ¿qué? —dijo Munch para despertarla.

—¿Qué?

—Anders Finstad. El caso de las fotos de las chicas.

—Bueno, nunca se sabe, claro está —dijo Mia—. Pero me causó una buena impresión. Casi se podía ver por cómo era el sitio, ¿sabes? Responsable. Todo estaba impoluto y bien cuidado. Con mucho cariño. Casi se podía ver en los edificios, ¿sabes?

Munch no lo entendía del todo, pero se fiaba de sus palabras, aunque sus ojos parecían cada vez más cansados por el alcohol.

—¿Así que era verdad, todo lo de la exmujer?

—Como te decía antes, no tengo ni puñetera idea, pero por lo menos no me dio la impresión de que mintiera.

Repiqueteó con los dedos sobre el tablero y se recogió el largo pelo oscuro detrás de la oreja.

—¿Así que queda descartado?

—¿Cómo? No, descartado no, pero pienso que no es el primero de la lista. ¿Y tú a quién tienes?

—¿En la lista?

—Sí. De la residencia.

Munch ya notaba el cansancio. Había sido un día largo.

—¿Helene Eriksen? —dijo Mia—. ¿Dentro o fuera?

Munch se recompuso y reflexionó un poco.

—Me cae muy bien, pero sigue dentro.

—¿Y ese tal Paulus?

—Continúa en la lista, claramente —asintió Munch.

—Y luego estas chicas —dijo Mia, y echó una rápida mirada a una de sus hojas—. ¿Isabella Jung? ¿Benedikte Riis? ¿Cecilie Markussen?

Munch reprimió un bostezo.

—Es demasiado pronto para decir nada. Si me preguntas a mí, todos permanecen en la lista. Veremos qué pasa después de la puesta en común de mañana.

Mia vació el chupito de Jägermeister y, en el mismo momento, le llegó un mensaje de móvil.

—Joder —dijo, negando con la cabeza.

—¿Qué? —inquirió Munch.

—Curry —contestó Mia con un suspiro.

—¿Qué le pasa esta vez?

—Ha salido por ahí a emborracharse —explicó Mia suspirando—. Necesita un lugar donde dormir. Otra vez.

—¿Problemas en casa? —preguntó Munch, vaciando el botellín de Farris.

—Otra bronca con Sunniva —murmuró Mia, negando con la cabeza—. Esta vez parece que va

en serio.

—Vaya —dijo Munch.

—Sí, lo siento, pero no sabía muy bien qué decirte.

—Tampoco nací ayer. Pero bueno…

—¿Pero bueno qué?

—Bueno, ¿qué quieres que te diga? —replicó Munch—. Ya sabes que Jon me cae bien, pero, en fin, necesito a gente de fiar.

—Kim se nos va. Curry desaparece. Puede que solo nos quedemos tú y yo al final —añadió Mia, y le guiñó un ojo.

—Ahora mismo pienso que eso no es mi problema —zanjó Munch, levantándose.

—¿Ya te vas? —preguntó Mia.

—Sí. Tengo que dormir. Mañana seguimos.

El móvil sonó cuando se puso la trenca.

Reprimió otro bostezo y miró la pantalla. Gabriel Mørk. Por un momento, Munch pensó en no contestar, pero al final lo hizo.

—¿Sí?

Silencio en el otro lado.

—¿Hola?

El silencio seguía.

—¿Estás ahí, Gabriel? ¿Qué pasa?

Mia levantó la mirada de sus papeles.

—Tienes que venir.

—¿Qué quieres? ¿Qué ocurre?

—Tienes que venir —dijo Gabriel otra vez.

—¿Ir, a dónde? —preguntó Munch.

—Tengo algo que necesito enseñarte.

El competente hacker parecía estar destrozado.

—¿No puede esperar hasta mañana?

—No —murmuró Gabriel—. De ninguna manera.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Estás en la oficina?

—Sí.

—Vale, voy para allá —dijo Munch, y colgó.

—¿Qué pasa? —preguntó Mia.

—Gabriel. Ha llamado desde la oficina. Quiere que vaya. ¿Te vienes?

—Por supuesto —dijo Mia, y vació su cerveza.

32

Sunniva Rød subió los últimos peldaños de un salto y colgó el abrigo en el armario. Encontró el uniforme en la taquilla y suspiró levemente al ponérselo. Sunniva llevaba casi ocho años trabajando allí y al principio esos uniformes estrechos y anticuados le habían parecido bastante bonitos, pero ya se estaba hartando de ellos. Y no solo estaba cansada de tener que vestirse, sino de todo el trabajo en sí.

Sunniva suspiró y entró en la sala de descanso para prepararse una taza de café.

«Fiyi».

«Un mar azul turquesa, palmeras y libertad».

Habían ahorrado durante casi un año y había tenido tantas ganas. Habían estado todo el invierno pasado sin irse de vacaciones, solo el frío y la oscuridad, incluso habían cancelado las vacaciones de verano, se había apuntado a todos los turnos posibles, pero no le había importado, porque en enero se irían a Fiyi. Un mes completo.

Y entonces va el muy cabrón y lo vuelve a hacer. Emborrachándose y perdiendo el dinero en el juego. De nuevo. Pero esta vez ya se había cansado. Ya era suficiente. Curry le gustaba mucho, no le cabía ninguna duda, pero ya no tenía fuerzas. Había dudado cuando se conocieron, él era un poco torpe y ruidoso, no era el novio que se había imaginado, pero se le había pasado rápido. Se había enamorado. Se convirtieron en pareja. Se llevaban bien, aunque él no siempre era perfecto. Trabajaba a todas horas, pero Sunniva lo aguantaba, no le importaba. Incluso le había perdonado el hecho de que bebiera, ¿pero esto?

Que no, joder. Ya estaba bien.

«¿El viaje a Fiyi?».

No. Fue la gota que colmó el vaso. Lo había echado y ahora solo se alegraba de ello. El piso era de ella. Su padre le había dado el dinero hacía unos años, cuando querían comprarse algo propio. Y ahora le pertenecía solo a ella. En realidad, la sensación era maravillosa.

Sunniva se llevó la taza de café de la sala de descanso y se preparó para la reunión de la mañana. El turno de la noche había terminado, ahora empezaba el turno de la mañana y todos iban a ser informados sobre los acontecimientos de la noche. La fundación de St. Helena era un sitio adonde acudían personas mayores a pasar sus últimos días, o semanas, o meses, y por lo general era un lugar tranquilo. A veces venía el médico. A veces cambiaban las dosis de las medicinas.

Tras la reunión de la mañana se tomó otro café antes de arrancar con su ronda matutina. Lo necesitaba, porque le tocaba hacer una visita a Torvald Sund.

«El pastor loco».

Así era como lo llamaban. Ella no sabía muy bien por qué, pero algo le pasaba a este anciano,

había algo oscuro en su mirada, y Sunniva tenía una sensación de malestar cada vez que se encontraba cerca de él.

Sunniva se obligó a sonreír y entró en la habitación con el desayuno. Afortunadamente, el pastor estaba dormido, así que dejó la bandeja sobre la mesilla de noche. Bocadillo con salmón y alcaparras. Té de camomila con miel y un vaso de zumo de naranja. En la fundación St. Helena no escatimaban con las comidas.

Sunniva estaba a punto de salir de la habitación cuando el pastor abrió de repente los ojos.

—No voy a ir al cielo —exclamó el anciano, mirándola fijamente.

La enfermera pelirroja se sobresaltó.

—Sí, claro que irás al cielo —dijo sonriendo, cuando consiguió recomponerse un poco.

—No. He pecado.

Parecía que el anciano tenía la mente nublada.

—Oh, Dios, perdóname. Oh, Padre, querido Padre, no sabía, quiero expiar mis pecados.

El hombre levantó los delgados brazos en el aire y gritó a media voz hacia el techo.

—¿Por qué nadie me escucha?

El pastor figuraba en la hoja de medicamentos con 10 miligramos de diazepam tres veces al día y 0,5 miligramos de morfina intravenosa. Sunniva echó un vistazo a la botella de suero y descubrió que se encontraba vacía. La enfermera del turno de noche no había venido a reponer la medicación. Se acercó, negando enfadada con la cabeza, y bajó el recipiente de su soporte.

—No —murmuró el anciano de repente.

Sunniva lo miró.

—No, no —dijo el pastor otra vez, señalando con un dedo torcido el recipiente que ella tenía en la mano.

Pasaron unos segundos antes de que Sunniva comprendiera a qué se refería.

—¿No quieres las medicinas?

El anciano negó con la cabeza y señaló un libro que estaba sobre la mesilla de noche.

—¿La Biblia? ¿Quieres que te lea algo?

El pastor negó con la cabeza y la miró con ojos que ya parecían más claros.

Murmuró algo que Sunniva al principio no pudo entender, pero, cuando lo repitió, se dio cuenta de que quería que abriera el cajón.

Volvió a colgar la botella en el soporte, dio la vuelta a la cama, se sentó delante de la mesilla y tiró del cajón. Había un periódico dentro. Un ejemplar antiguo de *VG.* Sunniva sacó el periódico y lo puso delante de la cara del párroco.

—¿Esto?

El anciano asintió. Ahora ya sonreía levemente.

—Ella —dijo, señalando.

—¿Quién? —preguntó Sunniva.

—La que prendió fuego a los niños —explicó el anciano con un suspiro, y sus ojos perdieron un poco de claridad.

—¿Torvald? —dijo Sunniva y le puso la mano sobre la frente.

Estaba ardiendo.

—¿Torvald?

No hubo respuesta. El anciano no estaba despierto, los párpados se habían cerrado lentamente y el dedo torcido que había señalado la foto del periódico colgaba flácido fuera de la cama.

Sunniva Rød volvió a dejar el periódico donde lo había encontrado, tapó al viejo pastor con la

manta, entró en el almacén y trajo otra botella de suero, la conectó a la delgada y arrugada mano, se aseguró de que el anciano dormía plácidamente, cerró la puerta con cuidado y continuó su ronda matutina.

33

Gabriel Mørk permanecía quieto en una silla en el fondo de la sala de reuniones. Llevaba veinticuatro horas sin dormir, pero no se notaba cansado. Había vomitado varias veces a lo largo de la noche y tenía la tripa vacía, pero, por alguna razón, tampoco sentía hambre. Se encontraba en estado de shock, debía de ser eso lo que le pasaba. Cuando Skunk le había enviado un mensaje la noche anterior, diciendo que estaba fuera de la oficina y que necesitaba verle, Gabriel había sentido mucha curiosidad, naturalmente, pero no se hallaba nada preparado para esto.

Munch seguía junto al proyector. Parecía totalmente exhausto. Ninguno de los dos había dormido. Mia y Munch habían estado con él toda la noche en la oficina. Anette Goli había llegado sobre las tres, Curry un poco más tarde. Los únicos que todavía no lo habían visto eran Kim Kolsø, Ylva y Ludvig Grønlie, y ahora iban a tener que ver ese horrible vídeo una vez más. Gabriel Mørk no estaba seguro de tener fuerzas para hacerlo.

—Como ya sabéis —murmuró Munch, levantando la mirada hacia la gente callada que se encontraba reunida en la sala—, ayer por la noche vino un viejo compañero de Gabriel que se llama…

Munch echó una rápida mirada a Gabriel.

—Skunk —murmuró el joven.

—Un viejo compañero hacker que se hace llamar Skunk, y que había encontrado un vídeo en un lugar de internet, en algún servidor secreto. Y, por lo que he entendido, este hacker no se lleva muy bien con la policía, así que creo que Gabriel es la única razón por la que el vídeo está en nuestras manos.

Los otros se giraron hacia él y asintieron levemente. Gabriel apreciaba el hecho de que Munch tratase de hacer que se sintiera un poco mejor, pero no ayudaba mucho. Gabriel Mørk había visto muchas cosas extrañas en su vida, durante todas sus excursiones por la red, también ahí abajo, en la «web profunda», pero nunca había visto nada parecido a esto. Tenía ganas de vomitar otra vez. Sentía náuseas. Tras la vuelta por el Huerto de Hurumlandet se había sentido más curtido, había subido un peldaño en la jerarquía, ya no era el principiante. Pero ahora se hallaba de vuelta en el punto de partida, en la acera delante del portal de la oficina, donde había estado hacía seis meses. Un chiquillo, nada más, que había visto unas terribles escenas de un vídeo muy corto. Nada profesional, en resumidas cuentas. Puso las manos sobre el regazo y trató de respirar hondo, intentó recomponerse, no quería parecer un inútil total ante sus colegas, aunque tenía la impresión de que podía ser tarde.

—Como ya sabéis —continuó Munch—, cuando Camilla Green fue encontrada, su estado físico había empeorado mucho con respecto al que tenía cuando desapareció. Estaba extremadamente delgada, casi esquelética, tenía ampollas y raspones en las manos y las rodillas,

y moratones por todas partes. Además, la autopsia reveló que solo tenía pellets en las tripas, es decir, comida para animales, y gracias a Gabriel y su antiguo colega ahora veremos por qué.

Gabriel pudo percibir que Ylva lo estaba mirando con una mezcla de curiosidad y terror en los ojos. La chica recién contratada estaba visiblemente incómoda y ella tampoco parecía tener muchas ganas de estar allí.

—¿Te encargas de la luz, Ludvig? —dijo Munch.

Grønlie se levantó y la apagó, y después hubo silencio en la sala, mientras Munch pulsaba el botón y el breve vídeo comenzaba a reproducirse en la pantalla delante de ellos.

Gabriel levantó la mirada y se obligó a mirar. Ojalá esta vez pudiera hacer lo que hacían Mia y Munch. Contemplarlo con ojos de policía. Buscar pistas. Tratar de entender. No como una persona normal, como la primera vez que lo había visto, una persona normal que se encontraba presenciando la humillación y la desesperación de una chica de diecisiete años.

Al principio todo estaba negro. Como si alguien hubiese grabado en una habitación totalmente oscura. Luego aparecía Camilla Green. Gabriel, que ya había visto el vídeo varias veces a lo largo de la noche, seguía sin dar crédito a sus ojos. Parecía un sótano. Primero estaba totalmente oscuro, pero poco a poco llegaba la luz y se veía la gran rueda. Era como una especie de jaula; una estructura para un ratón o un hámster, pero todo era mucho más grande, hecho para humanos. Camilla Green estaba dentro de una rueda que giraba, y al principio, Gabriel no entendió qué pasaba, pero luego se dio cuenta, al ver la luz encenderse cuando Camilla Green comenzó a gatear despacio dentro de la pesada rueda grande. Se hallaba prisionera en un sótano. Una jaula. Sin luz. Y, para conseguir que las bombillas se encendiesen, tenía que moverse. Andar a cuatro patas, poner esa gran rueda en movimiento.

Gabriel tuvo que apartar la mirada cuando Camilla se levantaba dentro la rueda para tratar de conseguir que se moviera más rápido. Entonces se hacía visible el texto de la pared.

«La elegida».

Las palabras se veían cuando Camilla Green intentaba, desesperadamente, mover la gran rueda más rápido. Alguien había escrito las letras con pintura blanca sobre la pared gris detrás de ella.

«La elegida».

Gabriel volvió a levantar la mirada hacia la pantalla cuando Camilla ya estaba de pie y había conseguido mover la rueda con bastante velocidad. Un pie por delante del otro, tan rápido como podía caminar sin caerse, y la primera vez Gabriel tampoco se había dado cuenta de por qué la chica delgada seguía caminando tan deprisa si la luz ya estaba encendida. Pero luego, de repente, se abría una trampilla y algo comenzaba a chorrear al suelo.

«Comida».

Por eso tenía que correr tan deprisa.

«Para conseguir comida».

Gabriel ya no podía ver más.

«Pellets».

Estuvo a punto de vomitar otra vez.

Camilla Green se encontraba prisionera en un sótano. En una jaula. Tenía que correr en una rueda para conseguir que se encendiera la luz. Para conseguir comida.

«Pienso».

Ya no podía más. No podía verlo. Gabriel apretó la mano contra la boca, salió corriendo de la sala, abrió la puerta del baño y se quedó de rodillas delante de la taza sintiendo cómo los jugos gástricos corrían por la garganta y salían de la boca, mientras un torrente de sudor brotaba de

todo el cuerpo.

—¿Estás bien, Gabriel?

El joven hacker no podía contestar, apenas notó que la puerta se había abierto detrás de él y Mia había entrado en el pequeño baño.

Mia metió una pequeña toalla bajo el grifo y se la pasó. Se arrodilló a su lado, mientras él dejaba que el fresco trozo de tela le enfriase la cara.

—Estoy bien —murmuró en voz baja.

No era exactamente así como quería que le vieran. Delante de Mia Krüger, no. Un pobre novato que no aguantaba la presión que este trabajo suponía. Pero ya era un poco tarde para ello, había sido una noche demasiado larga. Poco a poco, Gabriel consiguió incorporarse, tiró de la cadena y se quedó sentado sobre la taza con la fría toallita sobre la cara.

—Creo que será mejor que te vayas a casa —dijo su amable colega—. Ya hablaremos de esto más tarde.

Gabriel pasó el milagroso trozo de tela otra vez más por la cara y no terminó de entender qué quería decir.

—¿Hablar de qué? —murmuró, mirándola.

Mia le puso una mano sobre el hombro.

—Sé que esto es difícil, pero tenemos que saber, ¿vale?

—¿Saber qué? —murmuró Gabriel, sorprendido.

—Dónde lo ha encontrado.

—¿Encontrado qué?

—Dónde ha encontrado este vídeo. Tu amigo. Skunk. Necesitamos saberlo cuanto antes.

—Sí, claro —asintió Gabriel, prudente, aunque sabía que eso no iba a ser posible. Skunk había salido de las sombras y había desaparecido tan pronto como había llegado. Hacía tiempo que ya no eran amigos cercanos, y Gabriel sabía muy bien que Skunk odiaba todo tipo de autoridad y era único a la hora de salir pitando y hacerse totalmente invisible. No iba a colaborar con ellos de ninguna manera, y Gabriel tampoco sabía dónde encontrarlo.

—Munch ya ha pedido un taxi, te está esperando abajo, ¿vale? Intenta dormir un poco, hablamos dentro de unas horas.

Mia le sonrió amablemente y le puso otra vez una mano sobre el hombro.

—¿Quieres que te acompañe abajo?

—No, estoy bien —respondió Gabriel, y se levantó.

—De acuerdo —dijo Mia sonriendo, y le pasó una mano por la espalda—. Llama cuando te despiertes, ¿vale?

—Vale —asintió Gabriel aturdido. Encontró su cazadora y bajó en ascensor hasta el taxi que lo estaba esperando en la calle.

34

Curry estaba tomando otro sorbo de café cuando Mia volvió a la sala de reuniones y se sentó en su silla.

—¿Todo bien? —preguntó Munch.

—Se recuperará —asintió Mia.

—Bien —respondió Munch, y luego pareció que no sabía qué más decir.

Por lo que Curry había entendido, Munch y Mia habían estado en la oficina desde la noche anterior, y el investigador de casi cincuenta y cinco años mostraba evidentes signos de falta de sueño. Munch se quedó junto al proyector y reprimió un bostezo mientras se rascaba la barba.

—Bueno, en fin —murmuró, pero no dijo nada más.

Curry lo comprendía perfectamente. Él había dormido en un colchón en casa de Mia, después de haber tomado casi media botella de whisky. Había intentado llamar a Sunniva cien veces sin que le contestara, y al final se había rendido, dejando que el alcohol tomase las riendas. Se había quedado dormido y casi no había oído el teléfono cuando comenzó a sonar a las tres de la mañana.

Ya se encontraba totalmente sobrio, o por lo menos tenía esa sensación, con una mezcla de asombro y de odio en el cuerpo. ¿Qué clase de enfermo mental podía hacer algo así? ¿Encerrar a una chica en una gran jaula? ¿Durante meses? ¿Obligándola a mover una rueda para conseguir luz y comida? La ira comenzó a adueñarse de él y apenas era capaz de quedarse sentado mientras Munch seguía buscando las palabras al lado del proyector, con pinta de estar dispuesto a pagar lo que fuera por poder irse a la cama.

Curry se consideraba un tipo bastante duro. Aun así no había sabido muy bien dónde meterse la primera vez que el vídeo había salido en la pantalla. La oscuridad que, poco a poco, iba convirtiéndose en luz, la aterrada cara de la exhausta Camilla Green que de repente había aparecido.

—¿Alguna pregunta —dijo Munch al final— antes de empezar a analizar lo que acabamos de ver?

Levantó la mirada hacia la gente, pero todos seguían sin decir nada.

En realidad no había nada que pudieran preguntar. Todos habían visto lo mismo. Curry bebió otro sorbo de café mientras trataba de reprimir el tremendo enfado que empezaba a apoderarse de su cuerpo.

—¿Mia? —dijo Munch, y cedió su sitio junto al proyector a su colega morena que, a diferencia de Munch, no parecía apenas afectada por la falta de sueño.

—Vale —dijo Mia, y pulsó un botón—. Algunos de vosotros quizá queráis ver la película varias veces y podréis hacerlo, claro está, hemos dejado una copia en el servidor; pero ahora

pienso que debemos tomarnos un poco de tiempo para contemplar los detalles de diferentes fotogramas. Ya os habéis dado cuenta de que el vídeo dura alrededor de un minuto; hemos sacado una serie de fotogramas y hemos empezado a ver algunas cosas que no se aprecian a primera vista, pero que nos parece importante señalar.

Ahora Mia lo estaba dejando impresionado. Curry siempre había tenido respeto hacia ella, sí, no era eso, pero ahora ya lo podía comprobar claramente. Cómo abandonaba los sentimientos y sacaba solo la policía, casi se podía ver lo concentrada que estaba cuando empezó a mostrar los fotogramas en la pantalla.

—¿Por qué Camilla Green estaba tan delgada cuando la encontramos? Ahora lo sabemos. ¿Por qué tenía ampollas en las manos y moratones en las rodillas? Ahora lo sabemos. Y, sobre todo, ¿por qué la autopsia mostraba que sus tripas solo contenían comida de animales? También lo sabemos ahora. Podemos tachar todo ello de la lista. Y soy consciente de que, a algunos de vosotros, os puede resultar difícil asimilar que esto ha pasado y que acabamos de ser testigos de ello, pero prefiero ver el lado bueno. Cuanto más sepamos, más fácil nos resultará pillar a este hijo de puta, o a estos hijos de puta, ¿verdad?

Curry no terminaba de entender por qué Mia soltaba este discurso, todo eso era evidente, pero al final se dio cuenta de que iba destinado a Ylva, la nueva, que al principio parecía estar a punto de desmayarse, pero que ahora se encontraba algo más tranquila.

—Genial —dijo Mia, y reflexionó un poco antes de continuar—. Dos cosas. Número uno: Camilla Green fue encerrada en un sótano. Tuvo que vivir como un animal. Tal vez durante meses. Número dos: en algún momento el autor, o los autores de los hechos, la mató, sacrificándola mediante algo que se parece mucho a un ritual.

Mia volvió a pulsar el botón, y luego otra vez, alternando dos imágenes. Camilla en el sótano y en el claro del bosque.

—Así. La primera pregunta. ¿El móvil? ¿Siguen el mismo proceso, el móvil es el mismo para ambas cosas? ¿Me seguís?

Miró a la gente, pero nadie contestó, así que Mia continuó.

—¿Es el mismo crimen? Camilla, prisionera en un sótano, tratada como un animal. Camilla vuelve a aparecer unos meses después, esta vez desnuda, colocada en un pentagrama de velas. ¿El móvil es el mismo? ¿Está relacionado?

Volvió a levantar la mirada y se tomó otro sorbo del botellín de agua. Ahora, de repente, Curry comprendió por qué la guapa investigadora no tenía pinta de encontrarse tan cansada como Munch, quien parecía estar a punto de desplomarse. Había tomado algo. Curry tuvo mala conciencia. Ella se había portado tan bien con él, dejándole dormir en su casa, y él no lo había hecho aposta, pero no había podido evitar ver los frascos con pastilla blancas en la bolsa de basura del baño, debajo del lavabo. Las pastillas.

Curry se tomó otro sorbo de café y lo dejó estar. Mia era una chica mayor. Sabría qué hacía con su vida. Podía hacer lo que le diera la gana, solo esperaba que no se hundiera en el podio delante de ellos, porque ahora las palabras salían a chorros de su boca, de manera casi incoherente, y se dio cuenta de que no era el único al que le costaba seguirla.

—No digo que *no* sea el caso —continuó Mia, asintiendo levemente—. Pero tenemos que hacernos esa pregunta. ¿Para qué tenerla prisionera? ¿Para qué colocarla desnuda en el bosque? ¿Es el mismo crimen? ¿Es el mismo móvil?

La investigadora ya se estaba repitiendo.

—Bueno, vale, en todo caso, eso ha sido lo primero en que he pensado. Que es algo que

debemos tener en cuenta.

—¿Y qué piensas tú, Mia? —dijo Kim Kolsø, que fue el primero en abrir la boca.

—No lo sé —contestó Mia, y pareció reflexionar un momento antes de seguir—. Quiero decir, ¿no parece un poco extraño? No termino de entender la conexión, y me doy cuenta de que es un poco pronto para algunos de vosotros, ¿verdad?

Curry pudo ver que los otros también comenzaban a darse cuenta de que le pasaba algo. Algo que, en fin, Curry no podía definir, pero parecía claro que se había tomado alguna cosa que la había animado por encima de lo normal.

—No encuentro ningún motivo para cuestionarlo —continuó Kim Kolsø—. ¿Por qué iban a ser dos crímenes diferentes? ¿Dos móviles diferentes? Se trata de un hijo de puta enfermo. O de unos hijos de puta enfermos. Alguien ha disfrutado manteniéndola prisionera. A alguien le ha molado verla desnuda, estrangulada, con plumas debajo y rodeada de velas. No percibo la diferencia.

—Puede que tengas razón —dijo Mia, reflexionando un poco más—. Pero, bueno, hay algo aquí, algo raro que tengo que…

Se rascó la cabeza y se tomó otro sorbo del botellín que había sobre la mesa.

—Bien, perfecto, dejémoslo. Lo tendremos en cuenta por si sirve de ayuda a alguien, tenemos un montón de cosas más que debemos analizar, así que esto tal vez solo puede confundir. Será mejor que lo olvidéis por el momento. Dejadlo.

Kim lanzó una mirada rápida a Curry, quien le devolvió la mirada y se encogió de hombros levemente.

—Vale —continuó Mia—. Primero veamos los detalles técnicos y, después, quiero enseñaros algo que Holger y yo hemos descubierto, lo cual es muy interesante, pero, bueno, primero lo técnico.

Volvió a pulsar el botón, en esta ocasión varias veces seguidas.

—Esta rueda. Una especie de rueda para hámsters, pero de tamaño grande. No creo que se pueda comprar algo así en una tienda, ¿verdad? ¿Alguien la ha construido? ¿Viene de…, qué podríamos conjeturar, un circo o algo? La rueda. Hay que analizar esto.

Una nueva foto.

—El texto en la pared detrás de ella. «La elegida». ¿Por qué? Quiero decir, ¿por qué Camilla? ¿Por qué justo Camilla iba a ser la elegida?

Otra fotografía.

—El vídeo. Me refiero al vídeo en sí. ¿Por qué la ha grabado? ¿Es para uso propio? Me explico, fue encontrado en un servidor. ¿Ha sido compartido con alguien? ¿Esto ha sido el motivo para tenerla prisionera? ¿Grabarla? ¿Para compartir el vídeo con otros después?

Se tomó otro sorbo de agua y ahora era evidente. No paraba de cotorrear y tenía los ojos grandes como platos.

—Cuento con encontrar una respuesta justo a eso cuando se despierte Gabriel y demos con este…

Miró a Munch, que estaba tan cansado que por primera vez no había interrumpido la reunión para salir a fumar.

—Skunk —murmuró.

—Eso es —asintió Mia, y continuó—. También hay más cosas, claro está, pero técnicamente me parece que esto es lo más importante. ¿De dónde viene esta rueda? ¿La elegida? ¿Lo era? ¿O es esto simplemente, en fin, parte del decorado? Pero, si es así, si esto es verdad, ¿por qué ella?

¿Por qué justo Camilla era la elegida? Y…

Perdió el hilo, pero Curry la ayudó a recuperarlo.

—El vídeo en sí.

—Sí, eso es, gracias Jon. ¿El vídeo? ¿Por qué se ha hecho? ¿Por qué se ha encontrado en un servidor? Parece un poco arriesgado, ¿no? ¿Hacer algo parecido a eso? ¿Compartir algo como esto?

Mia sonrió, se recogió el pelo detrás de la oreja y levantó la mirada hacia la gente de nuevo.

—¿Alguna pregunta? ¿Algún comentario sobre lo dicho hasta ahora?

«Tendrías que haber dormido un poco, Mia», pensó Curry, pero no lo dijo en alto.

Ylva levantó la mano tímidamente. Parecía que se había recuperado un poco después de la primera conmoción.

—Has mencionado algo que, bueno, algo que habéis descubierto.

—Eso, muy bien —dijo Mia, y se encaminó enseguida al Mac, donde encontró un documento que había preparado.

—Esto es un pequeñísimo fragmento del vídeo. Ocurre a los cuarenta segundos del inicio, más o menos. Tratad de verlo, ¿de acuerdo?

Sonrió a todos.

—¿Estáis preparados?

Leves gestos afirmativos de la gente.

Mia hizo clic en un icono del Mac y de repente la chica de diecisiete años estaba viva otra vez en la pared. Camilla Green. Había salido de la rueda y se encontraba arrodillada en el suelo. Delante de un montoncito de pellets. Con manos ávidas que trataban de llevarse a la boca todo lo que podían antes de que desapareciera la luz. ¿Era por eso por lo que el cuerpo le temblaba tanto? ¿Porque tenía prisa? ¿O sentía simplemente mucha hambre?

«Pienso, por Dios».

«La madre que le parió».

—¿Lo habéis visto? —dijo Mia, expectante, mirando al grupo de nuevo, cuando terminó el pequeño vídeo.

Curry echó un vistazo a su alrededor, pero todo el mundo negaba con la cabeza, aparte de Munch, que sí sabía a qué se refería y al que, en todo caso, le costaba mantener los ojos abiertos.

—Vale —dijo Mia—. Vamos a verlo otra vez y ahora intentaréis no mirar a Camilla en el primer plano. Entiendo que es difícil, pero tratad de imaginar que no está allí. Fijaos en la pared de detrás de la rueda. En la esquina inferior derecha, ¿vale?

Mia hizo clic en el icono del Mac otra vez y el breve vídeo comenzó a reproducirse de nuevo. Curry intentó hacerle caso a Mia y mantuvo los ojos alejados de la pequeña y delgada figura que estaba arrodillada en el primer plano, y de repente lo vio.

—Joder —exclamó Ylva, justo a su lado.

—Por Dios —murmuró Kim Kolsø.

—Os lo había dicho —dijo Mia, y asintió de manera casi triunfal cuando terminó el vídeo.

—Hay que joderse —dijo Anette Goli.

Holger Munch se levantó de la silla, despacio, casi como un oso que no ha podido hibernar. Estaba claro que había agotado las fuerzas, casi no le quedaba nada.

—Todo esto está muy bien —dijo con un bostezo; se encontraba tan cansado que le costaba ponerse la trenca—. Pero ahora tengo que tomarme un respiro. Nos veremos esta tarde para otra puesta en común. Digamos a las seis, o tal vez… Bueno…, vale.

El jefe se puso la capucha de la trenca sobre la cabeza, atravesó la sala con pasos titubeantes y salió sin cerrar la puerta detrás de sí.

35

Miriam Munch se sentía como una persona débil. Había pensado que se le pasaría, que sería capaz de mantenerse alejada, pero no había hecho más que pensar en él durante los últimos días. La cara. Ziggy. Y ahora se encontraba aquí, en una cafetería de Grünerløkka, con una mezcla de expectación trémula y mala conciencia. Un lugar de encuentro secreto. Un sitio donde no solía ir, donde no aparecería nadie que pudiera conocer. Marion estaba con su abuela y Rolf otra vez; esto no le provocaba ningún remordimiento a Miriam Munch, pues a la niña le encantaba estar con su abuela. Con Johannes, sin embargo, era otra cosa.

Una mañana hacía unos días casi se le había escapado. Odiaba esta insinceridad, eso de hacer las cosas a escondidas. Tenía que decir algo. Hablar de cómo se sentía. Estaban en la cama, los dos se habían despertado pronto, Marion todavía no se había levantado y Miriam había pensado, de repente, «tengo que decir algo». Pero entonces había sonado el móvil de Johannes, era del trabajo y le habían preguntado si podía ir un poco antes, y el momento había pasado.

Miriam pidió otra taza de té y volvió a su mesa. Había pasado un cuarto de hora. Llegaba tarde. Naturalmente, ella había acudido antes de tiempo, expectante como una colegiala en su primera cita; en el tranvía había sentido un cosquilleo bajo la piel y apenas había conseguido mantenerse quieta, y ahora que ya llevaba aquí un rato se sentía casi un poco incómoda. Tenía la sensación de que todos podían ver que permanecía allí esperando a alguien y que en realidad no debía. Miriam encontró un periódico para hacer algo con las manos, para poder esconderse detrás de algo, y se puso a hojearlo sin fijarse mucho en lo que ponía.

La chica del bosque, claro. La mayor parte del periódico hablaba de ella. La que habían encontrado desnuda, colocada de una manera extraña, una especie de ritual o algo, en un extremo del bosque de Hurumlandet. Camilla, ese era su nombre. Camilla Green. Residente en un hogar para chicas adolescentes. Miriam apartó el periódico otra vez. No era capaz de pensar en ello. Era en sí demasiado terrible. Página tras página llenas de detalles, en este momento no podía aguantarlo. Se encontraba muy débil. Casi se sentía transparente, ahí donde estaba, sentada en la silla.

Por eso tuvo que salir corriendo aquel día tras el cumpleaños de Marion, claro. Su padre. Porque habían encontrado a esa chica. También eso le provocaba cargo de conciencia, todos los años que lo había tratado tan mal. Culpándole por el divorcio. Una chica desnuda sobre unas plumas en el suelo y velas alrededor, en medio del bosque. Por Dios, debería haberlo comprendido. No era de extrañar que pasara tanto tiempo fuera. Desde luego, se sentía muy frágil. Miriam volvió a levantarse y pidió una cerveza, raras veces tomaba alcohol por la tarde, pero ahora lo necesitaba. Para calmar los nervios un poco.

Le había dado tiempo a tomarse otra cerveza más cuando por fin llegó, y Miriam en realidad

había empezado a enfadarse un poco con él, de hecho había pensado en la posibilidad de marcharse, pero, en el momento en que la sonrisa conciliadora entró por la puerta y se sentó enfrente de ella, esos sentimientos desaparecieron.

—Siento llegar tarde —se disculpó Ziggy.

—No pasa nada —dijo Miriam con una sonrisa.

—No, de verdad que lo siento. ¿Estamos tomando cerveza? ¿Te apetece otra?

Miriam reflexionó un poco. ¿Tres cervezas a estas horas del día? Había quedado en ir a recoger a Marion antes de la hora de irse a la cama, pero a la niña seguramente no le importaría dormir con su abuela. Y Johannes iba a llegar tarde, como siempre.

—¿Por qué no? —contestó con una sonrisa.

Ziggy se marchó a la barra para pedir. Miriam sintió cómo le invadía otra oleada de remordimiento.

«¿Qué estaba haciendo aquí?».

«Si ella era una mujer feliz. ¿Acaso no lo era?».

Johannes, Marion y ella. Miriam nunca habría podido imaginarse que eso cambiaría. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Hasta… hacía unas seis semanas, y desde entonces no era capaz de apartarlo de la cabeza.

Ziggy volvió a la mesa con dos cervezas y se sentó de nuevo, tratando de no volcarlas.

—De verdad siento haber sido tan despistado. Mi hermana me ha llamado y…, bueno, asuntos de familia, no te voy a aburrir con los detalles.

—No me aburres, me encantaría oírlo —dijo Miriam y se tomó un sorbo de la cerveza.

—¿Estás segura? —preguntó Ziggy, un poco sorprendido.

—Claro —respondió Miriam con una sonrisa—. Tenemos que hablar de algo, ¿no?

Le guiñó un ojo y él le devolvió la sonrisa. Una broma privada entre ellos. Era justo eso lo que estaba tan bien. Pasaba desde el momento en que se conocieron. Nunca se quedaban sin palabras.

—¿Qué ocurre? —dijo Ziggy, mirándola.

—No, nada —contestó Miriam riéndose.

—Dímelo —insistió él.

—No, en serio —dijo Miriam—. Nada. Cuéntame, entonces. ¿Tu hermana? ¿Ha pasado algo o qué? ¿Cuántos hermanos tienes?

Ziggy le lanzó una mirada un poco inquisitiva. Se echó hacia atrás en la silla y la miró como si estuviera pensando en algo. Parecía sopesarla.

—No sabes quién soy, ¿verdad? —preguntó.

—¿A qué te refieres? Sí, sé quién eres, digo yo —contestó Miriam.

—No, no me refería a eso —replicó Ziggy—. ¿No sabes…, bueno, de qué familia vengo? ¿Seguro que no?

Miriam no estaba muy segura de qué quería decir.

—Pues no, nunca me has hablado de ella. No es que…, bueno, no es que haya sido necesario, quiero decir, acabamos de…

Miriam se perdió en sus propios pensamientos y se sintió un poco incómoda.

—No quería decir eso —dijo Ziggy, con una sonrisa—. Tampoco sé muy bien qué queremos… Bueno, en fin, qué quieres tú. Sé lo que quiero yo.

—¿Y qué es lo que quieres? —preguntó Miriam, sin atreverse a mirarlo.

—Creo que lo sabes —contestó, y dejó reposar la mano sobre la suya por un breve momento.

Miriam giró la mano y pasó los dedos levemente sobre la suya. Al momento, la puerta se abrió

detrás de ellos y ella recogió la mano automáticamente, a pesar de no reconocer la cara de la persona que entraba.

—Lo siento —se disculpó Ziggy—. No quería incomodarte.

—No, no, no lo haces, solo que…, bueno, ya sabes cómo son las cosas.

Miriam lo miró. Ziggy le mostró con un gesto que lo comprendía perfectamente. Era de eso de lo que habían hablado aquella noche en su piso. Que ella tenía a Marion. No, eso no era cierto. Él ya le había dicho que el hecho de que ella tuviera una niña no iba a ser un problema.

—Entonces, ¿tu familia? —preguntó Miriam, para cambiar de tema.

—Sí, ¿hablas en serio?

—¿A qué te refieres?

—¿Seguro que no sabes de qué familia soy?

Miriam debió de mostrar una expresión inquisitiva en la cara, porque el joven se rio un poco.

—Tienes una hermana —comentó ella—. Eso es lo único que sé. No has dicho más. ¿He metido la pata o algo? ¿Estaba muy borracha aquella noche? ¿Mencionaste cosas que ya no recuerdo?

Ziggy se rio de nuevo.

—¿Meter la pata? No, por Dios, para mí es un alivio, de hecho no me pasa muy a menudo que alguien no sepa de qué familia vengo. Brindemos por ello.

Miriam empezó a sentir curiosidad, al parecer sí que había algo de lo que no se había enterado.

—Ahora sí que vas a tener que contármelo —dijo con una sonrisa.

—En realidad no es para tanto —replicó Ziggy—. Lo cierto es que resulta bastante agradable que no conozcas mi vínculo con ellos. Como te decía antes, creo que es la primera vez.

Levantó la cerveza hacia ella de nuevo.

—Me gustaría saberlo todo sobre ti —dijo Miriam—. Para ser sincera, pienso en ti casi todo el día.

A Miriam le costaba creer que hubiera dicho lo último. Tenía que ser el alcohol. Se sintió un poco incómoda otra vez, pero no intentó repararlo.

—También yo quiero saberlo todo sobre ti —replicó Ziggy sonriendo, y se inclinó un poco sobre la mesa hacia ella—. Y yo también pienso en ti. Quizá no debería, y no sé adónde nos va a llevar, pero así son las cosas.

Miriam sintió cómo el corazón le empezaba a latir más fuerte bajo el jersey cuando Ziggy le sonrió y pasó la mano por encima de la suya otra vez.

«Joder, Miriam».

«¿Qué andas haciendo?».

«¿Una cita secreta?».

«¿En una cafetería de Grünerløkka?».

«¿Con un chico que apenas conoces?».

—Y bien, ¿quién forma parte de esta misteriosa familia tuya? —preguntó, incómoda, y cambió el tema de la conversación otra vez para facilitar un poco las cosas.

—¿Qué es lo que sabes de mí? —respondió Ziggy, echándose hacia atrás en la silla.

—Te apellidas Simonsen —continuó Miriam.

—Correcto —asintió Ziggy.

—¿Y? —dijo Miriam.

—Ziggy Simonsen, ese soy yo.

Ya empezaba a comprenderlo, poco a poco. ¿Simonsen?

—Digamos que no me bautizaron con el nombre de Ziggy, por expresarlo de alguna manera —asintió el joven—. Jon-Sigvard. Así querían que me llamase. Tenía que ser algo con Sigvard, naturalmente. Siempre ha sido así, en cada generación.

Sonrió levemente hacia ella bajo el flequillo moreno.

—¿Carl-Sigvard Simonsen?

Ziggy asintió con la cabeza.

—¿Es tu padre? ¿El ricachón?

—Pues sí —asintió Ziggy.

—Lo siento —se disculpó Miriam con una sonrisa reservada.

—¿Lo sientes? No, joder, ¿por qué coño ibas a sentirlo? Mucho respeto.

El chico sonrió y levantó la cerveza hacia ella.

—No leo la prensa rosa —comentó Miriam, para dar una explicación—. Ni tampoco la prensa normal, desafortunadamente.

—Bueno, me alegro por ello —dijo Ziggy de nuevo—. Porque así puedo, bueno, encontrarme contigo de tú a tú, y no como un…

Se quedó ensimismado y parecía que algo pesaba sobre él; la mirada transparente y clara se llenó de una especie de oscuridad que ella no terminaba de comprender.

—Así que ¿hijo de millonario? —comentó Miriam, para aliviar un poco la tensión—. ¿He dado un braguetazo, entonces?

Ziggy volvió en sí. Sonrió y clavó sus bonitos ojos azules en ella.

—¿Esto significa lo que creo que significa?

—¿El qué?

—¿Que seguimos con esto?

—¿Seguir con qué? —preguntó Miriam prudente, aun sabiendo perfectamente a qué se refería el atractivo joven.

—¿Tú y yo? —replicó, acariciando la mano de ella otra vez—. ¿Nos lanzamos? ¿Nos atrevemos a hacerlo?

Esta vez, Miriam no apartó su mano. La maravillosa mano de Ziggy que reposaba sobre la suya.

—Creo que necesito otra cerveza —zanjó en voz baja y después asintió.

36

Rayo de Luna —sonrió el hombre que acababa de abrir la puerta—. Ya me estaba preguntando cuándo vendrías. Sospechaba que aparecerías por aquí cuando vi esa foto en la prensa. Vamos, pasa.

Mia Krüger entró en la casa y siguió al delgado hombre de la coleta hacia el interior del piso.

—No hace falta que te quites los zapatos, en esta casa no nos importan estas cosas. ¿Quieres tomar algo? ¿O alguna otra cosa?

Mia sabía muy bien a qué se refería. El olor a marihuana impregnaba todo el pequeño piso.

—Siento el desorden. No tengo muchas visitas, prefiero mi propia compañía, ¿sabes?

—No pasa nada —afirmó Mia con una sonrisa, movió un montón de cacharros de un extremo del sofá y se sentó.

—Muy bien —dijo el hombre de la coleta, hundiéndose en una silla delante de ella—. ¿Entonces no puedo ofrecerte nada? —Hizo un gesto hacia la mesa—. Me han traído hierba afgana muy buena. Directamente del productor. Prohibida en treinta países, je, je. No, no es verdad, pero aun así está muy buena. Suave como la mantequilla. También tengo algo de Marruecos por aquí si te apetece un viaje más divertido. ¿Seguro que no puedo tentarte?

Sebastian Larsen le sonrió. A Mia le había sorprendido que contestara a su pregunta tan rápido. No le gustaban las visitas, pero ahora mismo parecía alegrarse de verla.

—No, gracias, ya sabes que no toco esas cosas —replicó Mia, y notó que le estaba empezando a afectar seriamente.

La falta de sueño.

—Tú misma. Pero ¿no te importará que me sirva un poco?

—Eso es asunto tuyo —contestó Mia, y se encogió de hombros.

Sebastian Larsen. Antropólogo social. Antes había trabajado en la Universidad de Oslo. Una mente brillante que había subido rápidamente en la jerarquía, hasta que lo echaron por haber vendido marihuana a los estudiantes. Mia lo había consultado en algunos casos anteriores, pero con el tiempo la dirección se lo había prohibido. El cuerpo de policía no quería estar asociado con Sebastian Larsen, y Mia lo comprendía perfectamente, el olor en el piso y la risa tonta eran razones suficientes para entenderlo.

—Cuánto tiempo, Rayo de Luna, me alegro de verte —dijo, sonriendo—. Pensaba que me habías olvidado por completo.

—He estado ocupada —respondió Mia con una sonrisa, y volvió a sentirlo.

Munch le había dado órdenes estrictas de que descansara, pero no había conseguido apaciguar su cuerpo. En lugar de ello había elegido las pastillas ilegales y se había mantenido despierta por la vía química. Sebastian Larsen había estado presente en su cabeza Desde que encontraron a

Camilla. Lo oculto. Los rituales. Mia no conocía a nadie que supiera más sobre estas cosas que el hombre que estaba sentado delante de ella.

Tenía su propio blog, era así cómo había sobrevivido cuando lo despidieron. Teorías conspirativas. Se podría decir que se dedicaba a eso. Lo había seguido un poco, nunca muy a menudo, pero había entrado de vez en cuando. «Nuevas pruebas: los americanos nunca estuvieron en la luna. Área 51: los testigos lo cuentan, vimos a los extraterrestres». Cosas así.

—¿Estás segura? —dijo Larsen, dando una calada de la pipa—. Viene directo del productor, te lo juro, tengo a mi propio suministrador en Nepal.

—No, gracias —contestó Mia, negando con la cabeza otra vez.

—Como quieras —sonrió el hombre de la coleta y expulsó el humo, que llenó la habitación.

Sectas. Y lo oculto.

Eso era lo que le había proporcionado la plaza en la universidad. Había sido un especialista reconocido. Había impartido ponencias en todo el mundo. Hasta que dio a conocer su debilidad, o tal vez debería llamarlo su postura liberal, por esa sustancia.

—Sabes por qué he venido, ¿no? —preguntó Mia, y sintió cómo se le empezaban a cerrar los ojos.

Metió el dedo en el bolsillo donde guardaba las pequeñas pastillas blancas que le darían un poco más de energía, pero no tomó ninguna. Ya era suficiente. Tenía que dormir en breve.

—Claro que sí —asintió Sebastian, mirándola seriamente—. De hecho, estoy contento de que hayas venido. Esperaba que lo hicieras.

—¿Y qué piensas?

—¿De las imágenes del periódico?

Mia asintió con la cabeza. Sebastian Larsen se pasó la mano por el pelo y tardó un rato en hablar.

—Bueno, qué quieres que te diga, no es fácil sacar grandes conclusiones a partir de una sola foto en la primera plana de un periódico. ¿Tienes algo más para enseñarme?

—Puede ser —contestó Mia—. Pero primero debes darme algo más.

—¿Ya no te fías de mí o qué?

Mía sonrió levemente e hizo un gesto hacia la pipa de la mesa.

—¿Tú lo harías?

Larsen se rio un poco.

—Lo pillo, lo pillo, vale.

Se movió hasta la mesa donde tenía el ordenador e introdujo una dirección en el navegador.

—Esto es interesante, tengo que reconocerlo —afirmó, y dejó en pantalla la fotografía que había salido en la prensa.

El claro. Las plumas. Las velas colocadas en una estrella de cinco puntas.

—Se trata de un pentagrama, naturalmente, pero supongo que hasta ahí ya has llegado —dijo Larsen, y la miró.

Mia asintió.

—No reconozco las plumas —continuó, girándose hacia la pantalla de nuevo—. Pero la formación de las velas es conocida, el pentagrama, usado por muchos desde hace miles de años. En fin, si quieres que te ayude con esto creo que vas a tener que darme algo más, ¿no?

Mia podía percibir la curiosidad del hombre. El antropólogo social se había despertado, pero ella todavía no parecía convencida de que debiera enseñarle las fotografías que tenía en el bolso. Camilla Green. Desnuda en la foto de la pantalla delante de ellos.

—Y, hoy, ¿qué?

Ya estaba cansada, tenía que parpadear para poder mantener la mirada fija en la pantalla.

—¿A qué te refieres? —preguntó Larsen.

—El pentagrama. Digamos que, si esto es un ritual, ¿quién realizaría este tipo de cosas hoy?

—¿Por dónde empiezo?

—Por el punto más relevante —respondió Mia.

—¿Entonces no tienes nada más que enseñarme?

—Si tuvieras que señalar quién lo ha podido hacer, entiéndeme, de manera intuitiva, a partir de esto, ¿quién sería? —dijo Mia, ignorando la curiosidad del hombre.

Larsen tecleó un poco y sacó otra página web.

—O.T.O. —contestó, con un gesto de cabeza hacia la pantalla.

—¿Quién? —preguntó Mia.

—Ordo Templi Orientis.

—¿Y eso qué es?

—«Haz tu voluntad será el todo de la ley. El amor es la ley, el amor bajo la voluntad».

—Ya me he perdido —comentó Mia—. ¿Qué has dicho?

—Ordo Templi Orientis —repitió Larsen—. Fundada en 1895, en realidad es una especie de orden templaria, una ruptura con la Iglesia. ¿Te suena Aleister Crowley?

—Sí, claro —asintió Mia.

—¿El fundador de las enseñanzas de los thelemitas?

—Vagamente.

—¿Satanismo?

—Sí, claro.

—O.T.O. fue fundada en 1895, y muchos piensan que Aleister Crowley era el cerebro que estaba detrás de ella, pero no es cierto, Crowley no se unió a ella hasta 1904, cuando…

—¿Qué has dicho antes de eso?

—¿Qué?

—¿Las enseñanzas de los thelemitas?

—Haz tu voluntad —respondió Larsen y se giró hacia ella.

—¿Qué quiere decir eso?

—¿Qué crees que significa?

—No lo sé.

—Tienes que darte cuenta de que la Iglesia, en esa época… —comenzó Larsen, pero Mia sintió que no tenía fuerzas para aguantar una ponencia completa.

—¿Me lo puedes resumir?

Larsen la miró y negó con la cabeza.

—Has sido tú la que has preguntado —dijo con un tono ofendido.

—Lo siento, Sebastian —se disculpó Mia, y puso una mano sobre su hombro—. Ha sido un día largo. ¿Entonces esta organización…?

—Ordo Templi Orientis —asintió Larsen.

—¿Existe aquí en Noruega?

—Desde luego, y además prospera. Tiene su propio senado, instaurado en 2008, y sus propias logias en las ciudades grandes. Bergen y Trondheim han sido sus plazas más fuertes en los últimos años.

—¿Entonces viven según estas… enseñanzas thelemitas?

—«Haz tu voluntad será el todo de la ley» —replicó Larsen.

—¿Y qué quiere decir?

Larsen se giró con una leve sonrisa.

—¿Qué crees que significa, Mia? «¿Haz tu voluntad?».

—Ilumíname —dijo Mia.

—El derecho del individuo. Resistencia a las autoridades de la sociedad. A las enseñanzas de la Iglesia. A las normas morales y éticas habituales que nos han impuesto.

—Lo cual quiere decir…

—Vamos, Mia, ¿estás o no estás?

Larsen se giró hacia ella y negó con la cabeza, y Mia se dio cuenta de lo que quería decir. Él acababa de tomar drogas ilegales de un lugar que ni recordaba, pero aun así parecía que tenía un cerebro que funcionaba mejor que el suyo.

Metió la mano en el bolsillo de la cazadora otra vez.

«¿Otra pastilla?».

«¿Para despertar el cerebro?».

No, lo que necesitaba era dormir. Su cuerpo ya no podía más. En breve tendría que descansar.

—Claro que estoy —murmuró Mia, volviéndose hacia la pantalla otra vez—. O.T.O. Satanismo. Enseñanzas thelemitas. Haz tu voluntad. Prospera en la Noruega actual.

—Naturalmente, mantienen sus rituales en secreto, al igual que todas las demás sectas —explicó Larsen—. He hablado con algunos de ellos, bueno, con los miembros más antiguos, y, en fin, son cosas bastante serias.

—¿Como qué?

—Bueno, ¿qué quieres que te aclare? ¿Por dónde quieres que empiece?

—Por donde quieras.

—Magia sexual. Ritos sacrificiales. Despréndete de la sociedad. Entrega tu cuerpo. Entrega tu alma. Libérate.

—¿Magia sexual?

Larsen sonrió un poco.

—Pues sí.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, pues que, si uno de los senadores quiere que te desnudes y te entregues a las enseñanzas thelemitas delante de unos viejos con máscaras de machos cabríos, es lo que toca.

—¿Senadores?

—Sí, es de lo más interesante —continuó Larsen—. La manera en que todas estas sectas, que afirman servir para que el individuo pueda liberarse de las severas autoridades de la sociedad, acaban asumiendo el mismo papel. Te prometen libertad, pero allí no hay libertad, claro, empiezas abajo, como siempre. Presidente, senador, siempre hay alguien que está por encima, y siempre hay alguien por debajo. ¿No resulta extraño, eso?

—Y la O.T.O., ¿qué? —preguntó Mia con la sensación de que Sebastian no tenía mucha información que le pudiera servir.

—Ordo Templi Orientis. Poca gente lo sabe, pero están entre nosotros. En Noruega. Hoy en día. Prosperando.

—Y, en tu opinión, ¿esto se parece a lo que hacen ellos? —dijo Mia, señalando la pantalla otra vez.

—Es demasiado pronto para asegurarlo —replicó Larsen—. ¿Tenías algo más para

enseñarme?

—Ordo Templi Orientis. ¿Y qué otras organizaciones tenemos?

—Hay para elegir —afirmó Larsen, y abrió otra página web en la pantalla.

Esta vez era Google Maps. Introdujo una dirección y se acomodó en la silla.

—¿Qué estamos viendo? —preguntó Mia.

—El castillo.

—¿A qué te refieres?

—El castillo real noruego —respondió Larsen, ampliando la imagen un poco—. Estamos en la calle Parkveien, ¿sabes dónde se encuentra la calle Parkveien?

Mia le echó una mirada crítica. Claro que lo sabía. Era una de las calles más exclusivas de Noruega, en el centro de Oslo, donde se hallaba tanto la residencia del primer ministro como varias embajadas.

—¿Y adónde quieres llegar con esto?

—Estas asociaciones tienen casas en la calle Parkveien —continuó Larsen, y siguió mirando —. Quiero decir, justo detrás del castillo. La orden druida noruega.

—¿Druida qué?

—Interesante, ¿verdad? Con sede en la calle Parkveien.

Larsen volvió a hacer clic.

—La orden templaria. Tiene su sede en la calle Parkveien.

—Y todos ellos ¿qué tienen que ver con el pentagrama?

Mia se daba cuenta de que ya estaba agotando las últimas reservas. Pensó de nuevo en las pastillas del bolsillo, pero las dejó estar. En breve tendría que descansar.

—No, no lo digo, solo diría que, junto con la O.T.O., la secta de la que forma parte tu jefe es la más probable.

—¿Munch?

Larsen se rio un poco.

—No, Munch no, no creo que encaje en esa asociación.

—¿Quién, entonces?

Larsen entró en otra página web.

—Mikkelson —replicó el hombre delgado y señaló la pantalla.

—¿Mikkelson?

—Sí. Rikard Mikkelson —confirmó Larsen—. Miembro de la Orden de los Francmasones Noruegos.

Mia sintió que se despertaba otra vez.

—¿Los masones?

—Sí, claro, les encantan los pentagramas. Quieren a toda costa salir como los pilares de la sociedad y amantes de Jesucristo, pero, je, je… Bien, ¿viste el vídeo en el que los grandes maestros del 33º grado sacrifican a un macho cabrío juntos, vestidos con capas y con el miembro fuera?

—No —respondió Mia, y no sabía muy bien si Larsen todavía estaba bajo los efectos de las sustancias de Nepal o si era el académico el que hablaba.

—Mikkelson es miembro —asintió Larsen—. Junto con, vamos a ver, la flor y nata de los políticos y empresarios en este país. Los masones, Mia. Hombres adultos que realizan rituales. Que se cogen de la mano. Que se disfrazan y beben sangre de copas de plata. Hay límites para la inocencia, ¿no crees? ¿De verdad piensas que las decisiones que se toman en este país se deciden

en el Parlamento? ¿En reuniones del gobierno? Vamos, Mia, ¿me sigues o no?

Larsen estiró la mano en busca de la pipa y volvió a encenderla.

—Sebastian —dijo Mia con voz seria, y clavó los ojos en el pequeño y delgado hombre que tenía enfrente.

—¿Sí? —contestó Larsen.

—Voy a enseñarte algo. No tengo permiso para hacerlo, claro está, pero aun así lo voy a hacer.

—¿Sí?

Ahora parecía casi un poco nervioso.

—Necesito que me digas exactamente lo que piensas, ¿vale?

—Sí, claro.

—Me alegro de haber venido. Voy a mirar más de cerca lo que me has enseñado, pero ahora necesito algo más concreto de ti. ¿Vale?

Mia se levantó, salió al pasillo y recogió la carpeta que guardaba en su bolso. Volvió al desordenado salón y se sentó sobre un taburete delante de Larsen, que ahora parecía un niño, expectante ante lo que Mia le iba a enseñar.

—El pentagrama.

—Sí —asintió Larsen.

—Quiero que me digas el significado de una cosa.

—¿Sí?

Mia abrió la carpeta y vio cómo los ojos de Larsen se ponían como platos cuando dejó la fotografía de Camilla Green sobre la mesa delante de él.

—Joder.

—Ya —asintió Mia—. Y te diré desde ya, Sebastian, que si oigo la más mínima palabra por ahí, en tu blog o en cualquier otro sitio, sobre esta fotografía, entonces no sé lo que haré contigo…

—Entiendo —dijo Larsen, y asintió gravemente con la cabeza, y Mia vio que hablaba en serio.

—Necesito saber una cosa —repitió Mia.

—¿Qué cosa?

—Esto es importante, ¿verdad?

—¿Qué cosa? —insistió él de nuevo.

—Quiero decir, esto, ¿no será casualidad? ¿La manera en que están colocadas estas velas?

—No, no, un pentagrama es, bueno, para la gente que va en serio, es importante, es…

Mia sintió que le estaban empezando a fallar las fuerzas. Había visto cómo Munch salía tambaleándose de la sala de reuniones unas horas antes, casi sin poder mantenerse en pie, y ella se sentía casi igual.

—Entonces, ¿qué significa?

—¿Qué significa el qué?

—El símbolo. Esas puntas.

—¿El pentagrama?

—Sí —respondió Mia.

—Bueno, hay una interpretación básica —explicó Larsen en voz baja, y ahora todo quedaba muy claro. Una cosa era ser especialista en las teorías, pero en ese momento tenía la realidad delante. No había duda de que le estaba costando hacerse a la idea de que lo que contemplaba era una fotografía de una chica de diecisiete años desnuda sobre un lecho de plumas y rodeada de un

pentagrama de velas.

—Imaginemos que yo no sé nada —propuso Mia—. Enséñame.

—Vale —contestó Larsen nerviosamente—. El pentagrama tiene, como el nombre indica, cinco puntas. Y cada una simboliza algo.

—¿Qué simbolizan?

—La interpretación tradicional es bastante básica. ¿Empiezo desde arriba y sigo en el sentido de las agujas del reloj…?

Se oyó un zumbido del móvil de Mia. Lo levantó pero apenas fue capaz de leer el nombre de la pantalla. Kim Kolsø. Pulsó el botón rojo y volvió a meterlo en el bolsillo.

—La punta más alta es el alma —continuó Sebastian—. *Spirit*, casi todo esto se expresa en inglés, así que, bueno, tengo que traducirlo un poco, si no te…

—Prosigue, sin más —le interrumpió Mia.

—Las otras puntas simbolizan el agua, el fuego, la tierra y el aire.

—¿Alma, agua, fuego, tierra, aire?

—Sí.

—Vale, muy bien, gracias Sebastian.

Mia recogió la fotografía de la mesa y estuvo a punto de devolverla a la carpeta, pero una mano huesuda la paró.

—Pero esto no es más que, bueno, qué quieres que te diga, lo básico. Cosas de niños.

—¿Qué quieres decir?

—Hay una interpretación más profunda que todo eso.

—¿Y bien?

Larsen miró la fotografía detenidamente otra vez.

—Fíjate en sus brazos —dijo cautelosamente—. La manera en que están colocados. Esto no es casual.

—¿Cuál es la interpretación más profunda? —dijo Mia.

—¿Qué?

—¿La que no es para niños?

—Nacimiento, virgen, madre, ley, muerte —dijo Larsen en voz baja, sin apartar la mirada de la fotografía.

Mia bostezó. En breve iba a tener que irse a casa.

—Fíjate en cómo están colocados sus brazos —continuó.

—¿Y cómo están colocados, en tu opinión?

—Nacimiento. Y madre —respondió el hombre delgado, asintiendo gravemente con la cabeza.

Mia sacó el móvil del bolsillo y marcó el número de la centralita de taxis.

—Gracias, Sebastian.

—Esto no es una casualidad.

Mia sonrió y metió la fotografía en su bolso.

—No me la puedes dejar, ¿verdad?

—No.

—Prométeme que lo intentarás. —Larsen le guiñó un ojo.

Mia se levantó. Le estaba costando mantener los ojos abiertos. Dormir. Ya iba siendo hora.

—Nacimiento y madre —repitió Larsen, asintiendo gravemente con un gesto de la cabeza—. Sus brazos están colocados en este sentido.

—Gracias, Sebastian —dijo Mia.

Bajó las escaleras con sus piernas inestables y se hundió en el asiento del taxi que la esperaba.

37

Miriam Munch tenía la extraña sensación de que su cuerpo no funcionaba como debía.

Habían salido de la cafetería y habían estado en varios sitios más; Marion iba a pasar la noche con su abuela y la niña se había alegrado mucho, claro está. Johannes no le había contestado; Miriam había intentado dar con él, con la esperanza de que vendría volando para salvarla o algo así, confirmarle de alguna manera que eran ellos dos a pesar de todo, pero no había contestado, ni a las llamadas ni a los mensajes, y al final Miriam se había dado cuenta de que, de alguna manera, la relación entre ellos dos había terminado.

Miró el vaso de cerveza, que casi estaba vacío otra vez. Ziggy se encontraba fuera, hablando por teléfono. Miriam Munch no podía evitar mirarlo a escondidas a través de la ventana; solo con verlo allí en la acera, gesticulando y con una sonrisa en la boca, se sentía más alegre y menos fría. Se acercó a la barra del bar e iba a pedir otras dos cervezas cuando Ziggy entró por la puerta de nuevo.

—¿Una más aquí? —dijo con una sonrisa socarrona—. ¿No quieres ir a otro sitio?

—¿Y tú?

—No, aquí estamos bien —contestó el atractivo joven, encogiéndose de hombros.

—¿Igual tienes que ir a casa? —preguntó Miriam mientras llevaba las cervezas a la mesa.

Ziggy sonrió.

—En absoluto. ¿Y tú?

—No —dijo Miriam, decidida, y tocó el vaso de Ziggy ligeramente con el suyo. Este lugar era más tranquilo, la música sonaba más baja, la luz no era tan intensa, había reservados donde podían esconderse. Miriam estiró la mano sobre la mesa sigilosamente y sintió cómo los dedos de Ziggy se entrelazaban con los suyos.

—¿Una llamada importante?

—Solo Jacob.

—¿Jacob?

—Ya os conocéis —dijo Ziggy con una sonrisa.

—Lo siento —contestó Miriam, con una risita por encima del borde del vaso de cerveza.

—No pasa nada —comentó Ziggy riendo—. ¿En la cena en casa de Julie? ¿Gafas redondas? ¿Un chico con ropa un poco pija?

—Ah, sí, claro —asintió Miriam, y entonces lo recordó.

El chico que había intentado ligar con ella sin éxito antes de descubrir que era madre.

—¿Así que te parece que debemos…? —preguntó él, y le pasó una mano por la mejilla con suavidad.

—Sí, Jon-Sigvard —contestó Miriam—. Pienso que sí. Quiero decir, si a ti te parece bien.

Ziggy se rio un poco bajo el flequillo.

—Mientras no me llames Jon-Sigvard —dijo con socarronería, y se tomó un sorbo de la cerveza.

—Hecho —zanjó Miriam con una risita.

—Lo único que… —empezó Ziggy, y sujetó el vaso con las dos manos. Se quedó mirándolo un rato.

—¿Lo único que qué?

—Bueno, ¿y si descubres cosas de mí que no te gustan? —preguntó, levantando la mirada hacia ella otra vez.

—Es un riesgo que tenemos que asumir, ¿no? Puede que también descubras cosas de mí que no te gusten.

—Lo dudo mucho.

—Eres un bromista —dijo Miriam.

—No, hablo en serio —replicó Ziggy, ya casi con tono serio.

—¿A qué te refieres?

—En fin, soy consciente de que te dejo en una posición incómoda. Con Marion y todo, ya sabes…

—Soy mayor de edad —repuso Miriam—. Marion estará bien, pase lo que pase.

—Ya, pero, bueno —continuó Ziggy con tono dubitativo otra vez.

—¿Qué?

—¿Y si te digo que estoy metido en cosas que pueden llevarme a la cárcel?

—¿Qué quieres decir? —inquirió Miriam.

—¿Y si fuera un criminal? —preguntó Ziggy.

Miriam se rio un poco, antes de darse cuenta de que el joven hablaba en serio.

—¿Criminal? ¿Tú? Me cuesta creerlo. Y, entonces, qué eres, ¿un atracador de bancos?

—Bueno, no es que atraque bancos precisamente, pero…

Miriam sintió curiosidad. Podía ver que Ziggy intentaba decirle algo, pero que no sabía muy bien cómo ella se lo tomaría.

—Quiero decir, con tu vida en familia y todo eso, en fin, no estoy seguro de que mi estilo de vida sea compatible… No sé, no estoy seguro.

Toqueteó el vaso con los dedos un poco.

—¿Y bien?

Miriam estaba tratando de averiguar si saltaba alguna alarma, tenía instinto para esas cosas, pero no notó nada. El joven que tenía delante no irradiaba más que bondad.

—Me gustas, Miriam —dijo, y le cogió la mano otra vez.

—A mí también me gustas, Ziggy —contestó Miriam.

—Entonces, si te cuento un secreto, ¿serás capaz de guardarlo?

—Estoy bastante segura. ¿Has matado a alguien?

—¿Qué? No, por Dios, ¿qué piensas de mí?

Ziggy frunció el ceño.

—Pues ¿qué voy a pensar? —respondió Miriam—. Dices que puedes ir a la cárcel y que no eres atracador de bancos, ¿qué voy a pensar?

Había bebido demasiado. Ya lo empezaba a notar. Las palabras salían de su boca sin antes haber pasado por el cerebro.

—OK —dijo Ziggy, y parecía que se había decidido por fin—. Te acuerdas de dónde nos

conocimos, ¿verdad?

—En el Centro de Protección de Animales —asintió Miriam.

—Sí. Parece un lugar inocente, ¿no?

—Sin lugar a dudas —contestó Miriam sonriente.

—Ya. Pero para mí eso nunca ha sido suficiente.

—¿El qué?

Daba la impresión de que ya se había decidido a hablar.

—El maltrato de animales. Lo odio. ¿Sabes a qué me refiero?

—Claro.

—No, no creo que lo sepas. Lo *odio.*

Ahora había algo en su mirada que Miriam nunca antes había visto.

—Entonces somos dos —dijo.

—No, Miriam. Lo *odio* —volvió a repetir Ziggy, apretando los dientes.

—¿Es de eso de lo que estamos hablando? ¿Es eso lo que te convierte en «criminal»?

Miriam marcó la palabra con dos comillas en el aire.

—Ante los ojos de las autoridades, sí —dijo Ziggy, y levantó el móvil de la mesa, introdujo algo y se lo pasó.

Era una página antigua del periódico *VG.*

«Activistas del movimiento de liberación animal realizan una acción contra la Granja de Løken».

—¿Estabas allí? —preguntó Miriam, sorprendida.

Ziggy asintió con la cabeza.

—¿La Granja de Løken? ¿El sitio de Mysen que recoge a perros y gatos que después venden a laboratorios extranjeros que, a su vez, hacen pruebas con animales?

Volvió a asentir con la cabeza.

—¿Atacasteis el lugar en mitad de la noche? ¿Salvasteis animales?

—Sí —afirmó Ziggy.

—Con armas, si mal no recuerdo. Alguien fue tiroteado, ¿fue uno de vosotros?

Ziggy enderezó la espalda con una mirada más tranquila.

—Nosotros no disparamos —respondió Ziggy.

Miriam le volvió a pasar el móvil sobre la mesa y sonrió levemente.

—¿Era eso lo que te costaba contarme?

Asintió.

—Por Dios —exclamó Miriam, y soltó una risita—. Dame una escopeta y os acompaño.

—¿En serio? —dijo Ziggy, y parecía muy aliviado.

—¿Y qué pensabas? —preguntó Miriam—. Joder, ya lo creo. ¿Ese tipo de gente? Cuando quieras. Donde sea. Como te acabo de decir, dame un arma y te acompaño.

Su sonrisa se ensanchó.

—¿Hablas en serio?

—Claro —replicó Miriam, casi un poco ofendida—. ¿Quién te crees que soy? ¿Esa llamada iba de eso?

—¿Qué llamada?

—La que acabas de contestar, la de… ese… ¿Joakim?

—Jacob.

—Sí, ¿iba de eso?

Ziggy asintió con la cabeza bajo el flequillo.

—¿Y qué vais a hacer?

Ziggy miró a su alrededor y tuvo un momento de paranoia, como si a alguien en ese oscuro local le importase una cosa así.

—Un nuevo sitio —replicó, buscó algo en el móvil otra vez y se lo pasó a Miriam.

Miriam no terminaba de entender qué estaba viendo.

—¿Qué es esto? ¿Las Granjas de Atlantis?

—Producen fármacos.

—¿Las Granjas de Atlantis? Qué nombre más soso —dijo Miriam—. ¿No suelen tener nombres más atractivos? Novartis, AstraZeneca, Pfizer.

—No es el nombre de una empresa, solo es un laboratorio de pruebas en Hurum. Está registrado como un laboratorio de pruebas de pienso para animales genéticamente modificado. Biólogos. Plantas. Realizan pruebas con todo tipo de animales. Perros. Gatos. Pájaros. Ratones. Infringen la ley noruega por completo, pero parece que a nadie le importa, como si hubiera alguien más arriba que…, en fin, el lugar ni siquiera sale en los mapas casi, pero ahora hemos…

Ziggy se echó hacia atrás en el reservado y, de repente, pareció que se reprimía, como si ya hubiera hablado demasiado. Tomó otro sorbo de la cerveza y miró a su alrededor, como si tuviera miedo de que alguien le oyera. Miriam volvió a pasarle el teléfono sobre la mesa.

—Sí —dijo, con una sonrisa.

El chico la miró inseguro, no entendía qué quería decir.

—Sí —repitió, acercando la mano a la suya.

—¿Sí, qué? —inquirió Ziggy, sonriendo.

—Lo que has preguntado antes —contestó Miriam, y pasó la mano sobre el brazo de Ziggy.

—¿Sí? —dijo Ziggy.

—Sí —repitió Miriam.

—¿Estás segura? —insistió Ziggy con una sonrisa.

—Quiero —asintió Miriam—. Me gustas.

—Tú a mí también —dijo Ziggy, y bajó la mirada. Pasaron unos segundos antes de que volviera a hablar—. No sé si se hacen este tipo de preguntas en la vida real, pero…

—¿Qué? —le animó Miriam.

—¿Puedo darte un beso?

—Puedes —consintió Miriam Munch, e inspiró rápidamente antes de cerrar los ojos e inclinarse lentamente hacia el atractivo joven del otro lado de la mesa.

38

Mia se despertó sobresaltada y permaneció echada en la cama, tratando de recobrar el aliento, antes de darse cuenta por fin de que la pesadilla que acababa de tener no era real. Se incorporó y se quedó sentada en el borde de la cama, tapándose la cara con las manos y con el corazón latiendo con fuerza debajo del jersey. Había dormido con la ropa y los zapatos puestos y había sudado tanto que la primera capa de ropa estaba pegada a su cuerpo.

«Joder».

Había creído que sucedía de verdad; que no era un sueño, sino que lo que acababa de vivir le estaba pasando. Normalmente dormía bien. Normalmente tenía sueños agradables, como si estuviera protegida por una especie de muro. Por muchas cosas malas que le ocurrieran cuando estaba despierta, el bien siempre se hacía cargo de ella cuando se tumbaba en la cama y se quedaba dormida. Pero esta vez no.

«Mierda».

Mia se levantó de la cama y entró tropezando en el baño, todavía con la cazadora de cuero y con los zapatos puestos. Enfrió la cara bajo el agua del lavabo. La pesadilla aún la estaba poseyendo parcialmente, no quería terminar de soltarla, así que se quedó con las manos y la cara bajo el agua fría, hasta que pudo volver a respirar con normalidad. Siguió con pasos titubeantes hasta el salón y se hundió en el sofá. Había soñado con Sigrid. No había sido uno de sus bonitos sueños habituales. Con su hermana sonriendo, corriendo sobre el campo de trigo.

«Ven, Mia, ven».

No, se encontraban en el sótano. En el sótano de Tøyen, donde Sigrid permanecía sentada sobre el sucio colchón con la cinta de goma alrededor del brazo y la jeringuilla a su lado, preparada para la inyección, la que le había quitado la vida aquella noche hacía poco más de diez años. Mia había estado allí. Esa era la sensación que había tenido. Había estado en la misma habitación. Había visto toda la mierda a su alrededor, había sentido cómo el olor a orina y a basura le reventaba las fosas nasales, el contraste con la maravillosa Sigrid no podía haber sido mayor. Este sótano infestado de mierda, y la hermosa joven con el largo pelo rubio en el colchón. Mia había intentado hablar con ella, pero no le había salido ni una palabra. Había intentado moverse, correr hasta ella para ayudarla, pero no podía. Había sentido pánico y ese pánico todavía la estaba dominando. Mia trató de respirar con más calma y sacó el móvil del bolsillo de la cazadora. Era casi medianoche. Se había perdido la puesta en común, pero no tenía llamadas ni mensajes de Munch. Algunas llamadas perdidas de Kim Kolsø, pero ninguna de Holger. Resultaba extraño. ¿Por qué no? Tuvo una repentina sensación de que todavía podía estar soñando, una puñalada de terror provocada por la idea de que lo que experimentaba tampoco era la realidad, de que la sombra que había visto en la pared detrás de Sigrid también podía

alcanzarla aquí. Intentó comprobarlo en el móvil una vez más, pero se le escapó de entre los dedos y cayó al suelo, y no consiguió agacharse para recogerlo. No se atrevió a apartar los ojos de la habitación en la que se encontraba.

«La sombra en la pared».

«Joder, debían de haber sido las pastillas».

Las que se tomaba para mantenerse despierta. No solía hacerlo. Las pastillas que siempre tomaba eran para escaparse. Descansar. Crear una distancia entre ella y el mundo. Fabricar una especie de cansancio. Una sensación de soñar despierta. Un lugar donde podía refugiarse. Pero se había engañado a sí misma al tomar las pastillas que no debía. Y ahora le habían arruinado la cabeza. ¿Era realidad o ficción? No conseguía averiguar la diferencia. Mia se agachó para recoger el móvil, todavía sin apartar la mirada de la pared que tenía delante, buscando con dedos temblorosos sobre el suelo, pero no lo encontró.

Antes de cambiar de idea. Sigrid. Eso fue lo que había hecho. Mia había estado allí, impotente en medio del hedor a mierda, viendo cómo su hermana mordía la banda de goma. Cómo la ataba alrededor del delgado brazo, un poco por encima del codo. Había visto cómo colocaba la dosis en una cucharita. La heroína. Cómo ponía el mechero debajo. Había burbujeado. Un pedazo de algodón y un poco de agua. Mia no entendía por qué, no sabía muy bien dónde se clavaban las jeringuillas, pero el ritual le había parecido familiar, como si lo hubiese visto antes. Primeros planos de las burbujas en el fondo de la cuchara. La punta de la aguja que absorbía la dosis hasta el interior de la jeringuilla. El olor. Mia se puso una mano sobre la nariz, el hedor era tan fuerte que no conseguía deshacerse de él. ¿Esto era un sueño? ¿De verdad estaba aquí? ¿En su piso? ¿El sueño podría llegar hasta ahí también?

«La sombra».

Mia movió las manos a tientas por el suelo otra vez en busca del teléfono, todavía sin apartar los ojos de la pared, y al final lo encontró. Lo levantó y lo dejó sobre la mesa que tenía delante. No se atrevió a mirar con detenimiento la pantalla. ¿Ya era medianoche? No podía ser verdad. La puesta en común iba a tener lugar a las… ¿Qué era lo que Munch había dicho? ¿Las seis? ¿Las siete? ¿Por qué no la había llamado? Apartó la mano de la nariz en un intento de alcanzar el teléfono, pero tuvo que volver a tapársela enseguida. El hedor. Seguía allí. Excrementos y basura. El olor a deposiciones humanas. Y allí estaba su hermana gemela, sobre el colchón delante de ella, y no podía hacer nada, no salía nada de su boca por mucho que intentase gritar, las piernas tampoco la obedecían por mucho que tratara de cruzar el suelo.

Primeros planos, otra vez. Dedos que martilleaban la piel blanca para hacer aparecer las venas. Un pulgar en el extremo trasero de la jeringuilla, y luego un primer plano, mostrando cómo salía un poco de heroína por la punta, no mucho, solo lo suficiente para asegurarse de que no quedaban bolsas de aire dentro. No quería aire en las venas. Una burbuja de aire en la jeringuilla te puede matar. Y después los maravillosos ojos. Y la hermosa boca. Y el brazo que levantaba la jeringuilla hacia la vena azul que sobresalía levemente debajo de la banda de goma amarilla. Pero luego había cambiado de idea.

«Sigrid».

«Quería vivir».

Y entonces la había mirado. Sigrid. Le había mirado fijamente a los ojos. Y después había asentido con la cabeza. Había sonreído, tal y como solía hacer. Parpadeando un poco. Había dejado la jeringuilla sobre el colchón y había empezado a soltar la cinta de goma que rodeaba su brazo, pero fue entonces cuando surgió. La sombra en la pared. Y parecía que Sigrid iba a

levantarse para ir hasta Mia. Pasarle la mano por el pelo, como siempre hacía. Si Mia estaba aburrida. Si se había hecho daño. Si alguien la había tratado mal en el colegio. La mano de Sigrid en su pelo, y Mia se había dado cuenta de lo mucho que la necesitaba, en medio de la pesadilla, rodeada de aquel hedor de humillación humana. La hermosa y caliente mano de Sigrid en su pelo.

«Todo irá bien, Mia».

«Nos tenemos la una a la otra».

«Tú y yo para siempre, ¿vale?».

Pero fue en aquel momento cuando llegó. Y Sigrid ya no la veía. Había intentado oír la conversación, porque podía ver cómo se movían los labios, pero los oídos no funcionaban, no podía entender qué sucedía. Podía ver que Sigrid bajaba los ojos hacia el suelo sucio, asintiendo y sentándose sobre el colchón que apestaba a orina. Más primeros planos. La jeringuilla estaba de nuevo en su mano. La punta, otra vez cerca de penetrar la hinchada vena azul.

«La sombra de la pared».

La misma sombra que en la pared del sótano donde Camilla Green había estado encerrada.

«Una persona con plumas».

«Una persona emplumada».

Después, los primeros planos otra vez, con Sigrid en el centro. El pulgar sobre la jeringuilla. La inyección en la vena. Los ojos, que primero se abrían como una sonrisa y que luego se cerraban lentamente, hasta que ya no veía y la chica que ella quería por encima de cualquier otra cosa en el mundo estaba muerta en el colchón delante de ella.

«Mierda».

Mia intentó respirar con tranquilidad y notó cómo el mundo real volvía poco a poco a su alrededor. Las cajas de cartón sin abrir. La encimera con restos de comida que apenas había conseguido tomar. Apartó la mano de la nariz lentamente y todavía se notaba el hedor, pero se dio cuenta enseguida de que en realidad procedía de ella. Las pastillas. Veneno sintético que su cuerpo no aceptaba y que febrilmente había intentado rechazar, en medio de un baño de sudor y un olor químico que no venía del sótano, sino de ella. Mia se levantó despacio y se quitó la ropa apestosa, dejando caer las prendas una tras otra hasta que estuvo desnuda en el suelo del frío piso. Mientras se envolvía con la manta del sofá, sonó el teléfono, el leve ruido de una vibración desde la mesa.

Kim Kolsø en la pantalla.

Mia volvió a sentarse en el sofá, se cubrió mejor con la manta y pulsó el botón verde.

—¿Sí?

—¿Mia? —dijo Kim Kolsø, con una voz que parecía venir de otro mundo, de muy lejos—. ¿Estás ahí, Mia?

Mia asintió.

—¿Hola?

—Hola, sí, lo siento, estoy aquí, Kim. ¿Cómo va todo? —dijo, doblando las piernas bajo la manta.

—¿Te he despertado?

—No, tranquilo, estaba despierta.

—Vale, solo quería ver qué tal te encontrabas. ¿Todo bien?

—Sí, claro, ¿y vosotros?

Era una respuesta automática, pero notaba cómo el cuerpo y la cabeza ya empezaban a

despertarse. Ya no estaba metida en el sueño, sino en su piso. Desnuda bajo la manta, hablando con Kim Kolsø. No había sombras en las paredes.

—Todo bien, ¿te ha llamado o qué?

—¿Quién?

—Munch.

—No, nada de Holger —dijo Mia.

—Yo tampoco sé nada. He intentado llamarle, pero no contestaba, he pensado que era mejor dejarle dormir.

—Sí, será lo mejor —comentó Mia.

—Tampoco he dado con Gabriel, así que he pensado que igual le pasaba lo mismo. Se ha llevado un buen susto.

—Sí —contestó Mia, todavía sin estar del todo presente.

Hubo un momento de silencio, como si Kim esperase que añadiera algo más.

—Así que hemos tenido una reunión breve, sin más, un resumen. En fin, quería esperaros, claro está, pero he hecho lo que he podido.

—Bien —murmuró Mia.

—¿Estás bien o no?

—Sí, sí, todo bien —contestó Mia y se levantó.

Atravesó el suelo de puntillas, todavía envuelta en la manta, y tocó el radiador bajo la ventana. Estaba frío. Había pagado la factura de la luz, ¿no? Encendió el radiador y volvió al sofá, dando traspiés.

—No estoy del todo seguro… —dijo Kim Kolsø, y desapareció un momento otra vez.

—¿Seguro de qué? —preguntó Mia, notando cómo el cerebro volvía en sí poco a poco.

—Bueno, en fin… —continuó Kim Kolsø—. Creo que asustaste un poco a la gente.

—¿Con qué?

—Bueno, una cosa es la chica en la rueda, que ya es bastante. Pero aquella sombra en la pared detrás de ella. Incluso Curry se quedó mudo, lo cual es mucho decir.

Kim se rio un poco.

«La sombra en la pared».

«Una persona emplumada».

—¿Y qué habéis repasado? —preguntó Mia en voz baja.

—Nada, solo lo que tenemos —continuó Kim—. Detalles técnicos de la nota que encontraste en el centro ecuestre. Las únicas huellas dactilares eran de Camilla. La lista de llamadas. Y la persona que envió el mensaje diciendo que se encontraba bien tuvo que ser alguien de allí.

—O de cerca de allí —puntualizó Mia, que ya se había despertado.

—Sí, claro, pero no es muy probable, ¿no?

—No, cierto —replicó Mia—. Pero aun así.

—Y luego más detalles del informe del médico forense.

—¿Sí?

—Bueno, nada nuevo, creo. Era lo que pensábamos. Estrangulada. Vik piensa que sucedió en el lugar del crimen, pero no puede asegurarlo al cien por cien.

—Entonces ¿subió al bosque por voluntad propia?

—No, eso no lo ha dicho, pero bueno, es posible. Voluntad propia hasta cierto punto, claro, pero, bueno, ya me entiendes.

Mia comprendía perfectamente lo que quería decir. Camilla Green había subido al bosque por

su cuenta. Aunque no voluntariamente, claro.

«Después de tres meses en una rueda en un sótano».

—Luego tenemos una cosa que uno de los técnicos halló en el Huerto de Hurumlandet, que no sé cómo interpretar.

—¿Y qué es?

—Descubrieron plantas de marihuana en uno de los invernaderos.

—Vaya —dijo Mia.

—Ya, ¿qué crees?

—Pues no sé, ¿eran muchas?

De repente, Mia se acordó de su encuentro con Sebastian Larsen. En el piso que olía como si alguien hubiera decidido trasladar Ámsterdam a Oslo. Todavía no había tenido tiempo para digerirlo. O.T.O. Francmasones. El sentido oculto del pentagrama. Tenía la sensación de que todavía no sabía muy bien qué hacer con la información. Si a Larsen se le había ido la olla definitivamente o si podían usar algo de lo que había contado.

—No, creo que localizaron ocho.

—¿Para consumo propio entonces?

—No lo sé —contestó Kim bostezando.

—Mañana lo hablamos —replicó Mia.

—Vale.

—¿Hemos sido convocados a una hora concreta?

—No he podido dar con Holger, como te decía antes, así que he dicho a todos que a las nueve. ¿Te viene bien?

—Sí, sí, claro —admitió Mia, y tapó mejor su desnudo cuerpo con la manta.

—Y, bueno… —continuó Kim.

—¿Sí?

—Fui a ver a Olga Lund otra vez.

—¿Olga? —preguntó Mia, sin entender a quién se refería—. ¿La señora mayor de Hurum?

—Sí, claro.

Ahora ya se acordaba. La señora que usaba la televisión estatal para estar al tanto de qué hora era.

—¿Has encontrado algo?

—No, desgraciadamente no pudo decirme más de lo que ya sabíamos. Una furgoneta blanca, algún logotipo en el lateral, tal vez una flor.

—¿Del huerto? —preguntó Mia, un poco más despierta.

—Yo también lo esperaba —contestó Kim—. Pero añadió que también podría haber sido una naranja.

—Vale —aceptó Mia con un suspiro.

—Pienso que deberíamos tacharla de momento.

—¿Estaba segura de que era una furgoneta blanca?

—Sí —respondió Kolsø—. El problema es solo que, según Ludvig, hay miles de furgonetas blancas registradas en Oslo y Buskerud, así que a saber por dónde empezamos, ¿sabes lo que te digo?

—Ya —replicó Mia—. Nada, entonces lo dejamos, si no es lo único que tenemos.

Sintió cómo el calor comenzaba a extenderse por el piso. Estiró las piernas sobre la mesa y bostezó un poco. El sueño provocado por las pastillas no había hecho efecto. Necesitaba dormir

en condiciones.

—Qué más… —dijo Kim, y desapareció un ratito otra vez, como si estuviera hojeando algo —. Sí, la peluca.

—¿La que llevaba puesta cuando la encontramos?

—Sí —contestó Kim—. La de pelo rubio, ¿te acuerdas?

«La virgen con la peluca rubia».

—Claro, ¿hay algo sobre ella?

—Es un poco extraño… —continuó Kim y volvió a callarse un rato, como si él mismo no terminara de creerse la información que tenía delante.

—Sí, es que todo va muy rápido por aquí, me da la impresión que los técnicos están un poco cabreados con nosotros por exigir tanta rapidez, pero, en todo caso…

—¿Sí? —preguntó Mia.

—Sí, es solo un informe preliminar que nos han pasado por darles tanto la lata, creo, pero parece que se trata de una especie de…, bueno, qué cojones voy a saber yo sobre esto, pero, en fin…

Volvió a desaparecer.

—¿Sí? —insistió Mia.

—Bueno, parece que esto es un poco especial.

—¿El qué?

—Lo de la peluca. La idea que tengo de pelucas es que vas a una tienda de juguetes, ¿no? Para comprarte alguna cosa para el carnaval o algo. Quieres disfrazarte de Marilyn Monroe y necesitas algo barato, ¿me entiendes?

Mia ya estaba despierta y podía oír que había algo ahí. No sabía decir exactamente qué era, pero había algo en la voz del investigador, siempre tan tranquilo en condiciones normales, que no terminaba de entender. Había algo ahí.

—¿Pero esta peluca no era una de esas?

—No —contestó Kim, y Mia tuvo la sensación de que todavía miraba sus apuntes.

—En fin, es solo un informe preliminar, pero, aun así…

—¿Sí?

—Parece que el pelo es auténtico —admitió por fin Kolsø.

—¿Es muy raro eso? —preguntó Mia.

—No sé mucho sobre el tema, pero, bueno, la persona del laboratorio con la que hablé, Tormod o Torgeir, no recuerdo su nombre, comentó que habían encontrado pelo auténtico de por lo menos veinte mujeres diferentes en ella.

—¿En la peluca?

—Sí —dijo Kolsø.

—¿Y es muy raro eso? —insistió Mia.

—No, puede que no —continuó Kim—. Pero, bueno, si es una peluca así de exclusiva, supongo que hay que encargarla especialmente, ¿no? ¿Cuánta gente se dedica a fabricar estas cosas? Las pelucas de pelo largo auténtico de muchas mujeres tienen que salir caras. ¿Crees que hay algo ahí?

—Claro que sí —dijo Mia, levantándose del sofá—. No creo que sea muy raro, pero, bueno, podemos probar y ver qué descubrimos.

Mia se acercó al radiador bajo la ventana y sintió el calor contra su piel desnuda. Se quedó mirando por la ventana. El estadio de Bislett. La vida que transcurría al otro lado. Casi

medianoche en la ciudad de Oslo. Fuera había gente que no tenía que vivir como ella, gente que había salido a tomar una cerveza con amigos y se iba a casa para acostarse junto a su pareja. Dos personas que se agarraban el uno al otro, temblando de frío, gente joven con sonrisas en sus caras, cruzando la calle sin ninguna preocupación. Una mujer con un plumífero rojo bajo una farola. Una capucha sobre la cabeza y las manos metidas en los bolsillos, mirando hacia una ventana, seguramente del piso superior o inferior al de ella, tal vez esperando a que una amiga le abriera la puerta para dejarla pasar. Gente normal. Vidas normales. Y sentía envidia. Levantarse por la mañana. Irse a trabajar. Volver a casa por la tarde. Encender la tele. Tener los fines de semana libres. Prepararse una pizza. Ver cómo un corredor de esquí de fondo ganaba algo.

—¿Estás ahí? —preguntó Kim, que acababa de decir algo que ella no había captado.

—Sí, estoy aquí —respondió Mia.

—¿Y qué piensas?

—¿Por qué no lo hablamos mañana por la mañana? —propuso Mia, acercándose al sofá de nuevo.

—Sí, claro —contestó Kim Kolsø, y Mia lo notó otra vez, una sensación vaga de que no le estaba diciendo lo que tenía ganas de decir.

—Buen trabajo, Kim —le felicitó Mia.

—¿Qué? Sí, gracias, pero…

Se calló otra vez. Pasó un buen rato antes de que volviera a hablar.

—Me estáis manteniendo al tanto, ¿verdad?

Al principio Mia no sabía a qué se refería.

—Quiero decir, Holger y tú.

—¿Al tanto? —preguntó Mia—. ¿Qué quieres decir?

Y entonces surgió aquello que parecía estar detrás de todo lo que decía.

—No, bueno, desde que…, en fin, Emilie y yo… —murmuró Kim Kolsø.

Mia no tenía más que respeto hacia el habilidoso investigador. Si hubiera tenido que dejar su vida en manos de alguien, él habría sido uno de los primeros de la lista. Nunca le había oído hablar de esa manera.

—¿Qué quieres decir, Kim?

—… desde que pedí el traslado —contestó Kim, y por la voz parecía que le había costado soltarlo.

—¿Qué significa esto?

—Bueno, no lo sé —continuó Kolsø—. Tengo la sensación de que…, en fin. Desde que Emilie y yo decidimos… Desde que pedí el traslado…, bueno, que ya no cuento, que estáis haciendo esto dejándome de lado.

—¿Kim…? —le llamó Mia, y se envolvió mejor con la manta.

—¿Sí?

—Por supuesto que no.

—¿Seguro? —preguntó el hombre, que, en condiciones normales, era muy tranquilo, y Mia se sorprendió una vez más del tono de voz.

—¿Por qué cojones íbamos a hacer algo así? Si eres la persona más cualificada en el equipo. ¿Qué pasa, Kim?

—No, solo que…

Volvió a desaparecer un momento.

—Por supuesto que te estamos manteniendo al tanto, Kim —aseguró Mia, y se levantó otra

vez.

—Vale, muy bien.

—Faltaría más.

Mia dejó caer la manta y cruzó la habitación, desnuda, hacia el baño.

—Entonces ¿quedamos en la puesta en común, mañana a las nueve? —dijo Kolsø.

—Eso es —confirmó Mia.

—Muy bien —admitió Kim, y parecía que iba a añadir algo más, pero no lo hizo—. Allí nos vemos.

—Hasta mañana —se despidió Mia, y pulsó el botón rojo, dejó el teléfono, entró desnuda en la ducha y se quedó dentro con la cabeza agachada delante de los azulejos, tanto tiempo que al final se acabó el agua caliente.

39

Helene Eriksen apagó el motor, salió de su coche y encendió un cigarrillo. Se subió la cremallera del plumífero hasta arriba y enseguida tuvo la sensación de que estaba haciendo algo que no debía. ¿Quedar en un camino apartado y escondido a esas horas? Dio una profunda calada, vio cómo el resplandor rojo iluminaba sus dedos y notó que estaba tiritando. El frío, tal vez, el mes de octubre que de repente había traído una oscuridad que normalmente pertenecía a noviembre o diciembre, pero sabía que no era solo por eso, claro. Metió las manos en las mangas y se quedó mirando el camino abandonado, en busca de los faros que enseguida llegarían.

«Déjame ver».

Lengua fuera.

«Buena chica. Siguiente».

Habían pasado más de treinta años, pero aun así no podía dejar de pensar en ello. Todavía podía despertarse en medio de la noche, con las sábanas bañadas en sudor, de un sueño en el que había dormido en el viejo sofá otra vez, preocupada por dónde estaba él, preocupada por lo que podría pasar. El miedo a ser castigada, si hacía algo mal. O si decía algo que no debía. Si pensaba en algo diferente de los pensamientos que las señoras querían que tuviera. Por aquel entonces tenía siete años y ahora, más de cuarenta, pero aun así no podía deshacerse de los recuerdos, y lo odiaba.

—No es culpa tuya.

Fue lo primero que le había dicho el psicólogo. Tenía once años, quizá doce, no recordaba exactamente, solo se acordaba del extraño olor del despacho y de que le había costado abrir la boca.

—No es culpa tuya, Helene. Quiero que empieces por ahí. Por favor, piensa que no es culpa tuya. ¿Puedes hacer eso por mí? ¿Puedes comenzar con eso?

Helene Eriksen apoyó el trasero en el capó, subió las piernas y se quedó sentada en la oscuridad, con los ojos mirando el paisaje a su alrededor. Las sombras de los árboles se parecían a figuras, personas moribundas que susurraban, y sintió con más intensidad cómo la soledad todavía la inquietaba. Arrojó el cigarrillo a medio fumar y se sentó tras el volante otra vez. Se sentía más segura ahí dentro. Metió la llave en el contacto y la giró hasta la primera posición para poder encender la calefacción y la radio.

«Déjame ver».

Lengua fuera.

«Buen chico. Siguiente».

Jugó un poco con los botones y encontró un canal que le gustaba, que le hacía pensar en otra cosa. Subió el volumen y se quedó repiqueteando con los dedos contra el volante mientras

miraba a través del parabrisas, buscando las luces que enseguida llegarían.

—¿Crees que lo conseguirás, Helene?

Desteñirse el pelo. Llevar la misma ropa siempre. Siempre hacer lo que las señoras decían. Siempre lo mismo, un día sí y otro también. Clases, yoga, tareas de casa, deberes, pastillas, clases, yoga, tareas de casa, deberes. Hacía ya treinta años. ¿Cuánto tiempo tenía que pasar para que lo olvidara?

—Entiendo que es difícil, pero estoy aquí para ayudarte.

Helene Eriksen sacó la cajetilla del bolsillo y encendió otro cigarrillo, aunque en realidad no le apetecía. Abrió la puerta del coche un poco para no estar envuelta en el humo, pero la cerró rápidamente, hacía demasiado frío. ¿Invierno en octubre? Era como si alguien ahí arriba hubiera decidido castigarles.

—¿Qué piensas, Helene?

Doce años en una silla en el centro de Oslo delante de un hombre desconocido con bigote.

—No es culpa tuya, ¿lo comprendes, Helene?

Dio otra calada al cigarrillo y volvió a subir el volumen de la radio. Le gustaba cómo la música llenaba el coche y le hacía pensar en otras cosas.

«Liquidación concursal. Huerto en venta».

Habían pasado veintidós años y ella había hecho lo que dijeron que hiciera. Seguir estudiando. Licenciarse. Llegar a ser alguien.

«Hurumlandet. Tres hectáreas de tierra. Cuatro invernaderos. En buen estado, pero necesita algunos arreglos».

Había tomado el autobús hasta el lugar. Liquidación concursal. Centro de jardinería. Y después vio, con claridad, qué era lo que quería hacer con su vida.

«Ayudar a los demás».

Helene apagó la radio, miró el reloj y volvió a salir del coche. Pensó en la posibilidad de encender otro cigarrillo, pero se dio cuenta de que no tenía sentido, así que se quedó con las manos en los bolsillos del plumífero, mirando la oscuridad.

—¿En qué estás pensando, Helene?

Cambió de idea y encendió uno después de todo, recorriendo el camino con la mirada en busca de las luces que en breve tenían que llegar.

«Han pasado más de treinta años. ¿Cuántos más hacen falta para olvidarlo?».

Helene Eriksen dio otra calada al cigarrillo y, al momento, aparecieron las luces que había estado esperando. La furgoneta blanca llegó y paró justo al lado de ella.

—Hola, ¿qué pasa? —dijo la cara al otro lado de la ventanilla.

—¿No te has enterado? —preguntó Helene.

—¿Enterado de qué? —replicó el hombre tras la ventanilla.

—¿Estás de broma? —contestó Helene, y se acercó al hombre que estaba sentado en el coche. Pudo ver que reflexionaba un poco antes de responder.

—Bueno, pero no tiene nada que ver conmigo.

Helene tenía muchas ganas de creerle. Habría dado lo que fuera por la sensación de confiar en él, pero no lo consiguió.

«Su hermano».

«No llevaba ropa».

«Estaba completamente desnudo, pero tenía el cuerpo cubierto de… ¿plumas?».

—Han estado preguntando —afirmó, envolviéndose mejor con la cazadora.

—¿Y qué preguntan?

—Cosas sobre la gente, sobre todo.

—Por Dios, Helene, ¿crees que he sido yo?

—Te quedaste ahí abajo, ¿no? ¿En tu casa? ¿Todo el verano? No estarías en casa, ¿verdad? Solo quiero…, en fin, ya sabes. Preguntar. Me importas mucho.

Su hermano sonrió y sacó la mano por la ventanilla.

—Yo también te quiero, Helene, pero, por favor, ¿quedar aquí, en medio de la nada, en plena madrugada? No creo que hiciera falta.

Ahora se sentía estúpida y trató de buscar refugio en el plumífero. Su hermano sonrió y le tocó la mano a través de la ventanilla.

—Vale, pero solo quería…, ya sabes, lo de las plumas y todo eso.

—Hace mucho que dejé aquello. Ahora vete a casa a dormir, ¿vale?

Helene Eriksen notó la mano caliente contra la suya otra vez, antes de que subiera la ventanilla.

Y luego volvió a desaparecer, tan rápido como había llegado.

5

40

Parecía que Holger Munch había dormido bien. Estaba sonriente delante de la pantalla de la sala de reuniones, esperando a que todo el mundo tomase asiento. Gabriel Mørk no se sentía tan bien. Por primera vez desde que habían empezado con el caso había contemplado la posibilidad de quedarse en casa. Tomarse un día libre para distanciarse un poco de todo. El vídeo lo había dejado totalmente trastocado, se había sentido mal, ¿serían los primeros síntomas de una gripe? Además, su novia estaba embarazada, de siete meses ya, habría estado bien tomarse un día para estar con ella. Podrían haber dado una vuelta juntos por el centro. Comprar un poco de ropa para el niño que vendría en breve.

Aun así había acudido, porque Gabriel sabía que en realidad no eran más que excusas. Lo que le quitaba las ganas de ir era lo de Skunk. Sabía que le preguntarían. Tenían que encontrar a Skunk, y esa responsabilidad caía sobre Gabriel, naturalmente, pero lo cierto era que el joven hacker no tenía ni idea de dónde podía dar con él.

—Vale, buenos días a todo el mundo —sonrió Munch desde su posición junto al proyector mientras la gente iba tomando asiento en la habitación a su alrededor—. Siento haberme encontrado en tan mala forma ayer, supongo que es la edad.

Guiñó un ojo y algunas personas sonrieron cautelosamente.

—Antes de empezar, ¿hay alguna novedad?

Gabriel vio que Ylva permanecía inquieta en su silla, había sido la primera en entrar en la sala de reuniones y era evidente que estaba ansiosa por contar lo que había descubierto.

—Yo tengo algo —comentó Ylva, sonriendo, sin levantar la mano esta vez.

—¿Sí? —dijo Munch.

—El tatuaje —señaló Ylva, y se levantó para pasarle una hoja a Munch.

La chica se quedó de pie, sin saber muy bien si debía sentarse o no, mientras Munch contemplaba la hoja que le había dado.

—Entiendo, muy bien —afirmó, contento—. ¿Qué es lo que estamos viendo?

Munch hizo un pequeño gesto de cabeza hacia ella en señal de que debía quedarse donde estaba para compartir la información con el resto del grupo. Gabriel podía percibir que estaba un poco nerviosa, pero sobre todo orgullosa de haber descubierto algo. Ylva se metió las manos en los bolsillos y cogió un poco de carrerilla antes de empezar.

—Bueno, el tatuaje que Camilla llevaba en el brazo, ¿os acordáis?

Todos en la habitación asintieron.

Una cabeza de caballo con las letras A y F debajo.

—Me quedé despierta anoche, porque había algo ahí, llevaba tiempo tratando de averiguar qué era. Me sonaba, pero no recordaba exactamente de qué.

Ylva se encontraba ya un poco más relajada y miró al suelo antes de continuar. Era evidente que le parecía un poco incómodo hablar delante de los demás de esta manera, pero también estaba contenta.

—Así que no podía dormir y me quedé pensando en ello, y entonces me di cuenta de que…, bueno, ya sabéis, esa línea que hay en medio…

Munch había encontrado la foto del tatuaje y ahora estaba en la pared detrás de él. El brazo de Camilla. La cabeza de caballo. Las letras A y F.

—Bien, y entonces pensé de repente: ¿y si no son las letras A y F? ¿Qué pasaría si esta línea…? Bueno, ahí la tenéis.

Ylva se acercó a la pared y señaló con el dedo. La gente ya la miraba con interés, parecía que por fin estaban desperezándose.

—¿Y si esta línea no es una línea, sino una letra también? ¿Lo veis?

—¿Una L? —asintió Mia, lentamente.

—Eso es —sonrió Ylva—. ¿Qué pasaría si las letras que estamos viendo no solo son una A y una F sino…?, a ver, mirad esto…

Se acercó a la pared y volvió a señalar con el dedo.

—ALF.

—¿ALF? —bostezó Curry—. ¿El tipo se llamaba Alf?

La gente se rio un poco.

—¿Qué? —dijo Curry, mirando a su alrededor.

Gabriel no sabía muy bien qué le pasaba a Curry, pero era cierto que había estado un poco ausente últimamente, no era él mismo.

—Tú sigue, Ylva —dijo Munch.

—Bueno, como iba diciendo —continuó Ylva—. Me estaba rondando por la cabeza, pero no terminaba de definirlo, hasta que se me ocurrió lo de la L. Y me costó un buen rato, pero anoche al final encontré esto en la red.

Miró a Munch.

—He hecho algunas copias más, ¿os las doy…?

Munch sonrió y asintió. Ylva se encaminó rápidamente a su sitio y comenzó a repartir hojas.

—¿Qué estamos viendo? —preguntó Kim Kolsø.

—Animal Liberation Front —dijo Ylva, que ya se encontraba junto a Munch otra vez—. ALF. Frente de Liberación Animal. Esto es su logotipo, o uno de ellos. La cabeza de caballo con las letras por debajo.

Se oyó un leve murmullo entre la gente. La joven, que estaba radiante de orgullo, echó una breve mirada hacia Munch, quien asintió con la cabeza en señal de que siguiera.

—El Frente de Liberación Animal fue fundado en Inglaterra ya en 1974, y hoy en día tiene miembros activos en cuarenta países. Se les conoce por su postura agresiva hacia la gente o las empresas que mantienen a animales encerrados, sobre todo los laboratorios que utilizan animales para sus experimentos. Hay quien les califica de organización terrorista en favor de los animales. No dudan en echar mano de métodos bastante brutales, e ilegales, para conseguir sus objetivos.

—¿Y también están en Noruega? —preguntó Mia.

—Sí y no, eso es lo más extraño —continuó Ylva—. En Noruega se hacen llamar «Frente de Liberación Animal» y estuvieron muy activos entre 1992 y 2004, con una serie de acciones contra granjas que comercian con pieles, tiendas de abrigos de piel y esas cosas. Tienen su propio sitio web, pero no está actualizado desde 2009, así que no sé muy bien si siguen activos

hoy, o si simplemente se han vuelto clandestinos y operan bajo otro nombre, o…, en fin, no lo sé.

Ylva echó otra mirada a Munch, quien hizo un gesto con la cabeza para indicar que podía volver a su sitio.

—Bien, nuestra amiga Camilla Green tenía un tatuaje en el brazo de una organización de protección de animales, Animal Liberation Front.

Munch contempló la hoja que Ylva le había dado, y después la miró a ella con otra sonrisa.

—Muy buen trabajo, Ylva.

La joven le devolvió la sonrisa, orgullosa.

—Quiero que sigas esta pista, ¿vale? Averigua qué puedes sacar. Cualquier cosa sobre el Frente de Liberación Animal, si han llevado a cabo acciones parecidas en los últimos tiempos, si podemos vincular a Camilla con ellos de alguna manera. Ludvig te ayudará a meterte en los archivos, o con cualquier otra cosa que necesites, ¿vale?

Ylva miró a Ludvig, que confirmó las palabras de Munch con una sonrisa.

—Bien —dijo Munch—. Que empecéis bien el día.

Gabriel tuvo la sensación de que Munch iba a salir a fumar, pero no lo hizo. En lugar de ello jugueteó con el proyector; hoy parecía ansioso por seguir trabajando, casi como si quisiera recuperar el tiempo que había perdido mientras dormía.

—Ahora tenemos unas cuantas cosas, muchas, así que ya va siendo hora de priorizar un poco, ¿entendido?

La gente asintió.

—Primero los detalles técnicos de lo que hemos encontrado en el centro de jardinería. ¿Marihuana?

Miró a Kim Kolsø.

—No hay muchas plantas, siete u ocho.

—¿Y qué pensamos de esto?, ¿resulta relevante?

Kim se encogió de hombros.

—Es demasiado pronto para decirlo, pero merece la pena echar un vistazo. Sé que no pertenece a nuestra área, y no sé hasta qué punto a nuestros amigos de estupefacientes les puede interesar un hallazgo tan pequeño, pero, tal y como yo lo veo, Helene Eriksen tiene que dar algunas explicaciones.

—Si es que conocía su existencia —señaló Munch.

—Naturalmente —admitió Kolsø—. En cualquier caso, había alguien allí que sí lo sabía, y esto podría llevar a algo.

—Claro, tienes toda la razón. Tendremos que darnos otra vuelta por el lugar hoy mismo. ¿Te encargas tú, Kim?

Kolsø asintió.

—No hay problema.

—Bien —continuó Munch—. Y, ya que estás allí, mira el tema de la nota con el dibujo del búho. Es la prueba más concreta que tenemos, nuestra pista más firme hasta el momento. ¿A alguien le suena de antes? ¿Alguien del lugar ha podido escribirla? ¿Alguien puede aportar cualquier detalle sobre ella? ¿Me entiendes?

Kim Kolsø asintió con la cabeza.

—Yo me encargo.

—Yo también voy —afirmó Curry.

—Bien —dijo Munch, y pulsó el botón para sacar la siguiente foto.

—¿La peluca?

—Sí —contestó Ludvig, y miró sus apuntes—. Es una cosa bastante exclusiva, pelo auténtico, no es algo que puedas comprar en cualquier sitio. No hay mucha gente en el país que comercialice este tipo de cosas, pero hay una empresa que se llama…

Volvió a hojear un poco.

—Las pelucas de Ruhs, en el barrio de Frogner; he pensado que podemos empezar allí. Si está comprada allí, puede que hayan registrado la venta. Si no, tal vez puedan decirnos de dónde viene.

—Bien —replicó Munch, y volvió a pulsar el botón—. Y luego tenemos estas.

Gabriel se sobresaltó un poco en su silla al contemplar dos fotografías que no había visto antes. Se dio cuenta de que a muchos de los otros les pasaba lo mismo.

—¿Eh? —dijo Curry, mirando la pantalla fijamente.

—¿Anette? —dijo Munch, con un gesto de cabeza hacia la abogada rubia.

—Como ya sabéis —dijo Goli—, hace unos días un hombre de treinta años, que vive no muy lejos del lugar donde Camilla fue encontrada, confesó el asesinato. Jim Fuglesang es paciente de la unidad de psiquiatría del hospital de Dikemark, donde ha estado ingresado en varias ocasiones, con cierta regularidad, según hemos podido comprobar. Como ya sabéis, no creemos que sea el autor del crimen, pero lo interesante es que, cuando se presentó en comisaría, en Grønland, trajo estas fotografías.

Gabriel miró las fotografías con curiosidad. Mostraban un gato y un perro. Estaban muertos y habían sido colocados de la misma manera que en el caso de Camilla Green. Sobre un lecho de plumas. Dentro de un pentagrama de velas.

—Por Dios —dijo Ylva.

—¿Qué cojones es esto? —gruñó Curry.

Munch se encogió de hombros levemente.

—Eso es lo que no terminamos de comprender. ¿Qué estamos viendo? ¿Alguna idea?

Munch miró a la gente.

—Cojón —refunfuñó Curry, otra vez—. ¿El mismo grotesco ritual? ¿Con dos animales? ¿Qué clase de cabrón es este?

Lanzó una rápida mirada a Mia.

—Lo dicho, no estamos muy seguros —dijo Mia, que se había mantenido inusualmente callada hasta el momento.

Era evidente que ya habían estudiado las fotografías durante algún tiempo, sin entender su significado. Gabriel no comprendía por qué habían tardado tanto en enseñarlas al resto del equipo, pero Munch y Mia siempre tenían sus motivos, así que no le dio muchas vueltas. Estaba sobre todo preocupado por lo que vendría en breve. Enseguida le tocaba. Las preguntas sobre Skunk.

—No hemos podido hablar con este Jim Fuglesang, porque…, bueno…

Miró a Anette Goli otra vez.

—Ayer hablé con el jefe de psiquiatría de Dikemark. Dice que no hay que alterar a Fuglesang bajo ningún concepto. Por lo visto, todo esto le ha superado un poco y parece que ya no habla. Creo que está medicado. No me han dado los detalles, por el secreto médico y todo eso, pero es lo que he entendido.

—Pero está en nuestra lista, ¿verdad? —dijo Munch.

—Naturalmente —afirmó Goli.

—¿Dónde ha sacado estas fotos? ¿Cuándo las ha hecho? Esto es lo que tenemos que averiguar cuanto antes.

Munch se giró hacia las grotescas fotografías en la pared otra vez.

—¿Mia?

Mia Krüger se levantó de su sitio y se acercó a Munch. Algo le pasaba, Gabriel no sabía exactamente qué era, pero había algo en sus ojos y en la postura en general. Parecía estar muy cansada y un poco ausente.

—Tal y como ha dicho Holger, todavía no hemos podido determinar todo el contexto, pero no hay duda de que esto es relevante. Tiene que ver con el asesinato de Camilla, seguro. No puede ser casualidad.

Señaló las fotografías.

—Las plumas. Las velas. Y, sobre todo, la posición de los brazos o, en este caso, de las patas, ¿lo veis? Están colocadas en la misma postura que los brazos de Camilla, una hacia arriba y otra hacia abajo junto al costado. A las doce y a las cuatro horas. Pero ¿por qué? Todavía no lo sabemos.

Daba la impresión de que Mia iba a decir algo más, pero cambió de idea y volvió a su sitio. No parecía estar en muy buena forma hoy.

Munch volvió a mirar a la gente.

—¿Algunas ideas espontáneas?

—Es un hijo de puta enfermo —gruñó Curry.

—Gracias, Curry —dijo Holger—. ¿Otras ideas? ¿Asociaciones? ¿Cualquier cosa?

Nadie comentó nada. Los demás parecían tan afectados por las fotografías como Gabriel.

—Vale, entonces lo vamos a dejar por el momento. Hasta que podamos hablar con Jim Fuglesang. ¿De acuerdo?

Munch volvió a mirar a Anette Goli, quien asintió.

—Vale —repitió Munch, y volvió a pulsar el botón.

Salió una nueva foto en la pared y Gabriel se sobresaltó un poco otra vez, pero los demás se mantuvieron tranquilos. Al parecer era algo que ya habían visto después de que él…, en fin, vomitara y tuviera que irse a casa. Todavía estaba un poco avergonzado por ello. Poca madera de policía. No se sentía demasiado bravucón y se quedó mirando la fotografía con curiosidad. Parecía ser un fotograma del vídeo. Una ampliación de la pared detrás de la rueda que Camilla había hecho girar para obtener comida.

«Una figura emplumada».

«¿Una persona con plumas?».

Gabriel sintió un escalofrío y ahora volvió la sensación que había tenido tras ver el terrible vídeo. La náusea. Se recompuso y se dio cuenta de que la gente a su alrededor también permanecía muy quieta. De repente la sala estaba sumida en un profundo silencio.

Daba la impresión de que Munch quería pesar las palabras antes de pronunciarlas.

—Lo dicho, ya lo comentamos ayer, tenemos la sensación de que esto que vemos es el autor del crimen.

—Joder —dijo Curry, negando con la cabeza.

—No está del todo claro —continuó Munch, señalando la fotografía—. Pero puede parecer que hay una persona allí.

Gabriel podía percibir que Munch luchaba un poco consigo mismo.

—Una persona que la está mirando —añadió rápidamente, antes de recomponerse—. Camilla está encerrada. Y tiene un espectador. Una persona que…, bueno…

—¿Un hombre pájaro? —preguntó Curry—. ¿Qué cojones es esto? ¿Quién coño se cubre el cuerpo de plumas?

Gabriel se dio cuenta de que todo el mundo estaba mirando a Mia, esperando que les diera algún tipo de respuesta y les ayudase a comprender eso, a colocar las cosas en su contexto, pero seguía sin decir nada.

—Lo que estamos pensando es que este…, bueno, cómo llamarlo, esta figura la está mirando. Que la mantiene encerrada para mirarla. ¿Lo hace por placer? No lo sabemos.

Gabriel vio que Munch observaba a Mia, ya que era su campo, ella era la que solía explicarles este tipo de cosas retorcidas, pero Mia continuaba sin moverse de su silla.

—Vale —dijo Munch, rascándose la cabeza un poco—. Una persona con plumas. Una persona emplumada. Camilla estaba sobre un lecho de plumas. El gato muerto estaba sobre un lecho de plumas. El perro estaba sobre un lecho de plumas. Bien, hay algo aquí que todavía no entendemos, pero que debemos averiguar.

Munch lanzó otra mirada a Mia, pero tampoco hubo respuesta esta vez.

—Plumas de búho —intervino Ludvig Grønlie.

—Sí —afirmó Munch, y parecía aliviado de que otra persona comentara algo.

—Y descubrí algo extraño, pero no sé si vamos a poder usarlo.

Ludvig miró sus apuntes otra vez.

—¿El qué? —preguntó Munch.

—Estaba bien metido en los archivos, no se trata de una prioridad y lo encontré por casualidad. No sé si nos puede servir, pero, de todos modos…

—¿Qué has encontrado? —insistió Munch.

—Un robo de hace unos meses, en el Museo de Ciencias Naturales de Tøyen. En fin, es un caso de poca importancia, pero me fijé en él porque había algo extraño ahí.

Todos miraron al veterano investigador.

—Seguro que sabéis dónde está el museo. ¿Allí, en el jardín botánico de Tøyen? Plantas y flores y esas cosas. Tienen una sección zoológica también. Y hace unos meses, el día…

Grønlie echó un vistazo a sus apuntes otra vez.

—… 7 de agosto, nos avisaron de un hurto en el museo, en una exhibición llamada *Animales noruegos y extranjeros*. Lo extraño del caso es que, bueno, por eso me fijé en ello, porque al parecer tenían un mostrador dedicado a todas las especies noruegas de búhos, y eso fue lo único que robaron. Quiero decir, no tiene por qué significar nada, pero aun así puede merecer la pena echarle un ojo.

—Claro que sí —dijo Munch, asintiendo—. Muy bien, Ludvig. ¿Tenemos una persona de contacto por ahí?

Grønlie volvió a mirar sus apuntes.

—El que avisó del hurto fue el taxidermista jefe, un tal Tor Olsen. Tengo los datos aquí. Quiero decir, Camilla fue encontrada sobre un lecho de plumas de búho. Y alguien ha robado una colección entera de búhos noruegos.

—Tenemos que mirarlo ya —continuó Munch con una expresión seria—. Muy bien, Ludvig. Mia, ¿te ocupas tú de eso?

Mia Krüger levantó la mirada de repente, como si acabara de despertarse.

—¿Qué?

—¿Las plumas del búho? ¿El hurto del Museo de Ciencias Naturales? ¿Puedes encargarte de eso?

—Sí, claro —dijo Mia en voz baja, con cara de no saber muy bien de qué estaba hablando.

—Vale —zanjó Munch.

Gabriel se dio cuenta de que ya le tocaba a él.

—Ese hacker que encontró el vídeo. Tu viejo amigo, Skunk, ¿has hecho algún tipo de progreso con eso?

Todos lo miraron.

—Lo he intentado y todavía nada. Pero estoy en ello, estoy…

—Vale, muy bien —atajó Munch—. Sigue intentándolo y mira qué puedes sacar, tenemos que hablar con él. Necesitamos saber dónde se encuentra ese servidor donde estaba el vídeo.

—Vale —respondió Gabriel y asintió, tan sorprendido como aliviado por haberse librado con tanta facilidad.

Al principio no entendía por qué, pero luego se dio cuenta. Munch estaba preocupado por Mia.

—¿Podemos hablar en mi despacho?

—¿Qué? —dijo Mia, que todavía parecía estar un poco ausente.

—¿En mi despacho? ¿Tienes cinco minutos?

Mia levantó la mirada.

—Claro que sí —contestó con voz débil.

—Vale, perfecto —dijo Munch, dirigiéndose a la gente de la sala otra vez—. En cuanto tengamos alguna novedad, informamos al resto, ¿de acuerdo? Propongo una nueva puesta en común esta tarde, ya os informaré de la hora.

Mia Krüger se levantó en medio de los gestos afirmativos de la gente y siguió, casi a regañadientes, a Munch hasta su despacho.

41

Munch cerró la puerta tras Mia y tomó asiento en la silla de detrás del escritorio. Ella se sentó en el pequeño sofá y se quedó mirándolo con una expresión un poco extrañada. Munch le devolvió la mirada, pensando en lo que iba a decir. La mirada de Mia parecía algo difusa, como si no estuviera del todo presente, y no era capaz de interpretarla.

—¿Qué ocurre? —dijo ella al final.

—Bueno, eso te iba a preguntar a ti.

—¿Qué? —replicó Mia, y dio la impresión de que iba despertándose poco a poco.

Munch pesó sus palabras otra vez. Llevaba unos días pensando en ello. Primero en el Justisen, después en la puesta en común del día anterior, y ahora también en la reunión de la mañana. Mikkelson la había suspendido. Tenía que ir a un psicólogo que debía evaluar si estaba preparada para recibir el alta; para trabajar otra vez. Al principio, Munch se había sentido molesto, era típico de Mikkelson, pero en los últimos días había pensado que Mikkelson podría haber tenido razón. Quizá no estuviera preparada para esto. A fin de cuentas, no había pasado mucho tiempo desde que la encontró, sola, en una isla de Trøndelag.

Y ella no había dicho nada, claro está, pero él se había dado cuenta. No estaba de vacaciones en la isla. Se había ido allí para apartarse del mundo. Para quitarse la vida. Aquella vez consiguió sacarla. Su aspecto era horrible: estaba como un palo y tenía los ojos muertos. Ahora él lo había vuelto a hacer, la había traído otra vez. Y tenía una fuerte sensación de que no había sido una buena decisión. Ella quizá debería haber seguido de baja. Podría no estar preparada para esto. Quizá debería haber seguido con el psicólogo, después de todo.

—¿Qué tal estás, Mia? ¿Va todo bien? ¿Todo en orden?

Mia Krüger se despertó del letargo en el que había estado sumida y le clavó los ojos. Esta vez con una mirada irritada y despierta, de la vieja Mia que Munch conocía muy bien.

—¿Me estás tomando el pelo o qué?

Se había dado cuenta de lo que Munch había querido decir y no le gustaba nada.

—Tranquila —dijo Munch, levantando las palmas—. Solo quiero saber si estás bien, eso es todo. Eres mi responsabilidad, ¿sabes?

Intentó esbozar una sonrisa encantadora, pero ella no se dejó convencer. Se quedó escrutándolo con ojos recelosos.

—¿Mikkelson te ha dado un toque?

—¿Qué? No, no.

—¿He metido la pata? ¿He vuelto a dejar al cuerpo en mal lugar? ¿La prensa nos está crucificando porque todavía no hemos resuelto esto? Vamos, ¿hace cuánto que la encontramos? ¿Seis días? Por Dios, hemos avanzado muchísimo, tenemos un montón de pistas…

Se inclinó hacia delante con irritación.

—No, no —contestó Munch, y volvió a levantar las manos—. No es eso. Mikkelson no me ha dicho nada. Nadie ha mostrado su disconformidad. Hemos hecho todo lo que hemos podido. Tú has hecho todo lo que has podido.

—Que vengan a decirme lo contrario —replicó Mia, enfadada—. Puto Mikkelson.

—Esto no tiene nada que ver con Mikkelson —afirmó Munch.

—¿Entonces cuál es el problema? —preguntó Mia, con un gesto rendido.

—Soy yo —respondió Munch, con cuidado.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy un poco preocupado por ti, solo eso.

Munch trató de esbozar otra sonrisa.

—¿Preocupado? Joder, Munch. ¿Preocupado por qué?

—No por el trabajo que estás realizando, claro. Por Dios, Mia, no haríamos nada sin ti. No, estoy pensando más en…, bueno, en tu salud, ¿me entiendes?

—¿Cómo que mi salud? —dijo Mia, que ya estaba un poco más tranquila—. Estoy bien, ¿acaso parece que no?

Munch no dijo lo que pensaba. Que tenía pinta de estar totalmente agotada. Al borde de algo.

—Claro. Por Dios, ¿un amigo no puede mostrar un poco de…, bueno, cómo se dice…?

—¿Idiotez? —añadió Mia con una sonrisa maliciosa, volviendo poco a poco a su viejo ser.

—Ja, ja —rio Munch—. Interés. Interés era la palabra que estaba buscando.

Mia sonrió levemente y encontró una pastilla en el bolsillo de su pantalón. La puso sobre la lengua y miró a Munch con un poco más de amabilidad esta vez.

—Por Dios, Munch, no estamos en la guardería, ¿no?

Parecía por lo menos contenta de que hubiera preguntado; de que se preocupase.

—He estado un poco cansada últimamente, lo confieso —dijo suspirando—. He dormido mal. Tenía algunas cosas en la cabeza, pero nada que no pueda manejar, ¿vale? He pasado por momentos peores.

—¿Entonces no necesitas tomarte un día o dos?

—¿Quieres darme vacaciones? —dijo Mia, soltando una risita—. Ahora sí que tienes que espabilar, Holger, pareces un viejo chocho. Puede que tengas razón después de todo, estás ya muy mayor. ¿Cuántos cumples? ¿Sesenta y cinco? ¿Setenta y cinco? Marcharme de vacaciones en medio de todo esto, ¿es el día de los inocentes o qué?

Era evidente que a Mia le parecía realmente divertido. Se rio en alto, negando con la cabeza. A Munch le volvieron a asaltar las dudas. De si estaba del todo bien. De si realmente estaba presente.

—¿Entonces todo está bien?

—Claro que todo está bien, Holger. Por Dios, ¿tienes este tipo de conversaciones con todos tus empleados o solo conmigo?

Le guiñó un ojo y se levantó.

—Gracias por preocuparte, pero estoy bien.

—Vale —asintió Munch—. ¿Qué vas a hacer primero?

—El Museo de Ciencias Naturales —respondió Mia—. Los búhos. Tengo la sensación de que puede haber algo allí.

—Muy bien —admitió Munch con una sonrisa, y, en el mismo momento, Ludvig Grønlie llamó a la puerta y metió la cabeza.

—He encontrado algo —comentó el investigador—. ¿Es mal momento?

Miró a Munch, luego a Mia, y después a Munch otra vez.

—No, entra. ¿Qué tienes?

Ludvig Grønlie sonrió y dejó un folio sobre la mesa de Munch.

—Otra desaparición —dijo Grønlie.

—¿Y bien?

—Del Huerto de Hurumlandet.

Munch estudió la hoja y frunció el ceño.

—¿Qué? —dijo Mia.

—Hace nueve años —continuó Grønlie—. Un chico desapareció.

—¿De la residencia?

—Sí. Mats Henriksen. Salió a dar una vuelta por el bosque y nunca más volvió.

—Déjame ver —pidió Mia, y Holger le pasó la hoja.

—¿Nunca fue encontrado? —preguntó Munch con tono serio, mirando a Grønlie.

—No. Según los informes se realizó una búsqueda, pero no durante mucho tiempo.

—¿Por? —preguntó Mia con curiosidad.

—Parece que el chico tenía tendencias suicidas —continuó Grønlie—. El caso fue archivado.

—¿No se encontró el cadáver? —dijo Munch.

—Pues no. Nunca fue encontrado —contestó Ludvig—. ¿Crees que puede haber alguna conexión?

—Merece la pena averiguarlo, sin duda —afirmó Munch—. Buen trabajo, Ludvig, pásalo por los registros e intenta ver si aparece algo.

—Vale —concluyó Grønlie, y salió de la habitación.

—Hay algo raro en esto —comentó Mia, sin apartar los ojos del folio que tenía delante.

—¿Qué estás pensando?

—No lo sé. Pero hay algo que no encaja.

—Sabes que solo quiero… —comenzó Munch, pero fue interrumpido por la mirada de Mia.

—¿El qué? ¿Cuidar de mí? —dijo con sarcasmo.

—Sí.

Mia se levantó de la silla y se dirigió a la puerta.

—Puedo cuidar de mí misma, Holger.

—Ya lo sé. Solo quiero…

No sabía cómo continuar y se quedó sentado detrás del escritorio con una sonrisa extraña en la boca, viendo cómo Mia le devolvía la hoja y salía del despacho.

42

Miriam Munch se despertó y notó el olor a café recién hecho y a beicon, pero no terminaba de entender en dónde estaba. Se quedó tumbada con la cabeza sobre la almohada, todavía medio metida en el sueño, antes de abrir los ojos y darse cuenta de que se encontraba en su casa.

¿Qué día era? ¿Viernes? Tuvo una repentina sensación de pánico, por Dios, *qué hora es*, Marion tenía que ir a la escuela, pero luego se dio cuenta: había ido con su abuela, que se encargaría de llevarla. Ella había salido. Con Ziggy. Hasta muy tarde. Había tomado demasiadas cervezas. No recordaba cuántas, y el final de la noche se parecía un poco borroso, pero por lo menos se hallaba en casa. Había conseguido volver.

«Uf, menos mal».

No había caído en la tentación. La había sentido, había sido fuerte, había tenido ganas de mandarlo todo a tomar por saco. Acompañarle a su casa. Meterse en la cama y quedarse allí para siempre, pero se había resistido, afortunadamente. Había mantenido la compostura. No podía hacerle eso a Johannes, ahora recordaba que lo había pensado mientras se tomaba una de las cervezas. «Tengo que hablar con él primero, antes de hacer algo más, antes de que sea demasiado tarde, necesitamos hablar, tengo que decírselo, se lo debo». Y lo había conseguido. Por fortuna. Ya estaba en casa. Bien. Estiró los brazos sobre la cabeza y echó un vistazo al reloj que estaba sobre la mesilla de noche. Las once y cuarto. Había dormido mucho tiempo. Levantó la cabeza de la almohada, pero tuvo que volver a echarse. Demasiadas cervezas, las sienes le latían. ¿Se había tomado un par de tequilas al final también? Probablemente.

Una noche maravillosa. Una noche absolutamente fantástica. Hacía tiempo que Miriam Munch no se sentía así de bien. ¿Alguna vez se había sentido así? Así de alegre. Así de…, bueno, ligera, de alguna manera. Que ella recordase, no. ¿Las once y cuarto? ¿Y el olor a café de la cocina?

Se levantó de la cama, se metió en la ducha y se quedó bajo el agua caliente que fluía sobre su cabeza y su cuerpo. Las resacas no le solían durar mucho. Daba igual cuánto bebiera. No como algunas de sus amigas, que se quedaban en la cama durante días, con tanta angustia que preferían casi ni salir de casa. Una ducha caliente y un poco de comida, y estaría en forma otra vez. Agachó la cabeza y puso el agua más caliente, sintiendo cómo los chorros que impactaban contra la nuca ya le hacían sentirse mucho mejor. Era la envidia de sus amigas por aquel entonces. Por no ponerse mala nunca, por mucho tiempo que estuvieran, bebiesen lo que bebiesen. Los viejos tiempos. Aquella vez que empalmaron cuatro días seguidos de fiesta, prácticamente viviendo en la calle. Hacía mucho tiempo. La vieja Miriam. No la nueva. Miriam, la buena madre, con suelo radiante en el baño, que era socia del gimnasio de SATS y tenía halógenos empotrados en el pasillo. Miriam encontró una toalla y se dio cuenta de que en aquel momento agradecía el calor

del suelo del baño. Solo era octubre, pero parecía que el invierno ya había llegado. Nunca entraba en calor, sentía el frío hasta en los huesos, y ya tenía ganas de que llegase la primavera. Agua caliente contra la nuca y suelo radiante. Eso ayudaba un poco. Y otra clase de calor también. Que la envolvía por completo. Por Dios, qué tonta. Igual que una adolescente. Se secó el pelo delante del espejo y negó con la cabeza, pero se dio cuenta de que estaba sonriendo. Últimamente se pillaba a menudo a sí misma con la cabeza en otro sitio y una sonrisa en los labios.

«¿Café recién hecho? ¿A las once y cuarto?».

Miriam se envolvió el pelo con la toalla, se puso la bata, salió del baño y se sobresaltó al toparse con la sonrisa de Johannes, que estaba preparando el desayuno en la cocina. Había puesto la mesa. Había zumo, pan recién hecho, quesos, incluso había encontrado un mantel blanco para poner en la mesa.

—Hola cariño —dijo, plantándole un beso suave en la mejilla antes de volver a las placas—. ¿Quieres huevos cocidos o fritos?

Miriam se quedó clavada en medio del suelo de la cocina, sin entender. ¿Un viernes a las once y cuarto de la mañana? ¿Por qué no estaba trabajando?

—¿Fritos, tal vez? —respondió Miriam, y se dio cuenta de que las palabras habían salido como una pregunta.

—Siéntate, ahora te traigo el café. Quieres café, ¿no? ¿Te acostaste tarde ayer? ¿Saliste por ahí?

—Eh, sí —dijo Miriam, y asintió, todavía confusa, antes de sentarse.

¿Se había perdido algo? ¿Se había olvidado de algo? ¿Era su cumpleaños? ¿Algún tipo de aniversario? ¿Por qué no había ido al hospital?

—¿Lo quieres con un poco de leche?

—¿Qué?

—¿El café? ¿No estás del todo despierta?

—Eh, no —contestó Miriam, todavía sin terminar de comprender qué estaba pasando.

Johannes fue hasta la mesa con una sonrisa en la cara y puso la taza de café delante de ella. Le dio otro beso en la mejilla y volvió a las placas.

—¿Llegaste tarde ayer?

—Un poco —respondió Miriam, prudente, y se llevó la taza a la boca—. ¿Por qué?

—No, nada, solo preguntaba —comentó Johannes, inclinado sobre la sartén—. Hablé con Marianne ayer y me dijo que Marion estaba con ellos, que habías salido con una amiga. ¿Te lo pasaste bien?

—Julie —añadió Miriam en voz baja y sintió mala conciencia.

—Ah, sí, ¿tu vieja amiga Julie? ¿Qué tal está?

—Bien —murmuró Miriam sobre la taza—. Ya la conoces. Líos con chicos, necesitaba que alguien la animara.

—Entonces le hiciste un favor —replicó Johannes con una sonrisa, llevando la sartén hasta la mesa y dejando los huevos sobre su plato.

—Sí —afirmó Miriam y comenzó a sentirse realmente confusa.

Ni se acordaba de la última vez en que habían desayunado juntos. Y, sobre todo, no recordaba unas atenciones como estas. ¿Por qué no estaba en el trabajo?

—¿Tu teléfono no funciona? —preguntó Johannes, y se sentó.

—Ocurre algo raro con él —murmuró Miriam—. Me llegan algunos mensajes, otros no, y

parece que se pierden algunas llamadas también, no sé qué le puede pasar. ¿Por qué?

—Bueno, intenté llamarte, pero no contestaste.

—No recibí nada —aseguró Miriam, sintiendo cómo el remordimiento volvía con renovadas fuerzas.

El dolor de cabeza que había desaparecido bajo la ducha empezó a buscar el camino de vuelta.

—Puede que sea cosa de la operadora —dijo Johannes, sonriendo, y llenó su vaso de zumo—. Quizá necesitas una actualización o algo. Seguro que tiene una solución fácil.

Cortó un trozo de queso y lo dejó sobre el plato.

De repente, Miriam se acordó de otros momentos de la noche anterior. Ziggy, con sus bonitos ojos al otro lado de la mesa. Ahora no sabía muy bien qué hacer. Había tomado una decisión, era verdad. Quería vivir sin mentiras. Tenía que decírselo a Johannes, pero sentía que no podía hacerle eso. ¿Con estas atenciones y la cara inocente y sonriente en el otro lado de la mesa? Imposible. Ahora no. De todas formas, ¿de qué iba todo esto? ¿Algún aniversario que ella no recordaba? Se habían conocido en verano. Habían empezado a salir juntos, lo habían publicado en Facebook como dos adolescentes, «tienen una relación», el 8 de agosto, ¿esa no era su fecha? Tenía que ser otra cosa.

—Ah, casi se me olvida —comentó Johannes con una sonrisa, y se levantó.

Volvió y se quedó en medio de la cocina con las manos detrás de la espalda, tal y como siempre hacían antaño cuando él le había comprado alguna cosa. «¿La mano derecha o la izquierda?».

—¿Es mi cumpleaños o algo? —preguntó Miriam con una sonrisa.

—No, pero tengo derecho a hacerte un regalo, ¿no crees?

—¿Me has comprado algo?

—Sí —asintió Johannes—. ¿Derecha o izquierda?

—Izquierda —murmuró Miriam, y tuvo que luchar para que no le venciera la mala conciencia.

—Toma —dijo Johannes, dejando un paquete sobre la mesa delante de ella.

—¿Por qué no estás trabajando? —replicó Miriam.

—¿No vas a abrirlo?

—Sí, claro, solo preguntaba. ¿Por qué no estás en el hospital?

—Tengo una buena noticia —contestó Johannes, y volvió a sentarse.

—Bueno, pues dímelo —exigió Miriam.

—Ábrelo primero —insistió Johannes entre risas.

Miriam abrió el regalo que acababa de recibir y se dio cuenta de que le estaba costando mantener a raya su mala conciencia. Mantener la boca cerrada. Quitó el envoltorio y abrió la cajita que había dentro.

—Vaya —exclamó con una sonrisa, todavía un poco confusa—. Gracias.

—Un reloj de entrenamiento. Te dirá cuánta distancia has recorrido. Las pulsaciones. Ya sabes, para tus entrenamientos.

—Genial —dijo Miriam—. Es muy… chulo.

—Querías uno de esos, ¿verdad?

—Claro que sí. Gracias, Johannes, qué detalle.

La voz que le salía de la boca sonaba rara. Como si no le perteneciera y viniera de otro sitio. ¿Desde cuándo estaban las cosas así entre ellos? ¿Entre Johannes y ella? ¿Siempre habían sido así? ¿Nunca había sido ella misma?

La voz con la que hablaba era casi la opuesta a la que le había salido la noche anterior.

«¿Entonces vendrás?».

«Claro que iré».

«¿Estás segura?».

«Por Dios, ¿tú qué crees? ¿No voy a querer salvar animales inocentes de un laboratorio?».

«Qué bien. Mañana por la noche tenemos una reunión. ¿Podrás venir?».

«Claro que iré».

—Bien, ¿y por qué no estás en el trabajo? —preguntó Miriam en voz baja, tratando de esconder lo que en su opinión no era su auténtica cara, tras el borde de la taza.

—Como te decía antes, tengo una buena noticia —repuso Johannes con una sonrisa.

—Qué bien, cuéntamelo —le pidió Miriam.

—Me han elegido para ir al congreso anual de Sídney. Ya sabes, la conferencia médica —dijo Johannes orgullosamente, con ojos casi brillantes.

—Guau, pues…, muy bien.

—Sí, ¿verdad? Sunde pensaba que le iba a tocar, pero, en fin, ya sabes, no quiero hablar mal de nadie pero me eligieron a mí en su lugar. Te das cuenta de lo que significa esto, ¿no? —continuó Johannes, todavía con una especie de luz en los ojos.

—Claro —asintió Miriam.

—Jefe de la unidad dentro de unos años, tal vez. ¿A que no te lo esperabas?

—No —respondió Miriam—. O sí, quiero decir…, bueno, enhorabuena, Johannes.

Miriam no sabía qué decirle.

—Gracias. Pero tenía que preguntarte, ya que no puedo desaparecer así, sin más, ¿no? Quiero decir, dejarte sola con Marion y todo, no es justo.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo que irme este mismo lunes. El seminario dura dos semanas y, siento tener que decírtelo con tan poca antelación, pero, en fin, es el congreso anual. ¿Te las arreglarás? ¿Puedes encargarte de todo?

Poco a poco, Miriam fue dándose cuenta de qué iba todo esto. El mantel sobre la mesa. El café recién hecho. El repentino regalo salido de la nada. Un reloj de entrenamiento. No era el cumpleaños de nadie, ni había olvidado ningún aniversario. Él tenía que irse de viaje en breve y le remordía la conciencia.

—¿Crees que podrás? ¿Te parece bien?

—¿Te vas a Australia el lunes y estarás fuera dos semanas?

—Sídney —dijo Johannes con una sonrisa.

—Claro que me parece bien —asintió Miriam.

—¿Te arreglarás? ¿Con Marion y todo eso?

—Por Dios, sí, claro. Tengo a mamá, no hay ningún problema.

—Gracias, Miriam —dijo Johannes, y le cogió la mano.

Por primera vez desde que se conocieron, Miriam tuvo una sensación rara al tenerlo tan cerca, pero aun así no se apartó de él.

—¿No te lo vas a poner?

—¿El qué?

—¿No vas a probarte el reloj?

—Eh, sí, claro —asintió Miriam, y se puso el reloj azul alrededor de la muñeca.

—Te queda bien.

—¿Te lo parece?

—Desde luego.

Johannes le apretó la mano y Miriam le devolvió el apretón con cuidado.

—Pienso que deberíamos celebrarlo, ¿no crees? Me han dejado libre todo el fin de semana. ¿Quizá Marion pueda pasar otra noche en casa de la abuela y Rolf? Podríamos salir a cenar, ¿no?

—¿Esta noche?

«¿Entonces vendrás?».

«Claro que iré».

—Sería fabuloso —dijo Miriam con voz débil, retiró la mano y volvió a agarrar la taza de café —. Pero ya he quedado con Julie.

—¿Esta noche también?

—Sí —contestó Miriam—. Es una faena, pero ella está mal. Muy mal, la verdad.

—Vaya —respondió Johannes.

—¿Pero mañana, tal vez?

—Mañana también puede ser —admitió Johannes, y se levantó—. Tengo que llamar a papá.

—Claro.

—El congreso anual de Sídney. ¿Qué crees que dirá? ¿Se pondrá contento o qué?

—Sí, creo que se pondrá muy contento —reconoció Miriam, sonrió y se escondió tras la taza de café otra vez, mientras Johannes sacaba el teléfono y salía al pasillo con una sonrisa en la cara.

43

Benedikte Riis tenía que reconocer que uno de los policías que estaban delante de ellos en la amplia aula era bastante guapo.

Kim, ese era su nombre. Tenía el pelo liso oscuro que le caía hacia la izquierda de manera adorable. No podía compararse con Paulus, naturalmente, pero aun así sintió un cosquilleo cuando Helene pidió silencio. El policía guaperas tenía algo importante que decir, algo sobre una nota y un dibujo infantil, unos garabatos y un búho.

—Atención todos, esto es importante —dijo Helene una vez más.

—Entonces, si alguien ha visto esta nota antes, o algo que se le parezca, es importante que nos lo contéis cuanto antes —dijo el policía una vez más, y empezó a repartir fotocopias del dibujo por las mesas.

—Las que estamos aquí nos ocuparemos de enseñársela a las que no están también, ¿vale?

Helene sonrió y asintió hacia la gente, pero Benedikte Riis ya tenía la cabeza puesta en otras cosas.

Un dibujo encontrado en la taquilla de Camilla Green.

«Y qué».

La misma idea casi la ponía mala.

«Camilla Green».

Todo había estado bien hasta el día en que apareció con su risa y sus ojos brillantes. Benedikte se dio cuenta enseguida. Paulus. Tuvo la sensación de que le gustaba. No es que se hubieran besado o acostado, pero aun así había tenido la sensación de que era así, de que iban a ser ellos dos. Paulus y ella. En todo caso, era ella la que más le gustaba a Paulus. Con la que tenía más detalles. Y, aunque en su fuero interno sabía que quizá no fuera a pasar nunca, había mantenido la esperanza de que un día Paulus se diera cuenta de que ella le quería y de que estaban predestinados a estar juntos.

«Paulus y Benedikte».

Había grabado sus nombres en la mesa de su habitación. Rodeados por un corazón. Dejando algo encima para que nadie lo viera. Y, cada vez que pasaba los dedos por encima de sus nombres en el interior del corazón, de alguna manera sentía que era verdad, que iban a ser ellos dos.

Y casi llegó a pasar, de verdad, él le había enseñado el cobertizo del bosque, la había llevado al sitio al que no llevaba a nadie más, y habían hecho algunas cosas, pero, de repente, un día, apareció ella.

«Camilla Green».

A Benedikte le había costado ocultar los celos cuando se dio cuenta de la impresión que ella le

había causado. Cómo le enseñaba todo en el lugar, con el brazo sobre su espalda. La sonrisa, los bonitos ojos marrones que miraban a la nueva chica de una manera en la que nunca la habían mirado a ella.

«Se alegraba de que Camilla ya no estuviera allí».

Sabía que no estaba bien pensar eso, pero era así. Se alegraba de que Camilla hubiera desaparecido. No hacía más que fastidiar. Paulus no le había gustado a Camilla, eso era verdad, no de la manera en que le gustaba a Benedikte. Camilla solo quería atraer la atención de cualquier persona, ¿qué sabría ella de Paulus? La manera que tenía Camilla de soltarse el pelo. Guiñándole un ojo en el comedor. Bajando el jersey por el hombro para llamar la atención. Atención, nada más. No era amor verdadero, como el que había entre ella y Paulus. Benedikte se había dado cuenta enseguida, ya desde el primer día cuando Paulus la ayudó a sacar la maleta del taxi. Dándole la bienvenida. Enseñándole la habitación. No quería llamarla «puta», no, antes quizá «tentadora falsa», pero, bueno, en todo caso, desde que apareció Camilla Green no había vuelto a ser lo mismo entre ellos dos.

Tenía que protegerlo, eso era lo que debía hacer. Porque no era consciente de lo que le convenía. Como lo de las plantas del último invernadero. Las plantas de marihuana. ¿Acaso se las había enseñado a alguna de las otras chicas? No, no lo había hecho. Solo a ella. Una noche hacía mucho tiempo.

«Te voy a enseñar una cosa, pero no se lo puedes decir a nadie».

En realidad era a ella a quien él deseaba, aunque no terminaba de darse cuenta.

«Paulus y Benedikte».

El corazón del escritorio, ella pasando los dedos por encima cada noche antes de besarlo y desearle buenas noches.

—Bien, chicas, entonces vamos a ayudar a la policía con esto, esta nota es importante, ¿vale?

Asintieron y luego salieron a las escaleras otra vez, cada una a su habitación. Benedikte se enfundó la capucha de la cazadora de plumas y se dio cuenta de que el aliento salía como vapor delante de su cara.

Algo le pasaba al mundo. Invierno en octubre. No tendría que ser así. ¿Podría ser una señal de que las cosas no marchaban bien? ¿De que alguien debía hacer algo? Y ahora había pasado algo, ¿verdad? Camilla ya no estaba. ¿Paulus también vería las heladas tempranas como una señal de que no había elegido bien?

Tenía que ir a verlo ahora, lo sentía. Tenían mucho que contarse. Las otras lo habían buscado cuando la policía vino para enseñarles la nota de la puta, pero no lo habían encontrado.

«Pero ella sabía dónde estaba».

«Naturalmente».

Benedikte Riis sabía todo sobre Paulus, mucho más de lo que él se imaginaba. A menudo lo seguía a escondidas. Lo espiaba sin que él se diera cuenta. Era mejor así. Que él no lo supiera, a veces. Necesitaba que alguien lo vigilase.

El cobertizo en el extremo del terreno. Estaba al final, justo al lado del campo del vecino. Era su pequeño refugio. Allí solía estar. Poca gente lo sabía, pero ella sí. Porque la había llevado hasta allí. Le había enseñado cómo liar un porro. Ella ya lo había probado muchas veces, pero hizo como si no supiera nada, porque le gustaba la idea de que él se lo enseñase.

Y habían fumado juntos, y habían hecho un poco de todo, y después de aquella noche se había convertido casi en una costumbre, los dos en el cobertizo, el viernes o el sábado por la noche, tumbados juntos en secreto. Hasta que ella vino.

«Camilla Green».

Algunas veces, Benedikte había estado fuera. Debajo de la ventana. Sin que ellos lo supieran. Les había oído susurrar y reírse ahí dentro, de la misma manera en que siempre solían hacerlo ella y él.

—¿Paulus?

Benedikte golpeó la puerta, sin que nadie le contestase.

—¿Paulus?

Volvió a llamar, empujó la pequeña puerta hasta abrirla y entró en el cobertizo.

44

Tor Olsen, el taxidermista jefe del Museo de Ciencias Naturales, era un hombre de unos cincuenta y tantos años que, a primera vista, recordaba un poco a Albert Einstein, con el pelo blanco como la nieve apuntando en todas las direcciones a la vez, y una personalidad tan despistada como su peinado.

—O sea que habéis venido, ya era hora —dijo Tor Olsen, y llevó a Mia Krüger a su despacho —. Habéis tardado, desde luego. ¿Te apetece una taza de café o té, o vamos al grano?

Parecía evidente que el asunto era de la máxima gravedad para el taxidermista. Un robo en el museo. Búhos que habían desaparecido. Deberían haber venido hacía tiempo con una docena de coches con sirenas y luces para vigilar el patio. Mia sonrió levemente, pero no dejó que él se diera cuenta. Estaba acostumbrada. El primer encuentro de la gente con el mundo del crimen a menudo era así. Todos pensaban que la policía vendría pitando para resolver el caso. Como en la tele. En realidad resultaba un poco adorable, esa inocencia, pero estaba lejos de la realidad, claro. Mia no se acordaba de todas las estadísticas, pero los números no eran bonitos. Algo así como ciento treinta mil denuncias de robos en Noruega el año anterior. Ciento veinte mil archivados. Diez mil resueltos. En realidad era una vergüenza. Mia dudaba de que los pequeños recursos disponibles para resolver robos fueran destinados a encontrar pájaros desaparecidos. Treinta homicidios. Veintitrés resueltos. Ninguno archivado. Esa estadística le gustaba más. Pero ¿robos? No, ahí no había motivos para jactarse. En realidad no era su problema. Ya tenía suficientes responsabilidades.

—Vayamos al grano —asintió Mia.

—¿Vienes sola? —preguntó el despistado hombre de pelo blanco, mirando a su alrededor.

—¿Qué? —respondió Mia.

—¿Estás sola? ¿No viene más gente?

Mia escondió otra sonrisa. Era un tipo excéntrico, este Olsen, y no parecía que sintonizara del todo con la realidad. También debía de haberse olvidado de que él mismo había tardado dos meses en denunciar el robo.

—¿Eres consciente de que tenemos una colección única de objetos en este lugar? Más de dos millones de especies de todo el mundo. Mamíferos, pájaros, peces, insectos, reptiles, anfibios, helmintos…

—¿Helmintos?

Olsen la miró por encima de las gafas.

—¿Animales invertebrados? ¿Organismos unicelulares o pluricelulares?

El taxidermista jefe negó un poco con la cabeza y soltó un ligero suspiro. Parecía que ya estaba convencido de que la policía no había asignado este caso tan tremendamente importante a

la investigadora adecuada.

—Pero ¿solo fueron robados los búhos? —preguntó Mia, y consiguió reprimir otra sonrisa.

—¿Solo? —dijo Olsen, y volvió a mirarla—. Todos los búhos noruegos reunidos en un solo lugar; puede parecer poco, a fin de cuentas solo tenemos diez especies, pero, aun así, ¿te das cuenta de la cantidad de tiempo que he invertido en este proyecto?

—Me doy cuenta —asintió Mia con gravedad—. ¿Así que solo hay diez especies en Noruega? ¿De búho?

—El mochuelo chico, el mochuelo boreal, el búho campestre, el cárabo gavilán, el búho chico, el búho real, el cárabo común, el cárabo lapón, el cárabo uralense, el búho nival, once con la lechuza común, tenemos varias observaciones de ella, pero no anida en nuestro país, claro está.

—Madre mía —exclamó Mia—. ¿Y dónde los tenías expuestos?

—En nuestra colección permanente de animales noruegos y extranjeros —afirmó Olsen, orgulloso.

Mia tuvo una sensación clara de que los búhos eran la niña de sus ojos.

—Como te decía, en nuestra colección permanente. No solemos modificarla, pero un día se me ocurrió esta idea. Búhos noruegos. Un pájaro apasionante. Un pájaro misterioso. Algo que los jóvenes puedan apreciar. Para aumentar el número de visitantes. ¿Entiendes?

A Mia ya le estaba costando reprimir la risa. Dudaba seriamente de que los jóvenes actuales se dejasen arrancar de sus pantallas para ir a ver una colección única de búhos noruegos en el Museo de Ciencias Naturales.

—Entiendo —dijo, asintiendo con la cabeza—. Buena iniciativa. Una gran idea.

—Gracias —contestó Olsen con una sonrisa—. ¿Supongo que querrás ver el lugar del crimen? Ya que estás aquí, ¿tal vez quieras visitar la colección entera?

—Claro que sí —respondió Mia, y lo siguió a través de la habitación.

—La primera parte la hemos llamado *Bajo la superficie del mar* —explicó Olsen cuando llegaron a lo que parecía ser el inicio de la famosa exposición—. Como puedes comprobar, tenemos rape, anguilas, caballa, arenque, cazón…

Mia no era capaz de escuchar todo lo que decía y, de repente, tuvo la sensación de que estaba perdiendo el tiempo. Todavía estaba procesando la información derivada de su visita a la casa de Sebastian Larsen, no le había dado tiempo a asimilar todo lo que el antropólogo social le había contado. Sectas. Órdenes. Senadores y sacerdotes superiores. Una especie de oscuridad envolvía todo aquello, algo que no terminaba de entender. ¿Aquí?, ¿en Noruega? Le costaba creerlo.

—La segunda parte se llama *La montaña de las aves* —continuó Olsen, pero Mia apenas prestaba atención—. Como puedes ver, tenemos el cormorán moñudo, el arao común, el alca común…

Aun así no era capaz de obviar la sospecha de que había algo ahí. En lo que Larsen le había contado.

O.T.O. Las enseñanzas de los thelemitas. «Haz tu voluntad será el todo de la ley». Podría ser una broma. Una panda de locos inofensivos, quizá. Pero ¿cómo encajarían en el contexto de Camilla, rodeada de un pentagrama de velas, y el terrible vídeo que habían encontrado?

—Y la quinta parte —siguió Olsen, pero Mia ya no podía más.

Estaba perdiendo el tiempo.

—¿Y dónde está la sección de los búhos? —preguntó.

—No, ahora se encuentra vacía —respondió el taxidermista—. Ahora tenemos renos silvestres allí, vamos a verlo…

—No, creo que es ya suficiente —afirmó Mia con una sonrisa.

Tor Olsen la miró sorprendido.

—Quiero decir, si no hay nada que ver, será mejor que me marche.

—¿Ya?

—Ya tengo lo que buscaba, has sido de gran ayuda, muy observador.

—Bueno, de acuerdo —aceptó el taxidermista.

En el camino hacia la salida, Mia lanzó una mirada hacia el techo y vio, en una esquina, una cámara.

—¿Grabáis a todos los visitantes?

—Sí, pero solo durante el horario de visitas, desafortunadamente.

—¿Y el robo ocurrió de noche?

—Eso ya lo conté cuando os avisé. ¿No has leído el informe? Vine al trabajo a la hora de siempre, a las siete y quince, y cuando…

—Vale, solo estaba comprobando —dijo Mia—. ¿Entonces no hay grabación?

—No, desafortunadamente —contestó el despistado taxidermista y la acompañó hasta la salida de la sala.

—¿Entonces tenéis muchos visitantes?

—Bueno, muchos, no sé si son muchos, sobre todo son grupos escolares, la mayoría viene a ver el jardín botánico. Es único, sabes, y, ya que están aquí, a veces se pasan también por el museo.

—¿Grupos escolares? —preguntó Mia, un poco curiosa—. ¿Tenéis un resumen de estas visitas?

—Sí —asintió Olsen—. Pero es Ruth la que lleva estas cosas.

El jardín botánico. El Huerto de Hurumlandet. Plantas. Flores. Igual era un tiro a ciegas, pero no perdía nada por intentarlo.

—¿Y Ruth no se encuentra aquí ahora?

—No, Ruth está en Gran Canaria. Es reumática, el servicio de salud pública le paga los viajes. Ya sabes, el calor le viene bien para las articulaciones.

—¿Podrías pedirle a Ruth, cuando vuelva, que me envíe un listado de los grupos escolares que visitaron el museo el día del robo?

Mia encontró una tarjeta en el bolsillo interior de la cazadora y se la pasó.

—Vuelve el lunes. Y sí, claro que lo haré —respondió el taxidermista y miró la tarjeta.

Al ver lo que ponía, de repente abrió los ojos de par en par.

—¿La unidad de homicidios? Pero ¿entonces…?

—Entonces espero noticias tuyas, o de Ruth, ¿vale? —dijo con una sonrisa.

El hombre del pelo blanco asintió, precavido, con una mirada diferente a la que había tenido antes. Mia pudo sentir cómo le clavaba los ojos en la espalda mientras bajaba las escaleras, antes de salir por la puerta.

«Una pérdida de tiempo».

Tendría que haber dedicado el día a cosas más importantes. Miró el reloj. Eran casi las tres. También se había echado una siesta de varias horas, después del extraño encuentro en el despacho de Munch. Había salido con un cabreo tremendo, pero después de un rato se había dado cuenta de que llevaba razón. Era verdad que tenía pinta de estar cansada. Había pasado unas horas en el sofá de su casa y luego había venido aquí. Había malgastado el tiempo y estaba enfadada consigo misma. Iba a entrar en el coche cuando sonó el teléfono.

—¿Sí?

—Soy Holger.

Podía notarlo en su voz. Algo había pasado.

—¿Alguna novedad?

—Desde luego —contestó Munch rápidamente—. Kim y Curry dieron en el blanco en el huerto. Paulus Monsen, y una de las chicas del lugar, Benedikte Riis.

—¿Qué les ocurre?

Munch desapareció por un momento. Mia pudo oír, como ruido de fondo, que algo pasaba.

—Vienen hacia la comisaría para un interrogatorio, te contaré el resto cuando llegues.

—¿Grønland?

—Sí.

—Estoy en camino —dijo Mia rápidamente y metió la llave en el contacto.

45

Mia cerró la puerta con cuidado tras de sí y entró en la pequeña habitación donde Curry estaba sentado en una silla mirando a Munch y a Kim Kolsø, que ya habían tomado asiento junto a la mesa de la sala de interrogatorios, enfrente de Paulus Monsen. Parecía que el chico de los rizos oscuros se encontraba totalmente desorientado, pues sus ojos erraban nerviosamente de un lado a otro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mia y se sentó en la silla junto a Curry.

—¿Quieres la versión larga o la corta? —dijo el corpulento investigador.

—La corta —contestó Mia sin apartar la mirada de la habitación al otro lado del cristal.

—Ya estábamos saliendo cuando vimos al chico atravesando el patio, con la chica corriendo detrás de él. Él parecía muy enfadado y ella debía de haber llorado, pues tenía los ojos rojos y se hallaba fuera de sí…

—Esto suena como la versión larga —comentó Mia con una sonrisa.

—Ja, ja —respondió Curry.

Tenía mejor aspecto que la última vez que lo había visto. Parecía que el asunto de Sunniva se había calmado un poco y que estaba otra vez centrado en el trabajo policial.

—¿Entonces, qué?

—Paulus reconoce que él puso esas plantas de marihuana en el invernadero y que Camilla Green y él tenían una relación.

—¿De verdad?

—Pues sí.

—¿Y por qué no lo había contado antes? ¿Ha podido explicar eso?

—Ella no había cumplido dieciséis años cuando empezaron —dijo Curry—. Vaya angelito, ¿eh?

Se levantó y se acercó al cristal, como si quisiera inspeccionar al chico un poco más de cerca.

—Va ligándose a chavalas menores de dieciséis, se las lleva al cobertizo, les ofrece droga y, una vez colocadas, las utiliza.

—¿El cobertizo?

—Tenían una especie de nido de amor por ahí, en un extremo del terreno.

—¿Ya hemos estado allí?

—Los técnicos se encuentran allí ahora mismo —afirmó Curry, y volvió a su silla.

—No sé muy bien qué más queréis que os cuente —comenzó a murmurar el joven en la sala de interrogatorios.

Mia bajó el volumen para poder oír el resto de la historia de Curry.

—¿Y qué pasa con la chica? ¿Benedikte?

—Está en la sala B.

—¿Alguien ha hablado con ella?

Curry negó con la cabeza.

—¿Y cuál es el problema con ella, por qué la habéis traído?

Mia encontró una pastilla en el bolsillo y miró a Paulus, que permanecía callado otra vez.

—Se acusan mutuamente —respondió Curry.

—¿Del asesinato? —preguntó Mia, sorprendida.

Curry asintió.

—Una especie de triángulo amoroso. Antes, en el patio, se han enzarzado en una pelea. Hemos tenido que esposarles y, después de eso, ninguno de los dos ha dicho gran cosa.

—¿Y cuál es el plan?

—¿El plan? —replicó Curry.

—¿Sí? ¿Cuál es el planteamiento? ¿Qué ha dicho Munch?

—De momento, poco —contestó Curry, encogiéndose de hombros—. Primero él. Luego ella. Después él otra vez, creo.

—¿No quiere interrogarles juntos?

—No, Munch ha dicho que ella tenía que estar un rato sola. Siempre les asusta eso de tener que esperar.

—Es cierto —confirmó Mia, y se levantó de la silla, salió al pasillo y llamó a la puerta de la habitación de al lado. Kim Kolsø le abrió.

—¿Cambiamos un rato? —preguntó Mia.

—Vale —asintió Kolsø, y la dejó pasar.

—Son las 16:05 —declaró Munch al micrófono de la grabadora—. El investigador Kim Kolsø sale de la habitación, Mia Krüger entra.

Mia colgó la cazadora de cuero sobre el respaldo de la silla y se sentó.

—Hola, Paulus, soy Mia Krüger —le saludó Mia, ofreciéndole la mano sobre la mesa.

El joven miró hacia Kim, que acababa de salir de la habitación, y volvió a mirar nerviosamente a Mia antes de estrecharle la mano con desconfianza.

—Paulus Monsen.

—Encantada —dijo Mia, y se echó hacia atrás en la silla—. No nos hemos visto antes, pero me han hablado mucho de ti. Eres trabajador, dicen. Muy bueno en tu trabajo, todos te echan flores…

—¿Qué? —exclamó el joven, que parecía un poco confuso.

—Eres bueno —repitió Mia con una sonrisa—. Haces bien tu trabajo. Es bonito que te digan eso, ¿no? ¿Que hablen tan bien de ti?

—Eh, sí, gracias —dijo Paulus, lanzando una mirada rápida y nerviosa hacia Munch, que no le había tratado con tanta amabilidad, según parecía.

—Y, solo para que conste, esa droga, las plantas esas, nos importan un bledo, no es asunto nuestro, ¿vale? Un poco de marihuana, unas pocas plantas, por Dios, podría pasarle a cualquiera.

Mia notó que Munch la estaba mirando con una expresión severa, pero no le hizo caso.

—¿Vale? —dijo con una sonrisa hacia el joven, que todavía parecía estar bastante confuso.

Paulus echó otra mirada rápida a Munch, pero quedaba claro que se sentía más cómodo con los ojos puestos en Mia.

—Solo eran un par de plantas —explicó en voz baja.

—Lo dicho, no pensemos más en ello —le tranquilizó Mia—. En serio, eso no es nada.

Mia pudo ver que el chico ya estaba un poco más relajado. El joven se echó hacia atrás en la silla y se pasó las manos por los rizos.

—Era solo para consumo propio. No iba a vender ni nada, si era eso lo que pensabais.

—No, ¿verdad? No te preocupes —confirmó Mia con una sonrisa.

Munch estaba a punto de abrir la boca, pero Mia le dio un golpecito en el costado debajo de la mesa.

—Lo que sí nos preocupa un poco más… —empezó Mia e hizo una pausa, como si estuviera pesando las palabras.

Hubo un silencio en la habitación. Duró el tiempo suficiente para que el chico del pelo rizado comenzara a ponerse nervioso otra vez. Mia se dio cuenta de ello.

—¿Qué? —preguntó.

—Bueno, ya sabes, Benedikte, ella… —continuó Mia después de un rato, y dejó las últimas palabras colgando en el aire.

—¿Qué ha dicho Benedikte? —dijo el joven.

Mia se encogió de hombros y levantó las cejas levemente.

—Por Dios, pero qué hija de puta —exclamó Paulus de repente—. ¿Ha dicho que he matado a Camilla? —Los ojos le relampagueaban—. Miente —aseguró, desesperado, y se levantó de la silla—. Tenéis que creerme.

—Siéntate —le pidió Munch con severidad.

El chico de los rizos se quedó de pie, mirando con ojos desesperados a los dos.

—Siéntate —repitió Munch.

Paulus se sentó y hundió la cabeza en las manos.

—Tenéis que creerme, por Dios, la hija de puta de Benedikte está loca, se le va la puñetera olla, la voy a…

—¿A matar a ella también? —añadió Munch con calma.

—¿Qué?

Los miró con los ojos abiertos de par en par.

—¿Vas a matar a Benedikte, igual que mataste a Camilla?

—¿Qué? No, por Dios, no maté a Camilla, ya os lo he dicho.

—¿No lo habías confesado? —continuó Munch—. ¿No es por eso por lo que estás aquí?

—¿Confesar? No he confesado nada, solo lo de las plantas.

Miró a Mia otra vez en busca de ayuda, pero esta no dijo nada, dejó seguir a Munch sin más.

—Así que iniciaste una relación con Camilla Green cuando ella todavía no había cumplido dieciséis años. La drogaste en tu cobertizo y tuviste relaciones sexuales con ella, ¿así es como debemos entenderlo?

—No —respondió Paulus, clavando los ojos en la mesa otra vez.

—¿Entonces no tuviste una relación con Camilla? —preguntó Mia con amabilidad—. ¿No erais novios?

—Sí, pero…

—Pero ¿qué?

—No como él lo ha dicho.

Hizo un gesto de cabeza hacia Munch.

—¿Entonces, cómo? —dijo Mia.

—Tal y como lo ha expresado suena muy feo.

—Relaciones sexuales con una menor de edad, después de haberla drogado… —comenzó

Munch, pero Mia lo paró.

—¿Y cómo era, entonces? ¿Entre Camilla y tú?

—Era… bonito —contestó Paulus cautelosamente.

—¿Te gustaba?

—La quería —replicó el joven, y Mia vio que estaba luchando por reprimir las lágrimas.

—¿Y ella también te quería a ti?

Parecía que el chico reflexionaba un poco antes de contestar. Como si él mismo no estuviera seguro de la respuesta.

—Yo creía que sí —afirmó al final.

—¿Pero…?

—Bueno, ella. Camilla era… especial. Quería vivir su propia vida. Tenía un carácter muy independiente, ¿me entiendes?

Paulus volvió a levantar la mirada, pero evitó mirar a Munch, tenía los ojos puestos solo en Mia, con una expresión casi suplicante en la cara.

—Tienes que creerme. No la maté, nunca haría nada para herir a Camilla. La quería, habría hecho cualquier cosa por ella.

—¿Pero ella no te quería a ti, así que decidiste matarla después de todo? —dijo Munch, con brusquedad.

Mia echó una mirada severa a Munch y negó con la cabeza, rendida. Mia Krüger no tenía más que respeto por su amable jefe, pero a veces podía ser bastante tosco.

—No —respondió Paulus, cerrándose un poco otra vez.

Mia echó otra mirada a Munch, que no hizo más que encogerse de hombros.

—Antes, en la residencia, has mencionado algo a mis colegas —dijo Mia en voz baja—. He estado pensando en ello.

—¿En qué? —preguntó Paulus, sin mirarla.

—Tal y como yo lo he entendido, has acusado a Benedikte de haber matado a Camilla, ¿es eso correcto?

Hubo otro silencio antes de que el joven contestara.

—Es solo algo que he soltado en un momento de estrés. A ver si me entiendes, estaba furioso.

—¿Con Benedikte?

—Sí.

—¿Por qué?

—Vino al cobertizo —afirmó el chico, y volvió a levantar la mirada—. Empezó a decir chorradas sobre nosotros, que ya podíamos estar juntos y que yo la necesitaba para que cuidase de mí y que se alegraba de que ya no estuviera Camilla porque así podríamos estar juntos por fin, y que fue por eso por lo que envió aquel mensaje.

—¿Qué mensaje? —preguntó Munch.

—¿Qué? —dijo Paulus, y parecía que ya no estaba del todo presente.

—¿Qué mensaje? —repitió Munch.

—El mensaje del móvil de Camilla.

—¿Benedikte tenía el móvil de Camilla?

Mia miró rápidamente a Munch, quien le devolvió una mirada sorprendida.

—Lo encontró en su habitación después de la desaparición de Camilla —continuó Paulus.

Parecía visiblemente cansado ahora.

—Solo para que quede claro —dijo Munch—. ¿De qué mensaje estamos hablando?

Paulus se pasó una mano por la frente.

—Envió un mensaje a Helene diciendo que todo estaba en orden.

—¿Usando el móvil de Camilla?

Paulus asintió lentamente.

—Y entonces me he enfadado, de hecho me he cabreado de verdad, pero no quería decir que Benedikte la mató. Lo siento, puede que esté loca, pero nunca haría algo así.

—¿Y te ha dicho algo sobre el motivo por el que envió el mensaje? —preguntó Mia.

—Para que nadie la buscara.

—Porque, si Camilla desaparecía para siempre, ¿podríais estar juntos?

—Algo así —murmuró el joven, y daba la impresión de que le estaba costando hablar.

—Creo que vamos a hacer una pausa aquí —dijo Munch, mirando a Mia, que asintió—. ¿Tienes hambre, Paulus? ¿Te apetece comer o beber algo?

El chico de los rizos se encogió levemente de hombros y contestó sin mirarles.

—Una hamburguesa, quizá. Y una Coca-Cola. La verdad es que no he comido mucho hoy, bueno, desde que…

Podían ver que ya le estaba costando reprimir las lágrimas.

—Son las 16:32. Terminamos el interrogatorio de Paulus Monsen —concluyó Munch y apagó la grabadora.

46

Miriam Munch estaba en la calle delante del bloque de viviendas de alquiler pintado de rojo, y sintió que empezaban a entrarle dudas. Había estado tan segura, había tomado la decisión, parecía que de alguna manera no había lugar para las dudas. Lo que había sentido la noche anterior, en fin, nunca antes había sentido nada igual, pero después del desayuno con Johannes había comenzado a ver las cosas de otro modo. No por Johannes en primer lugar, no, pensaba en Marion. La pequeña Marion, pobrecita, ¿cómo se lo tomaría? Ella no tenía la culpa de nada. ¿La pequeña y maravillosa niña de seis años debía pasar por la experiencia de ver cómo el mundo se venía abajo solo porque su mamá se había enamorado?

Miriam echó una mirada rápida al reloj que Johannes le había regalado y sintió mala conciencia otra vez. Johannes se había organizado tan bien, se había tomado el día libre y había preparado un desayuno maravilloso, había propuesto que salieran a cenar juntos, le había hecho un regalo. Eso sí, tenía sus motivos, lo habían elegido como representante del hospital para el congreso de médicos de Sídney y necesitaba comprar un poco de buena voluntad, pero aun así. Echó otro vistazo a la fachada, hacia el piso donde había pasado la noche hacía poco.

Habían quedado a las ocho. La reunión. Las Granjas de Atlantis. Un laboratorio en la región de Hurum, que usaba animales para realizar pruebas ilegales. Todavía estaba a tiempo de retirarse. No es que se lo hubiera prometido. Podía subirse al tranvía. Volver a Frogner. Maquillarse. Salir a cenar con Johannes después de todo, o no, ya no podía hacerlo, él ya se había apuntado al turno de noche, pero podía coger el coche para ir a Røa, en todo caso. Ir a buscar a Marion. Ver una película o algo. *Blancanieves.* O *La Bella Durmiente.* Una de esas películas de princesas de las que la niña de seis años nunca se cansaba. Casi podía sentir el cuerpecito caliente debajo de la manta del sofá. Los pequeños dedos hurgando en el bol de palomitas. Ojos azules inocentes mirando la pantalla.

—¡No comas esa manzana, está envenenada!

Miriam sonrió y encontró un cigarrillo en el bolsillo de la cazadora. Lo encendió y se ajustó la bufanda alrededor del cuello.

«¿Esta acción?».

Unos años antes ni siquiera habría pensado en la posibilidad de no unirse a algo así. Miriam Munch odiaba las injusticias. Personas horribles en posiciones de poder que usaban a los demás para enriquecerse aún más, daba igual que fueran humanos o animales. Le había encantado formar parte de Amnistía Internacional. Levantarse por la mañana y sentir que hacía algo que tenía algún tipo de utilidad. Sentir que estaba ayudando. Pero luego había tenido a Marion, a sus diecinueve años, y no había estado segura de que pudiera con todo, de si valía para hacerlo, y había dedicado todo su tiempo a la niña.

«Y una mierda».

«Ya era suficiente».

Las Granjas de Atlantis. Animales indefensos, encerrados en jaulas, expuestos a dolores a diario, solo para que alguien que ya tenía demasiado dinero ganara todavía más.

«Quería participar».

Miriam Munch tiró la colilla al suelo y subió las escaleras con pasos apresurados hasta el piso de la tercera planta.

—Hola —dijo Ziggy con una sonrisa al abrir la puerta—. Estaba empezando a pensar que no ibas a venir.

—¿Llego tarde? —preguntó Miriam, colgando la cazadora y la bufanda en un perchero del pasillo.

—Claro que no —contestó Ziggy, y la llevó hasta el salón—. O, bueno, hemos comenzado a las siete, pero da lo mismo.

—Pensaba que habías dicho a las ocho —dijo Miriam.

—Da igual —repuso Ziggy, guiñándole un ojo, y después la presentó a la gente que estaba en el salón—. Atención todo el mundo, para los que no la conozcáis, esta es Miriam Munch, vendrá con nosotros el lunes. Sé que a algunos de vosotros os parecerá extraño, eso de meter a alguien así de repente, pero os aseguro que Miriam es una de nosotros, y necesitamos toda la ayuda posible, ¿verdad?

—Hola —dijo Miriam.

—Hola.

—Bienvenida.

—Encantado de conocerte.

—Hola, Miriam —dijo Julie, se levantó y le dio un abrazo—. Me alegro de que hayas venido.

—Yo también me alegro —susurró Miriam, y se sentó junto a su amiga en el suelo.

—Yo la recomendé, así que ya sabéis que está bien.

El chico de las gafas redondas de la cocina. Le sonrió, un poco incómodo, tal vez una especie de excusa por haber intentado ligar con ella sin saber quién era.

—Bueno, eso no es del todo verdad, Jacob —dijo Ziggy.

—Sí que lo es. Os dije que ella es la hija del mismísimo Holger Munch; tenemos que conseguir que se una a nuestro equipo para sacar información confidencial y esas cosas.

—Bueno, bueno, Jacob, gracias a ti Miriam está aquí, mil gracias —dijo Ziggy.

—No hay de qué —admitió Jacob, inclinándose levemente delante de todos.

—Ahora, en serio, ¿no creéis que puede suponer un problema?

Un chico con un jersey de punto, que permanecía de pie apoyado contra el alféizar con los brazos cruzados sobre el pecho y una cara seria. Miriam lo había visto en la fiesta de Julie, pero no recordaba su nombre.

—¿El qué? —preguntó Ziggy.

—Que sea familia de un policía.

—No, no —comenzó Ziggy—. Ella es…

—Gracias, Ziggy, pero puedo defenderme sola —dijo Miriam, y de repente se encontraba de pie en medio de la habitación, con todas las miradas puestas en ella. No era algo que hubiera planificado, pero la decisión que había tomado en la calle seguía presente en ella y la había hecho reaccionar instintivamente—. Sí, bueno —añadió con una sonrisa, ya un poco arrepentida, pero no había vuelta atrás, así que inspiró hondo y continuó—. Bien, me llamo Miriam, hola a

todos.

—Hola, Miriam.

—Bienvenida.

Todavía había solo caras sonrientes, salvo el chico del jersey de punto que estaba junto a la ventana y seguía con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada oscura.

—No sé si muchos de vosotros solíais andar por el Blitz. En todo caso fue allí donde empecé, cuando tenía quince años. He participado en manifestaciones contra racistas y nazis, he sido activa en Amnistía, hoy en día trabajo para el Centro de Protección de Animales. Me encadené delante del Parlamento, un caballo de la policía me coceó la cabeza y me tuvieron que dar quince puntos. He trabajado a favor de los derechos de la mujer y, bueno, para ser sincera, no sé mucho sobre lo que vais a hacer, lo que vamos a hacer, pero eso de encerrar animales en jaulas, por la razón que sea, me pone tan furiosa que…, en fin…

A Miriam le faltaban palabras, se quedó con un vaso en la mano sin saber muy bien qué decir.

—Esto no era necesario, Miriam. Nos fiamos de ti —dijo Ziggy sonriendo—. Pero gracias de todas maneras.

—Yo la recomendé, eso ya es suficiente, ¿verdad? ¿O no tengo razón? —añadió Jacob con una sonrisa.

Miriam se sentó. Estaba un poco incómoda tras la exagerada presentación de sí misma que había realizado, pero todo había salido bien. Julie pasó una mano por su espalda y el chico del jersey de punto ya le estaba sonriendo y levantando el vaso, inclinando la cabeza levemente a modo de disculpa.

—Vale, ya hemos repasado el sistema de alarma.

Ziggy juntó las manos y miró a la gente del salón.

—¿Alguien tiene alguna pregunta antes de continuar?

47

Y qué piensas? —preguntó Munch.

Estaban en el Justisen y Munch acababa de traer una cerveza y una Farris. Puso el vaso sobre la mesa delante de ella.

—¿De qué, de retenerles hasta mañana?

—Sí.

—No estoy segura —dijo Mia, y se bebió un sorbito de su vaso, tratando de ocultar a Munch que tenía mucha sed.

Llevaba casi veinticuatro horas sin tomar ninguna pastilla y notó que la necesitaba, una cerveza, para mantener la angustia lejos de ella.

—No creo que sea necesario.

—¿Entonces no crees que lo hicieran ellos?

—No —respondió Mia—. ¿Tú sí?

—Es posible.

—¿El qué?

—Que estemos complicándonos la vida sin necesidad —dijo Munch, dejando la trenca sobre la silla a su lado.

—¿De qué manera?

—Bueno, obviemos por un momento la manera en que se hizo. Pero los motivos están ahí.

Mia se tomó despacio otro trago de cerveza.

—¿Estaba celosa?

—Sí —afirmó Munch—. Además, no está del todo cuerda, ¿no te ha dado esa impresión?

—Sí, sí —dijo Mia—. Pero no de esa manera. No como para hacer algo así, creo. Quiero decir, si quería deshacerse de Camilla, ¿por qué iba a dejarla en un sitio donde podíamos encontrarla?

—Te entiendo, pero aun así.

—No creo que sea el tipo. Demasiado emocional. Despistada. Esto es una cosa mucho más calculada. Más planificada. Los homicidios por celos no suelen serlo.

Se tomó otro sorbo de la cerveza y le daba igual que fuera un poco más grande esta vez. Llevaba veinticuatro horas sin pastillas y empezaba a notarlo.

—Sí que pueden serlo, ¿no? —dudó Munch.

Mia lo miró y se preguntó por qué quería mantener abierta la posibilidad de que Benedikte Riis o Paulus Monsen fueran la persona que estaban buscando. A ella le resultaba bastante evidente que ninguno de los dos lo eran. No eran más que dos jóvenes que se habían metido en un lío, un drama triangular que a ella le resultaba inofensivo e inocente. No había tardado

muchos minutos en llegar a esa conclusión en la sala de interrogatorios, pero aun así Munch no estaba dispuesto a descartarlo.

—Bueno, sí, pero no lo veo. ¿Qué motivos tendría él? ¿Acostarse con una chica menor de edad? ¿Algunas plantas de marihuana en el invernadero? ¿Qué estás pensando?

—¿Los dos, quizá? —dijo Munch, tomándose un sorbo de agua.

—¿Te digo lo que pienso yo? —insistió Mia y vació la cerveza.

—¿Sí?

—Que ocurrió justo como lo están diciendo. Benedikte Riis tenía una relación un poco enfermiza con Paulus. La puedo comprender, de alguna manera es un chico carismático y simpático. Luego llega Camilla y a Paulus le gusta más. Se enamora. Inician una relación. Después desaparece Camilla. Benedikte encuentra su móvil y envía un mensaje diciendo que está bien, para que nadie la busque. Así puede tener al chico para ella sola.

—¿O sea que pasó tal y como lo han contado? —dijo Munch.

—Creo que sí —afirmó Mia, e hizo un gesto hacia un camarero, señalando su vaso vacío.

—¿Entonces por qué seguimos hablando de ello?

Mia sonrió levemente.

—Eres tú el que estás hablando de ello, yo no.

—¿Así que quieres decir que deberíamos haberles soltado esta tarde?

—Bueno, puede ser buena idea someterles a otra ronda. Quizá mañana salga algo que podamos usar, aunque lo dudo.

Mia sonrió con dulzura al camarero, que vino con otra cerveza.

—¿Crees entonces que tiró el teléfono a la basura y que no vamos a poder encontrarlo?

Mia asintió y se llevó el vaso a la boca. Ya se había decidido. No iba a tomar más pastillas, aunque sabía que iba a ser difícil, que iba a echar en falta la dosis para no tener que soportar esas imágenes en la cabeza todo el tiempo.

«El cuerpo desnudo y torcido entre el brezo».

«La sombra de la pared».

«La pesadilla que le había hecho perder las nociones de la realidad por un momento».

«Pienso que lo que te pone mala es tu trabajo».

«El mal al que te expones».

«Esta oscuridad».

Afortunadamente ya podía sentir los primeros efectos de la cerveza.

—¿Nada del Museo de Ciencias Naturales, entonces? —preguntó Munch y se tomó otro sorbo de agua.

—Una pérdida de tiempo —respondió Mia—. ¿Y Ludvig, qué? ¿La peluca? ¿La tienda especializada?

—Tampoco hemos sacado nada de aquello —suspiró Munch—. No eran ellos los que la habían vendido, pero han dicho que hay otra tienda, así que Ludvig va a probar allí mañana.

—Vale —asintió Mia.

—¿Y qué pensamos, entonces? —preguntó Munch.

—¿De qué?

—¿Si no es ninguno de los dos que hemos traído…?

—Helene Eriksen. Dos profesores. Una de las otras siete chicas.

—¿Anders Finstad está tachado de la lista?

—Tal y como lo veo yo, sí.

—¿Alguien del centro, entonces?

—No sé, ¿tú qué piensas?

Munch suspiró levemente otra vez y se quedó callado por un momento. Ahora Mia se dio cuenta de por qué quería mantener abierta la posibilidad de que fuera uno de los dos adolescentes que acababan de interrogar durante horas. En realidad no tenían nada. Mucha información, mucho material, las plumas, las velas, el vídeo, pero aun así estaban buscando a ciegas, y no le gustaba.

—¿Todavía no tenemos nada del lugar de los hechos? —preguntó Mia.

Munch negó con la cabeza, rendido.

—No hay huellas de pie que podamos usar. No hay pruebas de ADN en el cuerpo de Camilla.

—No estaría embarazada, ¿no?

—¿Qué? Según Vik, no. ¿Por qué?

Munch la miró con curiosidad.

—El pentagrama —dijo Mia—. Lo he estado mirando un poco. Quiero decir, el significado que hay detrás.

—¿Sí?

—Quiero decir, tiene que haber algo ahí, el autor del crimen ha tenido que colocarla de esa manera por alguna razón, ¿no crees? Si no se trata de un intento de despistarnos, claro.

—Sí, claro —admitió Munch con tono inquisitivo—. ¿Y qué has encontrado? ¿Embarazo?

—Justo eso no, pero, bueno, ya sabes, el modo en que los brazos estaban colocados…

—¿Sí?

—¿Apuntando hacia dos de las puntas del pentagrama?

—¿Sí?

—Tienen un significado —continuó Mia—. Cinco puntas: alma, agua, fuego, tierra y aire.

—¿Y bien? —preguntó Munch—. ¿Qué tiene que ver esto con el embarazo?

—Parece que hay otro tipo de significado también.

Mia vio que estaba a punto de perderse.

—¿Sí? No está relacionado con tierra, agua y… ¿qué otras cosas decías?

—Alma, agua, fuego, tierra, aire —continuó Mia—. Pero, tal y como están colocados los brazos, delatan un simbolismo más profundo.

—¿Qué?

—Madre. Y nacimiento.

—Vaya —exclamó Munch, frunciendo las cejas—. ¿Pero si no estaba embarazada?

—Ya, pero he pensado que aun así podría haber algo ahí. Necesito un poco de tiempo para llegar más al fondo de la cuestión. Para ver si encuentro algo que podamos usar, algo que tenga que ver con todo lo demás. Quizá podría encerrarme un rato con ello y ver qué saco.

—Por mí haz lo que quieras, siempre y cuando tengas el teléfono encendido —le advirtió Munch, con un suspiro, poniéndose la trenca—. Tengo que irme ya a la piltra, todavía creo que podemos sacar algo más de estos dos mañana. ¿Quieres compartir un taxi?

Mia vio por la expresión de sus ojos que no se trataba de una pregunta. Ahora estaba hablando como Holger el papá, que quería asegurarse de que ella descansara.

—Estaría bien, estoy hecha polvo —respondió Mia con una sonrisa, e hizo como si bostezara antes de levantarse para ponerse la cazadora de cuero.

48

Mia Krüger esperó hasta que las luces traseras rojas del taxi desaparecieron antes de enfundarse la capucha sobre las orejas y bajar por la cuesta hacia la calle Hegdehaugsveien. La idea del piso frío, casi vacío, no resultaba muy tentadora. Había tocado las llaves de la casa en el bolsillo un momento, pero era inútil, claro, en cualquier caso no iba a poder dormir nada ahora, necesitaba otra copa. Más. Algo más fuerte. Necesitaba desaparecer.

La noche de un viernes en la ciudad de Oslo. Se ajustó la cazadora y caminó por las calles con la cabeza agachada, no tenía fuerzas para mirar a la gente, para ver la normalidad de la que ella nunca llegaría a formar parte. Esta gente había trabajado toda la semana y ahora tocaba celebrar la llegada del fin de semana. Había manadas de personas arregladas, alegres y ruidosas a su alrededor, sin una sola preocupación en el mundo. Saludó con un breve gesto de cabeza al portero del Lorry, afortunadamente no era el mismo que había reducido a Curry. El sitio se encontraba casi lleno, pero la mesa del rincón, al fondo, donde le gustaba esconderse, estaba libre. Resultaba casi simbólico. Pidió una Guinness y un chupito de Jägermeister, y se hundió con suavidad en el sofá rojo. Todos los demás tenían compañía. Y ella en el rincón, sola. Fuera del mundo. Personas sonrientes con vasos en las dos manos, acompañadas de otras personas, y luego ella, sola en una esquina, con una especie de responsabilidad hacia todos ellos.

«Espabila ya».

Mia vació el Jägermeister y después se tomó un sorbo de la Guinness. Negó con la cabeza para sí.

«¿Ahora te compadeces de ti misma?».

No, joder, ya era hora de recomponerse. Esa actitud no le pegaba. Sacó el cuaderno y el bolígrafo del bolso y los dejó sobre la mesa. ¿Quién era ella? ¿Acaso no era Mia Krüger? ¿Iba a estar sentada así, con la cabeza gacha? No, ya era suficiente, joder. Mia abrió el cuaderno, quitó el tapón del bolígrafo y encontró una hoja en blanco. El psicólogo. Él tenía la culpa.

«Pienso que lo que te pone mala es tu trabajo».

Vaya chorrada. Ahora se arrepentía de haber accedido a ir a terapia. Dejando que cualquier idiota tuviera un pase a su cabeza, haciéndole creer que era verdad que le pasaba algo. Cierto, había mantenido las distancias. En todas las sesiones. Había dicho sí y no donde hiciera falta, pero aun así le había afectado.

«Algo le pasaba».

A tomar por saco. Ya había tomado la decisión, asistida por el calor del alcohol, podían decir lo que quisieran. Mikkelson, Mattias Wang y Munch también, ella sabía perfectamente quién era y, por mucho que intentasen manipular su cabeza, ella tenía razón.

«Mierda».

La había debilitado. Pequeñas vocecitas desde la derecha y la izquierda, pero ahora ya había tenido suficiente. Hizo un gesto al camarero, enseñándole el vasito vacío del Jägermeister, y poco después había otro sobre la mesa. ¿Qué cojones sabían ellos de cómo se sentía ella? Nuevo mensaje del psicólogo Mattias Wang. «¿Quieres concertar otra cita? Creo que te vendría bien». Los ojos de Munch sobre la mesa, «¿no necesitas tomarte un día o dos?». Vació la mitad del chupito y ya lo tenía perfectamente claro. Les había dejado meterse en su cabeza, haciendo que dudara de sí misma, pero ya no lo iban a hacer más. Hasta aquí habían llegado.

Mia sonrió para sí, se tomó otro sorbo de la Guinness y puso el bolígrafo sobre la hoja blanca.

«Una hoja en blanco».

«Era importante. Había que volver a revisarlo todo».

Fuerte. Se sentía fuerte otra vez. No sabía si era por el alcohol o no, pero ahora mismo le daba igual. Vació la Guinness justo a tiempo para poder recibir otra ronda y cerró las puertas al ruido del local con una sonrisa en la boca. El bolígrafo se movía con rapidez sobre la hoja que había delante de ella.

«Camilla. La elegida. Mamá. Nacimiento. Diecisiete años. Despistada. Particular. Las plumas. ¿Un búho? ¿La muerte? Estrangulada. ¿Por qué estrangulada? ¿Por qué algo alrededor del cuello? ¿El aliento? ¿El aliento es la vida? Los brazos. ¿En el bosque? ¿Por qué estabas desnuda?».

Mia se tomó un gran sorbo de la cerveza negra sin registrar nada de lo que pasaba a su alrededor. Escribió «el ritual» por encima de sus últimos apuntes y movió el bolígrafo hasta la página opuesta del cuaderno. Puso «el sótano» arriba, vació el chupito de un trago y llevó el bolígrafo a la hoja de nuevo.

«Oscuro. Oscuridad. ¿Animal? ¿Qué pasa con el animal? ¿Por qué eres el animal? Comida. Pienso. ¿Por qué no te deja comer, Camilla? ¿Quién te está mirando? ¿Por qué te está mirando? ¿Y por qué no llevas la peluca cuando mueves la rueda, cuando te está mirando? ¿Por qué te ve tal y como eres? ¿Siendo tú misma? ¿Sin la peluca? ¿Por qué eres tú misma en el sótano? ¿Y no cuando yaces muerta en el bosque?».

Mia pidió otra ronda, a pesar de no haber terminado la Guinness. La vació justo antes de que llegara la siguiente ronda, se llevó el chupito a la boca y se acomodó en el sofá rojo para echar una breve mirada a lo que había escrito.

«Había algo aquí».

Joder, no debería haber dejado que le jorobaran la cabeza. No volvería a pasar nunca.

«Claro que había algo aquí».

Mia se metió el extremo del bolígrafo en la boca sin darse cuenta. «Por un lado: Tal y como apareces delante de nosotros, nueva, diferente. En el bosque. Sobre las plumas. ¿Protegida? ¿Recién nacida? Por otro lado: Cuando eres un animal ahí dentro, cuando mueves la rueda, cuando tienes que demostrar quién eres. ¿Tienes que demostrar quién eres, Camilla, tienes que demostrar lo que sabes hacer?».

Mia hojeó el cuaderno y dejó que el bolígrafo corriera por las hojas nuevas.

«¿Mamá? ¿Querías ser mamá, Camilla? ¿Querías tener un hijo? La elegida. ¿Por qué eras la elegida? ¿Ibas a ser la madre? ¿Del niño?».

Mia se dio cuenta de que había alguien a su lado. Sería el camarero, así que trató de ahuyentarlo, ya tenía suficiente en los vasos, pero la persona no quería moverse.

—¿Mia Krüger? —preguntó la figura, y Mia no quería hacerlo, pero aun así levantó a regañadientes la mirada de las hojas.

—¿Sí?

Había un chico delante de ella. Con un traje negro y una camisa blanca recién planchada, pero con un enorme gorro encajado en la cabeza.

—Estoy ocupada —dijo Mia.

El chico se quitó el gorro y salió un pelo espeso revuelto, negro en los lados y con una raya blanca en el medio.

Mia sintió irritación. Había algo aquí. Estaba cerca de ello. No le faltaba mucho. La solución se encontraba ahí dentro, en las hojas que tenía delante de ella.

—Soy Skunk —dijo el chico.

—¿Qué? —dijo Mia.

—Me llamo Skunk —repitió el chico, con una sonrisa torcida—. ¿Todavía estás ocupada?

49

Sunniva Rød había trabajado toda la tarde y estaba más cansada de lo habitual. Últimamente no dormía bien. Daba vueltas en la cama. Tenía sueños extraños. En realidad no entendía muy bien por qué. ¿Tal vez porque había dejado de llamar? Al principio no paraba de contactarla, llamada tras llamada, mensaje tras mensaje, y luego, de repente, había parado de golpe. Nada. ¿Le había pasado algo a Curry? ¿Había tenido un accidente? ¿Debería llamar para ver cómo estaba? Suspiró y entró en la última habitación que le quedaba antes de terminar el turno. Torvald Sund, el pastor loco. Solía tomarse un respiro de dos segundos delante de la puerta, recobrar el aliento un poco antes de entrar, pero hoy se encontraba cansada, no tenía fuerzas para pensar en ello. Solo quería irse a casa. Tenía que dormir algo.

Entró en la habitación y se sobresaltó un poco al verlo sentado allí, con los ojos abiertos de par en par y una sonrisa extraña en la boca. Era casi como si hubiera esperado que viniera.

—En breve me toca morir —anunció el pastor con una sonrisa.

—No debes hablar así, Torvald —dijo Sunniva, acercándose a la mesilla de noche para despejar los restos de la cena que habían traído las empleadas de la cocina, pero no había tocado la comida—. ¿No tienes hambre? ¿No quieres cenar nada? —le preguntó, y se sintió incómoda, quería hablar de algo más banal.

—No necesitaré comida en el cielo —contestó el pastor, todavía sin quitarle los ojos de encima.

—No debes hablar así —le reprendió Sunniva—. Te quedan muchos días buenos.

—En breve me toca morir —afirmó el pastor otra vez, con más decisión—. Pero no pasa nada porque iré al cielo. Dios me ha dicho que puedo expiar mis pecados.

«No iré al cielo».

«He pecado».

«Iré al cielo».

«Puedo expiar mis pecados».

Sunniva Rød respetaba las opiniones de la gente. Podían creer en lo que les diera la gana, fuera Dios, Alá, Buda o los elfos del bosque, pero ahora mismo se encontraba demasiado cansada para involucrarse. ¿Por qué no había llamado Curry? ¿Había pasado algo?

Levantó la bandeja de la mesilla y la llevó hacia la puerta.

—No, tienes que escucharme —dijo el pastor con firmeza.

Ahora la mirada de Sunniva era casi desesperada.

—Tengo que quitar esto, Torvald —se excusó, intentando esbozar una sonrisa—. Y luego termino mi turno, pero enseguida vienen otras, así que estarás bien.

—No —exigió el anciano en voz alta, levantando un dedo índice torcido—. Tienes que ser tú.

Sunniva se sobresaltó un poco otra vez y se quedó clavada en medio de la habitación con la bandeja en las manos.

«El pastor loco».

No, no tenía fuerzas para más. Ahora quería irse a casa.

—Por favor —le imploró con voz quejumbrosa cuando ella llegó hasta la puerta—. No quería hablar así, que Dios me perdone, pero tiene que ser así, tú eres la portavoz.

Sunniva se giró y lo miró. Él la contemplaba con ojos suplicantes y había juntado las manos como si estuviera rezando.

—¿Por favor?

—¿Escuchar el qué? —suspiró Sunniva.

—Mil gracias —dijo el viejo al ver que Sunniva dejaba la bandeja sobre la mesa y volvía hacia su cama—. Tanto Dios como yo te damos las gracias. La portavoz.

Levantó las manos hacia el cielo y murmuró algo.

—¿Por qué soy la portavoz, Torvald? —preguntó Sunniva—. ¿Y qué es lo que debo transmitir? ¿A quién?

El pastor sonrió hacia ella otra vez.

—Al principio no me daba cuenta, pero luego me enteré de quién eres.

—¿De quién soy? Si ya sabes de sobra quién soy, nos conocemos desde hace tiempo.

—Oh, no, no —continuó el anciano, tosiendo un poco—. No lo sabía, pero luego oí hablar a las enfermeras.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ya sabes, cotillean cuando cambian las sábanas. No creen que Torvald tenga oídos, sabes, ni siquiera piensan que soy un ser humano, creen que solo estoy aquí para morir y que no me doy cuenta de que están hablando de Sunniva.

—¿Qué? —dijo Sunniva, confusa—. ¿Qué dicen de mí?

De repente le interesaba saber qué quería contarle el anciano, casi podía olvidarse de lo cansada que estaba.

—Y fue entonces cuando me di cuenta de que eras la portavoz —declaró el anciano, feliz, y pareció que se iba por un momento.

—¿Qué dicen de mí? —preguntó Sunniva, sacándolo de su ensimismamiento.

—Oh, nada especial. Solo que el policía y tú ya no os vais a casar. Que él bebe y gasta vuestro dinero en el juego.

—Qué coj… —comenzó Sunniva, pero se reprimió.

A fin de cuentas, trabajaba en el único sitio de Noruega en el que decir palabrotas podía significar el despido, así que había aprendido a cuidar la lengua. Aun así sintió cómo la irritación se convertía en enojo.

—¿Cómo se atreven a…?

—Calla, calla, amiga mía, todo ha sido para bien —la interrumpió el pastor sonriendo.

—¿De qué manera puede ser para…?

—¿Entonces es verdad? ¿Es policía?

—Sí, desde luego —confirmó Sunniva.

—Oh, Dios, gracias. Ahora sí que voy al cielo —dijo el anciano, dando una palmada con sus manos arrugadas.

—Torvald, no sé si… —replicó Sunniva con un suspiro, pero él la interrumpió.

—Un gran pecado solo puede ser perdonado por una gran acción.

—No sé si…

—Eso dicen las Escrituras, y son las palabras de Dios —continuó el pastor sin hacerle caso.

Sunniva tuvo la impresión de que estaba perdiendo la cordura otra vez, pero al mismo tiempo había algo en sus ojos que le decía que esto era diferente. Nunca antes lo había visto tan despierto.

—Bien, soy la portavoz —dijo—. ¿Y qué es lo que quieres contarme?

—¿Has visto la prensa? —preguntó el anciano, todavía con la mirada despejada.

—¿Qué quieres decir?

—¿El cordero en el círculo del pecado?

Sunniva tuvo que reflexionar un poco antes de darse cuenta de lo que quería decir. La joven que habían encontrado muerta en el bosque de Hurumlandet. Últimamente no paraban de hablar de ello. Desnuda. Estrangulada. En una especie de ritual. Sunniva sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda solo con pensarlo.

—¿Qué le pasa? —preguntó Sunniva, que sentía curiosidad otra vez.

—Sé quién era —contestó el pastor.

—¿La chica?

—No —dijo, con un poco de irritación en la voz, ya que ella no era capaz de seguir sus pensamientos.

—¿Entonces, quién?

—La voluntad de Dios —sentenció el pastor, contento otra vez.

—¿Qué quieres decir, Torvald? —preguntó Sunniva.

El anciano juntó las manos sobre el pecho y cerró los ojos un momento, como si estuviera conversando con alguien dentro de su cabeza. Después los abrió de nuevo y la miró con ojos de felicidad.

—Sé quién la mató.

50

El joven que se había sentado junto a la mesa tenía una mirada inteligente y tranquila, parecía poseer mucha confianza en sí mismo, pero su aspecto seguía siendo una especie de fachada, así que Mia Krüger no sabía muy bien qué pensar. Llevaba una camisa blanca y un traje negro, como un hombre de negocios, lo cual contrastaba de manera llamativa con el cabello despeinado, que era negro en las sienes y con una gruesa raya blanca en el medio. Se veía claramente de dónde había sacado el mote, Skunk, pero, al mismo tiempo, a Mia le costaba situarlo.

Normalmente se le daba bien interpretar a la gente, pero este chico irradiaba algo que ella desconocía. Era como una especie de pancarta. Como si se hubiera disfrazado. Como si quisiera ser especial y llevara esa ropa porque quería destacar entre las masas sin tener lo que hacía falta para ello, pero Mia no tardó muchos minutos en percibir que se había equivocado.

Se dio cuenta de que le importaba un carajo. Podía tener el aspecto que le diera la gana, porque le daba igual lo que pensaran los demás. Era él mismo, y, si a alguien le parecía mal, pues que se jodiera. Skunk se llevó la cerveza a la boca y le sonrió sobre el borde del vaso. Mia no sabía si era por el alcohol o no, pero por primera vez desde que tenía uso de razón tuvo la sensación de que este era un chico que…, bueno…

No terminó de formular la idea, pero vació su propia cerveza, volvió a ponerse la cara de policía y apartó el cuaderno y el bolígrafo.

—¿Entonces no estás ocupada?

Un poco efusivo sí que era, pero Mia notó que no le importaba.

—En realidad, sí —contestó, con otro gesto hacia el camarero.

—Normalmente no hago estas cosas —dijo Skunk, y apartó los ojos de ella por primera vez, mirando por la ventana.

—¿El qué? —preguntó Mia.

—Hablar con la policía. —Sonrió y volvió a mirarla.

—No, ya me he dado cuenta —replicó Mia—. Gabriel lo dejó muy claro.

—Ah, Gabriel —dijo Skunk con un suspiro, llevándose el vaso a la boca otra vez—. Se pasó al lado oscuro…

Mia Krüger no estaba muy familiarizada con el mundo de los friquis, pero sí lo suficiente como para comprender que se trataba de una referencia a *Star Wars.*

Darth Vader y Luke Skywalker.

Luke, déjate llevar por el lado oscuro.…

—Según él, eres tú el que se pasó a ese lado —afirmó, mientras el camarero dejaba un nuevo vaso sobre el mantel blanco entre ellos.

—¿Sí? —dijo Skunk.

—Eres el malo, ¿no? Y Gabriel nos ayuda…

—Depende de cómo lo mires.

—Ya, claro —replicó Mia sonriendo, y se tomó un sorbo de la Guinness.

—Como te decía, normalmente no hago estas cosas.

Skunk se quitó la americana y la colgó con cuidado en el respaldo de su silla.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿por qué estás aquí? —dijo Mia.

—Llamémoslo conciencia. O quizá sobre todo curiosidad.

—¿Curiosidad?

Skunk sonrió.

—Eres tal y como yo pensaba.

—¿Y cómo es eso?

La cabeza ya le daba vueltas. Había bebido bastante, pero aun así Mia trataba de mantener el control.

—¿Por qué no dejamos esto y vamos al grano?

Skunk la miró y Mia tuvo de nuevo la sensación de que, si no hubiera estado trabajando, si no fuera porque el joven que se había presentado tan de repente era esencial para el caso en el que estaba tan profundamente metida, pues…

Lo dejó estar.

—Claro —asintió Mia.

—Dos cosas —dijo Skunk, tomándose otro sorbo de la cerveza.

—¿Sí?

—La primera —continuó, mirándola—. El lugar donde estaba el servidor.

—¿El servidor donde encontraste el vídeo?

—Sí, pero primero debes tener una cosa clara —le indicó Skunk—. Tú no tienes ni idea de nada y no sabes nada.

—¿Yo? ¿Y bien? —se asombró Mia.

—No quiero que esto suene ofensivo, pero es un asunto técnico. Sé que eres la mejor en tu campo, pero digamos por un momento que yo soy el mejor en el mío, ¿vale?

—Gabriel es muy bueno —puntualizó Mia.

Skunk sonrió.

—Sí, Gabriel tiene habilidades, pero es demasiado buenazo. ¿Sabes lo que es un *white hacker?*

—No —respondió Mia.

—Vale. ¿Sabes lo que es un *black hacker,* entonces?

Mia volvió a negar con la cabeza.

—Vale —dijo Skunk, vació su cerveza y la miró—. ¿Qué, tomamos otra ronda?

Mia asintió y Skunk hizo un nuevo gesto al camarero.

—Bueno —dijo Mia—. *¿White hacker, black hacker?*

Skunk la miró.

—Da lo mismo.

—Vale, ¿dónde encontraste el vídeo, entonces? ¿Dónde estaba el servidor? —preguntó Mia.

—Es imposible decirlo con seguridad —contestó Skunk, y vació el pequeño vaso.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, siempre se esconden. ¿Qué conocimientos técnicos tienes?

—¿En qué sentido?

—¿Cuánto sabes de este tipo de cosas?

Mia seguía sin tocar los vasos que estaban sobre la mesa.

—Bueno, digamos que no sé nada, ¿cómo me lo explicarías, entonces?

—El servidor donde encontré el vídeo —dijo Skunk y se tomó otro sorbo de la cerveza—. Decía que estaba en Rusia.

—¿Decía?

—Sí, pero no lo estaba —continuó el chico del pelo revuelto con una sonrisa, y Mia ya vio que el alcohol empezaba a afectarle.

—¿Sabes algo sobre espejos? ¿Sobre *mirrors*? ¿Sobre direcciones IP fantasmas?

—Nada —respondió Mia sonriendo, y ya solo se concentraba en el cuaderno y el bolígrafo.

—Es posible esconder los servidores —aseveró Skunk.

—¿Entonces no sabes dónde lo encontraste?

—Sí y no. —Se rio, tomando otro sorbo de la cerveza—. Dejan huellas por todas partes, por mucho que intenten esconderlas, y lo poco que hallé en este país venía de una casa de St. Hanshaugen.

—¿El servidor estaba allí? ¿En St. Hanshaugen?, ¿fue allí donde encontraste el vídeo?

Mia todavía no había tocado los vasos sobre la mesa.

—La calle Ullevålsveien 61 —asintió Skunk—. Lo he mirado, era un garito de libros.

—¿Garito de libros?

—Una librería de viejo —explicó Skunk.

—¿Entonces? —dijo Mia.

—Ya, ese es el tema, era una librería pero ya no hay nada allí.

—¿Lo has comprobado?

—Era una librería de viejo. Libros antiguos. Cosas de ocultismo, por lo que pude ver. Ya sabes, satanistas, ese tipo de gente…

Esbozó una sonrisa torcida sobre el borde del vaso.

—¿Entonces no queda nada? ¿No hay nada allí?

—Está totalmente vacío —confirmó Skunk y asintió despacio—. Pero…

—¿Sí?

—Las huellas no parecían del todo nítidas. Bien puede ser otro señuelo, ¿me entiendes? No está claro que haya estado allí para nada.

—Vale —dijo Mia—. ¿Y el número dos?

—¿Qué?

—Me dijiste que había dos cosas, ¿número uno y número dos?

Skunk dejó el vaso sobre el mantel blanco.

—Sí —afirmó—. Y eso es lo peor.

Mia no sabía muy bien qué pensar. Skunk estaba cada vez más borracho, y eso que no había bebido demasiado.

—¿El qué?

—Has visto el vídeo, ¿no? —dijo, y se inclinó hacia ella sobre la mesa—. ¿Os habéis enterado vosotros, la policía, de qué se trata en realidad?

—¿Qué quieres decir? ¿Que si sabemos qué es este vídeo realmente?

—Sí —dijo, asintiendo con la cabeza.

—No lo sé, puede que no.

El camarero se acercó a ellos otra vez, dando a entender que esta era la última oportunidad

para pedir otra ronda, pero Mia hizo un gesto negativo.

—El vídeo, la chica que está dando vueltas en la rueda, ¿lo habéis visto?

El hacker del pelo negro y blanco se tambaleaba un poco en el otro lado de la mesa, y Mia estaba contenta de haber terminado con la ingesta de alcohol a tiempo.

—Claro. Entonces, ¿el número dos? —preguntó Mia cuando las luces se encendieron en el local a su alrededor.

—¿Qué? —dijo Skunk, con una mirada neblinosa.

—¿El número dos? —insistió Mia—. Si el servidor era el número uno, ¿cuál es el número dos?

Skunk puso el vaso vacío sobre el mantel blanco delante de ella.

—No es un vídeo —afirmó, con una mirada lánguida.

—¿Qué quieres decir?

—No es un vídeo —repitió Skunk, mirándola.

—Bueno, sí que es un vídeo, ¿no? —replicó Mia.

—No. Es un extracto de un *livefeed.*

—¿Qué? —dijo Mia.

—Es un *livefeed.* Ha sido emitido en directo.

—¿Qué quieres decir?

Skunk levantó la vista de la mesa y miró a Mia con una expresión seria.

—Lo han colgado en la red. Enseñándola.

—¿Qué? —preguntó Mia cuando el camarero se acercó a ellos y dijo que habían cerrado ya, que era hora de irse a casa.

—Ha sido emitido en directo —repitió Skunk—. Alguien la ha estado grabando durante mucho tiempo y lo ha ido colgando en la red, puede que haya ganado dinero haciéndolo.

—¿Cómo es posible? —dijo Mia cuando el portero se acercó a ellos.

—Ya ha llegado la hora —avisó el portero sonriendo.

—¿Cómo puedo dar contigo? —le pidió Mia cuando estaban en la fría acera de la calle Hegdehaugsveien.

El joven se puso la americana y se encajó un gorro sobre las orejas. A continuación, un taxi con el piloto verde encendido paró en la calle delante de ellos.

—No puedes —respondió Skunk, guiñándole un ojo.

—Por favor, dime cómo.

—Tøyen —dijo el hacker al taxista antes de sentarse en el asiento trasero y cerrar la puerta tras de sí.

51

El hombre de negocios Hugo Lang, de sesenta y dos años, salió de su jet privado en el aeropuerto de Zúrich y entró en el Bentley blanco que le esperaba para llevarlo a casa. El viaje hasta la mansión, que estaba situada justo en la orilla del pequeño lago Pfäffikersee, duró poco más de veinte minutos, y no intercambió ni una palabra con el conductor, porque el viejo suizo nunca hablaba con los miembros del servicio.

Llamar a Hugo Lang hombre de negocios podría ser una exageración, porque había heredado toda su fortuna y no había trabajado un solo día de su vida. Su padre, el magnate del acero Ernst Lang, que había fallecido siete años antes, había sido uno de los empresarios con más éxito de Europa y algunos habrían esperado que su hijo siguiera administrando el legado, pero Hugo había vendido todas las sociedades. Se había quedado con la villa suiza, una propiedad en las islas Bermudas y unos pisos en Nueva York, París, Londres y Hong Kong, pero, por lo demás, la centenaria empresa familiar de Langkrupp y todas las demás sociedades del grupo estaban en manos de otros. Los que no habían heredado nada, tíos, tías y otros miembros más periféricos de la familia, hicieron lo que pudieron para frenarlo, los medios de comunicación habían publicado noticias a diario sobre parientes en estado de shock que trataban de parar la venta por la vía legal, pero aun así lo había hecho. A Hugo Lang las opiniones de los demás no le interesaban.

Dejó que el chófer le abriera la puerta y entró en la mansión sin mirar a los sirvientes que se hicieron cargo de su abrigo y sombrero. Nunca se rebajaba hasta el punto de mirar a los ojos a los miembros del servicio. Les pagaba para que estuvieran a su disposición las veinticuatro horas del día y él no veía razones para dedicar su tiempo a prestarles atención. Además, tenía cosas más importantes en las que pensar y hoy parecía uno de los días más importantes en mucho tiempo.

Siempre había sido coleccionista, pero no fue hasta que su padre falleció y Hugo heredó todo el dinero cuando pudo empezar a hacerse con los objetos que realmente quería. Su padre había sido un tacaño, pero ahora eso ya daba igual, ahora él llevaba las riendas de su propia vida. La madre de Hugo Lang había fallecido cuando tenía catorce años, de un repentino infarto cerebral, pero Hugo nunca la había echado en falta. Ernst Lang había muerto de leucemia y había pasado mucho tiempo languideciendo en la mansión, habían montado una clínica entera solo para él, había sido casi como vivir en un hospital y Hugo había ido a verle de vez en cuando, no porque le apeteciera o porque se compadeciera de alguna manera del anciano, lo hacía solo para que al viejo idiota no se le ocurriese de repente dar el dinero a otras personas.

Después de su muerte, Hugo había eliminado todos los objetos que pudieran recordarle a sus padres. Fotografías, ropa, los retratos de las paredes. No veía razones para mantenerlas, necesitaba espacio para sus colecciones. Ninguno de los dos le había importado nunca, así que

¿por qué iba a quedarse con todas esas cosas viejas en su propia casa?

Guardaba sus coches en los numerosos garajes que daban al patio. Había perdido la cuenta de cuántos tenía y no los conducía muy a menudo, pero le gustaba ser propietario de ellos, tocarlos, mirarlos, saber que eran suyos. En la colección había, entre otros, un Hennessey Venom GT, un Porsche 918 Spyder, un Ferrari F12 Berlinetta, un Aston Martin Vanquish, un Mercedes CL65 AMG Coupé, y, normalmente, lo primero que hacía cuando volvía de un viaje, como ese día, era darse una vuelta por los garajes para pasar la mano por algunos de los coches, pero hoy no.

«Hoy tenía cosas más importantes en las que pensar».

Habitualmente pasaba por la sala de los acuarios también, pero hoy tampoco repasó su colección de peces exclusivos. Subió enseguida a su despacho, se sentó en la enorme silla de oficina, encendió el ordenador y sintió cómo el corazón comenzaba a latir con fuerza debajo de su camisa. No lo hacía muy a menudo. Había pocas cosas que excitaban a Hugo Lang. Cuando compraba alguna cosa a veces lo podía sentir, una especie de excitación. Como cuando compró lo que por aquel entonces había sido el sello más caro del mundo, un Tre Skilling amarillo sueco de 1855 del que había un solo ejemplar en el mundo. Había participado en la subasta de manera anónima y se había hecho con el sello por poco menos de veinte millones de coronas, y entonces lo había sentido, una especie de temblor en el cuerpo, pero se le había pasado rápido. Al día siguiente había comprado vino caro, una caja de Dom Leroy Musigny Grand Cru, para tratar de recuperar la sensación, pero no había funcionado.

«Pero esto. Esto era algo muy diferente».

Nunca antes había sentido semejante temblor en el cuerpo. ¿Quizá cuando vio las cantidades en sus cuentas después de finalizar todas las ventas? No, ni siquiera aquello podía compararse con esto.

Hugo Lang se levantó, atravesó el vasto suelo de mármol italiano y comprobó que la puerta estaba cerrada con llave antes de volver a sentarse delante del ordenador. Le temblaban los dedos cuando introdujo la dirección secreta de la página web.

Había pasado más de una semana desde que la chica noruega de la rueda desapareciera de sus pantallas y ya la echaba en falta. Había mandado traer la cama al despacho y servir allí todas las comidas, y habían pasado todas las horas juntos. Por la noche, si no podía dormir, podía acercarse a ella y tocar la pantalla. Resultaba reconfortante tenerla tan cerca, pero ahora ya no se encontraba allí y no había vuelto a ser él mismo desde entonces.

Hugo Lang había visto otras cosas antes. Si uno tenía dinero y sabía adónde acudir, siempre había cosas que ver, pero raras veces era algo auténtico. Se notaba desde lejos que lo que presenciaba no era más que una actuación; ¿pero esto?

«No, esto era auténtico».

Había encontrado el anuncio unos meses antes en los sitios por donde solía merodear, en las partes más oscuras de la red, y lo que le había gustado de él era su exclusividad.

Five highest bidders only[3].

Solo cinco personas. A Hugo Lang no le gustaba compartir y habría preferido tenerla para sí solo, pero cinco no estaba mal, podía aguantar compartirla con otros cuatro, siempre y cuando no supiera quiénes eran, y no era el caso, naturalmente, de la misma manera que los otros no sabían quién era él.

Ya no estaba allí y la echaba en falta, pero hoy iban a elegir una nueva, y al hombre de sesenta y dos años le temblaban tanto los dedos que le costaba horrores acertar en el teclado. Se echó hacia atrás en la gran butaca de cuero con una sonrisa en la cara, y notó cómo el corazón

comenzaba a latir aún más fuerte cuando la página web se cargaba en la gran pantalla delante de él.

Una página casi totalmente negra, con un breve texto en inglés.

«¿Quién quieres?».

«¿Quién será la elegida?».

Y luego dos fotografías más abajo. Dos chicas noruegas.

Notó un cosquilleo tal en el cuerpo que no era capaz de mantenerse quieto en la silla. Le sudaba la frente y tuvo que secarse las gafas con la camisa para poder leer los nombres debajo de las fotos.

Dos chicas noruegas. Una rubia. La otra, morena.

«Isabella Jung».

«Miriam Munch».

La había echado tanto en falta, pero enseguida habría otra. Una de estas dos. A Hugo Lang ya le gustaban ambas.

El hombre de sesenta y dos años reflexionó un momento, antes de hacer clic en una de las fotografías. Después cerró la página web, se levantó de la silla y entró en el vestidor para cambiarse antes de cenar.

6

52

Mia Krüger aparcó delante de la casa pintada de blanco y salió del coche con la sensación de que algo no encajaba. El encuentro inesperado que había tenido la noche anterior. Ese hacker, Skunk, que según Gabriel odiaba a la policía, había salido de repente de la nada. De alguna manera la había fascinado. Había conseguido quitarle la máscara de recelo que siempre llevaba puesta. La había deslumbrado por un momento, pero después, en el camino a casa y en el sofá delante de sus apuntes, había tenido una sensación desagradable. Pasaba algo raro. ¿Por qué había aparecido? ¿Cómo la había encontrado? ¿Qué sabían sobre este chico? ¿Skunk? Ni siquiera conocían su auténtico nombre. Todo lo que sabían de él era que había descubierto el vídeo. ¿Por casualidad? ¿En algún servidor misterioso que ahora, por alguna u otra razón, había desaparecido? Negó levemente con la cabeza y sacó el teléfono del bolsillo.

—Ludvig Grønlie.

—Sí, hola, soy Mia.

—Hola, Mia, ¿dónde andas?

Mia miró a su alrededor, hacia la casa blanca delante de ella que estaba…, bueno, en el quinto pino quizá sería la mejor manera de describirlo. Había dedicado tanto tiempo a buscarla que ya había empezado a oscurecer. Había estado a punto de dejarlo cuando por fin encontró un pequeño camino perpendicular, tan escondido que parecía que alguien lo había ocultado aposta.

—En el campo —contestó Mia.

—¿Dónde? —preguntó Grønlie.

—Estoy comprobando una cosa, sin más —explicó Mia—. ¿Puedes ayudarme?

—Claro —respondió Ludvig—. ¿Qué necesitas?

—Necesito saber algo sobre una dirección —dijo Mia.

—Muy bien. ¿Cuál?

—Ullevålsveien 61.

—Vale, ¿qué quieres saber?

—Todo lo que puedas sacar, realmente.

—Bueno —replicó Grønlie—. Sería un poco más fácil si me dieras más detalles sobre lo que estoy buscando.

—Sí, lo siento —se disculpó Mia—. La dirección salió por casualidad ayer; sobre todo me interesa algo así como una librería en la planta baja, ya sabes, de libros antiguos y esas cosas…

—¿Una librería de viejo?

—Sí, eso.

—Vale, voy a ver qué consigo —concluyó Ludvig.

—Gracias. —Mia se despidió, volvió a meter el teléfono en el bolsillo y se quedó de pie

mirando a su alrededor. La pequeña casa blanca delante de ella. Un diminuto cobertizo rojo en el otro lado del patio. Por lo demás, solo un denso bosque de árboles cubiertos de escarcha. Y un silencio total. ¿Quién podía vivir en un sitio así, si no había nada aquí? Mia sopesó la posibilidad de llamar a la puerta, aunque sabía que no había nadie en casa.

Jim Fuglesang.

El hombre del casco blanco.

Era aquí donde vivía. En una pequeña casa blanca, rodeada de árboles apelmazados, perdida en medio de la nada. Podría haber sido un lugar pintoresco, si hubiera habido niños correteando con tirachinas y gritando: «¡Migueeeel!», como en una novela de Astrid Lindgren[4], pero, tal y como se presentaba la escena, parecía sacada de alguna película de terror.

Claustrofóbico.

Ella era una auténtica chica de ciudad. Mia lo sentía claramente. Había venido hasta esta región dos veces en poco tiempo. A Hurumlandet. Al centro de jardinería, donde había gente. Al centro ecuestre, que también le había dejado una buena impresión. ¿Pero esto?

No había nadie aquí.

El silencio era total.

Estaba mal de la cabeza. Había ingresado en el hospital de Dikemark otra vez. No se permitía hablar con él. Durante el interrogatorio Mia no tuvo la sensación de que fuera el hombre al que buscaban. Una confesión espontánea, una persona psicológicamente inestable a la que de repente se le ocurrió que había cometido un crimen. No se le podía tomar en serio, naturalmente, así que lo habían soltado, ella lo había tachado enseguida, pero luego se le había ocurrido otra cosa. Si ella fuera la autora del crimen, ¿no haría justo eso para evitar sospechas? ¿Quién desconfiaría de un idiota con un casco de bicicleta blanco en la cabeza que parece no tener ni idea de lo que habla? Lo mismo pasaba con ese tal Skunk. ¿Quién dudaría de un joven que normalmente no contemplaría colaborar con la policía, pero que aun así aparece de la nada porque su «conciencia» le dice que debe hacerlo?

«Un hijo de puta enfermo».

Mia buscó un timbre en la puerta delante de ella, pero no encontró ninguno, así que dio unos golpes en la puerta. No había nadie en casa. Era lo esperado. Jim Fuglesang estaría drogado en una cama de Dikemark, seguramente con el casco puesto, pero por cortesía dio otro golpe en la puerta blanca. Tuvo la misma sensación de aprensión de antes.

¿A quién se le ocurriría vivir aquí?

¿Qué clase de persona lo haría?

¿En medio de la nada?

¿Rodeada de árboles?

¿Y de un silencio total?

Mia metió las manos en los bolsillos de la cazadora de cuero y esperó unos minutos hasta asegurarse de que no había nadie; después bajó despacio al jardín, caminó sobre la hierba cubierta de escarcha y subió a la terraza de la parte trasera de la casa.

No le costó mucho tiempo abrir la puerta. Entró sigilosamente en la casa, dijo: «Hola, hay alguien en casa», en voz baja, pero seguía sin haber respuesta. Eso, por lo menos, quedaba constatado. Jim Fuglesang estaba encerrado en algún sitio, encerrado y drogado. Mia tenía toda la casa a su disposición. No era legal, naturalmente, pero hacía tiempo que Mia Krüger había dejado de preocuparse por esas cosas. Munch sí que debía tenerlo en cuenta, las solicitudes de órdenes de registro que, como consecuencia del sistema burocrático tan ineficaz que tenían,

siempre tardaban días en tramitarse, o por lo menos cuando no había circunstancias especiales de por medio. Podría ser el caso aquí, pero aun así no tenía ganas de esperar. Mia atravesó el salón y encontró un interruptor en una de las paredes.

La habitación que vio resultó ser casi como Mia se había esperado. Recogida. Limpia. Y claramente habitada por un hombre que vivía solo. Mia no tardó mucho tiempo en darse cuenta de lo que buscaba. Jim Fuglesang necesitaba controlar todo a su alrededor para poder funcionar en el día a día. ¿Por qué, si no, un hombre hecho y derecho llevaría un casco de bicicleta en la cabeza dentro de casa? No era necesario ser psicólogo para percatarse de ello. Mia no tuvo que buscar mucho para entender qué necesitaba. Los álbumes de fotos. Colocados ordenadamente en la librería justo delante de ella, y también, tal y como se había esperado, ordenados y marcados de manera clara y exacta.

«¿Te gusta sacar fotos?».

«Sí».

No hacía falta ser muy inteligente para comprenderlo. Las fotos que les había enseñado del gato y del perro muertos tenían restos de cola en el dorso. Cola vieja y seca. Estas fotos habían estado en un álbum. Unas baratas carpetas de plástico marrones colocadas en orden en la balda más baja. La primera llevaba la fecha de 1989. La última, 2012. De repente sintió compasión por el hombre, cuando sacó los primeros álbumes y se sentó en el sofá, donde empezó a hojear. No había ni una persona en las fotografías. Había fotos de árboles. De una ardilla. Unas escaleras. Un comedero para pájaros. Todas marcadas con fecha. *Un periquito bonito,* 21 de febrero de 1994. *Han salido las primeras hojas del abedul,* 5 de mayo de 1998. Mia trató de mantener una actitud neutral y comenzó a hojear más deprisa, porque lo que buscaba era fácil de encontrar. Huecos vacíos. Lugares en las hojas donde faltasen fotos. No tardó en encontrarlos. *El gato muerto,* 4 de abril de 2006. *El pobre perro,* 8 de agosto de 2007. Seis años antes. Cinco. ¿Tanto tiempo? ¿Y con un año entre ellas? ¿Por qué iban a…?

Sus pensamientos fueron interrumpidos por una luz que de repente iluminó la oscuridad que ahora se cernía sobre el jardín. Apareció por un breve momento, y después desapareció. No había oído el coche, pero no había dudas.

«Había alguien fuera».

Mia reaccionó rápidamente, volvió a colocar los álbumes en la estantería, salió sigilosamente por la puerta de la terraza y se quedó detrás de la esquina de la casa, apretando los labios para que nadie la oyera respirar.

Qué quieto estaba todo.

Podía oír los latidos de su corazón.

Podía oír su respiración.

¿Quién coño querría vivir tan lejos de la gente?

Y, de repente, la siguiente idea:

¿Por qué cojones no había traído la pistola?

¿Sola y sin arma aquí, en medio de la nada?

Tenía un permiso especial, naturalmente. La policía de Oslo. No podían llevar armas si no pertenecían a las tropas antidisturbios, o tenían razones que lo justificasen. De entrada, a Mia Krüger no le gustaban las armas, pero, bueno, habían pasado cosas en los últimos años que le habían hecho cambiar su postura. Mia siempre había usado una Glock y había probado con varios modelos. La Glock 17 era un modelo estándar, pero también tenía una Glock 26, más ligera y más fácil de llevar oculta. En todo caso, poco importaba, no había traído ninguna de las

dos y se sentía como una idiota.

«Un coche en el camino de la entrada».

Oyó cómo alguien salía del vehículo y después el sonido de un golpe en la puerta. Primero una vez, y luego otra. Una visita. Alguien venía a ver a Jim Fuglesang. Inspiró hondo, dio la vuelta a la esquina y se encontró con una cara barbuda sorprendida. El instinto de policía se encendió y repasó la zona con la mirada. Un hombre en las escaleras, alrededor de ochenta kilos, abrigo, una furgoneta blanca de dos plazas, nadie en el asiento del copiloto. Siguió repasando el entorno con una rápida mirada, no había más movimientos, el hombre que estaba en las escaleras parecía estar solo, casi asustado ante su repentina aparición.

—¿Quién eres? —tartamudeó el hombre.

—Hola, lo siento —saludó Mia con una sonrisa y se acercó al hombre—. Soy Mia Krüger de la policía de Oslo, estoy buscando a Jim Fuglesang, ¿es aquí donde vive?

—Eh, sí —contestó el hombre de la barba.

—No parece que esté en casa —observó Mia, todavía con una sonrisa en la boca.

—Eh, no —dijo el hombre—. ¿La policía? ¿Jim ha hecho algo malo?

—No, no. Es solo un control rutinario. ¿Y quién es usted?

Daba la impresión de que el hombre de las escaleras todavía estaba sorprendido por haberse encontrado con una persona desconocida en ese lugar.

—Me llamo Henrik —respondió—. Bueno, yo…

Señaló la furgoneta y ahora Mia vio el logo del lateral.

ICA Hurum.

—Suelo traerle la compra de vez en cuando y llevo unos días sin tener noticias de él, así que he pensado que quizá no había salido de casa, y bueno…

—¿Lo conoces bien? —preguntó Mia.

—Bueno, no sé —respondió el hombre—. No demasiado bien, quizá, pero es cliente nuestro desde hace años. En fin, es un poco especial y a veces necesita ayuda.

Mia echó un vistazo rápido a su alrededor. Estaba cada vez más oscuro. Puñetera estación. Ella no había venido solo para comprobar los álbumes, también tenía otro asunto en la agenda que era igual de importante. Quería tratar de encontrar el camino que llevaba al lago donde Fuglesang había sacado las fotos.

—Bueno, parece que no se encuentra en casa —comentó Mia, encogiéndose de hombros.

—¿No se habrá metido en un… lío? —inquirió el hombre de la barba.

—No, solo un… accidente de tráfico por aquí, un atropello, y estamos interrogando a los vecinos para ver si alguien ha visto algo.

—Vaya —exclamó el hombre, y bajó por las escaleras con una expresión preocupada en la cara—. ¿Un atropello? ¿Hay heridos?

—No, no —contestó Mia, mirando otra vez a su alrededor enfadada.

Ya no quedaba nada de luz. Era como si de repente alguien la hubiese apagado.

«Mierda».

—¿Hay algo que pueda hacer? —preguntó el hombre—. Quiero decir, conozco a todo el mundo por aquí. ¿Dónde ha sido?

—¿Es tu tienda? —dijo Mia, señalando la furgoneta.

—Sí —respondió el hombre.

—Henrik, ¿verdad?

—Sí, Henrik Eriksen, soy el…

—Te llamaré si tengo alguna pregunta, ¿vale?

Se puso la sonrisa otra vez.

—Sí, claro, ¿te doy el número?

—Ya lo encontraré si lo necesito —respondió Mia y entró en el coche. Dio la vuelta por el pequeño patio y salió por el estrecho camino.

«Puñetera oscuridad».

Tenía que volver en algún momento, pero ahora por lo menos sabía dónde estaba. Mia Krüger ya había salido a la carretera principal cuando sonó el teléfono.

—¿Sí?

—Soy Ludvig.

—¿Sí?

—Te llamo por el asunto de la dirección que me has pasado antes.

—¿Qué has encontrado?

—No mucho. El edificio está compuesto sobre todo por viviendas, pero en la planta baja hay locales comerciales.

Por fin había farolas bordeando la carretera y Mia se sintió de repente más tranquila. Una especie de sensación de regreso a la civilización.

—¿Hay una librería de viejo?

—No, eso no me consta.

«Joder».

La sensación desagradable volvió a apoderarse de ella poco a poco. El repentino encuentro de la noche anterior. Salido de la nada. La había engañado. El hacker. Skunk.

«Mierda».

—Gracias, Ludvig —dijo Mia, y continuó hacia el centro.

53

Isabella Jung estaba sentada en la cama de su habitación, todavía con la cazadora puesta, y sentía cómo el corazón le latía con fuerza debajo del jersey. Alguien había metido otra nota debajo de su puerta. Con la misma letra que en la anterior.

¿Quieres quedar conmigo? En secreto.
¿Solo tú y yo?

Había regresado de ver a su padre. En el nuevo piso de los servicios sociales de Fredrikstad. Hacía mucho tiempo que no estaba con él y se había alegrado de verlo, pero las cosas no habían salido como se esperaba. Él no había hablado mucho. Parecía encontrarse de un humor extraño. Incluso había tenido la sensación de que estorbaba un poco. Se alegraba de estar de vuelta en la residencia.

Isabella sonrió y pasó un dedo por la hoja blanca con suavidad.

«¿Quieres quedar conmigo?».

«Claro que quería».

Ya se había dado cuenta de que era de él, cuando le había dejado la primera nota. La que había pegado en su puerta. Paulus. Había visto sus ojos. Aquella vez que le había enseñado las orquídeas. Y no recordaba si le había devuelto la misma mirada entonces, pero más tarde, siempre que se presentaba la ocasión, sí que lo había hecho.

Aquellos ojos bonitos y sonrientes. La boca que le había hablado de qué plantas había que regar y cuándo, de qué tipo de tierra era el más adecuado para las azaleas, mientras su mirada hablaba de algo muy diferente. Y ella no se había dado cuenta al principio de por qué había que mantenerlo en secreto, pero no había tardado mucho en entenderlo. Todavía no había cumplido dieciséis años, esa sería la razón. Era demasiado joven, no era legal. Un amor prohibido, lo cual no había hecho sino aumentar la excitación que sentía.

Isabella Jung solo tenía quince años, pero sentía que había sido adulta desde que era niña. En todo caso, ¿qué significaba la edad? No era más que un número. Pero lo entendía, claro que lo entendía. Él tenía más de veinte años. Perdería su trabajo, quizá incluso podría acabar en la cárcel. Así que lo había mantenido en secreto. Igual que él. Nunca se habían tocado. Ni siquiera un abrazo. Solo miradas. La mirada de él, que se cruzaba con la de ella.

Y luego, al final, la nota:

«Me gustas».

Y ahora la segunda:

«¿Quieres quedar conmigo? En secreto. ¿Solo tú y yo?».

Isabella pasó los dedos sobre las palabras y se sintió un poco confusa. Apenas había entrado

por la puerta antes de que los primeros rumores la alcanzaran. La policía se había llevado a Paulus y a Benedikte Riis. Se habían peleado en el patio, así que la policía les había esposado y, después, nadie había vuelto a saber nada. Isabella, preocupada, había ido al despacho de Helene, pero esta no podía atenderla.

—Ahora estoy un poco ocupada, ven más tarde.

—Solo quería…

—Más tarde, Isabella, ¿vale?

Tenía algo que ver con Camilla Green, claro está, todo el mundo coincidía, pero nadie sabía muy bien qué estaba pasando. Algunos decían que habían oído que Benedikte había dicho que Paulus la había matado. Mentiras, evidentemente. Todos sabían cómo era Benedikte Riis. No se podía confiar en ella. Podría vomitar cualquier cosa con tal de que le hicieran caso. Paulus no había hecho nada, seguro.

De repente Cecilie llamó a la puerta y metió la cabeza.

—¿Estás dormida? —preguntó la delgada chica con cautela.

—Qué va, entra —contestó Isabella sonriendo, y metió la nota rápidamente debajo de la almohada.

—¿Has oído algo más? —dijo Cecilie, sentándose sobre el borde de la cama a su lado.

—No, nada, acabo de llegar. ¿Y tú?

—Hay todo tipo de rumores —respondió Cecilie con voz débil, y ahora Isabella pudo notar que su amiga había llorado.

—No tienes que escucharlos —dijo Isabella, y rodeó el tembloroso cuerpo de la delgada chica con su brazo.

—Algunos dicen que Benedikte mató a Camilla Green —continuó Cecilie—. Y otros, que fue Paulus. Por Dios, ¿y si fuera verdad?

Isabella pasó una mano sobre su cabeza y trató de tranquilizarla. Cecilie le caía bien. Desde el principio. Todas las chicas de la residencia tenían sus historias, pero Cecilie, en fin, Isabella ni siquiera se atrevía a pensar en lo que le había podido pasar antes de acabar aquí, un sitio donde podía sentirse segura por primera vez, al igual que le pasaba a Isabella.

Ya no era así, ahora tenía la sensación de que todo era inseguro. Isabella la comprendía perfectamente. Ella misma lo había sentido. Todos los periodistas. La policía. El encanto del lugar se había roto.

—Claro que no es verdad —dijo Isabella con una sonrisa.

—¿Tú no lo crees? —murmuró Cecilie, mirándola con sus ojos inocentes.

Tenían la misma edad, pero algunas veces Isabella sentía que podría haber sido la madre de Cecilie. Esta lo había pasado mal. Gente malvada. Gente mala. Isabella había oído los terribles detalles, pero ahora no podía reflexionar sobre ello. En lugar de eso intentó pensar en algo bonito.

«¿Quieres quedar conmigo? En secreto».

Claro que quería quedar con Paulus. Sabía muy bien que tenía ese lugar. Su lugar secreto. El cobertizo en el extremo del terreno. También conocía lo de las plantas, pero no se lo había dicho a nadie. Marihuana. A Isabella eso no podría haberle importado menos.

—Paulus no ha matado a nadie —dijo Isabella, convencida.

—¿Benedikte tampoco?

—Para nada.

—¿Estás segura? Es muy mala.

Cecilie volvió a mirarla.

—Sí que lo es, pero también es más tonta que un pez. No lo conseguiría ni aunque lo intentara. ¿A que no?

Isabella se alegró de ver una leve sonrisa en la cara de Cecilie.

—Lo es, ¿verdad? ¿Más tonta que un pez?

—Sí —contestó Isabella sonriendo.

—¿Te acuerdas de aquella vez en que fuimos al Museo de Ciencias Naturales y preguntó por qué no tenían monos?

Isabella se rio.

—¿Y por qué todos los animales estaban tan quietos?

Cecilie ya sonreía de verdad.

—Pensaba que nos encontrábamos en el zoo —comentó Isabella entre risas.

—¿A que sí? —dijo Cecilie también riendo—. ¿Se puede ser más tonta?

—Tonta perdida —opinó Isabella.

—Odio a la gente mala —dijo Cecilie, y se acurrucó cerca de ella otra vez. A veces Isabella sentía que Cecilie solo tenía siete años y necesitaba que alguien la abrazara constantemente.

—Yo cuidaré de ti, no tengas miedo —la tranquilizó Isabella, pasando una mano por el pelo de la chica.

De repente se abrió la puerta y Synne apareció, tratando de recobrar el aliento.

—Ya han vuelto.

—¿Quiénes?

—Paulus y Benedikte. Han regresado. Acaban de llegar. En un coche de policía. Han subido al despacho de Helene directamente.

Había vuelto.

Isabella sintió cómo el corazón le daba un pequeño salto en el pecho.

«¿Quieres quedar conmigo? En secreto. ¿Solo tú y yo?».

La chica de quince años sonrió.

«Claro que quiero».

No podía esperar.

54

Holger Munch colgó la trenca en el pasillo, se quitó los zapatos, entró en el baño y abrió el armario de las medicinas y luego la cajita de pastillas contra el dolor de cabeza; después se puso dos sobre la lengua y se las tragó con un poco de agua antes de entrar en el salón, sin saber muy bien qué hacer.

Había estado tan cansado que se había metido en la cama nada más despedirse de Mia, pero no había podido dormir. No había parado de dar vueltas bajo la manta y había tenido que levantarse otra vez. Inquieto, había dado vueltas por el piso y, al final, se había vestido y había vagado por las calles en la fría noche, con la mirada clavada en el suelo y la capucha bien enfundada sobre la cabeza.

Este repentino dolor de cabeza. El dolor en las sienes y detrás de los ojos. Incluso todo se había vuelto negro en medio del interrogatorio con Benedikte Riis. Como si alguien de repente le hubiera dado un golpe en el cogote con un bate, sin previo aviso. Estrellas que bailaban delante de sus ojos, el sabor metálico en la boca. Había tenido que disculparse, salir de la habitación, lavarse la cara con agua fría. Se había quedado allí un buen rato antes de recuperarse. «¿Migrañas?».

Holger Munch no estaba en la mejor forma del mundo, eso lo tenía bastante claro, pero la cabeza nunca le había dado problemas. El reloj que había sobre la encimera señalaba que eran casi las tres. Plena madrugada. Mierda. Ni siquiera se encontraba cansado. Solo este puñetero dolor de cabeza. Se quedó de pie en medio de la estancia por un momento, mientras esperaba que las pastillas empezasen a hacer efecto. ¿Estaba envejeciendo? Tenía cincuenta y cuatro años, cumpliría cincuenta y cinco dentro de unos días, no era muy mayor. ¿O sí? Se metió sigilosamente en la cocina, encendió el hervidor de agua y se quedó mirando el interior de la nevera. Comida. El corpulento investigador nunca había tenido problemas con el apetito, pero ahora, mientras contemplaba el interior de la nevera, por una vez no se le ocurría nada que le apeteciera. Sacó una taza del armario que había sobre el fregadero, esperó hasta que el agua hirvió, se llevó la taza de té hasta el salón y se quedó delante de la balda de CD.

Algo bueno para comer. Música de fondo, mientras repasaba los canales de televisión con el sonido apagado. Eso era lo que solía hacer. Vaciaba la cabeza, la limpiaba del día que había pasado, era como una especie de meditación. Algo bueno para comer. Música. Imágenes del mundo pasaban revista en la pantalla de fondo, pero ahora ya no encontraba nada que deseara escuchar. Munch se hundió en el sofá y se tomó un poco de té, sintiendo cómo iba pasando el dolor de cabeza, lentamente. Estaba completamente oscuro al otro lado de la ventana. Plena madrugada, el mundo dormía, pero no conseguía encontrar la calma que necesitaba. El piso le parecía tan vacío a su alrededor… Había hecho todo lo que había podido, tratando de crear un

hogar allí, en la calle Theresesgate, y no se había dado cuenta hasta ahora, pero las cosas que tenía a su alrededor parecían estar muertas. Una yuca en un rincón. Las fotos de Miriam y Marion detrás del sofá. La balda de los CD que recorría toda la pared detrás del televisor. No había hecho más que engañarse a sí mismo. Haciéndose creer que esto era un hogar, pero no era verdad. Por muchas vueltas que le diera. Era un contenedor en donde guardaba sus cosas. Un lugar donde pasar el rato.

«A la espera de…».

Munch no terminó el pensamiento. Entró en el baño y se tomó dos pastillas más. Trató de no fijarse en el anillo de boda que se había quitado y había dejado allí. Entró en la cocina y abrió el frigorífico, todavía sin tener ganas de nada. Se puso delante de la balda de CD una vez más sin encontrar nada que le apeteciera escuchar.

Estaba volviendo hacia el sofá cuando de repente sonó el timbre. Se quedó de pie un momento antes de comprender de qué se trataba. Raras veces venían a verle, el sonido casi le resultaba desconocido. ¿En mitad de la noche? Tenía que haber sido un error. Alguien habría pulsado el botón equivocado, alguien que iba a alguna fiesta privada de madrugada, pero luego volvió a sonar. Y, después, una vez más.

Al final Munch se acercó, irritado, al telefonillo.

—¿Hola?

—Hola, Holger, soy Mia.

—¿Qué?

—Soy Mia, ¿puedo subir?

De repente volvió la sensación de que alguien le estaba metiendo clavos en la sien.

—¿Estás ahí, Holger?

Tuvo que recomponerse antes de contestar.

—¿Sabes qué hora es? ¿Qué pasa?

Mia, abajo en el portal. Esto nunca antes había pasado. Siempre habían sido íntimos amigos, pero nunca quedaban en sus casas.

—Skunk —dijo Mia con una voz rasposa en el otro lado.

—¿Qué quieres decir?

—El hacker —contestó Mia.

—¿Qué? —exclamó Holger, apoyándose en la pared.

—Creo que nos está tomando el pelo. ¿Puedo subir o qué?

—Todavía no es de día —razonó Munch, poniéndose una mano sobre la frente.

—Lo sé, pero tenemos que hablar —insistió Mia al otro lado.

—¿De qué?

—De Gabriel —respondió Mia.

—¿Gabriel? ¿Qué quieres decir?

—Skunk —dijo Mia otra vez, impaciente—. Creo que es él.

—¿El hacker?

—Sí —repitió Mia.

Hubo un momento de silencio, mientras Munch trataba de poner un poco de orden en su cabeza.

—¿Qué tiene que ver Gabriel con esto? —murmuró.

—¿Me vas a dejar pasar o qué? —le pidió Mia desde lejos, al otro lado.

—Sí, claro —murmuró Munch, y consiguió reunir las fuerzas suficientes para pulsar el botón

que abría la puerta del portal.

55

El niño estaba bajo el edredón, mirando el calendario en la pared junto a la cama, y se encontraba tan tenso que parecía que todo su cuerpo se había convertido en una gran sonrisa. El gran día. El que llevaban esperando tanto tiempo. Mamá había hablado de él desde —el niño intentó contar, pero no le bastaban los dedos— por lo menos el verano, quizá incluso antes de eso. El gran día. Cuando todo iba a…, bueno, el niño no sabía muy bien qué iba a cambiar, pero era algo grande, más grande que el sol y la luna y el nacimiento de la tierra. Se subió la fina manta hasta la barbilla y volvió a mirar el calendario fijamente. Mamá le había dicho que tenía que dormir, pero le resultaba imposible. Diciembre de 1999. Eso era lo que ponía. Ese era el año. 1999. Pero eso no era lo emocionante, sino lo que ponía en el dorso de la hoja, lo que no podía leer antes de que sonaran las doce campanadas. Aun así había echado un vistazo a escondidas, no había podido reprimirse. Enero de 2000. Imagínatelo. ¿2000? El niño sonrió para sí y notó cómo se le doblaban los dedos de los pies ahí abajo, en el extremo de la cama, igual que siempre hacían cuando estaba contento, se doblaban y luego se estiraban de golpe, junto con los pies y los brazos y el resto del cuerpo, hasta las orejas que solían calentarse mucho; y eso estaba bien porque hacía mucho frío en la pequeña habitación. Era diciembre. Hacía mucho frío. Y no tenían dinero más que para encender la estufa del salón. Las estufas eran caras. La leña, también. El niño solía dormir con gorro y con la ropa puesta, pero aun así sentía cómo se le doblaban los dedos de los pies dentro de los calcetines.

El gran día. Un nuevo milenio. Imagínatelo, que un solo día pudiera significar tanto. Que tan solo unos minutos del reloj pudieran marcar una diferencia tan grande. El tictac del minutero, tal cual, y luego, de repente, bum, hurra, el minutero había despejado todo el mal y había llegado el gran día, el día que llevaban esperando desde…, bueno, trató de hacer una nueva estimación, pero seguía sin tener dedos suficientes para contar, tampoco era tan fácil encontrarlos porque estaban metidos en las manoplas porque hacía mucho frío.

El niño tenía un reloj en la pared, pero no marcaba bien la hora ya que la pila se había agotado hacía tiempo y costaba mucho dinero comprar una nueva, así que siempre mostraba las cuatro y cinco. No era de fiar, así que había intentado contar los minutos, desde que mamá le había dicho que se fuera a la cama. Entonces el reloj del salón había marcado las ocho y cinco, y los segundos pasaban a la siguiente velocidad: «mil y uno, mil y dos, mil y tres», pero después de quinientos y algo la cabeza le daba tantas vueltas que ya no pudo más, así que decidió que lo mejor sería quedarse en la cama esperando a que viniera mamá para decirle que ya había llegado.

«El gran día».

No sabía muy bien qué iba a pasar, pero era algo grande, eso era obvio. Porque nadie podía vivir en este milenio que estaba poseído por espíritus malvados y por todas las cosas malas, y no

había mucho que hacer al respecto, solo esperar hasta que pasara. Ya faltaba poco, y, aunque él no sabía muy bien qué iba a ocurrir esperaba que su madre estuviera más contenta, y creía que iba a suceder, porque llevaba mucho tiempo esperándolo.

El niño bajó el gorro sobre las orejas y trató de mantener el calor debajo de la fina manta.

—El sótano es demasiado grande —solía decir su madre las veces que preguntaba por qué siempre hacía tanto frío en la casa—. Tu padre no estaba bien de la cabeza, pero sabía construir casas. Sabía perfectamente lo que se nos venía encima, que necesitaremos un lugar para escondernos cuando todo estalle, cuando se acabe el mundo, pero hizo el sótano demasiado grande. Tendría que haber hecho más casa y menos sótano, porque el frío viene de debajo de la tierra y sube por los suelos, ¿entiendes?

El niño no comprendía muy bien qué estaba diciendo su madre cuando le hablaba de su padre, porque nunca lo había conocido, pero aun así solía asentir con la cabeza porque a ella no le gustaba que hiciera demasiadas peguntas. Sabía que su padre era una persona real, porque había construido la casa. No lo había visto con sus propios ojos, pero su madre no sabía construir nada, así que debía de ser verdad. A veces pensaba que su padre era un poco como el de Pippi Calzaslargas, un padre muy bueno que debía estar fuera todo el tiempo, como una especie de pirata en la isla de Kurrekurredutt. Quizá aparecería algún día, con una enorme barba y una gran sonrisa, pero eso todavía no había pasado. No se lo había dicho a su madre, casi ni se había atrevido a mencionárselo a sí mismo en voz alta, pero a menudo lo había pensado, que ese podía ser el significado del gran día. Que iba a pasar eso. Su padre entraría por la puerta con tesoros y oro, levantando a su madre y dándole vueltas en el aire, diciendo «ya está aquí el gordo» y trayendo regalos de todos los rincones del mundo, y uno de ellos era una estufa especial solo para él, para que no tuviera que pasar más frío en la pequeña habitación que nunca se calentaba, sobre todo ahora, en diciembre.

Se había preguntado muchas veces qué podía significar el gran día. Esperaba que volviera su padre, pero eso no era seguro, así que había hecho una lista. No se la había enseñado a su madre porque sabía qué opinaba sobre esas cosas, cuando preguntaba y pedía cosas y así, por eso no lo había hecho, pero la guardaba bajo la almohada y ahora había siete cosas escritas en ella, siete cosas que él pensaba que podrían ocurrir en el gran día.

Se preguntaba si debía sacarla ahora, mirarla un poco, pero su madre le había dicho que se fuera a la cama, que se quedara quieto y que no saliera, y eso que el reloj del salón solo había marcado las ocho y cinco.

«El gran día».

Lo había escrito con letras grandes en la primera línea de la hoja. Había aprendido a escribir por su cuenta y se enorgullecía mucho de ello. Los números. La hora. Las letras. Escribir. Él solito, y eso estaba bien porque no iba a la escuela, igual que Pippi. Al principio no entendía qué era lo que ponía por todas partes. En la parte trasera del paquete de cereales, en el tubo de pasta de dientes, en el lateral del cartón de leche, dentro de los tres libros que guardaba en su habitación, primero solo había garabatos extraños, bueno, casi eran como dibujitos en su cabeza, pero un día, cuando su madre se encontraba fuera, había logrado entenderlo. No sabía cómo lo había conseguido, pero era algo que pasaba con las palabras que salían de la boca de su madre, y las palabras que él usaba para contestarle; él había pensado que solo existían en el aire, pero de repente se había dado cuenta de que eran las mismas palabras que aparecían escritas en las cosas que él veía.

Buenas noches.

Leche.
Enero.
Jabón.
Puedes ganar.
Annika.
Tommy.
«Puedes ganar un viaje a Disneyland».

Y entonces había usado un lapicero para escribir las palabras en una hoja, y aquel descubrimiento había sido casi tan fantástico como estar debajo de la manta esperando a que llegara el gran día. Era posible fijar las palabras de la boca, y las letras que estaban por todas partes, en la hoja, solo con un pequeño lápiz.

El niño se incorporó y se levantó de la cama para moverse un poco, para calentar la sangre, porque ni la ropa ni la fina manta eran suficientes, tenía el frío metido en el cuerpo, y, cuando respiraba, salía una nubecilla de la boca, aunque se encontraba dentro de casa.

Su padre había construido la casa, pero él pensaba que, aunque a su padre se le daba bien construir casas y ellos necesitaban un lugar para esconderse cuando terminase el mundo, su madre debía de tener razón, el sótano era demasiado grande. Porque ahora hacía demasiado frío en la habitación, ni siquiera bastaba con meterse bajo la manta con la ropa puesta, y por un momento se le ocurrió que tal vez podría volver al salón donde se hallaba la estufa, pero no lo hizo. Había aprendido que era muy importante no enfadar a su madre.

El niño se acercó a su armario y sacó un jersey. Un jersey Marius tradicional. Era el más bonito que tenía y no debía usarlo más que para los cumpleaños, o cuando su madre le dejaba salir de la casa, pero aun así se lo puso encima de la otra ropa y volvió a meterse bajo la manta. Echó otro vistazo al calendario, 1999, el año malo, y sintió unas ganas tremendas de darle la vuelta a la hoja definitivamente.

Enero de 2000.

Un nuevo milenio.

No era desobediente, la verdad es que no. Siempre hacía caso a su madre, y no le había dicho que no podía sacar la lista, solo que tenía que estar en la cama, ¿verdad?

El niño se quitó las manoplas, encontró su linterna, cogió la lista que había escondido debajo de la almohada y sonrió levemente.

EL GRAN DÍA
Lo que me pido:

1. Mamá se alegra.
2. Papá vuelve y hace el sótano un poco más pequeño.
3. Puedo salir de la casa.
4. No le tiro del pelo a mamá cuando la peino.
5. Puedo ir a la escuela.
6. Puedo decir a mamá que me sé las letras, los números, que sé leer y escribir en hojas, sin que se enfade.
7. Hago amigos, como Tommy y Annika.

De repente empezó a soplar el viento, golpeando las paredes, y no le bastó con eso, siguió atravesando las finas ventanas, soplando hielo sobre su cara, enfriando la parte expuesta entre el gorro y el borde de la manta.

Pensó una vez más en la posibilidad de levantarse y entrar en el salón donde se encontraba la estufa, era tan agradable estar sentado allí, sentir cómo el calor de la leña calentaba los dedos, pero no lo hizo porque su madre se lo había prohibido.

«Mamá».

El niño no conocía a más gente, nunca había tratado a nadie más, solo tenía a su madre.

Cuando ella salía de la casa, él tenía que quedarse solo. Podían pasar días antes de que volviera, pero no pasaba nada, porque ella lo significaba todo para él.

Le gustaba peinar su bonito pelo rubio delante de la chimenea. Ayudarla a lavarse en los sitios donde era difícil llegar, con la esponja y el jabón. El niño sonreía ya y olvidó que estaba aburrido, porque, aunque había querido incluir veinte puntos en la lista y solo había escrito siete, no pasaba nada.

«El gran día».

Y, sin saberlo, había cerrado los ojos tanto que por un momento ya no estaba allí, en la fría habitación, sino en el mundo de los sueños, y, cuando volvió a despertarse, se dio cuenta, aunque el reloj de la pared todavía señalaba las cuatro y cinco.

Ya no era 1999.

Era 2000.

«El gran día».

Tenía que ser así. Ella simplemente había olvidado despertarlo. Se quitó la manta y salió rápidamente de la fría habitación. Con una sonrisa en la boca atravesó el salón y entró en el cuarto. Qué desastre, su madre. Se habría quedado dormida, olvidándose de despertarlo en el gran día.

Abrió la puerta de la habitación y se quedó en el umbral.

De una viga del techo colgaba una cuerda.

Debajo de la cuerda, atada alrededor del cuello, había un cuerpo desnudo con el pelo largo y rubio, las extremidades inmóviles y la cara azul. Los ojos estaban abiertos de par en par y no parecía que la boca pudiera hablar.

El niño sacó una silla y se sentó con cuidado, mirando expectante el cuerpo desnudo que colgaba del techo, con una sonrisa cautelosa.

Después se quedó esperando a que se despertase.

56

Afortunadamente, el intenso dolor de cabeza había remitido un poco otra vez. Munch reprimió un bostezo y puso una taza de té sobre la mesa delante de Mia.

—¿Es lo único que tienes? —dijo ella, contemplando la taza.

—¿Qué quieres decir?

—¿No tienes algo más fuerte?

—Es plena madrugada, Mia, ¿no crees que podríamos hablar de esto mañana?

—No, esto es importante —respondió Mia, sorbiéndose los mocos. Munch ya podía ver que estaba bastante borracha, pero a la vez despierta e inquieta de alguna manera.

La guapa colega no se había quitado los zapatos ni la cazadora siquiera, solo se había plantado en el sofá y ahora lo estaba mirando con la misma expresión que Munch había visto tantas veces. Había descubierto algo. No sabía cómo Mia lo hacía, siempre había sido un misterio para él, pero había aprendido a fiarse de esa mirada.

—No tomo alcohol, Mia, ya lo sabes —bostezó Munch.

—Vale, pero aun así —replicó Mia con una sonrisa, mirando la balda debajo de todos los CD.

Regalos divertidos del equipo. En cada cumpleaños. Regalemos al abstemio algo caro que nunca podrá beber.

Había ocho botellas sin abrir allí, con etiquetas cuyo prestigio Munch no entendía ni le importaba.

—Bueno, venga —dijo Munch, negando ligeramente con la cabeza cuando Mia se levantó del sofá; cogió una de las botellas y la abrió.

—¿Tienes un vaso?

Munch entró en la cocina y, cuando sacó un vaso del armario, se fijó en una cara sonriente que colgaba de la puerta del frigorífico y de repente se dio cuenta de que se había olvidado de algo.

«Miriam lo había llamado».

Y él se había olvidado de devolverle la llamada, en medio de todo el jaleo. Mierda, si ya había tomado la decisión de que tenía que estar un poco más pendiente de la familia. Llevó el vaso de vuelta al salón y solo entonces se percató de que Mia no había parado de hablar.

«¿Qué le pasa a mi cabeza?».

—Lo pillas, ¿no? —preguntó Mia, llenando el vaso.

—¿Qué? —dijo Munch.

—¿Me estás escuchando?

—No del todo. —Munch se sentó—. ¿Estás segura de que no podemos hablar de esto mañana?

—Ha venido a mí —continuó Mia.

—¿Quién?

—Vamos, Holger, ¿estás dormido? Skunk. Ha venido a verme al Lorry.

—¿Skunk? —dudó Munch, sorprendido.

—Salió de la nada —explicó Mia con una sonrisa, y se tomó un sorbo del vaso—. Totalmente invisible, verdad, ¿no fue eso lo que dijo Gabriel?

Munch volvió a asentir con la cabeza.

—Imposible de localizar.

Mia sonrió.

—Imposible dar con él.

Munch la dejó seguir sin más.

—Un *livefeed.* Eso es lo que me ha dicho.

—¿Qué?

—El vídeo que nos pasó. De Camilla en la rueda. No era solo una escena, me dijo que era de un *livefeed.*

—¿Un *feed?*

Munch se despertó un poco.

—Sí —respondió Mia, animada—. Dijo que había cámaras grabándola. Colgándolo en la red. Durante meses.

—Por Dios —dijo Munch, y sintió nauseas.

—Sí, hay que ser enfermo, ¿no?

—Joder que sí…

—Pero no era eso lo que quería contarte —añadió Mia, y volvió a llenar el vaso.

Había ido al Lorry, no había vuelto a casa después, y, al parecer, también había bebido bastante. Se llevó de nuevo el vaso a la boca y casi lo vació antes de seguir.

—Mia, escucha…

—No, no, ahora te lo cuento —continuó, excitada—. ¿Cómo podría saber estas cosas? Que no se trata de una escena, que es un *livefeed.* A no ser que…

Soltó una sonrisa socarrona y volvió a mirarlo, casi con una mirada despejada a pesar de todo lo que había bebido.

—¿… hayas participado en ello tú mismo?

—Eso es —dijo Mia.

—Joder —exclamó Munch.

—En efecto.

—¿Y apareció allí, sin más?

—Sí. Salió de la nada.

—¿Y crees que tiene cargo de conciencia? ¿Que es nuestro hombre?

—Sí —asintió Mia.

De repente, Munch ya estaba despierto.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Mia.

—Lo encontramos. Lo interrogamos. Vemos si tenemos una base para una acusación formal.

—No, eso no.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué hacemos con Gabriel? —replicó Mia.

—¿A qué te refieres?

—Son amigos cercanos.

—¿Y piensas que Gabriel sabe más de lo que está dispuesto a decir?

Mia se encogió de hombros.

—¿No te parece extraño que Gabriel no nos haya dicho quién es este Skunk y dónde lo podemos encontrar?

—Mia… —dijo Munch.

—No, escúchame. ¿De repente sale un vídeo? ¿De la nada? Y, en cuanto a Gabriel, ¿cuánto hace que lo conocemos? ¿Seis meses?

—Mia, ¿no crees que…?

—No, en serio, Holger, hay algo aquí —lo interrumpió Mia.

Vació el vaso y volvió a llenarlo.

—Vale, pero…

—No, escúchame, Holger. Skunk sabe algo. Creo que sabe mucho. Y, si Skunk sabe algo, creo que Gabriel también. Tenemos que sacárselo, pero debemos ir con cuidado, por eso necesitaba hablar contigo ahora. ¿Me entiendes?

Munch asintió con la cabeza, pensativo.

—Será mejor que lo hagas tú —le pidió al final.

—¿El qué?

—Hablar con Gabriel. Mañana. Le caes bien. Trata de sacarle lo que sepa.

Otra vez volvió a apoderarse de él, poco a poco. El sabor metálico en la boca. El clavo en la sien.

—Vale —aceptó Mia con una sonrisa, y vació el vaso.

—Pero no delante de los otros, ¿vale?

—No, claro que no.

—Tenemos una puesta en común a las diez, ¿tal vez podrías hacerlo después?

—Sí —dijo Mia, y se levantó.

—Entonces, ¿crees que es él? —preguntó Munch cuando estaban en la entrada.

—¿Skunk?

—Sí.

—Es la sensación que tengo, por lo menos ahí hay algo.

—Vale, pero ve con pies de plomo —le previno Munch, y le abrió la puerta.

—¿Con Gabriel?

—Sí —asintió Munch.

—Claro que sí.

Desapareció por las escaleras con una sonrisa en la cara.

57

Gabriel Mørk tuvo una sensación extraña durante toda la puesta en común, parecía que había algo que no cuadraba y sus sospechas fueron confirmadas un rato después de la reunión, cuando Mia le pidió que entrase en su despacho.

—¿Qué ocurre? —dijo Gabriel, extrañado, cuando Mia le pidió que cerrase la puerta tras de sí.

Mia lo miró con una expresión que no había visto antes, recelosa y curiosa al mismo tiempo y con la cabeza ligeramente ladeada, casi como si tratase de leer sus pensamientos.

—¿Qué ocurre? —repitió Gabriel.

Sacó una silla y se sentó.

—Tengo que preguntarte una cosa —empezó Mia—. Y debes ser totalmente sincero conmigo.

—¿Sincero? —Gabriel sonrió—. ¿Por qué no iba a ser sincero contigo?

Mia sacó una pastilla del bolsillo de la cazadora y se la metió en la boca, todavía sin quitarle los ojos de encima.

—Skunk —dijo Mia.

—¿Sí? ¿Qué le pasa? —replicó Gabriel, encogiéndose de hombros.

—¿Cómo de íntimos sois?

Poco a poco, Gabriel comenzó a darse cuenta de lo que pasaba. Lo que le había preocupado unos días antes. Skunk había salido de la nada con ese vídeo y después había vuelto a desaparecer. Y Gabriel no sabía cómo encontrarlo.

—¿Qué quieres decir? —dijo.

—Lo que te he preguntado —contestó Mia, todavía con los ojos clavados en él.

De repente la conversación se parecía más a un interrogatorio y a Gabriel no le gustaba.

—Antes éramos buenos amigos.

—¿Cómo de buenos?

—Muy buenos amigos. ¿Adónde quieres llegar con esto?

—¿Pero ya no?

—No, ya no. —Gabriel suspiró—. ¿Qué pasa, Mia, me estás acusando de algo o qué?

—No lo sé —dijo Mia y ladeó la cabeza un poco otra vez—. ¿Hay algo de lo que te podemos acusar?

«¿Podemos?».

Gabriel comenzó a enfadarse un poco. Habían hablado sobre él. Munch y ella, tal vez más gente.

—La verdad es que no sé dónde está —dijo Gabriel con un gesto rendido—. Puede que eso me convierta en un idiota, pero lo que no entiendo es por qué se me acusa a mí de algo.

—¿Entonces hacía tiempo que no le veías?

—Años —reveló Gabriel, negando con la cabeza—. Hasta que de repente se puso en contacto conmigo.

—¿Entonces ya no sois amigos?

—No.

—¿Qué pasó?

Gabriel ya había tenido suficiente. Estaba cansado ya de por sí. Había dormido mal últimamente, no podía sacar las imágenes de su cabeza por mucho que lo intentara. La chica flaca, de rodillas en el suelo. Las palabras escritas en la pared detrás de ella. La sombra emplumada. Sintió un escalofrío que le recorrió la espalda solo con pensar en ello.

—Escúchame —dijo, con una voz que salió más enfadada de lo que habría querido—. Sé que soy nuevo y que no tengo tanta experiencia como vosotros, pero hago lo que puedo y si hubiera sabido dónde está lo habría dicho. ¿Piensas que no lo he intentado? ¿Piensas que no he dejado recados por ahí? ¿De verdad piensas que no? Pero no tengo respuestas, ¿y sabes por qué? Porque Skunk no quiere que lo encuentren. Porque…

Se paró, tuvo que tranquilizarse, sintió cómo la sangre le hervía un poco.

—¿Por qué? —preguntó Mia.

—Bueno, ¿por qué crees?

—Porque no quiere que las cosas que anda haciendo atraigan la atención.

—Efectivamente —admitió Gabriel, con otro gesto rendido—. Y ahora, ¿qué? ¿Vosotros creéis que soy parte de ello? ¿Es así? Joder, Mia, me caes bien y todo eso, pero esto no lo admito. He trabajado como un cabrón desde que…

Mia levantó la mano y lo interrumpió antes de que pudiera seguir.

—Lo siento, Gabriel —dijo, ya con una expresión más suave—. Pero tenía que preguntártelo.

—¿Preguntar qué? —replicó Gabriel con irritación.

—Lo siento —repitió Mia, y parecía que lo sentía de verdad.

—Joder, Mia. Esto no me ha gustado nada.

—Perdona —insistió.

Mia se levantó de la silla y se sentó en el borde de la mesa justo delante de él.

—¿Qué pensabas? ¿Qué pensabais vosotros? ¿De qué habéis hablado? ¿De que Gabriel y Skunk estaban compinchados? ¿De que los antiguos hackers tenían un negocio secreto? ¿Encerrando a chicas en sótanos? ¿Me lo dices en serio, Mia? De verdad, me pongo malo.

Gabriel estaba tan enfadado que casi no era capaz de mantener la calma. Esto no lo había previsto. ¿Cómo podían pensar estas cosas sobre él? ¿Mia tenía alguna idea de lo orgulloso que se sentía de formar parte de este equipo?

—Gabriel —dijo Mia.

Se acercó todavía más a él y puso una mano sobre su hombro. Gabriel casi llegó a pensar que le iba a dar un abrazo. Parecía que su arrepentimiento era totalmente sincero.

—Algunas veces no hago las cosas tan bien como debería —continuó, sin quitarle la mano del hombro—. En fin, me olvido de pensar a veces, me precipito un poco. ¿Puedes perdonarme? No es que pensara que tenías algo que ver con esto, pero…

—¿Pero qué?

—A veces, si una persona te cae bien, la proteges. ¿No?

—¿Y has pensado que protejo a Skunk?

—Algo así, sí —respondió Mia, con tono arrepentido.

—En primer lugar —dijo Gabriel—, creo que Skunk puede valerse por sí mismo. En segundo

lugar, ya no somos amigos. En tercer lugar, aunque hubiésemos sido amigos y yo pensara que estaba involucrado en algo que nosotros —sí, he dicho nosotros, porque la verdad es que me siento parte de este equipo, aunque parece que no lo veis así—, estábamos investigando, nunca os ocultaría nada, naturalmente. ¿Qué piensas de mí, Mia? Pensaba que tú y yo, bueno, que teníamos una…

—Gabriel —le interrumpió Mia, con una expresión realmente arrepentida—. En serio. El error es mío. Claro que formas parte del equipo. Caes bien a todo el mundo y todos pensamos que estás haciendo un trabajo maravilloso. Quiero decir, llevas solo medio año y ya no podríamos funcionar sin ti, ¿vale? ¿Entiendes que es así como lo vemos?

—Pues parece que no —dijo Gabriel.

—De acuerdo, ahora presta un poco de atención, ¿vale?

—¿Sí?

—Un vídeo sale de la nada. Un hacker lo ha encontrado *por casualidad.* En un servidor que no consigue localizar. Se lo pasa a un antiguo compañero, que ahora trabaja en la policía. Este colega *no sabe dónde encontrar al hacker.* Quiero decir, ¿tú qué harías en mi lugar? ¿No lo investigarías un poco? ¿De verdad?

Gabriel reflexionó un momento y se dio cuenta de que tenía razón.

—¿Vale? —añadió Mia con una sonrisa—. ¿Todo bien? ¿Hemos terminado? ¿Todo en orden? ¿Y has entendido por qué? ¿Podemos dejarlo estar?

—Vale —asintió Gabriel con una leve sonrisa—. ¿Con quién has hablado?

—¿Sobre qué?

—Sobre esto. Sobre tus sospechas de que yo no decía la verdad.

—Solo con Munch —dijo Mia—. Y él pensaba que estaba equivocada, para que conste.

—¿Qué?

—A veces no analizo las cosas adecuadamente. Tú caes bien a todo el mundo. ¿Es una disculpa suficiente?

—De acuerdo —asintió Gabriel.

—Genial —zanjó Mia—. Entonces puedo hablarte de lo que realmente quería comentar.

—¿Qué?

—Vino a verme.

—¿Quién?

—Skunk.

—¿En serio? No puede ser. Odia a la policía.

—No estoy de broma —replicó Mia—. Yo estaba en el Lorry y de repente apareció.

—No lo entiendo —dijo Gabriel, sorprendido.

—Ya, es raro, ¿verdad?

—Extrañísimo.

—Lo mismo pensé yo. Y me comentó algunas cosas que, bueno, que solo tú puedes ayudarme a comprender. ¿Quieres que lo veamos?

—Claro que sí —asintió Gabriel.

—Genial. —Mia sonrió—. Voy a traer un café, ¿te apetece uno?

—Sí, por favor —respondió Gabriel, y agradeció la calurosa mirada de confianza que Mia le lanzó al salir del despacho.

58

Hacía mucho más calor aquí, en esta cama que las caras desconocidas le habían dado para dormir. Ya llevaba unos días en el lugar y todavía no sabía dónde se encontraba, ni quiénes eran esas personas, pero le habían dicho que aquí estaba seguro y que ya no debía tener miedo.

El pequeño niño no terminaba de entender a qué se referían, pero le habían dado comida, de lo cual se alegraba, porque había pasado mucho tiempo desde la última vez en que había comido.

Las caras desconocidas parecían amables, pero también bastante estúpidas. Por ejemplo, no entendían que las paredes de la casa eran muy finas y que él oía lo que decían desde su cama después de acostarse. Su madre siempre le había dicho que debía tener cuidado con las personas, todas tenían dos caras y no eran de fiar. Se dio cuenta de que había tenido razón, porque estos desconocidos le decían unas cosas cuando estaban en la habitación y otras cuando estaban en el otro lado de la pared pensando que no les oía.

«Es una cosa totalmente enfermiza».

«Lo ha tenido encerrado en la cabaña durante diez años».

«Nunca ha visto a otros niños».

«Solo fue encontrado por casualidad».

«Por Dios».

«Estuvo sentado debajo de ella durante más de una semana. Estaba totalmente famélico».

Trataba de escuchar, porque no era tonto, estaba claro que hablaban de él, pero no terminaba de comprender qué decían. Qué significaba. Y tampoco entendía por qué su madre ya no estaba. La habían bajado del techo, los que vinieron, y se había alegrado de volver a verla, pero no parecía que estuviera preparada todavía, o, bueno, en todo caso este era el lugar donde ahora él tenía que estar mientras la esperaba.

Estaba en casa de los desconocidos que tenían dos caras y que no eran de fiar. Eran estúpidos, pero la comida que le daban era buena. Y hacía una buena temperatura en las habitaciones. Sobre todo, y esto era lo que más contento le ponía, había libros. Una impresionante cantidad de libros. No solo Pippi. El pequeño niño no sabía que podía haber tantos libros en el mundo y los fue devorando uno tras otro. Nunca tenía suficiente, las letras de las hojas le hacían sonreír por dentro, preguntarse cosas, viajar en su cabeza a lugares fantásticos en los que nunca antes había estado.

Luego, después de algún tiempo, le dijeron que tenía que hablar con un hombre con un bigote fino que tenía un trabajo que se llamaba psicólogo. El hombre era justo como había dicho su madre, podrido por dentro, pero con una sonrisa por fuera. El hombre del bigote fino dijo que podía coger algunos de los caramelos que había en un bol en la mesa, probablemente para engañarle y pedirle que hiciera algo, igual que hacía la gente, pero aun así los tomó, porque

estaban buenos, y luego asintió con la cabeza como podía mientras el hombre hablaba.

El hombre habló de algo que se llamaba muerte. Dijo que su madre había desaparecido y que nunca volvería. Al principio el niño no lo creyó, claro está, pero conforme pasaban los meses comenzó a pensar que podría haber algo de verdad en ello después de todo. Porque, por mucho que esperase y deseara que ella estuviera allí cuando abriera los ojos bajo la manta calentita por la mañana, ella nunca vino. Parecía que la «muerte» esa existía después de todo y que su madre tenía previsto quedarse allí una temporada. El niño no sabía por cuánto tiempo y tampoco se atrevía a preguntar, porque, cada vez que abría la boca, bien fuera delante de las señoras que le traían la comida, bien delante del psicólogo de los caramelos, lo miraban de un modo extraño.

Como si fuera tonto.

No lo decían, pero lo podía ver en sus ojos. No conocía las cosas más fáciles, que deberían ser sencillas de comprender. Así que dejó de preguntar sobre ellas. En lugar de ello aprendió a asentir con la cabeza. Sonreír y asentir, de lo cual ellos siempre se alegraban. Tenían dos caras. Tal y como había dicho su madre. Las personas llevaban una máscara por fuera. Y las paredes de la casa eran igual de finas, pero, gracias a que a él se le daba tan bien no decir cómo era por dentro, con el tiempo las palabras al otro lado de la pared se volvieron diferentes cuando hablaban sobre él.

«Lo está haciendo muy bien».

«Me alegro tanto de verlo».

«Parece que ya ha olvidado lo que ha vivido».

«Menuda pesadilla, ¿te lo puedes imaginar? ¿Encerrado solo en una cabaña con una madre loca durante diez años?».

«Pero ahora todo va muy bien».

«¿Has visto lo inteligente que es? ¿Cuánto lee?».

«¿Te enteraste de lo que dijo Nils?».

«No, ¿el qué?».

«El portátil».

«¿Qué le pasa?».

«No sabía qué era».

«¿Qué?».

«Lo digo en serio, no sabía qué era, pero ahora lo está usando todo el tiempo. Nils dijo que nunca antes había visto a nadie aprender tan rápido».

«Oh, gracias a Dios».

«Sí, qué bien, ¿verdad?».

Ya llevaba un año en el lugar. Había leído todos los libros de la casa varias veces, también los libros que las caras aseguraban que eran solo para mayores. Un día lo habían llevado en coche a otro sitio, donde había tantos libros que estuvo a punto de desmayarse. Estaban por todas partes, cubriendo las paredes desde el suelo hasta el techo, y le dieron permiso para llevarse algunos a su habitación, incluso le dieron una pequeña tarjeta con su nombre, y la señora mayor que estaba detrás del mostrador, que también era amable por fuera, le dijo que podía llevarse tantos libros como quisiera, y que podía volver las veces que quisiera también.

«No habléis mal de mamá».

Dos veces estuvo a punto de ocurrir que el que llevaba dentro saliera por la boca para morderles, hacerles sangrar y retirar lo dicho, cuando hablaron mal de su madre, pero consiguió reprimirse. Dos caras. Era una gran habilidad. Se le daba bien. No se percataban.

«Mira lo guapo que es».

«A que sí, ¿a que es guapo?».

Así sonaban las voces a través de la pared. Y así quería él que sonasen. No le gustaban las otras palabras que habían salido de ellos las primeras noches, cuando todavía no sabía dónde se encontraba. Le habían hecho temblar de frío bajo la manta aun cuando estaba caliente.

Pero también era un buen sitio.

Sobre todo gracias a los libros.

«Y a los otros niños».

No desde el principio. Por aquel entonces había pasado lo mismo con los niños que con las caras de los mayores, pero, conforme iba dándose cuenta de cómo hacerlo, de cómo no ser él mismo, solo sonreír y no mostrar su interior, todo había ido mucho mejor.

«Pero el ordenador era lo que más le fascinaba».

Había un hombre allí que se llamaba Nils y él se lo había enseñado la primera vez. El pequeño cuadrado de plástico que se podía abrir y que contenía un mundo totalmente nuevo en su interior.

—¿Nunca antes habías visto un ordenador? ¿En serio?

Y entonces el pequeño niño había sentido que la ira que llevaba dentro había estado a punto de salir, pero había conseguido mantener la cara exterior. Y después había perdonado a Nils porque los libros habían sido fantásticos, pero esto era otra cosa, desde luego, y su voz también había sonado bien a través de la pared.

«Joder, menuda cabeza tiene el chaval».

«Increíble, ¿eh? Vivir lo que ha vivido y ahora todo le va tan bien».

«No, hablo en serio».

«¿A qué te refieres?».

«Ya sabes, ¿Beethoven?».

«¿Qué quieres decir?».

«Decían que a Beethoven solo le hizo falta ver un piano y ya supo qué hacer con él, desde el principio, ¿sabes?».

«¿Cómo que sabía qué hacer con él?».

«Bueno, algunos lo tienen que aprender, pero a Beethoven le bastó con mirarlo, sentarse y tocar. Se dio cuenta de qué se trataba, desde el principio».

«¿De qué estás hablando, Nils?».

«Hay que joderse, no había visto un ordenador en su vida».

«Pobre niño. Encerrado tanto tiempo. Menuda pesadilla».

«Nada más encenderlo, se sentó delante de él y pareció que, bueno, que sabía cómo funcionaba todo, desde el principio».

«Cómo me alegro de que las cosas le salgan tan bien».

«Ya, pero ¿os dais cuenta o no? Este chaval es algo completamente extraordinario».

Ya habían pasado dos años. Se había acostumbrado a todos los sabores de los caramelos. Y, aunque los niños iban y venían, él se alegraba de estar con ellos. Y se había percatado de que la muerte era una persona importante, que mantenía a su madre atrapada, hasta que estuviera lista para volver. Con el tiempo, el pequeño niño comenzó a sentirse como en su casa. No como con su madre, claro está, pero no estaba mal. Las voces tras la pared ahora siempre hablaban bien de él. Los niños del patio querían jugar al fútbol o trepar por las barras de los columpios. Podía esperar aquí. Esperar a que la muerte terminase con su madre. Ya dormía mejor por las noches. Se sentía feliz cada vez que se despertaba.

Hasta que un día entró un coche de repente en el patio delantero de la casa y una de las caras de las señoras se acercó a él.

—Hay alguien que quiero que conozcas.

—¿Sí? —había contestado, con su cara de sonrisa.

—Te vamos a dar un nuevo hogar.

No había comprendido las palabras del todo.

—Hola —le saludó de repente una señora con el pelo rubio que acababa de salir de un coche desconocido.

—Hola —contestó, estrechándole la mano con una inclinación de cabeza, tal y como le habían enseñado.

—Me llamo Helene —dijo la señora con una sonrisa—. Helene Eriksen.

—¿Entramos para conocernos un poco mejor? —le preguntó la mujer de la casa.

Y lo hicieron, entraron, y había bollos en la mesa, y le habían dado un zumo rojo, y la nueva señora se había puesto un poco seria y había posado una mano sobre su hombro.

—Nos alegramos mucho, de verdad. Queremos que ahora seas parte de nuestra familia.

El pequeño niño no había comprendido qué pasaba, y el que llevaba dentro había enseñado los dientes, pero aun así consiguió sacar una sonrisa, con la cara que había aprendido a mostrar por fuera.

59

Mia Krüger se llevó la taza de café y, antes de llegar a la mesa, recogió también un periódico. Lo hojeó un poco, pero lo que vio le pareció deprimente, así que volvió a dejarlo y trató de pensar en algo más positivo. El sabor del café cortado. Y que había dado en el blanco en el primer intento. No era una cosa habitual llamar a otro departamento para pedir ayuda, pero el investigador de Kripos se había mostrado abierto, de hecho parecía alegrarse de que se pusiera en contacto con él.

«La policía no tiene pistas».

«¿Quién mató a Camilla Green?».

Tenía la misma sensación cada vez que hojeaba los vespertinos. Era una especie de enfrentamiento. La policía contra el autor de los hechos. Resultaba infantil, de alguna manera. Si no lo pillaban rápidamente, ellos tenían la culpa. Y, además, y quizá fuera eso lo que ella más odiaba, el ensalzamiento de los criminales. Independientemente de la relevancia de sus crímenes, siempre gozaban de la atención de la prensa. Mia se tomó otro sorbo de café y, de repente, comprendió un poco mejor a Munch y su condescendiente manera de ver a esos periodistas. En realidad, ella nunca había tenido problemas con ellos, aunque la habían perseguido aquella vez en que mató a Markus Skog de un tiro. Se había visto obligada a esconderse en un hotel anónimo en Majorstuen. Joder, ¿no se daban cuenta de que eran parte del problema? ¿De que había gente por ahí que estaba dispuesta a hacer lo que fuera con tal de que sus nombres fueran conocidos?

Mark Chapman, que mató a John Lennon.

Para que su nombre saliera en los periódicos.

John Hinckley, que disparó a Ronald Reagan en un intento de impresionar a la actriz Jodie Foster.

¿La gente no aprendía nada de la historia? ¿No se daba cuenta de su papel?

«El asesinato ritual todavía sin resolver».

«La policía, impotente».

Intentó no mirar los titulares pero resultaba casi imposible. Había dejado su propio ejemplar, pero la gente a su alrededor también lo estaba leyendo. Personas normales que habían salido a comer, totalmente convencidas de que lo que salía en la prensa era la verdad.

Mia nunca antes lo había visto, pero no era difícil identificarlo, podría haber llevado una señal alrededor del cuello cuando entró por la puerta y echó un vistazo a la gente del local.

«Kripos».

«Departamento de delitos informáticos».

El hombre del traje asintió con la cabeza al verla, se dirigió a su mesa directamente y le dio la mano.

—Robert Larsen —se presentó el hombre del traje, y tomó asiento.

—Mia Krüger —dijo Mia.

—Me alegro de conocerte por fin —continuó el hombre con una sonrisa—. Ha sido extraño que me hayas llamado justo hoy.

—¿A qué te refieres?

—Kristian Karlsen —replicó Larsen, y volvió a sonreír un poco.

—¿Skunk?

—Sí, Skunk —afirmó el investigador, e hizo un gesto al camarero, señalando la taza de Mia para indicar que quería lo mismo.

Sacó una carpeta del maletín que había traído y la dejó sobre la mesa delante de ella.

—Tengo que decir que resulta muy sorprendente que me hayas llamado. Llevamos algún tiempo tras él, pero no sabía que era para tanto.

—¿Qué quieres decir?

—¿Asesinato? —dijo Larsen—. Quiero decir, tenemos mucho contra él, pero hasta ahora nada relacionado con eso.

—Bueno, lo cierto es que todavía no sabemos mucho —aclaró Mia—. Pero merece la pena comprobarlo.

—Entiendo —admitió el investigador de Kripos, guiñándole un ojo—. *Top secret,* ¿verdad?

Mia tuvo la sensación de que el hombre que acababa de sentarse enfrente de ella no le estaba cayendo demasiado bien, pero no dejó que él se diera cuenta.

—Entonces, ¿qué tenéis?

—Kristian Karlsen —murmuró Larsen, y abrió la carpeta que tenía delante—. Un hacker. Un *black hacker.* ¿Conoces ese término?

Mia asintió con la cabeza. El propio Skunk había usado la expresión, así que la había mirado. Había diferentes tipos de hackers. Al parecer, Gabriel era *white.* De los buenos.

—¿Y has oído hablar del grupo Anonymous? ¿LulzSec?

—Bueno, Anonymous sí que lo conozco.

—Ya, ahora se han hecho famosos, ¿verdad? —dijo Larsen cuando el camarero le trajo el café —. Salieron de un sitio que se llama 4chan/b/, ¿lo conoces?

—Para nada —contestó Mia con una sonrisa, y sabía que iba por el buen camino.

Había que fingir que no sabía casi nada, a pesar de que Gabriel le había explicado algunas de las cosas que ocurrían en la red. Parecía que al hombre que tenía delante le gustaba jactarse de lo que sabía, y ahora mismo a ella no le importaba, solo quería saber qué había dentro de la carpeta.

—¿Quieres la versión corta o la larga? —preguntó Larsen.

—Dame la corta —respondió Mia.

—Vale. El sitio web 4chan. En realidad no era más que una pandilla de jóvenes idiotas. Gente que no encajaba. Hasta que se percataron de que eran muchos.

Larsen se tomó un sorbo del café.

—¿Sí?

—Como te iba diciendo, esa gente no encajaba —continuó—. Y se dieron cuenta de que tenían poder. Quiero decir, eran prácticamente unos críos, de catorce o quince años, pero podían parar a toda la sociedad si les daba la gana.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, el tráfico aéreo, la iluminación de las calles, los bancos, el suministro de agua… En serio, todo esto es digital, sabes, ya no queda ni un solo papel. ¿Me sigues?

—Claro —asintió Mia.

—¿DDoS? —preguntó Larsen.

—¿Qué?

El hombre del traje sonrió.

—¿Ataques DDoS? ¿Te suena?

—Ni idea —contestó Mia.

Eso pareció ponerle muy contento al hombre del traje.

—Ataques DDoS. Ataque de Denegación de Servicio, esa es la razón por la que queremos dar con él, quiero decir, con tu hombre, Kristian Karlsen. O, si prefieres, Skunk.

Larsen se tomó otro sorbo del café y sonrió.

—¿Y qué es eso?

—¿DDoS?

—Sí.

El hombre del traje mostró una sonrisa torcida, una vez más parecía encantado de explicarle algo que ella no sabía.

—En resumidas cuentas quiere decir que envían una cantidad extrema de peticiones a un sitio web; tantas que al final no puede responder a todas y se bloquea.

—¿Peticiones?

—¿Te lo explico de manera más sencilla?

—Por favor —dijo Mia.

—Vale. Conoces WikiLeaks, ¿verdad?

—Sí.

—Estados Unidos. Después de lo que pasó con Julian Assange y todo eso, ya sabes, algunas sociedades decidieron poner fin a las transferencias monetarias a ellos. Visa. MasterCard. PayPal. Ni un céntimo más a WikiLeaks, ¿vale?

—Sí, ¿y?

—Entonces, lo que hizo esa gente.

—¿Quién?

—Los hackers. Anonymous. Atacaron a los sitios web de estas grandes sociedades. Con ataques DDoS. Enviaron tantas peticiones a la misma página web a la vez que consiguieron desbordarlos. Tuvieron que chapar. Visa, y bueno, todos, totalmente noqueados.

—Comprendo —dijo Mia, y echó un vistazo a la carpeta que estaba sobre la mesa—. Pero ¿qué tiene que ver esto con Skunk?

—Creemos que Kristian Karlsen es uno de los hackers de nuestro país que estaban detrás de esos ataques. Y el FBI nos ha pedido que nos hagamos cargo de castigarlo por ello.

—¿Entonces tenéis pruebas concretas?

—¿De qué?

—¿De que Skunk, bueno, Kristian, formaba parte de esto?

—Casi al cien por cien —aseguró Larsen, y se tomó otro sorbo del café.

—¿No del todo?

—Sí, claro, pero de momento estamos descansando.

El hombre del traje le guiñó un ojo.

—¿Qué insinúas?

—Lo que tienes que comprender es que a esta gente se le da increíblemente bien esconderse. Entiéndeme, en la red.

—¿Pero sabéis dónde está?

—¿En la realidad? —dijo Larsen.

—Sí.

—Sí, claro. Hace tiempo que lo estamos vigilando.

—¿Entonces sabéis dónde vive Skunk?

—Haríamos muy mal nuestro trabajo si no lo supiéramos, ¿no crees?

—Entonces existe alguna posibilidad de que me podáis facilitar, bueno… —A Mia ni siquiera le dio tiempo a acabar la frase antes de que Larsen sacara una hoja de la carpeta y se la pasara sobre la mesa.

—¿Está allí? —preguntó Mia, mirando la dirección que aparecía en la hoja.

El hombre del traje asintió.

—Me debes una.

Larsen se llevó la taza de café a la boca y le guiñó un ojo.

—Claro —contestó Mia, poniéndose una sonrisa—. Gracias.

—Cuando quieras. ¿Me mantienes al día?

—Por supuesto.

—¿Me llamas?

—Claro que sí, gracias de nuevo. —Mia sonrió, vació la taza de café, salió de la cafetería lo más rápido que pudo, sacó el teléfono y marcó el número de Munch.

60

Miriam Munch estaba en el coche, volviendo del aeropuerto de Gardermoen, con Marion sentada en el asiento trasero. La falta de sinceridad le había hecho sentirse culpable, pero las cosas habían salido mejor de lo esperado, sobre todo porque habían llegado un poco tarde. Johannes casi había tenido que salir corriendo hasta el control de seguridad, así que no les había quedado tiempo para una ceremonia de despedida muy larga.

—Cuidado con los tiburones —le había dicho Marion, y después había dado un largo abrazo a su padre.

—Lo prometo —había contestado Johannes con una sonrisa, y luego le había sobrado el tiempo justo para besar rápido a Miriam.

Le habían dejado pasar y, por un momento, había parecido que Marion iba a ponerse un poco triste porque se había marchado, pero ahora, sentada en el asiento trasero, parecía que lo iba a superar. Quizá porque Miriam había incumplido una de sus reglas y había dejado a la niña ver una película en el iPad del coche.

Todavía estaba a tiempo para cambiar de idea, eso era verdad, no tenía por qué volver a ver a Ziggy, podría pasar de la acción de mañana. Sin embargo, aunque en teoría aún podía elegir, sabía que ya era demasiado tarde. Ese tren ya había salido. Ahora no lo podía parar. Todavía no se lo podía contar a Johannes, habría arruinado su viaje y no quería privarle de esa alegría, pero cuando volviera se lo contaría.

Iba a ser un alivio desde muchos puntos de vista. La sinceridad. Así ya no tendría por qué seguir con este juego. Miró por el espejo retrovisor y vio cómo la hermosa niña sonreía por algo que contemplaba en la pantalla. Los remordimientos volvieron al ataque, pero decidió obviarlos.

Marion estaría bien.

Estaba totalmente segura de ello.

—¿Voy a ir a casa de la abuela? —dijo la niña al ver que habían parado delante de la casa blanca de Røa.

—Sí —asintió Miriam, salió del coche y saludó con la mano a su madre, que ya estaba esperando en las escaleras.

—Genial —respondió Marion con una sonrisa, ansiosa por quitarse el cinturón de seguridad.

—¿Ha ido bien? —preguntó Marianne Munch mientras cogía la mochila y el bolso que Miriam había preparado.

—Sí, hemos salido un poco tarde, pero hemos llegado justo a tiempo.

—¿Puedo ver la tele, abuela? —dijo Marion, y entró corriendo en la casa sin esperar respuesta.

—¿Hasta el miércoles? —preguntó Marianne, mirando a Miriam.

—Sí, ¿te va bien?

—Claro que sí. Me alegro de que estés ayudando a Julie —dijo Marianne, y Miriam volvió a sentir cargo de conciencia, pero tenía que mentir esta vez, a fin de cuentas no podía contarle qué iba a hacer.

Participar en una acción ilegal.

Estaba segura de que su madre probablemente la apoyaría, pero lo habían dejado muy claro.

«Nadie dice nada. A nadie».

Se había dado cuenta de que varias personas la habían mirado cuando lo dijeron, sobre todo Geir, el que al principio se había mostrado tan escéptico ante la idea de que ella participara.

Una pequeña mentira piadosa. Tenía que ser así.

—¿Pero está bien, por lo demás? Hace tantísimo tiempo que no la veo.

—Sí, pero ya sabes cómo es. Tan sensible. No se trata más que de mal de amores, suele pasar.

—Uf, bueno, no es fácil, pero me alegro de que estés ahí para ayudarla —admitió Marianne, acariciándole la mejilla—. Le das recuerdos de mi parte y le dices que venga a vernos un día.

—Lo haré —aseguró Miriam—. ¿Vas a despedirte de mamá?

Lo dijo en voz alta hacia el interior de la casa y Marion vino corriendo para darle un rápido abrazo.

—Nos vemos el miércoles —se despidió Miriam con una sonrisa y bajó hacia el coche.

—Dale recuerdos a Julie —dijo su madre, y volvió a entrar en la casa blanca.

61

Mia Krüger se encontraba con Munch tras la ventana que daba a la sala de interrogatorios, con la sensación de que se había equivocado por completo. El joven hacker con el pelo teñido de blanco y negro permanecía totalmente quieto en la sala. Miraba hacia ellos. Sabía que se encontraban allí, aunque no podía verlos, y así había estado, sin moverse, sin hablar, desde que lo habían traído hacía ya más de veinticuatro horas.

—¿Todavía nada? —preguntó Anette Goli según entraba en la habitación.

—No. —Mia suspiró.

—¿Sigue diciendo lo mismo?

—Exactamente lo mismo, una y otra vez —dijo Munch, rascándose la barba un poco.

—¿Sigue sin querer un abogado?

—Sí, dice que no lo necesita —contestó Mia, y volvió a mirar al chico, que seguía totalmente quieto, con los ojos vueltos hacia ellos.

—Tiene razón, por cierto —admitió Goli, y se sentó.

—¿No hay nada en sus ordenadores? —preguntó Munch.

—No —respondió Anette—. Acabo de hablar con uno de los técnicos y no encuentran nada. Parecía estar un poco impresionado.

—¿Por qué? —preguntó Mia.

—Pues porque no hay nada —contestó la abogada rubia, con un gesto rendido.

—Algo han tenido que encontrar, ¿no? —dijo Munch.

—No —respondió Goli, negando con la cabeza—. Los ordenadores están vacíos. Limpios.

—¿Qué quieres decir?

—No hay nada ahí. Y no quiero decir que no haya nada que le vincule con este caso. Simplemente estaban vacíos.

—Qué extraño —vaciló Munch.

—Me he tomado la libertad de preguntar a Gabriel cómo es posible, espero que no os importe. Por cierto, no parece estar de muy buen humor, ¿ha pasado algo o qué?

—Un error mío —explicó Mia—. Me puse un poco borde con él. Ya le he pedido disculpas. Espero que se le pase.

—Entiendo —dijo Anette—. Porque Gabriel conocía a Skunk y no sabía dónde estaba, pensabas que era cómplice, ¿te refieres a eso?

Mia oyó el tono sarcástico, pero no hizo mucho caso; tenía demasiadas cosas en que pensar.

—Lo arreglaré con él. Como te decía antes, ya le he pedido disculpas.

—Bien —dijo Anette, con un leve suspiro—. Porque resulta un poco rebuscado, ¿no?

Mia se dio cuenta de que la rubia abogada policial miraba a Munch.

—¿Qué? —dijo Mia, un poco irritada.

—Bueno, quiero decir, ¿por qué está aquí?

Hizo un gesto de cabeza hacia el joven hacker, que seguía sin moverse en la sala.

—Nos trajo el vídeo —dijo Munch.

—Para ayudarnos.

—Tal vez —dudó Munch—. Pero…

—¿Qué te ha dicho Gabriel? —le interrumpió Mia.

—¿Sobre qué?

—Sobre el tema de los ordenadores vacíos en casa de Skunk.

—Ha reaccionado un poco como el otro técnico con el que he hablado —dijo Anette—. Ligeramente impresionado.

—¿Alguien puede explicarme esto? —suspiró Munch, girándose hacia ellas—. Sé que soy de otra época, y siento que me lo tengáis que explicar como a un niño, pero ¿por qué no había nada en sus ordenadores? ¿Y por qué impresiona a los técnicos?

El corpulento investigador miró a las dos y era evidente que no entendía nada de lo que acababa de oír.

—Están impresionados porque son unos friquis de la informática —dijo Mia, sin apartar la mirada de la habitación contigua.

—¿Y eso qué quiere decir…?

—Respeto —contestó Mia—. Al parecer estaba preparado. Si alguien asaltaba su búnker sin previo aviso, como lo hemos hecho nosotros, él tenía un sistema que eliminaba todo lo que tenía en sus ordenadores.

—¿Y eso impresiona porque…? —dijo Munch, todavía con una expresión inquisitiva.

—Porque eso no es fácil —respondió Anette.

—Vale. —Munch suspiró—. Entonces, ¿qué tenemos? ¿Dónde estamos?

—No tenemos nada —admitió Anette Goli—. Todo lo que tenemos es una suposición.

Hizo un gesto discreto hacia Mia y no parecía estar muy contenta.

—Y eso de que vino a nosotros con el vídeo.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Munch.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, ¿cuánto tiempo podemos retenerlo? ¿Adónde vamos desde aquí?

—No hay duda de que conoce sus derechos —suspiró Goli, lanzando una mirada hacia el joven hacker.

—Si te he entendido bien, solo ha dado su nombre, su fecha de nacimiento y su dirección.

Mia asintió.

—Unas cuantas veces. —Munch suspiró.

—Como ya sabéis, es todo lo que la ley le obliga a declarar —continuó la abogada—. Este joven sabe perfectamente de qué va esto. Después de cuatro horas, debemos formular una acusación, y, a partir de entonces, disponemos de veinticuatro horas para llevarlo ante el juez, y después a prisión preventiva…

—Conocemos nuestro trabajo —le interrumpió Mia, con un poco de irritación en la voz.

—Ya que lo hemos traído un domingo —continuó Anette, sin hacerle caso—, que no es día hábil, podríamos haberle retenido más tiempo si hubiéramos formulado una acusación, cosa que no hicimos ayer porque, bueno, en realidad solo podemos acusarle de habernos ayudado, y la última vez que lo miré esto no era un delito, más bien todo lo contrario. Ahora mismo somos

nosotros los que quebrantamos la ley. En realidad, lo hacemos cada minuto que pasa.

Anette señaló su reloj de pulsera para enfatizar lo que acababa de decir, y Mia sintió que le molestaba un poco, pero sabía de sobra que Goli tenía razón.

—¿Así que no podemos acusarlo?

Munch miró de reojo a Mia.

—No hay nada de lo que podamos acusarle —dijo Anette.

—¿Declaración falsa? —observó Mia.

—¿Cómo?

—Dijo que había encontrado el vídeo en el servidor de una librería de viejo de la calle Ullevålsveien. Grønlie lo miró y no existe.

—¿Y cuándo realizó el sospechoso esta falsa declaración?

Goli ya hablaba con voz de abogada.

—Lo sabes de sobra —dijo Mia—. Estaba en el Lorry…

—¿Así que el sospechoso realizó la declaración en estado de embriaguez? ¿Ante una investigadora que también se encontraba bajo los efectos del alcohol? ¿Sin tener un abogado presente? También quiero señalar, estimado juez, que el acusado es abstemio, por lo que normalmente no toma alcohol, y que esa noche mi cliente se hallaba…

—Vale, vale —dijo Munch, levantando las manos.

—No tenemos nada —concluyó Goli.

—¿Qué has dicho? —preguntó Mia.

—No podemos acusarle de nada —repitió Anette.

—No, no me refiero a eso. No toma alcohol, ¿cómo lo sabes?

—Gabriel me lo dijo.

—Pero ¿por qué…?

Mia lanzó otra mirada al joven hacker.

—Mala conciencia —murmuró.

—¿Qué? —dijo Munch.

—Si no bebe, ¿por qué fue a buscarme y bebió como si no hubiera mañana?

—No tenemos nada —insistió Goli otra vez.

—Mala conciencia —repitió Mia.

—Tenemos que soltarlo —insistió la rubia abogada policial—. Esto es como una especie de broma. Solo está aquí porque Mia ha tenido un *presentimiento.* Ahora, en serio. Sé que eres buena, Mia, pero vamos. ¿Holger?

Miró a Munch.

—No es legal retenerlo más. Si quiere, puede denunciarnos.

—¿Qué han dicho en Kripos? —dijo Munch.

—Tampoco tienen nada —contestó Anette suspirando—. Está en su lista, pero eso es lo único que hay. Quiero decir, si hubieran podido detenerlo por algo, lo habrían hecho hace tiempo.

—¿Estás segura? —dijo Mia, sin mirar a Anette.

—¿De qué?

—¿De que no bebe habitualmente?

—Es lo que me ha dicho Gabriel. —Anette volvió a suspirar—. ¿Por qué iba a mentir?

Levantó la vista y miró a Munch otra vez, con un gesto rendido.

—Quiero decir, por Dios, el chico nos trajo un vídeo que había encontrado, nos ayudó en la investigación, ya lleva aquí demasiado tiempo, no podemos acusarlo de nada. Kripos no tiene

nada contra él, el chico está limpio. Vamos, Holger.

—Tiene mala conciencia por algo —repitió Mia—. Dame cinco minutos.

—¿Holger? —insistió Anette—. No tenemos razones para…

Mia Krüger no escuchó el resto de la frase porque ya había salido de la habitación. Abrió la puerta de la sala, donde Skunk seguía en la misma postura, con las manos descansando en el regazo y la espalda tan recta como cuando lo trajeron.

—Hola —saludó Mia, y tomó asiento en la silla enfrente de él.

Skunk la miró.

—¿No vas a encender la grabadora? Son las 18.05. Continúa el interrogatorio. Presentes en la sala están Mia Krüger…

—No —respondió Mia. Apoyó los codos en la mesa y la cabeza en las manos.

—Mi nombre es Kristian Karlsen —dijo el joven hacker con tono seco—. Nací el 5 de abril de 1989. Mi dirección actual es…

—Bueno, Skunk, ya lo has dicho. Sé que estás al tanto, que conoces tus derechos y todo eso.

Mia se echó hacia atrás en la silla y lo miró. El hacker del pelo blanco y negro sostuvo su mirada y siguió sin moverse.

—Escúchame…

—Mi nombre es Kristian Karlsen —comenzó otra vez, pero Mia lo interrumpió.

—De acuerdo, Skunk, la culpa es mía, ¿vale? Me he equivocado.

El hacker se calló y Mia tampoco dijo nada, porque tenía un presentimiento que todavía no acertaba a definir del todo.

Él había acudido a ella. La había encontrado en el Lorry. Había bebido, aunque en realidad no bebía.

—Esto no sirve si no enciendes la grabadora —dijo Skunk—. A no ser que los del otro lado tengan una grabadora, claro, pero, hasta donde yo sé, cada persona que ha de ser interrogada…

—Vale, Skunk —le interrumpió Mia otra vez, pasándose la mano por la frente—. No vamos a acusarte de nada. No tenemos nada de lo que acusarte. Según mi colega al otro lado…

Señaló la ventana a su espalda.

—Eres un héroe. Nos ayudaste con la investigación, aportando cosas que no habríamos sabido sin ti. ¿Vale?

El chico que tenía delante no se movió y siguió sin apartar la mirada de ella.

—Me he equivocado, ¿vale, Skunk? ¿Lo dejamos así?

—Mi nombre es Kristian Karlsen…

Mia lo interrumpió de nuevo.

—Ya te he dicho que el error ha sido mío. Lo siento, ¿vale? Hay veces, bueno, la verdad es que bastante a menudo, que me falla esto un poco.

Mia puso un dedo contra la sien y sonrió levemente.

—Hoy he conseguido jorobar a un chico que me cae muy bien, un colega increíblemente trabajador y habilidoso, y, bueno, de nuevo, el error ha sido mío, solo necesito que…

Mia se quedó callada por un momento.

—Tienes que encender la grabadora —insistió Skunk.

—Esto es lo que pienso —continuó Mia—. Y no tienes por qué decirme nada. Pero también podrías ponerte en mi lugar, ¿serías capaz?

Skunk la miró, todavía con una expresión impasible en la cara.

—Esta es mi vida, vale, ¿puedo contarte un poco sobre ella? —preguntó Mia—. Encontramos

a una chica desnuda en el bosque. Asesinada. Alguien la ha estrangulado. Alguien la ha colocado sobre plumas. Dentro de un pentagrama de velas. Era una persona. Una persona joven. Con toda la vida por delante. Y no puedo dejar de pensar en ello, joder, ni siquiera duermo por la noche, ¿te das cuenta, Skunk? En eso consiste mi vida. En eso consiste mi trabajo. En procurar que sea castigado este hijo de puta enfermo, que piensa que puede llevarse a una chica joven y bella, hacer lo que le da la gana con ella y salirse con la suya. Así es mi vida, desde que me despierto por la mañana hasta que me acuesto por la noche. ¿Entiendes?

Mia casi podía oír los pensamientos de Munch a través de la pared que había detrás de ella, y estaba convencida de que él entraría en cualquier momento para pararla, pero ya le daba igual. A pesar de que no podían acusarle de nada. A pesar de que tenía la ley de su lado. A pesar de todo ello, había algo ahí.

Mia volvió a mirar al joven hacker y pudo ver que la cara de póquer que se había puesto desde el día anterior ya se había desintegrado un poco.

—Tienes que poner en marcha la grabadora si… —dijo Skunk, pero no terminó la frase.

—Vale —le interrumpió Mia—. No creo que lo hayas hecho tú. No podemos acusarte de nada y todos los técnicos piensan que eres un puñetero héroe por conseguir que todos los ordenadores estuvieran totalmente vacíos cuando se metieron en ellos, pero, bueno, me da igual, me importa una mierda. Bravo por ti, eres el mejor hacker del mundo, pero, joder, no me interesa.

El chico permanecía callado.

—Lo que pienso —continuó Mia— es que no tenías nada que ver con esto. No harías algo así, no harías daño a nadie de esa manera, claro que no.

Skunk seguía sin decir nada.

—Pero —concluyó Mia— creo que tienes mala conciencia por algo. Que por eso viniste a verme. Ya me estaba preguntando en el Lorry cómo era posible que un chaval joven como tú pudiera emborracharse tan rápido, y ahora me comentan que no bebes, así que ya tengo la explicación.

El hacker mantenía la boca cerrada, pero Mia pudo ver que la expresión en sus ojos había cambiado.

—Así que acudiste a mí —siguió Mia—. Y primero no entendí cómo me encontraste, pero luego me di cuenta de que es bastante fácil. Toda la unidad tiene los teléfonos interconectados, GPS y todo eso, no te costaría nada meterte en nuestro sistema y rastrearnos, pero, aun así, ¿por qué, de repente, ibas a emborracharte para contarme algo?

El joven seguía sin decir nada.

—Pienso lo siguiente —continuó Mia—. Primero encontraste ese vídeo y te quedaste con tan mal cuerpo como nosotros. Pero luego…

Se tomó una pequeña pausa y lo miró. Vio que su mirada ya no era tan dura como antes.

—Pero luego te diste cuenta de que algo tenías que ver con esto. No quiero decir que supieras que lo que te habían pagado por hacer traería este tipo de consecuencias. Y no tengo ni pajolera idea ni de cómo se llaman estas cosas, ni qué son Java, script, Flash, programación; me cuesta incluso entender cómo funciona mi propio programa de correo electrónico. Pero tú sí, ¿verdad? Tú eres el mejor. Joder, nuestros técnicos te están aplaudiendo, así que tienes que ser bueno. ¿Alguien, hace algún tiempo, y apuesto lo que quieras a que no tienes ni idea de quién es, te pagó por crear algo? ¿Algún tipo de programa, de código máquina, que facilite la realización de esta clase de cosas? ¿Enviar un *livefeed* al mundo, al submundo de internet, esa parte que yo no conozco? ¿Fue esto lo que de repente descubriste? ¿Que habías sido parte de ello, en contra de tu

voluntad? ¿Por eso te emborrachaste, algo que nunca haces, y me viniste a ver? Tú, que odias a las autoridades, que nunca te plantearías, por nada en el mundo, ayudar a la policía. Me encontraste y querías contármelo, ¿verdad? ¿Querías contarme que habías creado algo para alguien para que esto fuera posible? Te pagaron. ¿Pero alguien te engañó? ¿Por eso viniste? ¿Estoy cerca de la verdad, Skunk? ¿Fue por eso por lo que viniste a mí?

A Mia le costó interpretar la expresión en los ojos del joven del pelo blanco y negro.

—Mi nombre es Kristian Karlsen —dijo Skunk, y dejó caer la mirada a la mesa—. Nací el 5 de abril de 1989. Mi dirección actual es…

La puerta se abrió detrás de ella y Munch entró en la sala de interrogatorios.

—Puedes irte. No te vamos a acusar de nada y siento haberte retenido aquí más de lo debido. Si hay algo más que puedas hacer por nosotros, te estaríamos muy agradecidos. Ya sabes dónde estamos.

Mia vio cómo el joven hacker se levantaba y se dirigía a la puerta. Al dejar la sala se paró un momento y la miró, y por un segundo Mia pensó que iba a decir algo, pero volvió a cerrar la boca y desapareció.

—¿Mia? —la llamó Munch, mirándola—. ¿Puedo hablar contigo?

Mia Krüger se levantó lentamente de la silla y salió de la sala tras su corpulento jefe.

62

Mia se metió en el coche nada más despertarse, pero solo cuando llegó al cementerio se vieron las primeras señales del amanecer. En realidad tendría que haber estado en una reunión, pero había solicitado tener la mañana libre y Munch se lo había concedido encantado. En realidad solo había pedido unas horas, pero Munch le había dejado bastante claro que podía tomarse el tiempo que hiciera falta. Al parecer, su comportamiento del día anterior había reforzado la sensación que el jovial jefe ya parecía tener, la sensación de que ella no se encontraba bien. De que no debería estar trabajando, después de todo.

Mia salió del coche, recogió las flores del asiento trasero y echó a andar lentamente hacia las tumbas. Primero dejó las flores de su abuela. Después, las de sus padres. Guardó el ramo más grande para el final y se quedó de pie delante de la lápida gris, con la misma sensación que siempre tenía en este lugar. Un dolor profundo imposible de ubicar.

Sigrid Krüger,
hermana, amiga e hija.
Nacida el 11 de noviembre de 1979. Fallecida el 18 de abril de 2002.

Habían pasado más de diez años, pero todavía lo tenía tan metido en el cuerpo que en realidad preferiría no vivir. Todo el mundo decía que estas cosas pasaban, se desvanecían. Que el tiempo cura todas las heridas. Pero no en su caso. Mia Krüger seguía echando en falta a su hermana tanto como el día en que alguien la encontró en aquel sótano sucio de Tøyen.

Mia quitó las flores, marchitas por las heladas, y colocó las nuevas en el tiesto que había delante de la lápida. Se arrodilló ante la tumba, quitó algunas ramitas y hojas, sintió la fría hierba bajo sus dedos, el frío de este invierno que había llegado antes de tiempo y no hacía más que empeorar. Cada vez estaba más oscuro. Igual que sus pensamientos. Quizá todo iría mejor sin ella. El equipo. ¿Acaso no había tomado la decisión ya? ¿De largarse de todo esto?

En cualquier caso ella apenas era humana, así que ¿por qué no dejarlo todo? Su cuerpo y su cabeza solo seguían funcionando gracias a estímulos artificiales, alcohol y pastillas. La noche anterior había vuelto a abrir el frasco, había dejado que esas pequeñas amiguitas suyas le arroparan antes de dormir, se encontraba agotada después del interrogatorio. Clavos en el cuerpo. Anette Goli le había lanzado una mirada de desprecio, negando con la cabeza. «Creo que deberías volver al psicólogo». Incluso Holger se había limitado a murmurar algo inaudible, dejándola sola en el pasillo.

«Sí, claro. Tómate un descanso, Mia».

«Tómate el tiempo que necesites».

Así que le había importado todo un bledo, tras regresar al piso vacío. Ya no tenía fuerzas para

comportarse como un ser humano normal. Tratar de ser positiva. Dejar las pastillas. A la mierda con todo. Había sentido la tentación de acabar con todo en aquel momento, pero no le quedaban suficientes pastillas. Se había tragado la mayoría de ellas aquella vez en que Holger llamó a la puerta, y no se había molestado en conseguir más. Tenía suficiente para la dosis, para eliminar los clavos en su interior. Se había envuelto en una manta en la terraza, dejando que las luces de la ciudad bailasen delante de sus ojos, hasta que al final se volvieron tan borrosas que no sabía muy bien si soñaba o si estaba consciente en la fría terraza. Había entrado temblando bajo la manta, con las mejillas rojas y el cuerpo frío por fuera, pero caliente por dentro, y lo último que había pensado antes de caer desmayada era:

«Ya voy, Sigrid».

Pero aun así se había despertado en la oscuridad de la solitaria habitación, y no había podido quedarse allí. No quería estar más tiempo sola. Quería estar con ellos. Esa era su verdadera casa.

Mia se levantó y se quedó mirando la tumba que tenía delante. Quería estar con ella. Sonrió levemente, no se le había ocurrido antes, pero la idea la tranquilizó. Sus padres estaban juntos, en la misma tumba. Naturalmente. Había sido muy tonta. Junto con Sigrid. Así era como tenía que ser.

Sigrid y Mia Krüger.
Blancanieves y la Bella Durmiente.
Nacidas el 11 de noviembre de 1979.
Juntas para siempre.

—¿Qué pastillas tomas?

El psicólogo. Mattias Wang. Una de las preguntas que ella no tenía ningún interés en contestar.

—Hay nuevos medicamentos ahora, creo que pueden ayudarte a sentirte un poco mejor. Quiero decir, si quieres ir por esa vía.

A ella no le interesaba sentirse mejor. ¿No se daban cuenta de eso? ¿Por qué era tan difícil comprenderlo? Quería desaparecer, eso era lo que quería. Y había tomado la decisión de dejar el mundo. Había encontrado el lugar perfecto. Hitra. La isla en la costa, con un cielo que parecía adentrarse en la eternidad y desaparecer. En aquella ocasión, Munch había ido a buscarla para traerla de vuelta. Y ella había resuelto el caso. Pero todavía no era libre. Seguía suspendida de sus funciones, con una especie de sensación de que ellos eran su familia, que con tal de volver al trabajo todo iría bien. Pero no había sido así.

Ya había quedado bastante claro, ¿o no?

No solo para ella, sino también para los demás.

La mirada de Anette. Los ojos de Munch cuando le había dicho que podía tomarse el tiempo que hiciera falta.

Mia se encajó el gorro hasta tapar las orejas y se quedó de pie delante de la tumba con una calma que no había sentido en mucho tiempo. No desde las rocas de Hitra, aquella vez en que se había decidido.

«Ven, Mia, ven».

Un hogar. Una especie de hogar. Cada vez lo tenía más claro, mientras contemplaba la lápida cubierta de escarcha. Había terminado con esto. Lo había intentado, pero parecía que no era lo suficientemente buena. Había perdido sus facultades. Ya no podía ayudar. Ya no podía entrar en

la cabeza de esa gente enferma para tratar de entender por qué alguien iba a colocar a una chica bella e inocente sobre un lecho de plumas, rodeada de velas. Ya no era su trabajo. La habían liberado. No tenía por qué pasar más noches angustiosas en la soledad de un piso frío, en una ciudad helada. Podían hacerlo sin ella.

«Tómate el tiempo que necesites».

¿Les echaría en falta? Sí, tal vez, pero, aun así, ¿cómo iba eso a ayudar a resolver este caso? Porque siempre habría más, ¿verdad? La habían sacado de la tranquilidad de Hitra para que les ayudara, y ella lo había hecho. Pero no había bastado con eso. Nuevas crueldades. Mia Krüger trabajaba con la cabeza, con esa oscuridad que siempre había formado parte de ella, aunque su abuela le había dicho que debía luchar contra ella.

Mia juró en voz baja, no le gustaba lo que sentía. Esta debilidad. En realidad no era propia de ella. Se había equivocado con el hacker. Skunk. Había quedado como una idiota delante de los otros, pero en realidad no le importaba la opinión de los demás, ¿o sí?

Volver a casa. La tranquilidad eterna.

«Sigrid y Mia Krüger».

«Nacidas el 11 de noviembre de 1979».

Una nueva lápida. Tenía que ocuparse de ello, de que pusiera justo eso.

«Juntas para siempre».

Ella se había ocupado de las tres lápidas. Cuatro entierros, toda su familia, toda la gente que ella amaba, se había ocupado de todos ellos y sabía a quién llamar para poner la lápida que ella quería.

Mia agarró el teléfono con sus dedos fríos y lo sacó del bolsillo justo cuando empezó a sonar. No sabía de quién era el número y no quería contestar, pero aun así lo hizo.

—¿Sí?

Se oyó una voz desconocida en el otro lado y Mia tuvo que concentrarse para entender lo que decía. Era la voz de una señora mayor, y venía de la realidad que Mia había decidido abandonar otra vez.

—Soy Ruth Lie —dijo la voz—. ¿Eres Mia Krüger?

—¿Sí? —contestó Mia.

—Trabajo en el Museo de Ciencias Naturales de Tøyen —dijo la voz—. Si lo he entendido bien, querías que te llamara.

—¿Ruth qué? —preguntó Mia, arrepentida ya de haber contestado.

—Lie —respondió la voz—. El Museo de Ciencias Naturales . El taxidermista jefe Olsen me ha dado tu tarjeta…, me ha comentado que querías saber si los alumnos de una escuela habían venido a visitarnos.

La cabeza de Mia estaba funcionando a revoluciones lentas, pero al final se acordó. La secretaria de Tor Olsen. En el jardín botánico. El hombre despistado que creía que la policía investigaba todos los hurtos.

—Sí, claro, hola —saludó Mia—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Sí que lo tenemos —dijo Ruth Lie, que parecía más espabilada que su jefe.

—¿Qué es lo que tenéis? —preguntó Mia.

—¿No me habré equivocado de número? —dudó la voz del teléfono—. ¿Estoy hablando con Mia Krüger?

Desapareció un momento, como si estuviera mirando la tarjeta de visita que Mia le había dejado al despistado taxidermista.

—Sí, soy yo —dijo Mia en voz baja.

—Si lo he entendido bien, te hacía falta una lista de las clases escolares que nos han visitado últimamente, ¿no?

—Sí, claro —contestó Mia, y se tranquilizó un poco.

—Tengo una lista de toda la gente del último año aquí delante —continuó la voz—. ¿Te interesaba algo en particular?

—El Huerto de Hurumlandet —respondió Mia, recomponiéndose un poco.

—Ah, Helene —exclamó la voz del teléfono con alegría.

—¿Os han visitado?

—Sí, claro, vienen todos los años. No se parecen a las otras clases, es verdad, pero me gusta el trabajo que hace Helene, me alegro cada vez que vienen. Ya sabes, esos jóvenes, todo lo que les ha pasado, y lo que ella ha hecho, sí, me alegro siempre que me llama.

—¿Entonces han estado en el museo?

—Sí, claro, vienen todos los veranos —dijo Ruth Lie—. Al jardín botánico, bueno, ya has estado aquí, ¿no?

Mia asintió sin decir nada.

—¿Hola?

—Sí, he estado. ¿Entonces estuvieron de visita hace poco?

—El 3 de agosto —precisó la señora—. Siempre vienen a principios de agosto, todos los años. Olsen me ha dicho que querías ver la grabación de las cámaras de seguridad, ¿es así?

—Sí.

—Es sobre el hurto, ¿verdad?

—Claro —dijo Mia—. Las plumas de búho.

—Cómo me alegro de que alguien se ocupe de esto —continuó la voz en el teléfono—. Ya sabes, la policía. Los robos. Parece que la gente puede hacer lo que le da la gana.

—Ya, te entiendo perfectamente —observó Mia, que ya podía seguir la conversación—. ¿Entonces?

—¿Sí? —dijo Ruth Lie.

—¿Tenéis…, bueno, las…?

—Las grabaciones de todas las visitas, sí, claro. Las cámaras no funcionan de noche, eso no entra en el presupuesto, pero durante el horario de atención al público, sí.

—¿Y también de la clase de Hurumlandet?

—Naturalmente —confirmó la voz en el otro lado—. ¿Creéis que puede haber sido uno de ellos?

—¿Qué?

Hubo otro momento de silencio, como si la voz del teléfono no terminase de creerse que estaba hablando con la persona correcta.

—¿Uno del grupo de Helene? ¿Fue quien robó los búhos?

—No lo podemos saber, naturalmente —respondió Mia, recomponiéndose otra vez.

—Espero de verdad que no sea el caso, pero, bueno, quién sabe, no es una clase normal, ¿verdad?

—Así es —murmuró Mia.

—¿Entonces te las envío?

—¿El qué?

—Las grabaciones del día en que vinieron.

En realidad, Mia Krüger tenía ganas de colgar. El mundo en el otro lado de la línea. La verdad es que pasaba. Ya se había decidido y la habían convencido de volver. Ella hizo lo que tenía que hacer y desde entonces vivía en un piso congelado. Hablaba con un psicólogo, trataba de ser normal, no por ella, sino para que pudieran usarla para lo que necesitaban.

—Hola —dijo la voz del otro lado de nuevo.

—Sí, te agradecería mucho que nos las enviaras —contestó al fin Mia—. Pero no a mí. ¿Puedes mandarlas a un compañero, Ludvig Grønlie?

—Claro que sí —dijo Ruth Lie—. ¿Tienes una dirección de e-mail?

Mia encontró los datos de Grønlie en su teléfono y se los pasó a la mujer del otro lado.

—Genial. Entonces se lo envío en cuanto hable con los técnicos, que son los que guardan las grabaciones.

—Muy bien —respondió Mia—. Mil gracias.

—Me alegro de poder ayudar —concluyó la voz del teléfono y desapareció.

Mia miró el teléfono y decidió apagarlo. Ya no tenía sentido tenerlo encendido. Había terminado con el resto del mundo. Había terminado con él.

«Juntas para siempre».

Puso el dedo contra el extremo superior del teléfono y estaba a punto de apretar el botón, un último movimiento y habría terminado con esto, cuando volvió a sonar el teléfono.

Se quedó mirando la pantalla.

«Curry».

Mia cortó la llamada, pero no le sirvió de nada porque tan solo unos segundos más tarde apareció el nombre de Curry otra vez.

—¿Sí? —Suspiró al cogerlo.

—¿Dónde estás? —preguntó Curry con la voz alterada. Le faltaba el aliento, casi parecía que estaba corriendo una maratón.

—Åsgårdstrand —contestó Mia, con voz ausente.

—¿Por qué no has venido a la puesta en común?

Mia no contestó y Curry siguió hablando sin esperar respuesta.

—Sunniva acaba de llamarme, tienes que venir.

Mia negó con la cabeza. Curry y Sunniva. Problemas de pareja. Él había vuelto a perder dinero en el juego y ella lo había dejado, esta vez para siempre. Mia tenía la sensación de que ya no podía más.

—Escúchame… —dijo, pero el excitado bulldog no paró de hablar.

—No es lo que piensas —la interrumpió Curry, que parecía haber adivinado lo que iba a decir —. Lleva unos días intentando llamarme, pero no he contestado. Bueno, solo quería…

Había dos cornejas en un árbol. Mia se quedó mirándolas fijamente, mientras la voz continuaba hablando en su oído. Parecían tan serenas ahí arriba. Dos pájaros en un árbol del cementerio. En breve, dos chicas en la misma tumba justo debajo. Sonrió levemente al ver cómo las cornejas echaban a volar hacia el pálido sol de octubre.

—¿Qué? —exclamó de repente, cuando poco a poco se dio cuenta de lo que su colega acababa de decir.

—Lo sé —continuó Curry, excitado—. Parece de locos, pero yo la creo, no tiene motivos para inventarse algo así. La conozco, nunca iba a…

—Dímelo otra vez —le interrumpió Mia, que comenzaba a desperezarse lentamente.

—Un pastor de la iglesia, un paciente de por ahí que les conocía cuando eran pequeños —

resopló Curry en la distancia—. Helene Eriksen. Tiene un hermano.

Ya estaba balbuceando, le costaba sacar las palabras con una sintaxis correcta.

—Quería confesar sus pecados. Parece que se está muriendo. Algo de que no irá al cielo si no expía sus pecados.

—¿Helene Eriksen tiene un hermano que se está muriendo?

—No, él no, el pastor. Escucha, por qué no vienes, nos están esperando ahí arriba y no puedo encontrarme con ella solo, ya sabes…

—Ya me has perdido —dijo Mia.

—¿Qué?

—Habla más despacio. Dímelo otra vez.

—Les conocía cuando eran niños —repitió Curry.

—¿Quién? —exclamó Mia.

—Helene Eriksen. Y el hermano. Algo de una secta en Australia. Y que le habían pagado. Y ahora quiere expiar sus pecados.

—Curry. —Mia trató de tranquilizar a su colega, pero Curry siguió.

—Vino enfermo.

—¿El pastor?

—No, el hermano. Estaba mal de la cabeza.

—Curry.

—Ya nos están esperando, querían que fuéramos…

—Curry —dijo Mia, esta vez con severidad, y por fin consiguió que el excitado bulldog se callase.

—¿Sí?

—¿No hemos tenido suficiente con estas cosas?

—¿Con qué? —preguntó Curry, sorprendido.

—¿Gente que sale de la nada y que de repente quiere confesar el asesinato?

—¿Qué quieres decir?

Mia suspiró. Se arrepintió de haber contestado la llamada. Debería haber apagado el móvil.

—Fuglesang, el del casco. A saber cuántos más nos han llamado. No me preguntes por qué, pero, cuando salen cosas como esta, la gente de repente quiere confesar sus pecados. Eso ya lo sabes, ¿no? Y, ahora, ¿quién has dicho que era? ¿Un pastor que se está muriendo? Vamos, Curry…

—Tenía detalles —continuó Curry, pero Mia sintió que cada vez le importaba menos.

No. Ya era suficiente. No quería saber más.

—Al parecer recibieron dinero —siguió su colega, quien evidentemente no quería dejarlo—. Cuando volvieron a casa. Como una especie de compensación. Helene Eriksen montó el centro de jardinería. Y el hermano, una vez recuperado de su enfermedad, compró una tienda de alimentación.

Mia solo estaba escuchando a medias. Las cornejas se habían ido y el cementerio permanecía sumido en el silencio.

—Habla con Munch.

—Está de muy mal humor, ¿ha pasado algo entre vosotros o qué?

—Escucha, Curry —comenzó Mia, pero no tuvo fuerzas para proseguir.

—Parece muy fiable todo —dijo Curry, sin querer dejarlo—. Me ha llamado y ha estado hablando sin parar durante diez minutos. Joder, el mero hecho de que me haya llamado…

Mia notó que algo comenzaba a moverse en su cabeza, pero Curry siguió chapurreando en el otro lado.

—¿Qué has dicho? —preguntó Mia, espabilándose de repente.

—Bueno, que creo que lo tenemos que mirar…

—No, eso no. Helene Eriksen. ¿Tiene un hermano?

—Sí, eso parece, tiene una tienda de alimentación por ahí cerca, pero…

«Jim Fuglesang».

—Quiero decir, ¿por qué iba a llamarme? Ya sabes, ya no quiere hablar conmigo, y…

La furgoneta blanca en el jardín.

—En todo caso, merece la pena echar un vistazo, hablar con ese pastor. Por Dios, no tenemos muchas otras cosas que…

«La mirada por encima de la barba».

«Allí, en medio de la nada».

«Entregando la compra».

«Delante de la casita que le había producido escalofríos».

—Encuentra a Munch —dijo rápidamente y echó a correr por el camino de grava.

«El logotipo en el lateral de la furgoneta».

«Una tienda de alimentación».

«ICA Hurum».

—¿Qué? —exclamó Curry.

—Ve a buscar a Holger, convéncele de que venga.

—¿Entonces crees que hay algo?

Mia metió una mano en el bolsillo en busca de las llaves del coche.

—¿Dónde trabaja?

—En la fundación de St. Helena, es un hospital privado en…

—Envíame la dirección —le pidió Mia y se metió en el coche.

—¿Qué quieres decir? ¿Vas a venir?

—Ya estoy en camino. Ve a por Munch. Ya.

Mia colgó, giró la llave, oyó el ruido de las ruedas que derrapaban sobre la grava cuando pisó el acelerador con fuerza y vio cómo el bonito cementerio se alejaba en el espejo retrovisor.

63

Isabella Jung estaba sentada en su pequeña habitación y sentía un cosquilleo en la tripa. Todavía no había llegado el momento, pero faltaba poco. En breve sucedería. Se había arreglado. No se había puesto el pantalón con agujeros, hoy había elegido la falda y también se había maquillado. Había pasado horas delante del espejo, no porque su aspecto fuera a cambiar nada, quizá, pero aun así había decidido hacerlo. Se había peinado. Sonriendo y dando vueltas alrededor de sí misma.

«¿Quieres quedar conmigo? En secreto».

«¿Solo tú y yo?».

«¿A las cuatro detrás del cobertizo?».

«¿Eres mi elegida?».

A la chica de quince años le costaba creer que fuera verdad, todo esto casi era como un sueño. Todos estos años. En Hammerfest con su madre. En casa de todas esas familias de acogida que no eran la suya. Esa vocecita en la cabeza que le decía:

«Algún día, sí».

«Llegará el día, Isabella».

«Un día estarás bien».

La verdad era que no parecía que eso fuera a suceder. Se había enfadado con la vocecita muchas veces. Le mentía, no hacía más que engañarla, solo decía esas cosas para que se sintiera mejor y casi había abandonado toda esperanza, aquella vez en la unidad de trastornos alimentarios de Ullevål, cuando encontró un cuchillo en la cocina y se hizo un corte en la sien. Después dijeron que estaba loca, pero no lo estaba, solo lo había hecho para espantar la voz, para castigarla. Esa estúpida vocecita que le había prometido tantas cosas, que no hacía más que mentir y engañar, pero al final resultaba que era verdad. Había pedido disculpas a la vocecita unos días después de venir a este lugar. Al Huerto de Hurumlandet. Porque había tenido razón. No los primeros días, pero con el tiempo, sí. La tranquilidad y la seguridad. Su propia habitación. Las flores. Helene, que le hacía sentirse genial. Como si valiera para algo. Perdón, le había dicho muchas veces en la cama por la noche.

«Perdón, tenías razón».

Y la voz la había perdonado.

«Esto no está mal, pero todavía vas a estar mejor».

Y ahora se daba cuenta de lo que había querido decir la voz. Se levantó y se puso delante del espejo otra vez. Se sonrió a sí misma y se pasó las manos por la falda blanca.

A las cuatro detrás del cobertizo.

Sentía un cosquilleo en las mejillas. Se sentó sobre la cama, pero tuvo que levantarse otra vez.

Faltaban dos horas. Jesús, ¿cómo iba a aguantar? El tiempo pasaba tan lentamente. Era demasiado. Cruzó el suelo un par de veces, inquieta, sin saber muy bien dónde meterse.

«No te preocupes —dijo la voz—. Solo son dos horas».

Isabella Jung asintió con la cabeza y se sentó con tranquilidad sobre la cama, arrepintiéndose otra vez de no haberla escuchado siempre, tal y como debería haber hecho.

Ahora las cosas saldrían bien.

Todo iría bien.

Cerró los ojos y trató de imaginarse cómo sería.

Detrás del cobertizo.

Dentro de tan solo unas horas.

La chica de quince años sonrió, puso la cabeza sobre la almohada y se acurrucó con mucho cuidado para no arrugar la falda.

64

Munch dio otra calada al cigarrillo y se percató de que le costaba formular sus ideas con claridad. El dolor de cabeza. Los clavos en la sien. Llevaba todo el día tomando pastillas, pero parecía que no quería remitir. El día de ayer también había sido duro, con el espectáculo de Mia en la sala de interrogatorios, y Anette Goli que le había recordado una y otra vez todas las normas que habían infringido y el hecho de que mantuvieran a Skunk allí simplemente por una sensación de Mia. Lo había visto en los ojos de Anette. La acusación.

«No eres un jefe suficientemente bueno».

Se puso la capucha de la trenca y encendió otro cigarrillo con el rescoldo del anterior. Le golpeó de nuevo el dolor en la sien. Tuvo que cerrar los ojos y respiró pesadamente mientras esperaba que desapareciera. ¿Qué cojones era eso? No estaba muy en forma, eso ya lo sabía, pero tan mal nunca había estado antes. Bueno, una vez sí, pero eso había ocurrido hacía más de quince años. Aquella vez había perdido a su padre. Un camión que venía de frente, el conductor estaba borracho. Los días antes de que sucediera había sentido los mismos clavos en la cabeza, como una especie de señal física de que algo terrible iba a suceder. Naturalmente, no creía en esas cosas. Eso pasaba en el mundo de Mia, no en el suyo. Él siempre había sido realista. El sol salía por el este y se ponía por el oeste. Existían las leyes físicas. El mundo era tal y como se manifestaba, no había nada más allá de eso.

Munch se quedó de pie con los ojos cerrados hasta que el dolor fue remitiendo poco a poco, y dio otra calada al cigarrillo cuando Mia salió por las grandes puertas principales del señorial edificio. Era un hospital privado para los ricos, de los cuales, al parecer, algunos sostenían ideas de que había otro mundo después de este, y, además, podían inventarse las historias que les diera la gana con tal de poder acudir en paz al encuentro con su ficticio creador.

—¿Estás bien? —preguntó Mia, subiéndose la cremallera de la cazadora.

—¿Qué? Sí, sí —contestó Munch.

Mia tenía una sonrisa en la cara y le costaba mantenerse quieta.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué? —murmuró Munch.

—¿Dice la verdad?

—¿Tú qué piensas? —dijo Munch, mirándola, pero no hacía falta preguntar. Era evidente que ella, a diferencia de Munch, estaba bastante segura de que la historia que les acababan de contar era verídica.

Mia se encajó el gorro y lo miró con preocupación.

—¿Va todo bien o no?

—¿Qué? Sí, claro —asintió el corpulento investigador y tiró la colilla al suelo.

Los clavos en la sien ya iban remitiendo un poco. Sacó otro cigarrillo y lo encendió, desprendiéndose del lugar donde había estado dentro de su cabeza. El camión que venía de frente en el carril equivocado. La mirada de Anette Goli la noche anterior.

—¿A qué estamos esperando?

—¿Entonces crees en él?

—¿Por qué no íbamos a hacerlo?

—No es que quiera ser el abogado del diablo —suspiró Munch—, pero ¿no parece un poco rebuscado?

—Joder, Holger, ¿ahora te vas a poner negativo tú? Pensaba que ese papel me tocaba a mí.

Munch dio otra calada al cigarrillo y sonrió.

—A principios de los años setenta, una pareja va al pastor para que les case. Pero no pueden hacerlo porque ella ya tiene hijos, y él es el heredero de un imperio naviero, y el padre no quiere que entre sangre impura en la familia.

—¿Sí? —dijo Mia.

—¿Así que envían a los niños a Australia?

—¿Sí?

—¿De verdad, Mia? ¿Y luego la madre muere en un extraño accidente de tráfico? ¿Y pagan al pastor para que no abra la boca? Y después, unos años más tarde, los niños vuelven a casa, y el millonario…

—Multimillonario —precisó Mia—. Carl-Sigvard Simonsen.

—Vale —musitó Munch—. El multimillonario les ofrece dinero para recompensarles por los daños y perjuicios. Ella compra una propiedad donde puede ayudar a otros niños que han tenido una vida tan difícil como la suya. Él compra una tienda de alimentación. Vamos, Mia, ¿hablas en serio?

—¿Y por qué no?

—Esto es un nuevo Fuglesang —suspiró Munch.

—Qué va, Holger.

—¿No lo has visto? Ese hombre ya está con un pie en la tumba. Hace tiempo que se le fue la olla. Anda ya, dejémoslo. Sigamos con lo que tenemos.

—¿Y qué tenemos? —preguntó Mia.

Holger pudo ver que Mia estaba irritada.

—La peluca —contestó Munch—. Skunk, el hacker. No estoy de acuerdo con Anette. Creo que todavía puede haber algo ahí. El vídeo. Ha tenido que salir de alguna parte. El tatuaje. Los activistas proanimales. Esto es una pista falsa, Mia, ¿no te das cuenta?

—Lo vi —dijo Mia, y lo miró con severidad.

—¿A quién?

—Al hermano.

—Sí, pero…

—Lo vi. En casa de Jim Fuglesang.

—¿El del casco de bicicleta?

Mia asintió.

—¿Pensaba que estaba sedado hasta las cejas en Dikemark?

—Sí, pero fui a ver su casa.

—¿Cuándo?

—Eso da igual —respondió Mia con irritación—. Pero estaba allí.

—¿Quién?

Munch tiró el cigarrillo al suelo y estaba a punto de encender otro cuando se abrió el portón y Curry sacó la cabeza.

—Está despierto otra vez. Habla sin parar, tenéis que oír esto.

Munch miró a Mia.

—No, creo que lo dejaremos —dijo Munch.

—Joder, vamos ya —insistió Mia, rendida.

—No —reiteró Munch, y volvió a sacar la cajetilla de cigarrillos—. Seguimos con lo que tenemos. Puesta en común a las seis. Esto no es más que una tomadura de pelo.

—Vamos, Holger —le pidió Curry desde la puerta—. Tenéis que escuchar esto.

—No —repitió Munch, y sacó las llaves del coche del bolsillo.

—Dice que al hermano le gustaba disfrazarse de búho —dijo el bulldog desde las escaleras.

Munch se paró y se dio cuenta de que Mia lo estaba mirando.

—El cuerpo cubierto de plumas. ¿Cómo cojones puede decir algo así si todo es mentira?

—¿Holger? —dijo Mia.

Munch la miró, volvió a meter las llaves en el bolsillo y siguió apresuradamente a la investigadora por las largas escaleras.

65

Isabella Jung estaba contenta de haberse puesto un jersey grueso, porque hacía frío detrás del cobertizo. Se había enfundado unas medias debajo de la falda también; no resultaba muy bonito, pero el otoño se había convertido en invierno de repente y no podía presentarse con aspecto de estar congelada.

«A las cuatro detrás del cobertizo».

Pero ya eran las cinco y todavía no había llegado. Metió las manos en las mangas del jersey de lana y deseó haberse puesto un gorro. Normalmente no solía preocuparse por cómo llevaba el pelo, pero hoy le había parecido importante, así que había dejado el gorro en la habitación.

Una hora tarde.

No resultaba muy apropiado. No era exactamente el comportamiento de un caballero. Pensó un poco en su padre, para pasar el rato. Había recibido un e-mail de él hacía poco. Había estado en el sur, con unos amigos. No ponía nada sobre el tema en el e-mail, claro, pero ella sabía perfectamente qué clase de viaje era. Habían ido a beber; a veces lo hacían, él y sus amigos: compraban billetes para ir a España cuando alguno de ellos había recibido una ayuda social, o cuando había ganado en las carreras de caballos, y luego se quedaban allí hasta que se terminaba el dinero. Era más barato beber allí. El precio del billete se rentabilizaba en tan solo unas semanas. Ella lo había aprendido de pequeña.

Durante las breves temporadas que le habían dado permiso para vivir con él en Fredrikstad, a menudo les había escuchado a través de la pared. No había muchas broncas, se limitaban a hablar mientras bebían, algunas veces ponían música, otras jugaban a las cartas. A veces oía cómo se rompía un vaso, o el ruido de alguien que se caía en el pasillo camino del baño, pero nunca la molestaban. Su padre lo había dejado muy claro. El que entre en la habitación de Isabella no vuelve a pisar esta casa. Por las mañanas ella solía recoger, si no había gente durmiendo en el sofá o en el suelo del salón, porque entonces solía quedarse en la habitación o tal vez salía a dar un paseo. Pero, si no había nadie, ella recogía, quería que la casa estuviera ordenada cuando él se despertaba. Un caballero. Era importante serlo. Hablaban mucho sobre ello a través de la pared. Había que sujetar las puertas a las damas. Tratar bien a la gente. Ser puntual. Ese tipo de cosas.

Este de aquí no era muy puntual.

A las siete Isabella ya no aguantaba más. Simplemente hacía demasiado frío. Tenía las orejas rojas y le costaba mover los dedos. Además, estaba un poco molesta. ¿Por qué había escrito que quería quedar con ella en secreto? ¿Si luego no venía? Ella ya sabía que se encontraba en el huerto. Lo había visto.

Cuanto más pensaba en ello, más se enfadaba. ¿Por qué iba a tener que estar aquí, pasando frío? No podía más.

Se levantó del tocón en el que había estado sentada y caminó con pasos decididos a través del bosque. La noche ya era cerrada y parecía incluso un poco lúgubre, pero enseguida vio las luces del patio ahí delante y todo fue más fácil.

Iba a decírselo, vaya si lo iba a hacer.

Isabella Jung podría tener solo quince años, pero estaba ya muy curtida y era más dura que la mayoría de los chicos que había conocido. No, en serio, esto no estaba bien. No iba a dejar que nadie la tratase así.

Justo cuando Isabella entraba en el patio iluminado, vio cómo Paulus bajaba apresuradamente desde el edificio principal.

«Justo a tiempo».

El chico de los rizos morenos se puso una cazadora de plumas y vino caminando hacia ella.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Isabella con dureza y lo paró.

—¿Cómo? —contestó Paulus, confuso.

—¿Por qué no has venido?

—¿Eh? —Paulus negó con la cabeza—. Oye, no tengo tiempo para esto —dijo, tratando de esquivarla, pero Isabella lo agarró.

—¿Qué haces, Isabella?

—Esto —replicó Isabella, y sacó la nota del bolsillo.

¿Quieres quedar conmigo? En secreto.
¿Solo tú y yo?
¿A las cuatro detrás del cobertizo?
¿Eres mi elegida?

—¿Escribes esto y luego no vienes? ¿Tenías pensado hacerlo siquiera? ¿O me estás tomando el pelo, sin más? ¿Esa es la clase de persona que eres?

—¿Qué? —exclamó Paulus, y parecía estar aún más confuso, si eso era posible.

—¿Acaso no me dejaste esta nota? —insistió Isabella, poniéndole la nota en la cara mientras le agarraba con fuerza del plumífero.

—Pues no —dijo Paulus—. Para nada. ¿Quién crees que soy?

Cuando la miró de nuevo, Isabella fue dándose cuenta poco a poco. La nota no era de él. La habían engañado. Notó cómo le subía el calor por las mejillas, cómo se sonrojaba, y lo soltó rápidamente.

—Lo siento —se disculpó—. Yo solo…

—Oye, no tengo tiempo para esto —le cortó Paulus, y parecía que ni entendía ni le importaba lo que le estaba diciendo.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Isabella.

—Han detenido a Helene.

—¿Qué?

—Y a Henrik, su hermano.

—¿Cómo? ¿Y eso por qué?

—Por el asesinato de Camilla Green —balbuceó, mirándola con semblante serio.

—Pero…

—Lo siento, tengo bastante prisa —murmuró Paulus antes de seguir, apresuradamente.

Dejó a la chica de quince años sola en el patio.

66

Helene Eriksen tenía la cara totalmente blanca y estaba tan aturdida que se sobresaltó cuando entraron Mia y Holger en la sala de interrogatorios.

—No ha hecho nada. Tenéis que creerme —suplicó, levantándose de la silla.

—Hola, Helene —dijo Mia—. Será mejor que vuelvas a sentarte porque estaremos aquí un buen rato.

—¿Cómo…? Bueno, tenéis que creerme. ¿Holger?

La dueña del Huerto de Hurumlandet, normalmente tan serena, había perdido la compostura y miró a Munch con una expresión casi desesperada en los ojos antes de hundirse de nuevo en la silla, desprovista de fuerzas. Se cubrió la cara con las manos.

—Las cosas no pintan bien para ninguno de vosotros —dijo Munch, sentándose al lado de Mia.

—¿Para mí? —replicó Helene, atemorizada—. ¡Si yo no he hecho nada!

—¿Pero crees que él sí? —preguntó Mia.

—¿Qué? No, Henrik no ha hecho nada. Por Dios, es más bueno que el pan, nunca haría daño a nadie. Me da igual lo que la gente haya podido contar, tenéis que creerme.

—¿Y qué es lo que la gente nos ha podido contar? —dijo Mia con tranquilidad.

Miró a Munch y después dirigió la mirada a la grabadora que estaba en un extremo de la mesa, pero Munch negó discretamente con la cabeza.

—¿Dónde está? —dijo Helene, desesperada.

—¿Quién?

—Henrik.

—Tu hermano está en la habitación de al lado, esperando a su abogado.

—No necesita ningún abogado —replicó Helene—. Ya os he dicho que no ha hecho nada.

—Sí que necesita un abogado —continuó Munch, con voz tranquila—. Se lo hemos recomendado, porque dentro de unas horas le acusaremos formalmente del asesinato de Camilla Green. Entrará en prisión preventiva esta noche.

—Verás, estamos bastante seguros —añadió Mia.

Miró a Munch otra vez y, después, a la grabadora, pero Munch negó con la cabeza.

—No, no, no. Tenéis que creerme. No ha hecho nada.

Helene Eriksen ya estaba a punto de llorar.

—Me da igual lo que la gente os haya podido contar. Tenéis que escucharme, os lo ruego. Y además no se encontraba en casa. Estaba…

—¿Y qué crees que la gente nos ha contado? —la interrumpió Mia.

La mujer rubia se quedó callada un momento, antes de seguir.

—Lo de las plumas —musitó—. Es increíble cómo la gente cotillea a veces… ¿No pueden ocuparse de sus propios asuntos? Me cabrea tanto que…

—¿Podrías matar a alguien?

—¿Qué? —exclamó Eriksen, mirando a Mia—. No, por supuesto que no, solo decía que…

—¿Estabas con él? ¿O te limitaste a encubrirlo? —intervino Munch.

—¿Qué?

—No deja de ser tu hermano —dijo Mia—. Quiero decir, es totalmente comprensible. Tenéis una relación muy cercana, ¿verdad? Después de todo lo que habéis vivido juntos.

—No, ya está bien… —balbució Helene Eriksen—. Ahora parece que lo he ayudado.

—¿Entonces lo hizo por su cuenta?

—A ver, Henrik no ha hecho nada. ¿No me estáis escuchando?

—¿Pero sí sabías que, bueno, cómo decirlo, le gustaba disfrazarse de pájaro?

—Eso fue hace mucho tiempo. Cómo odio las ciudades pequeñas y todo el cotilleo que hay. A veces me canso tanto. Solo intento ayudar a los demás y así es como me lo pagan…

—¿Entonces lo ha dejado?

—¿El qué?

—Eso de disfrazarse de pájaro —continuó Mia.

—Sí, por Dios, ya os he dicho que…

—¿Hace cuánto tiempo?

—Hace años, quiero decir, no ha pasado desde…

—¿Entonces reconoces que le gustaba disfrazarse de pájaro? —preguntó Munch.

—Sí, pero aquello fue hace tiempo. Ya lo he dicho.

Munch se dio cuenta de que la mirada de Mia había recuperado el brillo.

—¿Fue antes o después de que os sacaran de Australia y os trajeran a casa?

Helene Eriksen se calló un rato, como si tuviera que regresar en el tiempo dentro de su cabeza, a una época que prefería olvidar.

—No lo dejó nada más volver —contestó lentamente—. Necesitaba ayuda, ¿os dais cuenta? Le hicieron daño. No era culpa suya. El hecho de que unos puñeteros locos nos mantuvieran encerrados ahí abajo, haciéndonos creer todo tipo de cosas y castigándonos por cualquier motivo no lo convierte en un criminal, ¿verdad? Estoy orgullosa de él. Eso sí que os lo puedo decir.

Helene Eriksen se incorporó un poco en la silla y, por un momento, volvió a aflorar la mujer que habían visto por primera vez en la residencia.

—Después de todo lo que ha vivido, ahora está bien. Sí, estoy orgullosa de él. Pocos habrían superado lo de mi hermano. Es la mejor persona que conozco. Haría cualquier cosa por él.

—De hecho, lo hiciste, ¿no?

—¿Qué?

—¿Cuándo te diste cuenta de que fue él quien asesinó a Camilla? —preguntó Munch.

—¿Qué? —balbució Helene—. ¿No habéis oído lo que acabo de decir?

—No, Holger —intervino Mia, mirando a Munch—. Esa no era la pregunta que tenías que hacer.

—Ah, ¿no? —replicó Munch y volvió a mirar a Mia Krüger, apartando la mirada de Eriksen.

—Ibas a preguntarle cuándo sospechó por primera vez que su hermano podía haberlo hecho —afirmó Mia.

—Ah, sí, lo siento, me he equivocado. —Munch sonrió y se giró hacia Helene otra vez—. ¿Cuándo comenzaste a sospechar que fue Henrik quien mató a Camilla Green?

—No, no lo sé —contestó la mujer rubia y repiqueteó nerviosamente con los dedos contra el tablero de la mesa—. ¿Quieres decir, bueno, la primera vez que pensé que…, bueno, que…?

—La primera vez que se te ocurrió que pudo haber sido Henrik, sí —dijo Munch con cuidado.

—Bueno, salió aquella fotografía en el periódico, claro. Entonces vi que el claro del bosque estaba cubierto de plumas —dijo Helene Eriksen, con una voz un poco insegura, y miró a los dos —. Bueno, ya sabéis. El lugar donde encontraron a Camilla.

—¿Era porque no lo dejó enseguida? En fin, cuando volvisteis de Australia —preguntó Mia con tono amable.

—¿Qué quieres decir?

—No dejó de disfrazarse de pájaro —intervino Munch.

Helene Eriksen los miró.

—Este tipo de cosas no terminan enseguida —contestó en voz baja—. ¿Sois conscientes de cómo nos trataron? ¿De lo que tuvo que vivir Henrik? Lo encerraron en una bodega. Y no solamente una vez, sino varias. Éramos casi como unos conejillos de indias. Quiero decir, por Dios, cuando llegamos allí yo tenía tres años y Henrik cinco. ¿Sabéis lo que hemos tenido que soportar? Pensábamos que era verdad, ¿lo entendéis? ¿Es extraño que eso te afecte? ¿Es extraño que tuviéramos que encontrar un sitio donde desconectar, dentro de la cabeza?

—¿Entonces no se le pasó enseguida? ¿Siguió haciéndolo? —insistió Munch.

—Sí, pero, por Dios, estoy tan orgullosa de él, ha salido adelante y de qué manera.

—Muy emotivo —dijo Mia Krüger y sacó el sobre que tenía guardado en el bolsillo interior de la cazadora de cuero—. Y, en condiciones normales, me habría compadecido de los dos.

La investigadora abrió el sobre y dejó una fotografía sobre la mesa delante de Helene Eriksen.

«Camilla Green».

«Desnuda en el claro del bosque».

«Con los ojos aterrados, abiertos de par en par».

Mia miró a Munch otra vez y él le hizo una señal para que pusiera en marcha la grabadora.

—Son las 18:25. Presentes en la sala están Holger Munch, el jefe de la unidad de la calle Mariboesgate 13, la investigadora de homicidios Mia Krüger y…

Helene Eriksen tenía la cara casi totalmente blanca cuando entraron, y perdió aún más color cuando sus ojos contemplaron la fotografía que Mia acababa de dejar delante de ella.

—Por favor, di tu nombre, tu fecha de nacimiento y tu dirección actual.

—¿Qué?

—Tu nombre, tu fecha de nacimiento y tu dirección actual —repitió Mia, y señaló la grabadora.

Pasaron unos segundos más y Mia tuvo que decirlo otra vez, antes de que la dueña del centro de jardinería fuera capaz de abrir la boca.

—Helene Eriksen. 25 de julio, 1969. Huerto de Hurumlandet, 3482, Tofte.

Las palabras salieron despacio de los labios blancos, debajo de los ojos que todavía no podían apartarse de la terrible fotografía.

—Tienes derecho a pedir un abogado —continuó Mia—. Y, si no puedes permitírtelo, se te asignará uno…

Estaba a punto de seguir cuando Anette Goli llamó a la puerta y metió la cabeza con un gesto hacia Munch, una señal de que le acompañase fuera.

—¿Qué? —exclamó Munch, después de cerrar la puerta tras de sí.

—Tenemos un problema —explicó Anette Goli—. Ha venido su abogado.

—¿Y qué?

—No se encontraba en el país.

—¿Qué quieres decir?

Munch frunció las cejas.

—Henrik Eriksen. No estaba aquí.

—¿Qué quieres decir con aquí? —repitió Munch.

—Tiene una casa de campo en Italia —dijo Goli—. Va todos los veranos.

—No te sigo.

—Henrik Eriksen. No estaba en casa cuando sucedió.

—¿Cómo? —dijo Munch.

—¿Y qué hacemos? —preguntó la abogada.

—Kim y tú —dijo Munch, después de un momento de reflexión.

—¿Qué?

—Interrogatorio reglamentario. Sacad todo lo que podáis de él. Nos vemos aquí otra vez en, digamos, veinte minutos.

—De acuerdo —respondió Anette Goli rápidamente cuando Munch abrió la puerta y volvió a entrar en la sala de interrogatorios.

67

Gabriel Mørk estaba en su despacho de la calle Mariboesgate, sin saber muy bien de qué humor se encontraba. Mia le había enviado varios mensajes con disculpas, pero aun así. ¿De verdad habían pensado que él tenía algo que ver con esto?

—¿Gabriel? —se oyó una voz junto a la puerta, interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Sí?

—¿Tienes unos minutos? —preguntó Ludvig Grønlie—. Necesito una cabeza despejada.

—Claro —contestó el joven hacker, siguiendo al veterano policía por los pasillos hasta su despacho.

Estaban casi vacíos desde la mañana. Solo Ylva, con su chicle, permanecían delante de la pantalla, los otros se encontraban en la comisaría de Grønland.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gabriel, colocándose detrás de la silla de oficina de Grønlie cuando este se sentó.

—Un vídeo que me han enviado —respondió Ludvig.

—¿Sí?

—Viene del Museo de Ciencias Naturales. ¿Te han informado o no?

—¿De qué? —replicó Gabriel.

—Parece que no —concluyó Grønlie con una sonrisa.

El veterano investigador pinchó dos veces en un documento del escritorio y apareció un vídeo en blanco y negro en la pantalla.

—¿Qué estamos viendo? —preguntó Gabriel con curiosidad.

—¿Entonces no te han dicho nada sobre esto? —insistió Grønlie, girándose hacia él.

—No —contestó Gabriel.

El vídeo de la pantalla mostraba a un grupo de personas que entraban en algo que podría ser una galería o un museo.

—Mia es la leche, siempre va por libre —observó Ludvig.

—¿Qué estamos viendo?

—El jardín botánico de Tøyen. El Huerto de Hurumlandet se encuentra de visita. Están en el Museo de Ciencias Naturales.

—¿Y bien? —dijo Gabriel.

La imagen del vídeo era inestable y borrosa. Al parecer se trataba de una grabación de una cámara de seguridad. Un grupo de personas se encontraba con un hombre de pelo blanco revuelto que les enseñaba el camino por unas escaleras.

—Hasta aquí todo normal —afirmó Ludvig, sin apartar la mirada del vídeo—. Y aquí también.

Gabriel miró la pantalla con curiosidad.

—Pero, luego, de repente…, bueno, ¿qué piensas tú? Mira esto.

Grønlie se giró hacia él mientras el grupo entraba en una sala con diferentes vitrinas llenas de animales.

—¿No te parece un poco extraño?

—¿El qué? —preguntó Gabriel.

—Voy a retroceder un poco —comentó Ludvig, moviendo el cursor por la pantalla—. Mira. —Pulsó el botón de pausa—. ¿Lo ves?

Gabriel miró la imagen pero negó con la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—Voy a imprimirlo —dijo el veterano investigador y pulsó un botón del teclado.

Gabriel siguió a Grønlie, pasando por la impresora y continuando hasta la sala de reuniones.

Ludvig colgó la imagen que acababa de imprimir junto a las otras que ya estaban en la pared.

—Aquí se encuentran casi todos, ¿verdad? —Grønlie se giró hacia él y señaló otra imagen—. Esta es Helene Eriksen. Este es Paulus Monsen. Esta es Isabella Jung.

Mørk siguió el dedo que apuntaba a la imagen y asintió.

—¿Pero quién cojones es este?

Ludvig señaló una de las caras de la imagen. Era una cara que Gabriel no había visto nunca. Un joven con gafas redondas que llevaba una camisa y que, a diferencia de los demás, no miraba hacia las vitrinas de los animales, sino que mantenía la mirada fija en la cámara.

—Nadie que tengamos en nuestra lista, por lo que puedo ver —afirmó Gabriel.

—Ya, es extraño, ¿verdad? —replicó Grønlie—. Mira esto, aquí están todos, como puedes comprobar: los profesores, Eriksen, Monsen, las chicas, pero ¿este chico?

Gabriel miró al tablero que Ludvig había colgado en la pared, repasando los residentes y los profesores, pero no encontró esta nueva cara en ningún sitio.

—¿Y por qué mira directamente a la cámara?

—Es muy raro —admitió Gabriel.

—¿Verdad que sí? ¿Una excursión escolar? Todo el mundo mira los animales, por muy aburrido que eso sea, pero este tío dirige su mirada a la cámara, como si…

—Como si quisiera comprobar dónde está —continuó Gabriel.

—Nací ya suspicaz, es posible, pero, bueno, por eso necesitaba una cabeza como la tuya. ¿Esto es algo que podamos usar?

Gabriel se quedó mirando la imagen de la pared. Los ojos detrás de las gafas que lo estaban mirando, con una expresión casi sorprendida, mientras el resto del grupo miraba los animales que el guía del pelo blanco señalaba.

—Vaya —dijo, sin poder apartar los ojos del joven de la camisa.

—No lo tenemos en la pared, ¿verdad? Quiero decir, ¿no está aquí?

Grønlie hizo un gesto hacia las fotografías que mostraban todas las caras del Huerto de Hurumlandet.

—En absoluto —contestó Gabriel.

—¿Entonces no me he perdido nada? ¿No estoy demasiado cascado para enterarme?

Ludvig ya estaba sonriendo.

—¿Por qué miraba a la cámara…? —preguntó Gabriel.

—¿… si no quería comprobar si había una cámara allí? —continuó Grønlie.

—¿Tiene que ver con el robo de los búhos?

—¿No lo crees tú? —replicó el veterano investigador.

—Sin lugar a dudas —contestó Gabriel, que se había quedado casi hipnotizado por esa cara desconocida que lo miraba fijamente.

Un chico con una camisa clara y gafas redondas.

—¿Puede haber algo ahí? ¿O me equivoco?

—Claro que hay algo —respondió el joven hacker—. Claro que hay algo, Ludvig.

—Voy a llamar a Mia —dijo Grønlie, y salió corriendo de la habitación en busca del móvil.

68

El niño pensaba que el nuevo sitio era extraño y le costó un poco acostumbrarse a todas las cosas nuevas, pero con el tiempo fue más fácil. Aquí no tenían tantos libros, pero las paredes eran más gruesas y no se oía a nadie hablar sobre él por las noches. Además, la que mandaba en el lugar también era bastante simpática. Helene. No lo miraba raro, tal y como habían hecho los del otro sitio. Lo trataba igual que a los otros adolescentes que vivían allí, porque no había niños, pero eso daba igual. En cualquier caso prefería estar solo.

Había otras siete personas en el lugar, pero solo un chico, Mats, y Mats le caía bien. La verdad era que Mats le recordaba un poco a su madre, siempre hablaba de lo mal que estaba el mundo y de lo retorcida que era la mente de la gente. A Mats también le gustaba maquillarse, no como a su madre, pero sí con negro alrededor de los ojos, y se pintaba las uñas de negro, en realidad a Mats le gustaba cualquier cosa que fuera negra. Solo tenía ropa de color negro y en las paredes solo había pósters de grupos musicales, que también llevaban ropa negra, y las caras pintadas de blanco, y pulseras con tachuelas. «Metal». Eso era lo que tocaban esos grupos. El niño no hablaba mucho, sobre todo escuchaba, mientras Mats ponía música en su habitación, señalando y explicando. Había muchos tipos de metal diferentes. Había *speed metal* y *death metal*, y lo que más le fascinaba, *black metal*. La música le traía sin cuidado, quizá aullaban demasiado, pero las historias de Mats le gustaban, especialmente las de *black metal.* Iban de grupos que sacrificaban cabras y crucificaban a personas desnudas en el escenario, y los textos versaban sobre Satanás y la muerte.

Después de un año en el lugar, el niño comenzó a sentir que aquella era su casa. No era como cuando había estado con su madre, claro está, pero, aun así, el sitio era mejor que los otros. El Huerto de Hurumlandet. Había invernaderos allí y aprendió cómo plantar y cuidar de plantas y flores. También le agradaban las clases normales, y, aunque él era más joven que los otros, era mucho mejor que ellos. De hecho, a veces los profesores se acercaban a hablar con él después de las clases.

«¿Ya has terminado todo esto?».

«Creo que vamos a tener que traerte algunos libros nuevos».

Le interesaban todas las asignaturas. Inglés, noruego, matemáticas, ciencias sociales, geografía… Cada vez que abría un libro nuevo era como encontrarse con un mundo nuevo y nunca era bastante. Al niño le gustaba sobre todo Rolf, uno de los profesores del lugar, el que más le felicitaba. Le asignaba deberes especiales solo a él. Siempre sonreía cuando el niño resolvía los problemas. Fue Rolf el que le consiguió un ordenador propio, no todo el mundo lo tenía, y por un tiempo apenas podía dormir, no le hacía falta porque tenía muchas cosas que aprender. No le importaba pasar las noches enteras rodeado de todos los libros, delante del

ordenador, y siempre tenía muchas ganas de que le pusieran tareas nuevas.

Pero sobre todo le apetecía estar con Mats. Intentaba evitar a las chicas todo lo que podía. Porque eran tal y como su madre le había dicho, sonreían por fuera, pero no eran sinceras y estaban podridas por dentro, así que era mejor mantener las distancias. A Mats tampoco le gustaban las chicas. En realidad, no había nada que a Mats le gustara, aparte del metal, claro, y tampoco leer libros, a no ser que tratasen sobre cosas parecidas, rituales y sangre y Satanás, y cómo hacer que la gente resucitara de los muertos.

—Helene es tonta —le dijo Mats una noche, cuando se encontraban en su habitación. El pequeño niño no estaba del todo de acuerdo.

Le parecía que Helene era una de las mejores personas que había conocido desde que fueron a buscarlo, pero no comentó nada. No quería discutir con Mats, por miedo a que no le dejara entrar en su habitación más veces.

—Pero su hermano es divertido.

—¿Henrik? ¿El de la tienda?

—Sí —contestó Mats, con una sonrisa.

—¿Por qué es divertido?

—¿Sabías que antes estaban metidos en una secta?

—No —respondió el niño, aunque no sabía muy bien lo que era una secta, pero la amplia sonrisa de Mats no desaparecía, así que suponía que era algo bueno.

—En Australia —continuó Mats—. Cuando eran pequeños. Era una secta que se llamaba La Familia. Hacían experimentos con niños y cosas así. Les hacían creer que una mujer que se llamaba Ann era la madre de todos ellos. Tenían que llevar la misma ropa y el mismo corte de pelo. Les metían todo tipo de medicamentos, Anatensol, Haloperidol, Tofranil. Incluso LSD. ¿Te lo imaginas? Los niños tenían que colocarse con LSD, estando encerrados en pequeñas habitaciones oscuras, solos.

El niño que ya casi era adolescente no había oído hablar de esos nombres, pero Mats sabía mucho sobre los medicamentos, tenía pastillas que debía tomar todos los días, y, aunque no siempre lo hacía, era un experto, sin lugar a dudas.

—Flipaban, terminaban con la cabeza destrozada —dijo Mats con una sonrisa—. Sobre todo el hermano. Henrik. Él acabó creyendo que era un búho.

—¿Un búho?

—El pájaro de la muerte.

El niño que ya casi era adolescente escuchaba fascinado la historia de Mats. De cómo Henrik, el hermano que tenía la tienda de alimentación, que en realidad parecía un hombre totalmente normal, se había pegado plumas en todo el cuerpo y realizaba rituales en un cobertizo que estaba cerca de la valla, sacrificando pájaros y haciendo que la gente resucitase de entre los muertos.

—Ya hace mucho de eso, pero es verdad —sonrió Mats—. Ahora parece que se ha vuelto normal, pero por un tiempo estaba totalmente jodido. Igual que tú.

—¿Igual que yo?

No comprendió lo que Mats había querido decir.

—Eso, igual que tú. Quiero decir, toda la vida encerrado con tu madre en una casa sin tener contacto con nadie. ¿Viviendo con una vieja tan retorcida? Joder, tú y yo somos parecidos. Tienes pinta de imbécil, pero dentro de tu cabeza eres un tipo retorcido y eso me gusta. Que se joda la gente vulgar. Un búho, manda huevos. Pegarse plumas por todo el cuerpo, no me digas que eso no es divertido.

El niño no había sentido gran cosa, aquella vez en el cenagal, después de que Mats le enseñara cómo se resucitaba a la gente. Habían ido a recoger un pajarito de un nido y Mats lo había estrangulado con un cordón, y después lo habían colocado en un pentagrama de velas, mientras Mats leía en alto, recitando palabras extrañas de uno de sus libros.

No había sentido gran cosa cuando lo mató. Lo hizo con un cuchillo que había robado de la cocina. Sobre todo había sentido curiosidad, por la manera en que los ojos pintados de negro lo miraban mientras la sangre se desparramaba sobre el fango oscuro a su alrededor.

Mats había intentado decir algo, pero no había podido hablar, solo mirarlo fijamente con esos ojos grandes, hasta que al final dejó de moverse.

—No hay que hablar así de mamá.

Sin sentimientos. Solo un poco de curiosidad. El aliento que de repente dejó de salir de su boca. Los ojos que no se cerraban, aun cuando estaba muerto. La muerte. En realidad resultaba un poco decepcionante.

Pero el pájaro, no, eso no le gustaba.

Lo había llevado con cuidado por el bosque, después de empujar a Mats al agujero en el cenagal, viendo cómo el cuerpo desaparecía en el fango oscuro, y luego había enterrado al pájaro en un lugar bonito, donde había algunas flores y la luz del sol se filtraba a través de los árboles. Había fabricado una cruz con ramitas, no una cruz invertida como las que había en los pósters en la habitación de Mats, sino una cruz normal, como las de los cementerios. Y, más tarde, aquella misma noche, cuando se metió entre las sábanas de la cama para dormir, se sintió un poco decepcionado. Porque no había funcionado.

Tuvo la misma sensación unos años más tarde, cuando ya era adolescente y los profesores seguían felicitándole por su trabajo. Rolf ya no se encontraba allí, pero había otros, y seguían dándole libros que los otros adolescentes ni siquiera eran capaces de leer. Ahora tenía una moto y podía ir a donde le diera la gana. Naturalmente, había vuelto a su casa. A la casa de su madre. Olía mal ahí dentro, los cristales de las ventanas estaban rotos y parecía que habían entrado animales, así que había empezado a recoger. Cuando no se hallaba en clase o tenía que plantar, salía con la moto, y después de unos meses la casa casi había recuperado su aspecto anterior.

La misma sensación. Igual que aquella vez con el pájaro. Primero había pensado que el animal podía ser demasiado pequeño, así que había encontrado un gato. Lo había hecho de la misma manera que con Mats, con las velas y las mismas palabras, pero el gato tampoco volvió a la vida. Entonces lo había intentado con un perro, pero tampoco funcionó.

El búho. El pájaro de la muerte.

Había ido a una tienda a comprar cola, y había cogido unas plumas de una granja cercana, de las jaulas de las gallinas, donde solían comprar huevos. Se había untado de cola. Había conseguido que las plumas se pegasen bien a la piel, y colocó las patas del perro tal y como Mats había indicado, siguiendo los dibujos de los libros, apuntando hacia las puntas correctas del pentagrama, pero no había funcionado.

Aquella noche, después de lo del perro, se sintió mal. Se encontraba en la cama sin poder dormir. El perro tenía unos ojos bonitos. Igual que el gato. Se quedó mirando el techo y tomó la decisión. No debía hacerlo con los animales. Era tal y como le había dicho su madre. Eran los humanos los que estaban podridos. A los animales no les pasaba nada. Vivían en la naturaleza, sin más. Había que cuidar a los animales. No habían hecho nada malo a nadie.

«Tendría que ser una persona».

Para que pudiera funcionar.

«Un reflejo».
«De mamá».

69

Miriam Munch estaba frente al piso de la calle Oscarsgate de Frogner, con la sensación de no saber muy bien quién era. Al principio había sido una adolescente rebelde sin un duro que había luchado con sus amigos en las manifestaciones contra la policía a caballo. Después se había convertido en la esposa de un médico con un piso en el mejor barrio de Oslo, con un portal con videovigilancia, vistas a la embajada alemana desde la terraza y el dinero suficiente como para poder comprar prácticamente todo lo que le apeteciera. ¿Y ahora? Dio una calada nerviosa al cigarrillo y notó un leve cosquilleo en la tripa.

Ropa negra. Un pasamontañas y todo lo necesario en la mochila que llevaba en la espalda. Ya casi lo había olvidado, pero en el piso de Ziggy no había tardado mucho en volver a recordar cómo eran las acciones contra las autoridades y cómo se llevaban a cabo.

Viva. Así se sentía. Viva y, además, parte de algo importante. Hacía tiempo que no le pasaba. ¿Y como madre? Naturalmente, la seguridad en Frogner era maravillosa, saber que Marion podía jugar tranquilamente en el patio, sin tener que toparse con agujas de jeringuillas o ser víctima de robos en el camino al colegio, pero ¿como persona independiente?

¿Como ella misma?

Hacía tiempo que no se sentía tan bien.

Miriam reprimió el impulso de encender otro cigarrillo y miró por la calle en busca del coche que vendría enseguida.

¿Tenía alguna coartada creíble?

«Sí».

Ya había hablado con Julie.

«Lo había dejado con algún novio».

«Necesitaba ayuda».

Sin problemas.

Al final, Miriam encendió otro cigarrillo y le dio tiempo a fumárselo casi entero antes de que el coche que había estado esperando apareciera por la esquina y parase delante de ella.

Tiró la colilla y se sentó en el coche con una sonrisa.

—¿Todo bien? —preguntó Jacob.

—Sí, claro —replicó Miriam—. ¿Dónde está Ziggy?

—Fue con Geir, se han marchado hace un cuarto de hora.

—Vale —dijo Miriam, y asintió.

—¿Hacemos esto, entonces? ¿Seguro?

—Sí, tengo ganas —contestó Miriam con una sonrisa, poniéndose el cinturón de seguridad mientras el chico de las gafas redondas metía la marcha, bajaba por la calle Uranienborgveien y

ponía rumbo a Hurumlandet.

70

Mia Krüger metió la taza de plástico blanco en la cafetera automática, pulsó el botón y se quedó mirando mientras lo que supuestamente era café salía chorreando de la máquina, claramente anticuada. Negó con la cabeza pero no podía hacer nada, esto era lo más cerca que podía llegar. Se llevó la taza caliente en la mano, atravesó el pasillo de nuevo, y entró en la pequeña habitación donde Anette Goli y Kim estaban sentados junto a Munch, cuya mirada era inusualmente oscura.

—Bueno —dijo Munch—. ¿Anette?

Mia se llevó la taza a la boca y se tomó un sorbo, pero tuvo que volver a dejarlo sobre la mesa. El sabor del café era incluso peor que su aspecto.

—Bueno, lo que os he comentado —replicó Goli, mirando a Kim Kolsø.

—Henrik Eriksen no se encontraba aquí —afirmó Kim Kolsø.

—¿Cómo? —exclamó Mia.

—Este verano. Cuando desapareció la chica.

Mia miró a Munch.

—Tiene una casa en la Toscana —continuó Anette Goli—. Pasa tres meses allí cada verano, no estaba en el país.

Mia volvió a mirar a Munch, quien se encogió de hombros levemente.

—Así que no tenemos nada contra él —dijo Kim—. No se encontraba aquí cuando pasó. Quiero decir…

—A ver, joder —interrumpió Mia—. Este hombre se cubre el cuerpo de plumas, pensando que es un pájaro.

Echó una mirada a Munch, que se limitó a encogerse de hombros y a llevarse la mano a la sien otra vez.

—El abogado dice que puede aportar testigos que confirmarán que pasó todo el verano allí —continuó Goli.

—No me lo creo —objetó Mia.

—No estaba en el país. No tenemos nada contra él.

—¿Pero si ya lo ha confirmado Helene Eriksen? Quiero decir, lo de las plumas. Su enfermedad mental. Que quería ser un búho. Vamos, chicos, no entiendo por qué no…

—No estaba en el país —confirmó Anette.

—La Toscana —repitió Kim Kolsø, asintiendo.

—Ya, joder, pero ¿no ha podido volver a escondidas?

—No, lo siento —respondió Anette—. Estuvo allí todo el tiempo.

—¿Cómo podemos saberlo? —preguntó Mia.

Anette pasó una hoja a Munch sobre la mesa. El corpulento investigador la miró y asintió.

—¿Qué? —gritó Mia.

—La lista de llamadas de su móvil. —Munch suspiró y devolvió la hoja.

—No es él —insistió Kim Kolsø.

—Joder, Holger —exclamó Mia, sin mirar la hoja que habían empujado hacia ella—. ¿Las plumas? ¿De un búho? Si ya lo ha confesado…

Munch permanecía de pie con las manos contra las sienes, callado.

—Ya ha confesado que estaba mal de la cabeza. Vamos, Holger.

—¿Estáis seguros? —preguntó Munch al final.

—Al cien por cien —afirmó Goli.

—No estaba aquí —aseguró Kim.

Mia sintió cómo la decepción se apoderaba de ella y volvió a escuchar el zumbido del bolsillo, tal y como venía sucediendo un centenar de veces a lo largo de la última hora. Esta vez sacó el teléfono y lo miró.

—Entonces, ¿qué hacemos? Habrá que soltarles, ¿no?

Un montón de llamadas perdidas de Ludvig Grønlie. Y un MMS con una imagen.

«¿Por qué no coges el teléfono?».

«¿Quién es este chico?».

«¿Ves la mirada?».

«¿Dirigida a la cámara?».

—Sí, no nos queda otra —admitió Anette Goli, asintiendo—. Podríamos retener a Helene Eriksen porque pensaba que su hermano podría haber sido el autor del crimen, pero, bueno, no por mucho tiempo, ¿verdad?

—Vale —zanjó Munch—. Los soltamos.

Una fotografía de una clase escolar. Un lugar en donde ella había estado. El Museo de Ciencias Naturales. Todas las miradas dirigidas al guía o hacia los animales de las vitrinas. A excepción de una persona. Un chico joven con gafas redondas y una camisa blanca. Una mirada curiosa dirigida hacia la lente de la cámara de vigilancia.

—¿Lo dejamos, entonces?

—Podemos retenerlos hasta mañana si queremos —contestó Goli.

—Necesito unos minutos con Helene Eriksen —dijo Mia.

—¿Por qué? —gritó Munch.

—Quiero saber quién es este.

Pasó el teléfono a Munch, quien cerró los ojos con fuerza y se volvió a llevar las manos a la cabeza.

—¿Qué estoy viendo?

—Una foto de la cámara de vigilancia del Museo de Ciencias Naturales.

—Vale —se decidió Munch—. Los retenemos hasta mañana.

—¿Holger? —dijo Anette Goli—. ¿Estás bien?

—¿Qué? Sí, sí, claro. Solo necesito un poco de…, un poco de agua me vendría bien —murmuró Munch, y salió de la habitación.

Los tres investigadores se miraron.

—¿Está malo? —preguntó Anette.

Kim Kolsø se encogió de hombros mientras Mia salía al pasillo y volvía a la sala de interrogatorios, donde Helene Eriksen estaba agachada sobre la mesa con la cabeza apoyada en

las manos.

—¿Quién es este? —soltó Mia, y dejó el teléfono sobre la mesa delante de ella.

—¿Qué? —murmuró Helene.

—Este chico —continuó Mia, señalando la fotografía que Ludvig le había enviado.

Helene Eriksen parecía totalmente ida, como si ni siquiera entendiese lo que Mia acababa de preguntar.

—¿Quién?

—Este chico, en esta foto. ¿Quién es?

Helene Eriksen levantó el teléfono de la mesa lentamente y se quedó mirándolo, confusa, como si no comprendiera lo que veía.

—Estuvisteis en una visita escolar, ¿verdad? ¿El Museo de Ciencias Naturales? ¿En agosto?

—¿De dónde has sacado esto? —murmuró Helene.

—¿Estuvisteis allí?

—Sí, pero…

—¿Quién es este chico?

Helene frunció las cejas y miró a Mia, para después dirigir la mirada a la fotografía otra vez.

—¿Te refieres a Jacob?

—¿Se llama Jacob? —preguntó Mia.

—Sí —asintió Helene—. Pero…

—¿Por qué estaba él presente en esta salida? No es uno de los residentes, ¿verdad? ¿Y tampoco es uno de los empleados?

—No, o bueno…

—¿Por qué no aparece en alguna de las listas que nos dieron?

—¿A qué te refieres? —contestó Helene Eriksen, que todavía parecía un poco confusa.

—Nos ibas a enviar listas de todos los residentes y empleados, pero este chico no figuraba en ninguna de ellas.

—Jacob vivía con nosotros antes —afirmó la mujer rubia, asintiendo con la cabeza lentamente —. Pero de eso hace ya muchos años.

—¿Y aun así estaba presente en esta salida?

—Sí, sí, viene a menudo a visitarnos. Jacob era el más joven de todos los que han estado con nosotros y uno de los que más tiempo se quedaron. Es prácticamente de la familia. Suele visitarnos, afortunadamente, siempre nos alegramos de verlo, nos ayuda con los ordenadores y esas cosas. No le pagamos ni nada de eso, no es uno de los empleados, pero…

—¿Ordenadores? ¿Se le dan bien esas cosas?

—A Jacob, sí. —Helene Eriksen sonrió levemente—. Es un genio. Un niño superdotado. Es increíble, teniendo en cuenta todo lo que le ha pasado.

—¿Cómo se apellida? —dijo Mia, tratando de no mostrar a Helene Eriksen la excitación que sentía.

—¿Quién, Jacob?

—Sí.

—Marstrander.

—¿Jacob Marstrander? —dijo Mia.

—Sí —asintió Helene, que estaba un poco confusa otra vez—. ¿No pensaréis que…?

71

Las farolas que iluminaban la E18 tenían un halo de belleza. Miriam no sabía muy bien por qué, pero siempre le habían gustado. Un recuerdo infantil, probablemente, del asiento trasero del viejo Volvo de la familia, cuando iban a visitar a los abuelos. El cálido resplandor amarillento de las farolas. Los neumáticos sobre el asfalto. Las voces suaves del asiento delantero. Mamá y papá. La manera que tenían de hacerse bromas, con la radio de fondo. Siempre se picaban un poco: ella quería escuchar jazz; él, música clásica. La seguridad que había sentido entonces y que, de repente, un día, desapareció, pero que ahora volvía a ella y le reconfortaba por dentro.

—¿Quieres más café? —preguntó Jacob, subiéndose las gafas un poco sobre la nariz.

—Me queda algo, así que, de momento, no —contestó Miriam con una sonrisa, tomándose otro sorbo de la taza de metal. Tenían que mantenerse despiertos, a fin de cuentas esto podría durar toda la noche.

—He traído dos termos.

Jacob subió un poco la temperatura de la calefacción.

Seguía haciendo frío ahí fuera. Y eso que todavía estaban en octubre. Pero Miriam seguía sintiendo calor en su interior. Apoyó la nuca en el reposacabezas y volvió a mirar la luz de las farolas. Aquella inocencia infantil, ya casi tenía que sonreír, qué inocente y bonito había sido todo. Su madre, pasando los dedos por el pelo de su padre. Las sonrisas que él le devolvía. La eternidad. Así era la infancia. Cada momento era eterno. Vació la taza de café y sonrió para sí, ahora ya se encontraba un poco adormilada. Pequeños atisbos de los maravillosos viajes por cada farola que pasaban. Había pensado mucho en ello últimamente. Cómo no podía esperar a ser mayor cuando era adolescente. Tomar sus propias decisiones. No tener que seguir las reglas. Ser totalmente libre. Pero ahora deseaba de vez en cuando poder volver. Haberse dado cuenta, por aquel entonces, de lo bien que estaba. Volvió a sonreír y llenó otra taza con café del termo.

—¿No te parece extraño? —dijo Jacob.

—¿El qué? —preguntó Miriam, con los ojos entrecerrados.

—Bueno, pues que, a veces, uno planifica mucho las cosas y luego resulta que, al final, no hacía falta.

El chico de las gafas redondas se giró hacia ella y sonrió, pero la cara era un poco extraña, parecía que Miriam no la podía ver con claridad.

—¿Entiendes lo que quiero decir?

—No, no del todo —contestó Miriam, sonriendo y tomándose otro sorbo del café.

Debía mantenerse despierta, tener la cabeza despejada. Esto les podía llevar tiempo, podrían estar fuera toda la noche, pero ya estaba medio dormida. Esto no le convenía. Bebió un poco más y Jacob se giró hacia ella con otra sonrisa.

—Por ejemplo, esto del café —continuó Jacob—. Tenía Coca-Cola, Farris, agua mineral…, por si no querías tomar café, ¿sabes?

Miriam Munch no entendía de qué hablaba. Volvió a apoyar la cabeza contra el reposacabezas y miró las farolas de nuevo. Parecían aún más amarillas y cálidas de lo que recordaba. Billie Holiday. Era la cantante que su madre siempre quería escuchar. Sonrió para sí, de repente tuvo que concentrarse para sujetar la taza, parecía que quería deslizarse entre sus dedos.

—Pero, como has dicho que sí al café, todo lo demás ha sobrado un poco.

Jacob sonrió levemente y negó con la cabeza.

—Podía haber dedicado el tiempo a otras cosas, no sé si me entiendes.

Miriam lo miró con ojos adormilados, pero ya no podía verle la cara.

—¿Cuánto falta para… llegar? —murmuró—. ¿Para quedar con los otros?

Parecía que le había costado una eternidad pronunciar la última frase.

—Ah, tendrán que prescindir de nosotros.

—¿Qué… quieres decir?

—Tenemos cosas más importantes que hacer, ¿verdad?

El chico de las gafas redondas se volvió hacia ella y sonrió otra vez, pero Miriam Munch no lo veía. Ya estaba dormida.

72

El suizo de sesenta y dos años Hugo Lang se sentía casi como un niño. Tenía un cosquilleo agradable en el cuerpo, no había tenido una sensación tan fuerte desde la primera vez que vio a la chica anterior en la pantalla.

Los dos juntos. La joven chica del sótano y él. Dos personas solitarias que se habían encontrado. Nunca antes había experimentado una satisfacción tan completa. Estaban hechos el uno para el otro. Había pasado la mano por su pelo cuando dormía. Había sonreído cuando corría en la rueda, se le daba tan bien sacar la comida del agujero, pero, luego, de repente, ya no estaba allí y su ausencia era como un agujero negro dentro de él. Había intentado compensarlo con otras cosas, un invernadero propio con orquídeas exclusivas y colibríes en peligro de extinción, le había costado mucho dinero y los primeros días se había sentido bastante bien, pero enseguida volvió a echarla en falta.

Y ahora estaba aquí otra vez. No era la misma, o sí, casi la misma. Daba igual, ya le gustaba, puede que incluso más que la anterior, ella lo había abandonado, a fin de cuentas.

Hugo Lang sonrió y acercó la silla a la pantalla grande.

Miriam Munch.

Un nombre extraño, eso fue lo primero que había pensado, pero luego se había reído un poco de sí mismo, porque el nombre no importaba. Era su amiga, atrapada ahí abajo solo para él, para que pudiera estar con ella. Para que pudieran estar juntos, juntitos. El primer día le había molestado un poco, porque no hacía casi nada. Solo permanecía ahí. Los dedos que temblaban como hojas de álamo en el extremo de las manos, que abrazaban el esbelto cuerpo. Los ojos que casi nunca se cerraban, ojos aterrados y confusos que no entendían dónde se encontraba. También lloraba. Las lágrimas caían por las bellas mejillas blancas. Y aquel martilleo desesperado en la puerta, o las ventanas, o lo que fueran, y eso no le había gustado mucho. Se había puesto el albornoz, y había un fuego en la chimenea, y tenía una copita de coñac en la mano. Lamentaba que no pudieran disfrutar de todo eso juntos, pero al final se había tranquilizado y ahora todo estaba bien.

Hugo Lang sonrió y pasó una mano por la mejilla de ella en la pantalla. La anterior le había gustado tanto. La chica, un poco más joven, con el tatuaje. En algunos momentos había pensado que no podría haber nada mejor, pero ya tenía la impresión, después de tan solo dos días, de que esta incluso le gustaba más que la anterior. En realidad, resultaba extraño que eso pudiera suceder, pero era lo que sentía.

El primer día no había estado muy espabilada.

No había entendido cómo había que hacer las cosas.

Pero luego había entrado él, el hombre emplumado, en la habitación, y después había hecho lo

que debía.

Correr en la rueda.

Comer lo que salía del agujero.

Hugo Lang se tomó otro sorbo de la copa y acercó la silla de cuero todavía más. Puso la mano sobre la pantalla y la pasó lentamente por el pelo, antes de acercar los labios a la pantalla con cuidado y plantarle un beso.

«No de manera descarada, rebasando los límites de la decencia, no, no».

«Solo un besito en la mejilla».

Se echó hacia atrás en la silla, levantó la copa a modo de brindis y se quedó sentado con una sonrisa en los labios.

73

Holger Munch se tragó las pastillas contra el dolor de cabeza con un sorbo de agua del grifo y se quedó mirándose a sí mismo en el espejo que había sobre el lavabo.

«¿Qué cojones?».

Se lavó la cara con agua fría sin entender de dónde venía ese repentino dolor. Llevaba días yendo y viniendo y no parecía que fuera a remitir. Tal vez el médico tuviera razón, después de todo. No llevaba una vida sana. Debía hacer más deporte. Fumar un poco menos. ¿Sería por eso?

El corpulento investigador se secó la cara con la manga del jersey y se quedó respirando hondo para recuperar el aliento mientras esperaba que las pastillas hicieran efecto. Una pausa de cinco minutos a mitad de la reunión. Los otros lo esperaban ahí dentro. Impacientes. Así habían estado todos desde que salió ese nombre.

«Jacob Marstrander».

Munch había tenido sus dudas al principio, habían dado tantas vueltas con este caso, llevaban tantos sospechosos ya, pero ahora parecía seguro. Ese chico era el que buscaban.

El problema era que Jacob Marstrander había desaparecido de la faz de la tierra. Ya habían pasado tres días y todavía nada. Habían puesto patas arriba su piso de la calle Ullevålsveien, pero no habían encontrado gran cosa. Habían registrado su despacho, una pequeña empresa de una sola persona, JM Consult, donde no había aparecido ninguna pista que pudiera ayudarles a averiguar dónde se encontraba ahora.

«Un hijo de puta enfermo».

Munch metió la boca bajo el chorro y bebió un poco de agua. Por fin parecía que las pastillas empezaban a hacer efecto. Echó un último vistazo al espejo, se pasó la mano por la cara y volvió tranquilamente a la sala de reuniones.

—Vale, ¿dónde estábamos? —preguntó, colocándose en su sitio junto a la pantalla—. ¿Ludvig?

—Todavía no hay nada de los aeropuertos —dijo Grønlie—. Puede haber intentado fugarse en tren o en coche, claro, pero no hemos registrado nada en las fronteras.

—¿Entonces sigue en el país?

—No lo sabemos —respondió Kim Kolsø—. En todo caso, ya hemos avisado a Interpol.

—Bien —afirmó Munch, asintiendo—. ¿Y la foto de Marstrander?

—Esta mañana la hemos enviado a todos los periódicos, era lo que querías, ¿no? —contestó Anette Goli.

—Es lo que hemos acordado entre todos, ¿verdad? —replicó Munch.

—No todos, no —gruñó Curry.

—Vamos, Curry, ya basta —suspiró Goli.

—¿Qué?

—Estábamos todos de acuerdo —añadió Ludvig Grønlie.

—Solo digo que es estúpido —murmuró Curry—. Siempre pasa lo mismo. Sacamos una foto en los medios y nuestras líneas acaban bloqueadas por miles de locos bienintencionados que creen haber visto algo raro merodeando por sus garajes. Quiero decir…

—La última vez que miré era yo el que estaba al mando de esta unidad —dijo Munch con severidad—. Y he dado la orden de publicar una foto de él hoy, ¿no es así?

—Sí, sí —continuó Curry—. Solo decía que…

—Ya está colgada en la red —comentó Ylva, enseñando su teléfono.

—Bien. Espero que saquemos algo de ahí.

Munch sintió cómo el dolor de cabeza volvía poco a poco. Se tomó un sorbo de la botella de agua que había en la mesa.

—Por lo demás, ¿cómo va todo? —Miró a su alrededor en la habitación—. Por cierto, ¿dónde anda Mia hoy? —preguntó, sorprendido.

—Me ha mandado un mensaje. Tenía que hacer algo, luego viene —contestó Grønlie.

—¿El qué?

—No me lo ha dicho.

—Vale —dijo Munch con irritación, y tuvo que concentrarse un poco antes de seguir—. Han pasado tres días y nadie le ha visto el pelo a Jacob Marstrander. Esto no puede ser. Alguien tiene que saber algo, ¿no? Alguien tiene que haberle visto hacer algo. ¿Se ha registrado el paso de su coche fuera de la ciudad?

—No hay nada de los puestos de peaje —dijo Kim.

—¿Y su teléfono?

—Según Telenor, fue usado por última vez en su casa el viernes pasado —contestó Gabriel Mørk—. Después de eso, nada.

—¿Y el ordenador que hemos encontrado en su despacho?

—Está totalmente vacío —añadió Gabriel.

—¿En serio? —Munch suspiró—. ¿Nada?

—¿Hacemos otro intento con los residentes? —preguntó Kim Kolsø—. Estuvimos antes de ayer, pero puede que alguna de las chicas oculte algo.

—Intentémoslo —pidió Munch—. ¿Te haces cargo?

Kim asintió.

—El panfleto que encontramos —dijo Ylva en voz baja.

—¿Sí?

—Paremos la Granja de Løken. El Centro de Protección de Animales.

—¿Sí? ¿Has encontrado algo ahí?

—No, todavía no, pero pasa algo raro…

Munch ya empezaba a impacientarse, conforme el dolor de cabeza se volvía más intenso.

—Míralo otra vez —le pidió lacónicamente—. Conexiones con… ¿cómo se llamaba aquello?

—Frente de Liberación Animal.

—Perfecto. Muy bien. Sigue intentándolo. Mira a ver si podemos sacar algo de algún anzuelo que tengamos por ahí. Han pasado tres días, esto no me sirve.

Munch se tomó otro sorbo de la botella de agua cuando el teléfono se puso a vibrar sobre la mesa delante de él.

«¿Marianne?».

Munch se disculpó y salió rápidamente a la terraza para fumar.

—¿Hola?

—¿Holger?

Lo podía oír en su voz. Todavía después de tantos años.

«Pasaba algo».

—¿Estás ahí, Holger?

Su voz vibraba.

—Sí, estoy aquí, Marianne. ¿Ha ocurrido algo?

Encontró un cigarrillo en el bolsillo de la trenca.

—¿Sabes algo de Miriam?

—¿Cómo? No. Hace unos días que no hablo con ella, ¿por?

Hubo un momento de silencio en el otro lado.

—Bueno, yo…

—¿Ha pasado algo? —preguntó Munch, y encendió el cigarrillo.

—Iba a venir a buscar a Marion ayer por la noche, pero ahora no consigo dar con ella.

—¿Qué quieres decir?

—Marion ha pasado el fin de semana en mi casa…

—¿Miriam ha desaparecido?

—No estoy segura —continuó Marianne—. Entiéndeme, no quiero preocupar a nadie, pero no sabía a quién llamar.

—Claro, es normal que me llames —dijo Munch.

—¿No te importa?

—¿Cómo me va a importar? Por Dios, Marianne. Seguro que no ha pasado nada —intentó tranquilizarla Munch—. Ya sabes cómo es Miriam…

—Ya no tiene quince años, Holger —le interrumpió Marianne—. Estoy muy preocupada. Iba a venir aquí ayer por la noche. Y ahora no consigo dar con ella.

—Seguro que no es más que… —continuó Munch, pero fue interrumpido otra vez.

—Me mintió, Holger.

—¿Qué quieres decir?

—Dijo que iba a ayudar a Julie con algo, pero la he llamado y, bueno, me ha costado un poco sacárselo, pero no era más que una coartada.

—¿Una coartada para qué?

—Una acción.

—¿Qué quieres decir?

—Como en los viejos tiempos. Una acción ilegal. No iba a ayudar a Julie, eso solo era una excusa.

Munch comenzó a perder el hilo.

—¿Qué acción, Marianne?

—Me ha costado un poco, pero al final se lo he sacado.

Munch seguía sin entender muy bien qué trataba de decir.

—Está otra vez metida.

—¿Quién?

—Miriam. ¿Me estás escuchando o no, Holger?

Su voz ya era estridente y Munch por fin comenzó a despertarse, el dolor de cabeza se había ido.

—Tranquilízate, Marianne —dijo Munch, y dio otra calada al cigarrillo—. Seguro que no hay motivos para preocuparse. No es la primera vez que pasa, ¿verdad? Es típico de ella. La rebelde. Ya sabes cómo es Miriam, siempre tiene que…

—Joder, Holger, ya no tiene quince años. Tengo miedo. Ha desaparecido. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—Relájate, Marianne. Claro que entiendo lo que estás diciendo. ¿Ha participado en una acción? ¿Qué acción?

—El Centro de Protección de Animales —contestó Marianne—. Un sitio de Hurum. Pero debía haber vuelto ayer por la noche.

—Relájate, cuéntamelo desde el principio. ¿Qué iba a hacer?

—Julie ha dicho que algo salió mal —continuó Marianne—. Así que interrumpieron la acción. Iban a esconderse durante tres días, en eso habían quedado, si algo salía mal.

—¿Entonces está escondida? —preguntó Munch, un poco confuso.

—No, Holger. Miriam iba en el coche del hombre cuya foto ha salido en internet.

—¿Quién?

—El hombre al que estáis buscando. El del otro caso.

Parecía que a Marianne ya no le quedaban fuerzas y que se encontraba muy lejos, en el otro lado.

—¿Quién? —repitió Munch.

—Tengo miedo, Holger —dijo Marianne, con voz débil.

—¿Miriam fue en coche a la acción?

—Con el hombre que estáis buscando.

—¿Qué quieres decir? ¿Jacob Marstrander?

—Sí —musitó Marianne.

«¿Qué cojones?».

—¿Hace cuánto que has hablado con Julie?

«No podía ser verdad».

—Hace dos minutos. Acabo de colgar.

«¿Cómo era posible…? ¿Qué tenían ellos dos en…?».

—¿Y Julie ha confirmado que Miriam iba en su coche?

«Desaparecida. Hace tres días».

—Ha sido Julie la que me ha hablado de él. Ella tenía miedo de que hubiera pasado algo. Ellos tampoco dan con ninguno de los dos.

«Esto no está pasando».

—¿Julie está en su casa ahora?

«Mantén la voz tranquila. No hay que preocupar a Marianne más de la cuenta».

—Sí, en la calle Møllergata, ¿te acuerdas de dónde vive?

«Miriam».

—Sí, sí, claro que me acuerdo.

«Frente de Liberación Animal».

—¿Hablas tú con ella?

«Mierda. Joder».

—Claro, Marianne. Voy a colgar ahora y la llamo, ¿vale? Hablamos dentro de un rato.

«Esto no está pasando».

Munch colgó, entró corriendo en la sala de reuniones y se encontró con unas cuantas caras

sorprendidas.

—Curry. Kim. Venid conmigo —exclamó Munch con la respiración entrecortada.

Dos caras sorprendidas.

—¿Sí?

—El resto, necesito todo lo que podáis sacar sobre una acción de protección de animales que se supone que se realizó en Hurum hace unos días. Frente de Liberación Animal. Necesito todo lo que podáis encontrar. Empezad con Julie Vik. Ella es la puerta de entrada. Lo necesito ya. Inmediatamente.

—¿Qué vamos a…? —comenzó Ludvig Grønlie, pero Munch ya había salido por la puerta.

74

El frío despertó a Miriam Munch. Se encogió todo lo que pudo y se tapó el tembloroso cuerpo con la pequeña manta. Por fin había conseguido quedarse dormida, exhausta, después de haber gateado durante muchas horas, pero el hambre y el frío que se filtraba por las grietas de la pared la habían vuelto a sacar del sueño, y ya estaba metida otra vez en esa pesadilla. Todavía se encontraba en estado de shock, y era normal, porque todavía no entendía cómo había acabado en ese lugar. Había estado en el coche, viajando por la E18. Había estado pensando en su madre y en su padre. Volvía a ser una niña. Dormida y calentita. El contraste con la habitación en la que ahora se encontraba no podía haber sido mayor.

Una broma pesada. Fue lo primero que pensó cuando superó la primera conmoción. «¿Dónde estaba?». Una broma. Un suelo helado. Un sótano oscuro. «¿Quién le estaba tomando el pelo?». Había palabras escritas en la pared. Una rueda grande y extraña. «¿Qué había salido mal? ¿Dónde estaban los demás?».

Ni siquiera lo había entendido cuando se abrió la puerta con un chirrido y una figura emplumada entró en la habitación. Un sueño, había pensado. Todavía estoy dormida. Había sentido algo parecido a la curiosidad. Primero. En el sueño. El miedo solo había llegado después. Al principio había mirado a su alrededor con algo similar a la fascinación. Alguien había construido una habitación extraña. Debajo del suelo. Se había sentido muy pequeña. En este sueño. Como Alicia en el País de las Maravillas. Se había convertido en un pequeño animal. Había una rueda grande en la que podía correr. Una botella de agua en la pared con un pitón del que podía beber.

«No, no, no».

En breve se despertaría.

«Esto no está pasando».

¿Quizá si pensaba en algo bonito?

«Por Dios».

¿Marion? ¿Si pensaba en Marion?

«Ayuda».

¿Quizá así se despertaría?

«Por favor».

«Alguien».

«Ayuda».

Miriam Munch cerró los ojos con fuerza e intentó mantener el hambre a raya. La náusea. Había vomitado. En uno de los rincones. Después de haber estado en la gran rueda. Le escocían las palmas de las manos y las rodillas, pero no iba a llorar más, ya lo había decidido. No iba a

llorar más. Había intentado masticar los trozos marrones que habían salido de la pared. Lo que supuestamente era su comida. Había tragado algo de aquello, pero lo había devuelto. Trozos de pienso para animales sobre el frío suelo de cemento. Ya no estaba dispuesta a aguantarlo más. No podía más. No quería moverse. Se quedaría así, con el cuerpo encogido en el suelo.

«Ojalá no hiciera tanto frío».

Miriam se incorporó lentamente hasta sentarse y sopló aire caliente sobre sus fríos dedos. Lo único que podía hacer era levantarse. Se puso de pie lentamente, abrazándose a sí misma un par de veces, trató de mover las piernas rígidas y doloridas para activar la circulación de la sangre.

«Por Dios, qué hambre».

El aliento le salió de la boca como una nube cuando trató de calentarse las palmas de las manos, que estaban casi blancas.

«Por Dios».

En breve se despertaría.

«Ayúdame».

Mamá. Marion. Papá.

«Alguien».

«Por favor».

Miriam se sobresaltó cuando la puerta se abrió y la figura emplumada apareció en el umbral.

—Jacob —suplicó y se retiró asustada hacia el rincón del fondo de la habitación.

—No eres muy espabilada —dijo el chico de las plumas y levantó la pistola hacia ella.

—Jacob, yo solo… —comenzó Miriam otra vez, pero la voz le falló y salió como un murmullo entre sus labios, esfumándose mientras viajaba por la fría habitación.

—Cállate —le ordenó el chico emplumado—. ¿Por qué no consigues hacer las cosas bien? Ya te he explicado cómo funcionan las cosas aquí dentro. Varias veces. ¿Y aun así no consigues hacerlo? ¿Al principio lo pillabas pero ya te has olvidado? ¿Tengo que explicártelo otra vez?

El chico de las plumas dio un paso hacia ella y levantó la pistola hacia su cara.

—No, por favor —tartamudeó, levantando las manos delante de sí.

—¿Estás tonta o qué?

Tenía la mirada negra. Negó con un gesto de cabeza, cerrando la mano emplumada alrededor de la pistola con firmeza.

—¿Por eso lo conseguías hacer al principio, pero ahora ya no? ¿Porque eres tonta?

—No —murmuró en voz baja.

—Tiene que ser por eso, porque no es muy difícil. ¿Te parece difícil?

—No, no —contestó Miriam con voz entrecortada.

—Tal vez piensas que alguien va a venir a rescatarte, ¿es por eso? ¿Alguno de tus queriditos, quizá?

Ya estaba sonriendo. Dientes blancos y resplandecientes, en medio de la cara emplumada.

—¿O papá? ¿Tu papá, de la policía? ¿Crees que él vendrá a rescatarte? ¿A su pequeña niña?

Miriam Munch había empezado a temblar.

—No va a venir nadie —continuó la figura emplumada que estaba delante de ella—. Puede que sean listos, pero yo lo soy mucho más. Nunca te van a encontrar.

Volvió a sonreír y se rio un poco por encima del cañón de la pistola.

—Podría pegarte un tiro aquí y ahora, pero el público no se divertiría mucho, ¿verdad?

Miriam no sabía de qué hablaba.

—Este es mi show, yo lo he ideado todo. Soy listo, ¿no crees? Hay que ser creativo, montar un

número que merezca la pena ver, algo único, algo por lo que la gente está dispuesta a pagar. ¿No estás de acuerdo?

Miriam seguía sin entender a qué se refería.

—Eres una chica afortunada, la verdad es que sí —dijo el chico emplumado, el que hasta hacía unos días había sido Jacob, el de las gafas redondas, pero que ahora era una persona completamente diferente. Alguien a quien Miriam no conocía, con una sonrisa tensa debajo de unos ojos fríos y desalmados.

—De hecho, eres muy afortunada —continuó—. Ya eres una estrella, la gente ha pagado millones de coronas para verte actuar. Y ni siquiera eras la elegida.

El chico delante de ella se rascó la cabeza con la pistola y de repente sonrió para sí.

—¿Qué te parece? Ni siquiera eras la elegida, había tres votos a favor de la otra. Ya ves, les gustan más las jovencitas, pero el show es mío, ¿o no? Yo soy el que ha inventado todo esto. Así que me toca a mí decidir, ¿o no? ¿La rueda? ¿Las palabras en la pared? Soy yo el que debe decidir. Te elegí a ti, porque me caes bien. Eres especial. Tu padre es policía. ¿A que he sido bueno contigo? ¿Eligiéndote a ti en lugar de a la otra, aunque los votos fueron para ella?

Miriam asintió con prudencia, sin tener ni la menor idea de sobre qué estaba hablando.

—Jacob —balbuceó con suavidad, y parecía que tenía papel de lija en la boca.

—No, no, no —dijeron los ojos fríos, apuntándola con la pistola otra vez—. No se habla. Solo se escucha.

Miriam cerró la boca y miró al suelo de nuevo.

—Esta es la última vez que entro —añadió el chico—. Ahora debes hacer lo que se te ha ordenado. Si no lo haces, al final voy a tener que traer a la otra. La gente tiene derecho a exigir algo a cambio de su dinero, ¿no te parece?

—Sí —murmuró Miriam, sin levantar la mirada.

—¿Te pego un tiro o vas a hacer lo que se te ha ordenado?

—Lo voy a hacer —musitó Miriam.

Tuvo la impresión de que el chico de las plumas reflexionaba un momento antes de bajar la pistola. Mostró los dientes blancos otra vez.

—Genial.

Soltó una pequeña risita y, después, cerró la pesada puerta con llave, dejándola sola en la fría y oscura habitación.

75

Mia no sabía muy bien por qué se sentía así, pero pasaba algo raro con esa casa pintada de blanco, perdida en medio del bosque. Desde la última vez que había ido a ver la casa había sentido una especie de fuerza que la atraía de vuelta. La casa de Jim Fuglesang. Totalmente aislada, en medio de la nada. Árboles helados. Calma. Pero no era el tipo de calma que le producía sosiego, como en la isla de Hitra. Junto al mar, bajo las llamadas de las gaviotas. Esto era diferente. Otro tipo de calma que la obligaba a agudizar todos los sentidos. Mirar cautelosamente a su alrededor mientras caminaba, despacio, desde el coche hasta la casa blanca. Esta vez llevaba un arma y eso le hacía sentirse más tranquila. La última vez se había sentido desnuda, casi un poco asustada, lo cual no le solía pasar. Cuando volvió a casa, no había sabido por qué, y eso le había picado aún más la curiosidad. Tenía que volver, pero no había encontrado el momento. Quizá no debería haberle dado prioridad esta vez tampoco, con la que estaba cayendo, pero unas pocas horas no harían daño a nadie y, además, no quería perderse las horas de luz.

Mia caminó hacia la pequeña casa, pero se paró, cambió de idea y, en lugar de seguir, dobló por el pequeño sendero que bajaba por el bosque. Ya había estado dentro de la casa. Lo que buscaba no se encontraba allí.

«Catorce minutos con buen tiempo».

Jim Fuglesang había sacado fotos. Hacía muchos años. Fotografías pegadas en un álbum. Un gato. Y un perro. Colocados en pentagramas de velas, sobre lechos de plumas.

Y sí, ella no era como los demás, no podía explicar la extraña atracción que sentía hacia ese lugar en medio de la nada, pero esto era algo concreto, lo cual facilitaba las cosas. En realidad, daba igual lo que ella sintiera. Daba igual que lo entendiese o no. Porque Jim Fuglesang había sacado fotografías de animales en lugares que parecían directamente relacionados con el asesinato de Camilla Green. Y lo había hecho por ahí cerca.

«Dieciséis minutos para volver».

Lo único que había visto la última vez era el camino que llevaba a la casa, y el sendero que bajaba por el bosque. Siempre podría haberlas hecho en otro sitio, claro. Quizá en cualquier parte, pero aun así. Catorce minutos con buen tiempo, dieciséis minutos para volver. Lo único que Mia sacaba de eso era que la descripción respondía a un lugar que el hombre del casco blanco conocía bien. Buen tiempo. Estaba acostumbrado a hacer la ruta, había ido al lugar con mal tiempo también. Volver. Volver tenía que significar a casa, ¿no? Catorce minutos yendo, y dos minutos más volviendo. Cuesta abajo en la ida. Cuesta arriba en la vuelta. Mia bajó el gorro sobre las orejas. Tenía que ser este sendero, era la única posibilidad.

Un sendero que bajaba hacia un lago.

«Joder, ¿por qué se encontraba tan nerviosa?».

«¿Ella, que no tenía miedo de nada?».

Cuatro piedras blancas.

Mia estuvo a punto de sobresaltarse cuando el bosque se abrió delante de ella y las vio en la orilla del oscuro lago. Cuatro piedras blancas, colocadas simétricamente delante de algo que, en alguna ocasión, podría haber sido un viejo embarcadero. El corazón comenzó a latirle más rápido cuando vio el bote que en algún momento había sido nuevo, pero que ahora estaba podrido, medio sumergido en la orilla del lago.

Un bote rojo de madera. Con unas letras blancas pintadas en la parte superior del casco, junto a la carcomida borda.

«Maria Theresa».

Mia Krüger levantó la mirada y descubrió el pequeño edificio a un centenar de metros de distancia. En el otro lado del lago. Una pequeña casa. Era gris, como si el tiempo hubiese desgastado todos los colores de las fachadas, las ventanas permanecían tapadas con tableros y no había nadie, se encontraba abandonada, pero incluso así…

Mia rebuscó en el bolsillo de la cazadora de cuero y sacó el teléfono.

«Salía humo de la chimenea».

Catorce minutos con buen tiempo.

Dieciséis minutos para volver.

Cuatro piedras blancas.

Un bote rojo.

Maria Theresa.

«Joder».

Mia buscó el número de Munch con dedos temblorosos, pero el pequeño cacharro seguía sin funcionar.

«No había cobertura».

«Mierda».

Lo intentó otra vez. Levantó el teléfono en el aire, dio unos pasos hacia atrás, alejándose del lago, y después volvió hacia el embarcadero podrido, pero todavía nada. Mia juró entre dientes, puso de nuevo el teléfono en el bolsillo y se quedó un rato evaluando el terreno que tenía delante antes de elegir el sendero que doblaba a la izquierda y daba la vuelta al oscuro lago.

Tablas grises en la fachada de una casa abandonada.

«Salía humo de la chimenea».

Árboles que no querían dejarla pasar.

Ya no había sendero.

Un terreno quebrado.

Seguía sin tener cobertura.

Ramas azotándole la cara.

«Puñetera mierda».

El corazón le latía con fuerza debajo de la cazadora cuando Mia alcanzó la pequeña casa gris abandonada en el otro lado del oscuro lago.

Había tableros tapando las ventanas.

Estaba cerrada a cal y canto.

Un viejo Volvo verde.

Mia atravesó el terreno a hurtadillas y miró precavida a través de las ventanillas del coche. Un

termo. Algunos refrescos. Mia se agachó y abrió la puerta del coche con cuidado, trepó hasta el asiento del conductor. Había una mochila negra en el suelo. Kleenex, pintalabios, una cartera, un carné de conducir con la foto de una chica joven y guapa que miraba con cara seria a la cámara.

Mia estuvo a punto de sufrir un ataque al ver la cara que la estaba mirando desde el carné de conducir.

«¿Miriam?».

¿Qué cojones?

76

Miriam Munch estaba de rodillas en el frío suelo del sótano, tratando de masticar los pequeños trozos que habían salido del agujero en la pared. Pienso para animales. La primera vez que él le había obligado a comerlo, lo había devuelto y decidió que nunca más se volvería a meter esas cosas asquerosas en la boca, pero ahora ya no podía más. Tenía tanta hambre. Su cuerpo pedía comida a gritos. Casi se había desmayado dentro de la gran rueda, había tenido que ponerse a cuatro patas para conseguir moverla, tenía ampollas en las palmas de las manos y las rodillas le sangraban, ya no podía más. Debía meterse algo en la tripa; si no, desaparecería. Esa era su sensación. «Se moriría en este frío sótano».

«Si no comía algo en breve».

Recogió media docena de pellets del suelo y los dejó sobre la lengua. Trató de no pensar en lo que en realidad tenía en la boca, masticar los trozos, fingir que no pasaba nada. Metió la cabeza debajo del pitón de la enorme botella de agua y tragó como pudo, y esta vez no vomitó. Afortunadamente.

Puso un nuevo puñado sobre la lengua y repitió el proceso, masticó como buenamente pudo, mientras trataba de pensar en otra cosa. Metió la cabeza bajo la botella de agua y volvió a tragar.

«Que alguien me ayude».

Miriam se tapó mejor con la manta y cerró los ojos. Tenía que aislarse dentro de su propia cabeza. Esta no era la realidad. En verdad no estaba ahí. Se encontraba en un lugar totalmente diferente. Junto a la mesa del desayuno. Marion acababa de despertarse. Olía a café recién hecho. Marion parecía cansada. No quería quitarse el pijama. Solo quería estar sentada en su regazo. No quería levantarse. No quería ir a la escuela. Detrás de los ojos no había insectos. No había escarabajos correteando sobre el suelo de cemento. No había ráfagas heladas de un invierno prematuro que entraban por los agujeros de la pared. En el baño había suelo radiante. Marion quería que le hiciera una coleta. Johannes sonreía a las dos, no iba a marcharse a ningún sitio. No iba a ir a Australia. Solo estaban los tres. Hoy iban a pasar el día juntos. Tenían el día libre. Iban a ver una película y a comer palomitas.

«¿Por qué no viene nadie?».

«Que alguien me ayude».

«Por favor».

Miriam apenas notó que la puerta se abría y, de repente, aparecía el chico emplumado delante de ella otra vez, con la pistola en una mano y alguna otra cosa en la otra.

—Ha habido un cambio de planes.

—¿Qué? —murmuró Miriam, negándose a dejar que el calor de la cocina de su casa desapareciera del interior de sus párpados.

—Levántate —le ordenó el chico, despertándola con una patada.

Se incorporó lentamente y se envolvió con la manta.

—Ha habido un cambio de planes —dijo el chico de la mirada negra otra vez—. Sabía que debería haber elegido a la otra. Tú no me sirves y ahora todo se ha echado a perder.

Miriam abrió los ojos lentamente y lo miró. Tenía una mano extendida que sujetaba la pistola y alguna otra cosa que colgaba en el aire delante de ella. Una peluca rubia.

—Pero todavía estamos a tiempo para arreglarlo —continuó el chico de la mirada negra y asintió—. Ponte esta.

Miriam no entendía a qué se refería.

—Ponte esta, quiero ver si te queda bien.

—Jacob, por favor —intentó Miriam, pero ni siquiera estaba segura de que las palabras hubieran salido de su boca.

—Póntela —le exigió el chico, enfadado, y le pasó la peluca—. Los he infravalorado. ¿Fotos? ¿De mí? ¿Cómo crees que me encontraron?

—¿Qué quieres decir?—murmuró Miriam, todavía sin saber si las palabras habían salido de su boca.

—Póntela —repitió la figura emplumada.

Miriam asintió con cuidado y se puso la peluca sobre la cabeza lentamente. El chico la escrutó.

—Te pareces —confirmó con una sonrisa—. Eso está bien. Entonces no está todo echado a perder.

Miriam intentó decir algo, pero no lo consiguió.

—No te preocupes por mí —dijo el chico—. Ya me las apañaré. Claro que es demasiado pronto, han pagado por tres meses, pero no pasa nada, siempre y cuando hagamos lo que hay que hacer. ¿No estás de acuerdo?

—¿Qué… vas a hacer conmigo? —murmuró Miriam y esta vez supo que lo había dicho en alto, porque el chico emplumado reaccionó, mirándola con curiosidad.

—Voy a matarte, ¿qué creías?

Miriam no pudo contestar.

—Quería haber esperado, pero, ahora que han colgado una foto mía en la red, habrá que hacerlo enseguida, antes de que venga alguien, ¿no?

El chico de las plumas sonrió levemente.

—Vamos ya.

Pasó una mano por la peluca con cuidado.

—Ya tengo todo preparado fuera.

77

Mia Krüger salió sigilosamente del coche y sacó la pistola de la funda de hombro. Esta vez iba armada. Afortunadamente. La intuición la había traído a este lugar. La casa de Jim Fuglesang. Las fotografías. Los murmullos en el interrogatorio. Cuatro piedras blancas. Un bote pintado de rojo. Una casa abandonada en la orilla opuesta del oscuro lago. El escondite de Jacob Marstrander. Era la única conclusión posible. Tenía que serlo. Pero…

«¿Miriam?».

Las piezas no encajaban.

«¿Miriam Munch?».

¿Con Jacob Marstrander?

«¿Qué narices hacía ella por aquí?».

Mia se agachó, ocultándose todo lo que pudo, y se alejó a hurtadillas del coche sin apartar los ojos del edificio destartalado que estaba delante de ella.

Salía humo de la chimenea. Pero todavía no había señales de vida allí dentro. Mia se mantuvo pegada al suelo mientras buscaba con la mirada algún sitio donde pudiera resucitar su teléfono. Alguna pequeña elevación. Cualquier cosa. Lo sacó rápidamente del bolsillo, todavía con la mano cerrada con firmeza alrededor de la Glock, pero nada.

«No había cobertura».

Maldijo en voz baja y pensó molesta en todos los anuncios de operadoras de telefonía móvil que siempre llenaban los medios, hablando de su maravillosa cobertura. Chicas con poca ropa en cimas de montañas, chicos sonrientes haciendo esquí acuático lejos de la costa, ¿dónde cojones estaba esa cobertura ahora, cuando la necesitaba? Levantó el teléfono en el aire, pero todavía nada.

«Mierda».

Cerca de ella había un poco de pendiente y Mia subió la cuesta con cuidado, todavía sin apartar los ojos de la puerta de la vieja casa.

Después de unos metros, de repente pasó algo en su iPhone. Cobertura. O no, mierda. Sí, ahí había algo. No, joder, volvía a desaparecer. Mierda…

Marcó el número de Munch.

«No».

A Ludvig.

«Joder».

Pero, entonces, de repente, consiguió que entrara la llamada.

—¿Grønlie?

—Soy Mia —siseó Mia—. ¿Me oyes?

—¿Hola? —dijo Ludvig Grønlie en la distancia.

—¿Me oyes? —exclamó Mia, arriesgándose a hablar un poco más alto.

—¿Mia? ¿Eres tú? ¿Estás ahí? Holger está…

—Que se joda Holger —siseó Mia, y Grønlie volvió a desaparecer poco a poco—. He encontrado a Marstrander. Y, por alguna razón, Miriam está aquí. Tienes que…

—¿Hola? —repitió Grønlie.

—¿Oyes lo que te estoy diciendo, Ludvig?

—¿Estás ahí, Mia?

—Sí, joder, estoy aquí, localízame con el puñetero GPS, busca mi teléfono. Lo he encontrado. Marstrander. Estoy bastante segura. Y, por alguna razón, Miriam está…

—¿Mia? No te oigo —insistió Grønlie a lo lejos.

—Localízame con el GPS, joder, Ludvig. ¿Me has oído? Encuéntrame. Tengo…

—¿Hola?

—¿Ludvig?

—¿Estás ahí, Mia?

—Mierda —juró Mia en alto y no oyó los pasos sobre el helado brezal que había detrás de ella.

—¿Me has oído, Ludvig?

—¿Mia…?

—Encuéntrame, Ludvig, localízame con el GPS —dijo Mia desesperada, y tuvo el tiempo justo para darse la vuelta y ver cómo una mano emplumada se acercaba a su cara.

Levantó la mano instintivamente, para protegerse de lo que se le venía encima. Una sombra. Algo de metal contra sus dedos congelados, que trataban de proteger su cabeza.

—¿Mia?

La voz venía del teléfono, que se hallaba lejos. Ya no estaba con ella. Se encontraba en otro sitio. Oyó el sonido del objeto que venía atravesando el aire hacia ella otra vez, con más fuerza, atisbó una sonrisa desde las lejanas sombras cuando dejó caer las manos y sintió el metal contra la piel y los huesos.

«Frío».

Oyó el ruido.

«Había alguien delante de la casa».

De los dedos que se rompían.

«Miriam».

Antes de que sintiera el dolor.

«Con las manos atadas».

La sangre que salía de la sien corrió por los ojos, hasta la boca.

«Llevaba los ojos vendados y una peluca rubia».

El teléfono en el brezo todavía hablaba, seguía diciendo su nombre, a lo lejos.

—Mia, ¿estás ahí?

«No tengas miedo, Miriam».

El pesado metal atravesando el aire por segunda vez.

«Yo te protegeré».

La tercera vez.

«Saldrá bien, Miriam».

Pero luego.

«La cuarta vez».
Ya no podía mantenerse despierta.

78

Las lágrimas no dejaban de rodar por las blancas mejillas de la chica a la que Holger Munch llevaba muchos años sin ver, y no sabía cómo conseguir que dejara de llorar.

«Cállate».

Tenía ganas de decirle eso.

«Cállate la puñetera boca y explícame cómo está relacionado todo esto».

—Julie —dijo Munch con suavidad, sonriendo a la joven—. No te preocupes. Relájate. Enseguida los encontraremos.

—No tenía ni idea —sollozó la chica.

—Claro que no tenías ni idea, Julie. No es culpa tuya, pero es importante que nos cuentes lo que sabes, ¿vale? Así que, si consigues tranquilizarte un poco, ¿crees que podrías, bueno, hacer un esfuerzo e intentar acordarte de algo que nos pueda ayudar?

Curry y Kim Kolsø parecían dos signos de interrogación al fondo de la habitación, pero se mantenían sabiamente resueltos a no decir nada.

—Salió mal —explicó Julie con la voz entrecortada, y, por fin, consiguió encadenar algo parecido a una frase completa.

—¿Qué fue lo que salió mal? —preguntó Munch, acariciándole la mano con suavidad.

—La acción —murmuró Julie, y lo miró directamente a los ojos, por primera vez desde que entraron en el piso de la calle Møllergata.

—¿Entonces estaba Miriam con vosotros?

—¿Qué?

—¿En la acción en favor de los animales? ¿Ella participaba?

—Sí —contestó la joven, que asintió y lanzó una mirada furtiva hacia los dos investigadores que permanecían junto a la pared detrás de Munch.

—¿Por qué? —dijo Munch, pero se dio cuenta inmediatamente de que era una pregunta equivocada.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Julie.

—Jacob Marstrander —respondió Munch con tono tranquilo, acariciándole la mano otra vez —. Quiero decir, quién, bueno, qué, ¿cómo os conocisteis? ¿Cómo conoció Miriam a este tal Jacob?

—No entiendo a qué te refieres —insistió Julie, secándose una lágrima de la mejilla.

—Bueno, me lo estaba preguntando —explicó Munch, con toda la calma que fue capaz de imprimir a sus palabras—. Porque no había oído hablar de él como uno de sus…, bueno, amigos, o… Y, en fin, yo…

—Ziggy —confesó Julie, con cuidado.

—¿Ziggy? —preguntó Munch.

—Ziggy Simonsen. Sabes quién es, ¿no?

—No.

—Fue él quien me dijo que…, bueno…, es un amigo de Jacob. ¿Sabes quién es Ziggy o no? ¿Ella no te ha dicho nada?

Julie Vik lo miró con una expresión confundida.

—Sí, sí —admitió Munch.

—No sabes nada, ¿verdad?

—Sí, sí, yo…

—Me dijo que te lo contaría —dijo Julie, secándose la cara con la manga del jersey—. No te lo ha dicho.

Munch lanzó una rápida mirada por encima del hombro hacia Curry y Kim Kolsø. Ambos asintieron.

«Un nuevo nombre».

«Ziggy Simonsen».

Curry sacó el teléfono de su bolsillo y salió de la habitación.

—¿Qué me iba a contar? —preguntó Munch con prudencia, pasando la mano con suavidad por el brazo de la joven.

Las lágrimas ya habían dejado de caer y ella lo miraba con algo parecido a la curiosidad.

—Lo de ella y Ziggy —contestó Julie—.

—¿El qué? —musitó Munch cuando el teléfono comenzó a sonar en su bolsillo.

—Entonces no debería haberte dicho nada —comentó la joven, bajando la mirada de nuevo.

—Julie —dijo Munch.

El teléfono sonó otra vez en su bolsillo.

—No lo sé —replicó Julie, que estaba a punto de echarse a llorar otra vez.

—Necesito saber lo que tú sabes —le explicó Munch, con un tono un poco más severo de lo que habría querido—. ¿Jacob y Miriam se conocen? ¿Y los dos han desaparecido? ¡Te darás cuenta de que esto es importante para nosotros!

Otro sonido de un teléfono, ya no venía de su bolsillo, sino de otro punto en la habitación.

—Sí, pero yo…

La joven lo miró.

—Holger —dijo Kim detrás de él, pero Munch hizo un gesto disuasorio.

—Miriam y Jacob. ¿Sabes dónde están?

—Holger —repitió Kim, pero Munch lo ignoró.

—Solo quería…

—Munch —insistió Kim, poniendo una mano sobre su hombro.

—¿Qué? —espetó Munch con irritación cuando Kim Kolsø le pasó el teléfono.

—¿Holger?

De repente oyó la voz de Ludvig Grønlie.

—¿Qué? —gruñó Munch.

—Mia —dijo Ludvig.

—¿Qué?

—Los ha encontrado.

—¿Cómo?

—A Miriam. Y a Marstrander.

—¿Qué quieres…?

—Sabemos dónde están.

Munch se levantó.

—¿Dónde?

—El teléfono de Mia. Me ha llamado desde un lugar, pidiéndome que la localice con el GPS. Los ha visto, los ha encontrado. ¿Holger? Los tenemos. Hemos dado con la posición exacta. Hurum. Están allí, Holger.

—Consígueme un helicóptero —bramó Munch, que ya estaba saliendo por la puerta.

—¿Qué? —exclamó Grønlie.

—Estamos en camino. Consígueme un puto helicóptero. ¡Ya! Llegaremos allí en tres minutos.

—¿Grønland? —dijo Kim.

—¡Echando hostias! —gritó Munch y bajó corriendo por las escaleras.

79

El dolor de la mano era casi insoportable y no sabía cuánto tiempo había estado inconsciente.

Mia Krüger abrió los ojos y se incorporó despacio, se llevó el brazo izquierdo instintivamente al pecho y trató de orientarse. El frío. El suelo cubierto de escarcha. Su cuerpo no quería obedecer, pero aun así se obligó a levantarse. Se quedó tambaleándose con la cabeza agachada, mientras la realidad volvía poco a poco.

«Miriam».

Había seguido las crípticas referencias de Jim Fuglesang. Las fotografías. Las cuatro piedras blancas. Un bote rojo. Había encontrado esa casa destartalada. Cuando se dio cuenta de lo que había encontrado, ya era tarde. Jacob Marstrander. ¿Y Miriam había estado allí? El teléfono que no tenía cobertura. Estaba demasiado cabreada para ir con cuidado. La había atacado por la espalda. Golpes invisibles en la cabeza. Afortunadamente había levantado el brazo.

«Mierda».

Mia dio un paso hacia delante pero enseguida se percató de que no dominaba su cuerpo. La cabeza trataba de decirle algo, pero el cuerpo no le hacía caso y tropezó; cayó en medio del frío brezo y sintió de nuevo cómo el dolor la atravesaba. Tenía rota la mano. No era capaz de mover el brazo. El ojo. No veía por él. El ojo izquierdo. Sangre. Eso era lo que tenía en la boca.

«Una aficionada».

Trató de incorporarse otra vez y se quedó de pie en el terreno yermo delante de la casa, intentando recomponerse.

«¿La pistola?».

Mia cayó de rodillas, pero consiguió volver a ponerse en pie. Había sombras bailando delante de sus ojos, pero ya se acordaba. Los golpes en la cabeza. Había conseguido protegerse, por eso la mano izquierda no respondía.

Dio unos pasos titubeantes hacia delante, sin saber muy bien hacia dónde iba. ¿La Glock? ¿Le había quitado la pistola?

«Miriam».

La tenía atrapada. El chico emplumado.

«¿Por qué iba a…?».

Volvió a tropezar y se desplomó, golpeándose la cara contra el suelo helado, pero consiguió levantarse otra vez. Metió la mano izquierda debajo de la cazadora. «Todos los dedos, rotos». De la mano que había usado para defenderse de los golpes. Por eso seguía con vida. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente?

Mia buscó a tientas con la mano derecha por la parte trasera de la cintura del pantalón y parpadeó con fuerza en un intento de eliminar la sangre de los ojos. No podía abrir el ojo

izquierdo, pero el derecho sí, ahora podía ver. Ya sabía dónde se encontraba. La Glock 17. Se la había quitado, o por lo menos no la hallaba en ningún sitio, pero notó cómo el calor le subía por dentro al sentir la culata tras la cintura del pantalón.

La pequeña. La Glock 26. Ya había estado antes en este bosque perdido en medio de la nada, y aquella vez se había sentido desnuda. No iba a repetirlo por nada en el mundo, así que había traído las dos pistolas. Mia la sacó y, por fin, pudo hacerse una idea aproximada de dónde se encontraba. La casa. El coche. Un sendero que bajaba por el bosque.

«Jacob Marstrander».

Mia introdujo un poco más la mano izquierda dentro de la cazadora de cuero para alejar el dolor, y comenzó a andar hacia donde suponía que podrían haber ido.

«¿Qué coño hacía Miriam por aquí?».

La casa gris destartalada.

La puerta permanecía abierta de par en par.

«No había nadie».

El camino que llevaba al agua.

De vuelta hacia la casa de Fuglesang.

No.

«El sendero».

Mia quitó el seguro de la Glock y sujetó la pistola con firmeza delante de sí. Las piernas respondían por fin a su cabeza y la condujeron hacia el claro del bosque que había detrás de la casa donde, probablemente, habían desaparecido.

«¿Cuánto tiempo había estado inconsciente?».

Después de unos cien metros, de repente le entraron ganas de vomitar. Todo lo que tenía dentro quería salir. Tuvo que apoyarse en un árbol.

«Es el camino correcto, Mia».

«Joder».

Consiguió reprimir el impulso y continuó tambaleándose hacia delante, cada vez con mayor seguridad conforme avanzaba. Tenían que estar allí todavía, en algún sitio, más adelante. El cuerpo de él cubierto de plumas, Miriam con las manos atadas y una venda en los ojos. Mia volvió a levantar la Glock con manos temblorosas, mientras obligaba a sus pies a seguir hacia delante. Y, entonces, de repente, los vio.

Un claro en el bosque.

Miriam de rodillas.

¿Delante de algo que…?

No lo veía claramente, pero aun así entendió qué era.

«El lugar del sacrificio».

Velas en un pentagrama. Plumas en el suelo.

«Mierda».

Mia echó un rápido vistazo a su alrededor y se dio cuenta de que no podía avanzar más. Él la vería si continuaba. Tomó una rápida decisión, salió del sendero y comenzó a deslizarse sigilosamente hacia delante detrás de los árboles que rodeaban el claro.

«Un lugar despejado».

Él estaba haciendo algo.

«Ella no llevaba ropa».

«Tenía algo alrededor del cuello».

Miriam estaba de rodillas en el claro, desnuda y con las manos atadas delante de sí.

Mia se movió con sigilo entre los árboles para poder ver mejor. Levantó la Glock delante de los ojos, pero las manos le temblaban, la mira apuntaba tanto a Miriam como al animal de las plumas.

«Joder».

«¿Qué hacía?».

Avanzó un poco más, agachándose ya.

El claro no era muy grande. Mia miró a su alrededor y, por fin, consiguió que la cabeza se pusiera en marcha lo suficiente como para hacerse una idea general del lugar. El sendero por el que había venido. Árboles en un semicírculo alrededor de ellos. En el otro extremo, justo detrás de Miriam… Tuvo que parpadear, no conseguía dar con una perspectiva adecuada.

«Un precipicio».

Había montado un lugar para el sacrificio en un claro, justo en el borde del precipicio.

«Mierda».

Mia gateó lentamente entre los árboles y, por fin, parecía que su cuerpo volvía a despertarse. La mano izquierda, rota, el ojo izquierdo, cegado por algo que podría ser la sangre que había brotado de la sien, pero ya daba igual, porque podía mover tanto el cuerpo como la cabeza. Reptaba despacio por el brezo y ya estaba acercándose poco a poco, cuando el chico emplumado se levantó, se colocó detrás de la chica desnuda y agarró algo.

«Mierda».

La cuerda alrededor de su cuello.

«Estrangulada y colocada en un círculo de velas».

Mia siguió reptando y se dio cuenta de que tenía que ser ahora o nunca. Si no hacía nada, él la mataría. Levantó la Glock otra vez, pero seguía sin poder apuntar hacia donde ella quería.

Entonces, de repente, oyó el ruido de algo que venía de arriba. El chico emplumado se levantó instintivamente y se quedó de pie, sorprendido, mirando al cielo.

Un motor que rugía.

«Un helicóptero».

Entonces les había llegado el mensaje.

La habían encontrado.

«Pero, entonces».

La escena de la película que Mia Krüger vería todas las noches en su cabeza durante las semanas siguientes.

La almohada empapada de sudor.

Despertándose con un grito.

«A cámara lenta».

El chico emplumado que miraba sorprendido al cielo en busca de ese ruido que rompía el silencio del bosque.

Miriam, levantándose. Desnuda. Con las manos atadas a la espalda.

«Un helicóptero».

El sonido de la ayuda.

«El sonido de la libertad».

Y echó a correr.

Mia levantó la Glock y entró corriendo en el claro.

«No, no».

—¡Miriam!

El chico emplumado, confuso por todo lo que pasaba, el helicóptero en el cielo, Mia que venía corriendo hacia él, de repente tenía una pistola en la mano, la Glock que le había quitado, mientras seguía tratando de comprender lo que sucedía.

—¡Miriam!

«La película continuaba».

Las piernas desnudas moviéndose, las manos atadas a la espalda, Miriam corriendo hacia el ruido de la libertad, hacia el borde del precipicio.

«No, Miriam, no».

Ya se veía el helicóptero. El chico emplumado apuntaba con la pistola hacia ella, pero Mia no notó los disparos que impactaron en el suelo alrededor de sus pies. Había logrado sacar fuerzas que no sabía que tenía.

—¡Miriam!

Mia levantó la pistola delante de su cara mientras atravesaba el claro. El ruido de la hélice del animal mecánico que ahora flotaba en el aire sobre el borde del precipicio.

«Y, de repente, Miriam desapareció».

Mia ni siquiera se dio cuenta. El metal impactó en sus piernas y hombros.

«Cayó por el borde».

El chico emplumado. Los ojos que no entendían qué pasaba. Por fin Mia lo encontró en la mira y vació el cargador.

—¡Miriam!

Sus dedos blancos soltaron la pistola mientras caía de rodillas sobre el frío suelo.

Ella no podía ver los ojos de Munch, pero aun así percibía su blancura , desde el interior del animal metálico con la hélice ahí arriba, cuando contempló cómo la chica desnuda caía por el precipicio.

Mia vio los impactos de los últimos tres disparos.

Una mirada que no acertaba a definir.

La piel detrás de unas plumas temblorosas.

Y luego desapareció.

Estaba casi inconsciente cuando llegó al borde y vio el retorcido y desnudo cuerpo blanco ahí abajo.

«Miriam».

Mia se puso de rodillas, ya no era capaz de mantenerse en pie. La pistola se le cayó de las manos.

«No».

«Por favor».

El sonido del helicóptero desapareció.

Y después.

«Querida Miriam».

No estaba allí.

80

Cuando la nieve comenzó a caer fue como si hubiera sido convocada por las campanadas de la iglesia. Era el 22 de diciembre y el estado del tiempo ya llevaba varios días llenando las páginas de los periódicos. ¿No iba a haber una Navidad blanca este año? Sin embargo, ahora llegaban, a pesar de todo, los copos grandes y ligeros que caían acompañados de los golpes sordos de las campanas que doblaban para anunciar el funeral en la iglesia de Gamle Aker. Un entierro. Y, en breve, Navidad. No podía haber sido peor para Mia Krüger, que se ajustó la cazadora y caminó apresuradamente, pero sin hacer ruido, entre las lápidas hacia el portón de la iglesia.

Ya estaban todos allí. Kim. Curry. Mikkelson. Anette. Ludvig Grønlie. Trajes oscuros. Abrigos oscuros. Caras oscuras. Cabezas agachadas que se inclinaban levemente para saludar. No podía ver a Munch en ningún sitio. Debía de estar ya dentro. Él era el más afectado. Habría organizado todo. El ataúd. Las guirnaldas. «Gracias por todo. Una última despedida de colegas y amigos». Hacía casi dos meses que Mia no había hablado con Munch, pero suponía que era así, y cuando el portón de color rojo óxido se abrió y la gente comenzó a entrar, se confirmó. Podía ver la espalda de Munch ahí delante, la cabeza agachada junto al ataúd blanco, cubierto de flores.

La ceremonia era sencilla, pero hermosa. Mia nunca había sido creyente, no había entendido por qué las personas necesitaban creer en algo más grande, por qué tenían que reunirse en un edificio viejo y sentarse sobre asientos incómodos mientras un pastor hablaba de cómo Dios cuidaba de los suyos y daba la bienvenida a todos a su reino; pero, a lo largo de la breve misa, se percató de que el ritual en realidad era bastante bonito. Juntos en el dolor. Un último adiós.

El órgano sonó. Algunas palabras del pastor. Un discurso de Munch, que parecía afectado, pero que tenía mejor aspecto de lo que Mia se había temido.

«Podría haber sido mucho peor».

Se le ocurrió pensarlo cuando sacaron el ataúd por delante de ella, seis hombres, entre ellos Munch y Mikkelson.

«Podría haber sido Miriam».

Después, cuando bajaron el ataúd a la tierra, se sintió culpable por haberlo pensado. Un pequeño grupo de personas, prácticamente todos antiguos compañeros de trabajo. Había también alguna que otra cara que no reconocía, pero no muchas. Así había sido Per Lindkvist, esa era la vida que había elegido. Investigador primero y persona después. Setenta y cinco años, había sido casi como un padre para Munch. Un buen policía que lo había sacrificado todo por su trabajo y había seguido luchando después de alcanzar la edad de jubilación, pero por lo menos había vivido mucho tiempo y había tenido la vida que quería.

Mia sintió mala conciencia al ver cómo bajaban el ataúd en la tierra, pero era lo que había.

«Podría haber sido mucho peor».

Un apretón de manos por aquí, un gesto de cabeza por allá, mientras el grupo se dispersaba poco a poco. Más tarde se ofrecería una recepción con cerveza y canciones en el Justisen, tal y como Lindkvist habría deseado, pero Mia no tenía fuerzas para participar.

Lo había conocido, aunque no muy bien.

Un policía legendario.

Buen amigo de los más mayores de la unidad.

Pero no podía. Solo quería volver a casa. Faltaban dos días para Navidad. Quería tratar de sobrevivir, quitárselo de encima. Había venido para mostrar sus condolencias, pero también para otra cosa.

«Quería hablar un poco con Holger».

Su jefe había pedido a todo el mundo que no le molestaran después de lo que había pasado con Miriam unos meses antes, y Mia lo había respetado, naturalmente, igual que todos los demás.

Se mantuvo un poco apartada y únicamente se acercó a él cuando lo vio solo otra vez, debajo de un árbol cubierto de nieve, a un pequeño trecho del ataúd que acababan de acompañar hasta la tumba.

—Hola, Holger —lo saludó con suavidad, y se quedó a unos pasos de distancia, un gesto para preguntar si no le importaba, si podía intercambiar algunas palabras con él.

—Hola, Mia —contestó Munch con una sonrisa un poco cansada y un gesto de cabeza que indicaba que estaba bien.

—¿Cómo va todo? —preguntó Mia.

Las palabras parecían extrañas cuando salieron por su boca, pero no sabía qué decir.

—Mejor —respondió Munch.

—¿Miriam? —dijo Mia con prudencia.

Munch se quedó callado un momento, con una mirada abatida por encima del rescoldo rojo del cigarrillo.

—Estará bien, pero todavía no pueden decir mucho.

—¿Sobre qué?

Munch reflexionó un poco antes de volver a abrir la boca.

—Todavía no anda y no saben si podrá volver a hacerlo. Pero ya habla un poco, algunas palabras. Y ayer me reconoció.

—Qué bien —dijo Mia, sin saber si resultaba apropiado.

—Sí, ¿verdad? —contestó Munch.

Hubo un momento de silencio. Los ligeros copos de nieve caían entre ellos.

—Hemos hablado con la Interpol y han detenido a los cinco —explicó Mia—. Todos los que pagaron por la transmisión. Un francés. Un suizo rico. Fue un caso importante, no sé si lo has visto, salió incluso en la CNN. En horario estelar en Estados Unidos. Hicimos una buena limpieza.

—¿Sí? Vaya, qué bien —respondió Munch, pero parecía que no la había oído.

—Y Simonsen, el millonario —continuó Mia, un poco insegura—. También lo interrogamos. Ese caso de Sandefjord de hace mucho tiempo, cuando enviaron a los niños, Helene Eriksen y su hermano, a Australia… Resulta que todo lo que nos dijo el pastor era verdad. Parece ser que la madre tenía un tornillo suelto, no estaba del todo cuerda. Fue ella la que le convenció para que los enviaran fuera, para poder acceder a la fortuna, ¿sabes? Murió en un accidente y traté de comprobarlo con la policía de Sandefjord, pero no tenían mucha información sobre ello, aparte de…, bueno…

Munch ya no la miraba, dejaba que el cigarrillo se consumiera entre los dedos, con la mirada perdida en la lejanía.

—Así que, bueno, según él, cuando se enteró de que al final no estaban bien, de que habían vivido en aquella secta, les ayudó. Un centro de jardinería para ella, una tienda de alimentación para él; así que, bueno, esos dos por lo menos decían la verdad.

Munch bajó la mirada a sus manos y se dio cuenta de que el cigarrillo se había apagado. Tiró la colilla, rebuscó en el bolsillo de la trenca y se metió otro cigarrillo entre los labios.

—No lo sabremos hasta dentro de algún tiempo —admitió Munch—. Pero Marianne y yo esperamos buenas noticias. Es lo único que podemos hacer.

Volvió a sonreír, con una mirada que delataba que no se encontraba del todo presente.

—¿Noticias de que podrá volver a andar?

—Yo creo en ello, ¿no opinas que eso es importante?

Munch se giró hacia ella.

—Quiero decir, ¿pensar positivamente?

—Claro —asintió Mia, que ya se sentía incómoda.

—Yo creo en ello —repitió Munch.

—Si te puedo ayudar con algo, no hace falta más que decirlo —recalcó Mia, ajustándose la cazadora—. Y le das recuerdos de mi parte. Coméntale que estaría encantada de ir a verla.

Pasaron unos segundos. El mechero estaba cerca de la punta del cigarrillo, pero no la alcanzaba. Los grandes dedos parecían suspendidos en el aire.

—Lo haré —asintió Munch al final, con una sonrisa—. Gracias, Mia. Gracias por venir.

Tenía ganas de darle un abrazo para despedirse, pero solo hubo un torpe apretón de manos. En todo caso, él ya no se hallaba presente. Mia se encajó el gorro sobre las orejas y se subió el cuello de la cazadora, ignorando las miradas con las que se encontraba mientras caminaba hacia la salida. Cuando dobló por el camino de Bislett, la nieve comenzó a caer con más fuerza.

Faltaban dos días para Navidad. Se había prometido a sí misma intentarlo, pero ahora no sabía si iba a poder. Nochebuena. En un piso frío. Sola. Una vez más. Pero no podía desaparecer. Pensó en Miriam, que estaba en una cama en el hospital de Ullevål. Sin poder moverse, ni apenas hablar. No podía hacerle eso a Munch. Desaparecer. Ahora no.

Mia cruzó la calle y se protegió la cara con una mano ante la nieve que ya caía en grandes copos. Oslo vestida de blanco, la Nochebuena que todo el mundo había querido. Bajó con pasos pesados por la calle Sofiesgate y encontró las llaves en el bolsillo.

Mia apenas la vio, fue solo un leve atisbo de una mujer con un plumífero rojo que estaba de pie en las escaleras de su casa, como si llevase mucho tiempo esperando a que Mia llegara. Unas manos rápidas colgaron algo en el pomo de la puerta, antes de que la mujer bajase por las escaleras.

Y desapareció entre los copos que caían del cielo.

Notas del traductor

[1] *Skunk* en inglés significa «mofeta».
[2] *Fuglesang* significa «canto de pájaro».
[3] En inglés en el original: «Solo los cinco mejores postores».
[4] Astrid Lindgren (1907-2002) fue una célebre escritora sueca de libros infantiles, entre otros, el popular *Miguel el travieso*.

Tras el éxito de *Viajo sola*, llega el esperado segundo libro de los inspectores Mia Krüger y Holger Munch.
Suspense en la mejor tradición del género policíaco escandinavo.



El búho siempre caza de noche. Nadie está seguro en la oscuridad.

Una adolescente ha desaparecido del refugio para jóvenes en el que vivía y poco después es encontrada estrangulada en el bosque sobre un lecho de plumas en el centro de un círculo de velas. La unidad de homicidios de Oslo afronta la misión de averiguar lo sucedido y el veterano investigador Holger Munch se sumerge en el caso junto a la inspectora Mia Krüger, que lucha todavía contra sus tendencias suicidas y su adicción a las píldoras y el alcohol.

Pero la investigación de lo que a primera vista es un espeluznante asesinato ritual no parece estar yendo a ninguna parte hasta que un misterioso hacker contacta con el experto informático del equipo y le muestra un inquietante video que revela nuevos detalles sobre el asesinato de la chica: en un extremo de la grabación se puede ver la sombra de una persona vestida como un búho, el pájaro de la muerte...

Reseñas:
«Ten cuidado, Jo Nesbø.»
Bergens Tidende

«¡Fantástica secuela de Samuel Bjørk! Intriga de calidad y, según mi opinión, una obra maestra. ¡Una delicia de lectura!»
Bokelskere.no

«Un autor de *thrillers* internacionales que viene pisando fuerte.»
Adresseavisen

«La maestría del autor nos ha atrapado. Buenos entornos, una rica gama de personajes y diálogos absorbentes... En definitiva, un libro que no podrás abandonar.»
Trønder-Avisa

Sobre el autor

Samuel Bjørk es el seudónimo del noruego Frode Sander Øien. Es novelista, autor de obras de teatro y cantante. Escribió dos novelas de notable éxito, *Pepsi Love* (2001) y *Speed for Breakfast* (2009), pero el reconocimiento masivo le llegó con su primer *thriller, Viajo sola* (Suma de Letras, 2014), *best seller* en todos los países en los que se ha publicado y recibido con excelentes críticas. Vive y trabaja en Oslo.

Título original: *Uglen*
© 2015, Samuel Bjørk
Publicado por un acuerdo con Ahlander Agency
© 2016, Martin Simonson, por la traducción
Esta traducción se publica con la ayuda económica de NORLA
© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-021-6
Diseño de cubierta: Cover Kitchen
Fotografía del autor: © Harald Øren
Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.*
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com



Índice

El búho
Un viernes durante la primavera de 1972…
La niña trataba de mantenerse totalmente quieta…
Parte 1
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12

Parte 2
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20

Parte 3
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31

Parte 4
- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34
- Capítulo 35
- Capítulo 36
- Capítulo 37
- Capítulo 38
- Capítulo 39

Parte 5
- Capítulo 40
- Capítulo 41
- Capítulo 42
- Capítulo 43
- Capítulo 44
- Capítulo 45
- Capítulo 46
- Capítulo 47
- Capítulo 48
- Capítulo 49
- Capítulo 50
- Capítulo 51

Parte 6
- Capítulo 52
- Capítulo 53
- Capítulo 54
- Capítulo 55
- Capítulo 56
- Capítulo 57
- Capítulo 58
- Capítulo 59
- Capítulo 60
- Capítulo 61

Parte 7
- Capítulo 62
- Capítulo 63
- Capítulo 64
- Capítulo 65
- Capítulo 66
- Capítulo 67
- Capítulo 68
- Capítulo 69
- Capítulo 70
- Capítulo 71

Parte 8

Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Parte 9
Capítulo 80
Notas del traductor
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos